

LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD

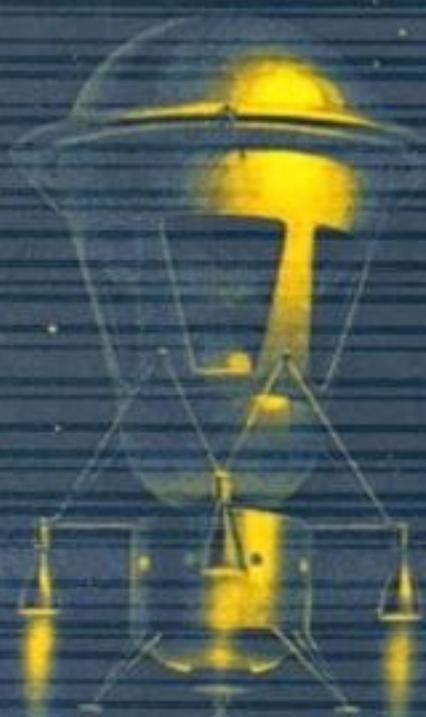
Mark Clifton y Frank Riley

Premio HUGO 1955

«Temo que si hacemos una máquina que pueda pensar mejor que el ser humano, la humanidad no va a sobrevivir a ello.»

Joe Carter

se



Lectulandia

En 1954, antes de que la ciencia real creara el concepto mismo de «inteligencia artificial» (bautizada oficialmente durante el verano de 1956 en el Dartmouth College estadounidense), la ciencia ficción imaginaba ya cómo podría ser «una máquina que pueda pensar mejor que el ser humano».

En esta famosa y premiada novela (sorprendentemente inédita todavía en España), se describe una época de caza de brujas y de control de la opinión parecida a lo que sucedió realmente en Estados Unidos en los años cincuenta con las iniciativas del senador McCarthy. En la ficción, un gobierno omnipotente y represor ordena construir una máquina pensante capaz de prever las catástrofes y evitarlas, eliminando el posible error humano.

El resultado es Bossy, una inteligencia artificial *avant la lettre* que además cura y perfecciona a los seres humanos, quienes, bajo su influjo, desarrollan nuevas posibilidades físicas y mentales. Entre estas mejoras se encuentra la inmortalidad que, gracias a Bossy, está al alcance de todos aquellos que prefieran la flexibilidad de criterios a la rigidez de los prejuicios.

Aventuras tradicionales, personajes bien perfilados y un buen ritmo narrativo componen una novela entretenida y agradable, que no desdeña criticar la intolerancia ni abordar ciertas reflexiones presuntamente profundas sobre la inmortalidad, la ciencia o la inteligencia artificial.

La máquina de la eternidad es un fiel exponente del tono y las preocupaciones típicas de la ciencia ficción de los años cincuenta, con su especial atención a la telepatía y otros poderes extrasensoriales y parapsicológicos. Junto a las primeras especulaciones sobre la futura inteligencia artificial, es fácil rastrear también en esta novela un posible intento de tecnificar la dianética, esa ciencia-camelo para la perfección de la actividad mental humana. Como *La máquina de la eternidad*, la dianética fue creada en esos años cuarenta y cincuenta por un autor de ciencia ficción (Ron L. Hubbard), y se ha convertido hoy en la Iglesia de la ciencia ficción, que ha generado, como tantas otras religiones, grandes beneficios económicos a su «inventor» o a sus principales adláteres.

«Un trabajo de genuina importancia... uno de los doce libros más influyentes de la ciencia ficción».

—BARRY MALZBERG—

«Ningún ser humano tiene derecho a controlar a otro ser humano».

—JOE CARTER—

Lectulandia

AA. VV.

La máquina de la eternidad

ePub r1.0
Titivillus 04.10.17

Título original: *The forever machine*
Mark Clifton & Frank Riley & Alex Apostolides, 1954
Traducción: Miquel Barceló
Diseño de cubierta: Gemma Pellicer & Raúl García

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Presentación

ME temo que esta introducción va a ser de aquellas que pueden resultar excesivamente largas. Pido disculpas con antelación, pero los clásicos requieren, tal vez, mayor cantidad de explicaciones...

Una novela maldita

Para empezar no deseo ocultarles la sorpresa de que LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD, el segundo de los premios Hugo de la historia de la ciencia ficción, siga todavía inédita en español.

Y me parece del todo lícito preguntarse por qué.

La posible respuesta es que esta novela tiene el dudoso privilegio de ser considerada, por algunos, «el peor libro que ha ganado el premio Hugo». Y ante esa fama (que, por supuesto, no me parece justa) es muy posible que, hace años, otros editores de ciencia ficción en España se retrajeran muy lógicamente y ni siquiera consideraran la novela como una posible publicación. Yo mismo, a pesar de mi interés, no pude leer esta novela hasta 1989 y, además, tuve que hacerlo en la edición italiana, ya que no lograba encontrar el original en inglés que estuvo muchos años agotado en el mercado estadounidense.

Pese a esta triste fama y a las escasas reediciones del original en inglés, hay también diversos comentaristas que consideran que este libro ha sido uno de los importantes en la historia del género, e incluso un autor y especialista tan elitista y selecto como Barry Malzberg no ha dudado en decir de LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD que se trata de «un trabajo de genuina importancia... uno de los doce libros más influyentes de la ciencia ficción».

Otros comentaristas se atreven incluso a hacer comparaciones un tanto arriesgadas. Veán, por ejemplo: «LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD destaca como un ejemplo maravilloso y clásico que ilustra la mayor parte de lo mejor y de los más satisfactorios aspectos del género de la ciencia ficción. Posee la crítica social y razonamientos que desafían todas las conjeturas, como en LOS DESPOSEÍDOS, de Ursula K. Le Guin; el elogio de la diversidad y la valentía psicológica de libros destacados como MÁS QUE HUMANO, de Theodore Sturgeon, y la visión de la evolución metapsíquica más detalladamente descrita en INTERVENCIÓN, de Julian May»; tal y como establece el comentario anónimo que puede encontrarse en la página:

<http://www.artbooks.com/Books%20in%20HTML/foreverMachine.html>

La polémica está servida.

La ciencia ficción de los años cincuenta

En cualquier caso, para apreciar este libro hay que meterse dentro de una máquina del tiempo (al menos en el aspecto mental) y considerar cuáles eran las preocupaciones dominantes en la ciencia ficción (y en la sociedad...) en Estados Unidos durante la primera mitad de los años cincuenta, cuando se publicaron los dos relatos y la novela que componen LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD.

Los tiempos eran otros: hacía poco que habían explotado las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki (un acto de violencia ante el cual la hoy tan traída y llevada caída de las torres gemelas de Nueva York acaecida el famosísimo 11 de septiembre de 2001 parece un trabajo de aficionados...); se iniciaba una etapa de grandísimo recelo ante ciertos logros de la ciencia; el presunto final del nazismo daba paso a la guerra fría y al enfrentamiento entre el considerado «mundo libre» y el llamado «comunismo»; y, tal vez para desmentir esa etiqueta de libertad, el senador McCarthy (y con él la mayor parte de la «sana» sociedad estadounidense...) iniciaba la intolerante «caza de brujas». No era una época demasiado gozosa.

Ha pasado ya casi medio siglo desde que se escribió esta narración y será bueno recordar que, además, en los años cincuenta, la ciencia ficción se preocupaba muy a menudo por un tema hoy bastante olvidado, como es el de la telepatía y otros poderes extrasensoriales. No en vano el primer premio Hugo de la historia (EL HOMBRE DEMOLIDO de Alfred Bester, premio Hugo de 1953) trataba precisamente de las complejidades de un asesinato en una sociedad de telépatas.

Los telépatas y los poseedores de nuevos poderes mentales (como el protagonista grupal de MÁS QUE HUMANO, de Theodore Sturgeon, los «calvos» de MUTANTE, de Henry Kuttner, los telépatas de SLAN, de Alfred van Vogt, y tantos y tantos otros) eran un tema recurrente en la ciencia ficción de los años cincuenta. Ilustraban la posibilidad de una nueva especie llamada a sustituir al ser humano, y eran la fuente de un posible enfrentamiento entre padres e hijos, entre los humanos «normales» y los nuevos descendientes de la humanidad dotados de poderes que hoy llamaríamos parapsicológicos.

Por otra parte, la eclosión de los primeros ordenadores y el desarrollo de la cibernética de Norbert Wiener a finales de los años cuarenta (con la aparición del nuevo y fecundo concepto de la retro alimentación), sugería otro posible sustituto para el ser humano: una máquina capaz de pensar mejor que los humanos. Y si bien eso es algo que ahora podemos asumir (sabemos ya que Deep Blue ha ganado a Kasparov, aunque sólo sea en el juego del ajedrez...), debió de ser un pensamiento sorprendente, y tal vez aterrador, en los años cincuenta.

Pues bien, la originalidad de Mark Clifton (verdadero impulsor de la historia de la máquina Bossy y el telépatas Joe Carter, pese a los otros autores involucrados en su

redacción final) radica en la unión de esos dos temas, entonces importantes pero independientes.

En los años cincuenta, hacer novelas de ciencia ficción sobre telepatía era algo habitual. No lo era hablar de una posible «inteligencia artificial» (nombre todavía no utilizado entonces), concebida en aquellos días como la posibilidad de construir un «cerebro sintético», o artificial, llamado a mejorar el del ser humano.

La novedad de LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD fue precisamente unir esos dos temas: los poderes extrasensoriales y los cerebros artificiales para componer una narración que especula sobre un futuro posible y la problemática ética, social y humana que indefectiblemente va a plantear.

Estoy convencido de que fue precisamente eso lo que acabó haciendo que LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD obtuviera el segundo premio Hugo de la historia. No es poca cosa.

Pero tampoco conviene olvidar que cincuenta años no pasan en balde. La ciencia ficción ha evolucionado mucho, y hoy tenemos narradores más «hechos» y completos. Hace medio siglo, eran la idea, la peripecia de la narración y las vicisitudes de los protagonistas lo único que mantenía el interés del lector. Con toda seguridad, a los ojos del lector moderno, LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD conserva un entrañable tono de «antiguo» que puede resultar molesto para algunos, pero que hará las delicias de los que tengan el acierto de leerla considerando las circunstancias y las preocupaciones de cuando se escribió.

Sobre los títulos y el contenido de este volumen

En este volumen se incluyen también dos relatos previos a la novela que ganó el premio Hugo de 1955. Esos relatos son EL LOCO JOE (Crazy Joe), aparecido en agosto de 1953 en Astounding, firmado por Mark Clifton y Alex Apostolides; y ¡ESCÓNDETE! ¡ESCÓNDETE! ¡BRUJO! (Hide! Hide! Witch!), aparecido en Astounding en diciembre de 1953, firmado también por Mark Clifton y Alex Apostolides.

La continuación, firmada ya por Mark Clifton y Frank Riley, llevaba el título THEY'D RATHER BE RIGHT (Prefieren tener razón) cuando apareció, también en Astounding, en cuatro entregas, desde agosto a noviembre de 1954. Esta última novela es la que obtuvo, en 1955, el premio Hugo, aunque más adelante, en 1958, se publicó en forma de libro con un nuevo título: THE FOREVER MACHINE (La máquina de la eternidad).

Durante muchos años, la novela estuvo agotada en el mercado estadounidense y, como ya he dicho, yo mismo tuve que leerla por primera vez en la edición italiana de 1988 que publicara la Casa Editrice Nord en su colección Cosmo, precisamente como uno de «Los clásicos de la ciencia ficción».

Cuando, tras varios años de indecisión, decidí incluir este premio Hugo inédito en

España en nuestra colección NOVA, me encontré con que la más reciente edición estadounidense (la de Carroll & Graf Publishers, de 1992) incluía también los dos primeros relatos, aun sin citar a Alex Apostolides como su coautor.

En nuestra edición he decidido conservar esos dos relatos, ambos ligados al ciclo de Bossy (o de Joe Carter, según se quiera) junto a la novela ganadora del Hugo. Así el lector español va a poder compensar el retraso en acceder a esta obra con la posibilidad de conocerla completa. El volumen sigue llevando el título general LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD (aun cuando no quiero ocultar que, al menos para mí, el título más adecuado sería «La máquina de la inmortalidad», pero, al menos esta vez, no me atrevo a imponer mi criterio ante el de la tradición...).

En el volumen se encuentran, pues, los dos cuentos previos citando sus verdaderos autores (aun cuando ha de resultar evidente para todos que el impulsor de toda la obra es el Mark Clifton común a las tres historias), seguidos de la famosa novela ganadora del Hugo de 1955.

Sobre esta última, al hacer mi GUÍA DE LECTURA de 1990, donde se citaban todos los premios Hugo de la historia del género, traduje el título THEY'D RATHER BE RIGHT por «Mejor que estén en lo cierto» que es la traducción que, en ese momento, me parecía más correcta. Y que tal vez lo sea...

Pero ahora, al hacer yo mismo la traducción de la novela (a veces, uno se permite estas pequeñas satisfacciones personales...), me ha parecido que el título de este tercer episodio debería ser otro. Teniendo en cuenta lo que dice Joe Carter al final del capítulo VIII, creo que el significado evidente de They'd Rather Be Right (usada literalmente al final de ese capítulo octavo) ha de ser precisamente «prefieren tener razón» que es la traducción que me ha parecido más adecuada para la frase que cierra ese capítulo y, por consiguiente, para el título de la novela ganadora del Hugo.

O sea que dejemos las cosas a medias: mantenemos el título tradicional (LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD) y me olvido de mi preferencia por «inmortalidad»; pero, al menos en el interior del volumen, utilizaremos este PREFIEREN TENER RAZÓN como una traducción más bien libre de ese They'd Rather Be Right que me ha tenido preocupado bastante tiempo. Amén.

Cibernética, telepatía y caza de brujas

En realidad, en 1954, antes de que la ciencia real creara el concepto mismo de «inteligencia artificial» (bautizada oficialmente durante el verano de 1956 en el Dartmouth College estadounidense), la ciencia ficción imaginaba ya cómo sería «una máquina que pueda pensar mejor que el ser humano». La robótica asimoviana está ahí para constatarlo (aunque, para completar los ejes temáticos de LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD, no debe olvidarse que el interés de la época por los poderes mentales hizo también mella en un racionalista como Asimov, quien acabó pensando en una Segunda Fundación basada precisamente en las ciencias mentales y los

poderes paranormales...).

Pionera en la fusión de dos de los principales temas en la ciencia ficción de todos los tiempos, LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD describe una época de caza de brujas y de control de la opinión, parecida a lo sucedido realmente en los años cincuenta estadounidenses con las iniciativas del senador McCarthy. En la ficción, un gobierno omnipotente y represor ordena construir una máquina pensante capaz de prever las catástrofes y evitarlas eliminando el posible error humano.

El resultado es Bossy, una inteligencia artificial «avant la lettre» que, además, cura y perfecciona a los seres humanos quienes, bajo su influjo, desarrollan nuevas posibilidades físicas y mentales. Entre estas mejoras se encuentra la inmortalidad que, gracias a Bossy, está al alcance de todos aquellos que prefieran la flexibilidad de criterios a la rigidez de los prejuicios.

Aventuras tradicionales, personajes bien perfilados y un buen ritmo narrativo componen una novela entretenida y agradable que no desdeña criticar la intolerancia ni abordar ciertas reflexiones presuntamente profundas sobre la inmortalidad, la ciencia o la inteligencia artificial.

LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD es, pues, un precedente en el tratamiento de la inteligencia artificial en la ciencia ficción y, además, un fiel exponente del tono y las preocupaciones típicas de la ciencia ficción de los años cincuenta con su especial atención a la telepatía y a otros poderes extrasensoriales y parapsicológicos. No desmerece en absoluto dentro de la serie de los premios Hugo.

Es fácil rastrear también en esta novela un posible intento de tecnificar la «dianética», esa ciencia-camelote para la perfección de la actividad mental humana, creada en esos años por el autor de ciencia ficción Ron L. Hubbard (con la aquiescencia y el soporte de Campbell, el editor de Astounding, la revista donde se publicó también esta obra de Clifton), y que se ha convertido hoy en la religión de la Cienciología que ha generado, como tantas otras religiones, grandes beneficios económicos a su «inventor» o a sus principales adláteres. Conviene recordar aquí que la dianética nació a finales de los años cuarenta, cuando Hubbard era un escritor habitual en las revistas Pulp de ciencia ficción, y que fue en mayo de 1950 cuando Campbell publicó en Astounding un amplio artículo sobre el asunto, que pronto dio paso al libro de Hubbard «Dianetics: The Modern Science of Mental Health» (1950) y a toda la parafernalia posterior. Evidentemente, Clifton hace que su Bossy actúe como un equivalente de la dianética (aunque resulte, francamente, mucho más barata...) y, según parece, la mayoría de las tesis «mentalistas» de Hubbard pueden encontrarse en esta novela de Clifton.

Para añadir más leña al fuego, no deja de ser curioso que el personaje central de LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD (si dejamos por el momento de lado a la misma máquina Bossy) se llame Joe Carter (con iniciales JC de evidente recuerdo y sugerencia), y que Mabel, su compañera, haya sido una prostituta como María Magdalena... Seguro que, para Clifton, su personaje es el nuevo profeta de una

posible nueva religión a la que no es ajena el movimiento que, por la misma época, desencadenaron tanto Campbell como Hubbard con la «dianética». Se trata de una idea parecida a la que encontramos en LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD, donde una presunta terapia psicosomática logra, gracias a la máquina Bossy, eliminar todo tipo de represiones y problemas de la mente humana, con los evidentes efectos somáticos que ello ha de producir (al menos según la óptica de algunos en esos años cincuenta...).

Clifton, como también resulta evidente en su otra novela conocida en España, LAS OCHO LLAVES DEL EDÉN (1960), parece haber desarrollado la habitual prevención contra la ciencia establecida, a la que acusa de una posible rigidez (eso que Thomas Kuhn criticará poco después como la defensa a ultranza de un paradigma tal vez caduco o, cuando menos, revisable). Fruto de las preocupaciones que siguieron al lanzamiento de la bomba atómica, Clifton critica el «establishment» tecnocientífico y su escasa disposición a considerar lo que, para algunos en los años cincuenta, parecía una prometedora y nueva posibilidad: los poderes extrasensoriales, la telepatía y todo eso que especialistas como Rhine intentaron demostrar científicamente, fracasando en el intento. Eran otros tiempos...

Nuestros títulos «revival»

Para finalizar les recordaré también que LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD es uno de esos títulos que aparecen en NOVA, uno al año, para recuperar viejas novelas inéditas o desaparecidas del mercado español. No les voy a castigar ahora con la lista de los muchos de esos títulos que me enorgullezco ya de contar en NOVA, una colección nacida a finales de los años ochenta y de la que, por fuerza, estaban ausentes algunos títulos clásicos del género. Una rápida ojeada a los más de ciento cincuenta títulos de nuestra colección les proporcionará las pistas adecuadas.

Ya sé que este tipo de actuación no está precisamente de moda cuando el respeto a lo más antiguo no parece ahora un valor muy aceptado. El capitalismo consumista de hoy exige que los libros, las películas, las canciones de hace sólo un par de años sean ya obsoletos e inútiles. Lo que es una verdadera necedad. De la misma manera que «Casablanca» o «Ciudadano Kane» siguen siendo grandes películas, hay novelas de ciencia ficción escritas hace años que, bien contempladas, mantienen la mayor parte de su interés. En mi opinión, eso ocurre, a su nivel, con LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD. Por eso aparece en NOVA.

Es cierto que, con los años, el estilo y la temática habituales han cambiado. La ciencia ficción, afortunadamente, es un género en continua evolución. Aunque la madurez del género ha hecho que, hoy en día, haya mayores exigencias en cuanto a los méritos estrictamente narrativos y literarios, los viejos lectores seguimos aceptando también las buenas historias y las buenas especulaciones, aun cuando su envoltorio pueda resultar un poco anticuado. A pesar de que su caligrafía de base se

haga, digamos, en blanco y negro, y no dispongan de la espectacular parafernalia de los efectos especiales modernos ni de la brillantez del color, ni estén sometidas al ritmo trepidante de las narraciones cinematográficas de hoy. Exactamente como «Casablanca» o «Ciudadano Kane»...

Háganme caso, suban a la máquina del tiempo y piensen en cómo debieron de ser los ya lejanos años cincuenta. Así disfrutarán, y mucho, de LA MÁQUINA DE LA ETERNIDAD, como yo lo he hecho. Estoy convencido de ello.

MIQUEL BARCELÓ

PRIMERA PARTE: EL LOCO JOEY

Mark Clifton y Alex Apostolides

JOEY se cubrió la cabeza con la manta en un intento por apagar los susurros que llenaban la habitación. Pero incluso con la almohada sobre su cabeza, el agudo zumbido entraba a través del tejado de su boca, con un sabor áspero y amargo, como una barrena en torno a su cerebro. Si tapaba sus oídos con los dedos sólo conseguía que las palabras emergieran tras la sensación de que se habían convertido de pequeñas lucecitas cortantes en palabras.

—Madge, me preocupa cada vez más la forma como se comporta el niño. Esperaba que mejoraría, pero no es así. —La voz de su padre era grave y malhumorada y le llegaba desde la almohada, en su lado de la cama, en la otra habitación—. Haciendo el vago por ahí todo el tiempo. Sin jugar con los otros niños, haciendo novillos en la escuela, diciendo que los profesores le detestan. No es natural. Madge, no me gusta.

—Te estás volviendo a excitar con todo esto, Bob. —La voz paciente de su madre, desde su lado de la cama, se imponía sobre los tonos graves—. ¿Qué vas a conseguir con ello?

—Darle una zurra sirvió de algo. —La voz de su padre era cortante y un poco más gritona. Joey podía oír el zumbido de esa voz llegando a través de las paredes—. Hizo que dejara de hablar de esas voces. Te digo que no voy a dejar que un hijo mío se comporte como un loco. Pasé junto a una pandilla de chavales esta noche al volver a casa. «Ése es el padre del loco Joey», oí que decía uno de ellos. No voy a permitirlo. O Joey aprende a comportarse y ser un buen chico, o...

—¿O qué, Bob? —En la voz de su madre había tanto desafío como miedo.

—O..., o..., no lo sé... —La voz de su padre se apagó disgustada—. Pongámonos a dormir, Madge. Estoy cansado.

Joey percibió el aumento de la esperanza de su madre. Tal vez ella seguiría despierta un poco más, esperando que la respiración profunda del padre le asegurara que estaba dormido y así podría moverse del extremo de la cama y estar más cómoda... sin tocarle.

Esa profunda y despacible sensación del aburrimiento desesperanzado de su padre; sentía deseo, pero no por ella. Monotonía y falta de interés. Todavía era bastante joven, todavía era un hombre; atado a esa triste monotonía.

El pensamiento más ligero y delicado de su madre. Era todavía joven, todavía ansiaba el romance. La visión de la verde ladera de una colina, repleta de margaritas blancas, con el viento que soplaba a través de su cabello ondeante, y un hombre joven y moreno avanzando seguro hacia ella desde la cima de la colina con los hombros inclinándose al ritmo de sus zancadas. Pero, en cambio, estaba atada a esa burda mole que yacía a su lado en la cama.

La pesada aspereza de un pensamiento exigía su atención. Aquellas chicas que deambulaban por el vestíbulo de la escuela, mirando a los chicos de reojo; conscientes tan sólo de las miradas especulativas que éstos les devolvían; ignorantes

del viejo conserje que arrastraba papeleras al otro lado del vestíbulo.

Joey hundió aún más la cabeza en la cama, bajo la almohada. Las visiones eran peores que los susurros. No las comprendía del todo, pero le sobrecogían, con un profundo sentimiento de vergüenza por haber participado en todo ello.

Intentó agitar su mente para evitar las visiones, y ahí estaba, con asombrosa claridad, la visión de su padre sujetándolo firmemente contra la cama, con el rostro lleno de una rabia terrible, gritándole:

«¿Cómo supiste que miraba a esas chicas en el vestíbulo de la escuela? ¡Asqueroso espía soplón!». Los golpes. El horror. La confusión más absoluta.

Y los sueños eran peores que las visiones. Tan claros, tan intrincadamente diáfanos, se convertían en recuerdos. Recuerdos tan claros y agudos como cualquier otra realidad. Joey, un niño de ocho años, todavía no conocía la verbalización racional que lo explicaba: una experiencia imaginaria puede tener un efecto tan profundo como una experiencia real en el desarrollo de la personalidad. Joey sólo sabía que esos sueños existían.

Pero nunca hablaría de esa paliza, nunca se lo diría a nadie. Otros no tendrían ese recuerdo y dirían que él estaba loco. Debía archivar aquel recuerdo con todas las demás cosas que guardaba escondidas. Era difícil recordar qué era lo que los demás podían recordar y lo que era sólo para él. Unos recuerdos eran tan reales como los otros, y ésa era su única característica.

Algunas veces se olvidaba, y hablaba de las cosas de las que no debía hablar. Entonces le llamaban mentiroso. Para evitar que eso ocurriera, antes tenía que entrar en sus mentes, y eso era algunas veces algo terrible y aterrador: sus recuerdos no eran los mismos que los que él tenía y eso, a menudo, era duro reconocerlo.

De nuevo era por la mañana. Los cuchicheos estaban otra vez a su alrededor. En un ensueño y semidespierto, se estremeció por la imaginaria paliza que había recibido. Se revolvió y encogió bajo las mantas, en un intento de escapar a los retorcidos hilos de los pensamientos entre su padre y su madre que se hallaban ya en la cocina. Los hilos se convirtieron en sogas, vivas, gris-verdosas; el afecto se convirtió en resentimiento concentrado y amenazador, un resentimiento que se mantenía sin actuar sólo por la desesperación. Contempló la tímida luz de la mañana filtrarse a través de la ventana en la penumbra. Intentó seguir los diseños que trazaba en el empapelado de la pared, pero también se convertían en retorcidos gusanos de desesperación. Y le llevaron de nuevo a recordar la paliza. Involuntariamente un sollozo escapó en voz alta de su garganta.

—¡Madge! —Eso no era un susurro, sino su padre gritando a su madre—. El niño está otra vez lloriqueando. Le voy a dar algo por lo que llorar. —La repentina y terrible ira era como un manto sofocante de negrura mortífera.

—¡Bob! —El miedo agudo de la voz de su madre detuvo el sonido de pasos en la cocina, trocando la ira en desesperación.

Percibió cómo su padre se apartaba de su camino hacia la puerta para regresar a

su lugar en la mesa.

—Madge, esta misma mañana voy a hablar con el doctor Ames. Llega siempre a primera hora. Es el director del departamento de psicología. Voy a hablarle de Joey.

Joey pudo sentir la vergüenza de su padre ante esa revelación.

La vergüenza de decir: «Doctor Ames, ¿cree usted que mi hijo está loco?».

—¿Y eso de qué servirá? —La voz de su madre mostraba resentimiento, temor, miedo por lo que el doctor pudiera decir.

—Le hablaré de Joey. Tiene pruebas y *test* para los locos, y sabremos si...

—¡Bob! Decir esas cosas del propio hijo, es..., es un pecado. —Su madre había alzado la voz y la silla crujió cuando ella empezó a moverse en su lado de la mesa.

—No te sulfures, Madge —le advirtió su padre—. No estoy diciendo que esté loco, compréndelo. Tan sólo quiero saber de qué se trata. Quiero llegar hasta el fondo. Quiero un niño normal. —E, inmediatamente, con desesperación—: Madge, ¡sólo quiero un niño!

La frustración y la desilusión fluyeron sobre Joey como si fueran propias.

—Hablaré con el doctor —seguía diciendo su padre, razonando con ella—. Voy a intentar que visite a Joey. Soy el conserje de su edificio, y no me cobrará nada. Tal vez pueda veros a ti y a Joey esta misma tarde. Te llamaré por teléfono. Deberías estar preparada para llevar a Joey si te llamo. —La voz era severa, inflexible.

—Sí, Bob. —Su madre reconocía el carácter inapelable de esa decisión.

—¿Dónde está la fiambra con la comida? —Preguntó su padre—. Iré pronto al trabajo, así podré hablar con el doctor Ames antes de las clases.

—Al lado de la pica, Bob. Siempre está ahí —contestó pacientemente su madre.

De nuevo la ira repentina. «Siempre está ahí, siempre está ahí. Ése es el problema, Madge. Siempre está en el mismo sitio. Ayer y antes de ayer. Siempre. Por eso todo es tan desesperanzado. Monótono». Pero la amargura se trocó de repente en piedad.

—No te preocupes tanto, Madge. —Había un tono de afecto en la voz de su padre. Una deferencia tardía. Joey percibió cómo su padre se movía alrededor de la mesa y daba una palmadita desgarrada en el hombro de su madre. Pero, de nuevo, los pequeños pétalos amarillos del afecto quedaron desgarrados y consumidos por los gusanos gris-verdosos del resentimiento.

—Bob... —Su madre le hablaba ya a la puerta cerrada. Los pesados pasos bajaban las escaleras de la entrada trasera de la casa; cada uno era como un impacto sordo en el pecho de Joey.

Joey sintió cómo su madre empezaba a caminar hacia la habitación. Precipitadamente se sacó la almohada de encima de la cabeza, bajó las mantas hasta por debajo de la barbilla, relajó el mentón y la mandíbula y dejó la boca abierta como si se tratara de la relajación del sueño profundo, y respiró profunda y lentamente. Confiaba en que podría eliminar los verdugones que habían dejado los azotes con el cinturón antes de que ella los viera. Con toda su voluntad deseó que los verdugones

desaparecieran junto con los dolorosos y azulados cardenales de su imaginación. Todos los signos de las terribles consecuencias de lo que podía haber sucedido.

Percibió su cálida ternura cuando ella abrió la puerta. Ahora las luces eran tibias y brillantes, limpias y hermosas, sin estar enfangadas por el resentimiento. Notó cómo la ternura fluía de ella y le envolvía eliminando los cardenales y las contusiones. Hizo un esfuerzo por evitar las lágrimas de alivio y siguió yacente en un aparente sueño profundo. Notó cómo ella se arrodillaba ante la cama, y oyó los murmullos de su mente.

«Mi pobre niño tan diferente. Eres todo lo que tengo. No me importa lo que digan, Joey. No me importa lo que digan». Joey notó cómo el estremecimiento de la pena surgía de su garganta, cómo se lo tragaba, y el tremendo esfuerzo por sonreírle, por hacer que la voz sonara ligera y despreocupada.

—Despierta, Joey —le dijo mientras le sacudía ligeramente los hombros—. Ya es de día, cariño. —Había señales de juegos luminosos en su voz, la alegría de la mañana—. Ya es hora de que los pequeñines se levanten y hagan cosas.

Abrió los ojos y la cara de su madre era tierna y dulce. Sólo Joey podía conocer la ansiedad y el terror que se ocultaban en su interior.

—Seguro que he dormido muy profundamente —dijo de muy buen humor—. Ni siquiera he soñado.

—¿No estabas llorando hace un momento? —preguntó ella perpleja y dubitativa.

—¿Yo, mamá? ¿Yo? —Dijo con indignación—. ¿Por qué habría de llorar?

El campus de la Universidad Steiffel era familiar a Joey sólo desde el exterior. Conocía los tortuosos caminos, los extensos parterres, los verdes árboles, los bancos blancos anidados en escondrijos en sombra. A los otros niños les gustaba esconderse entre los arbustos por la noche y escuchar a los jovencitos y jovencitas hablar de sus cosas. Se reían con disimulo al comentarlo en el patio de la escuela. Joey lo había intentado una vez, pero no quiso volver a hacerlo. Ésos eran pensamientos que no le gustaba ver: pensamientos llenos de ternura y urgencia que eran tan preciosos que sólo pertenecían a aquellos que los sentían.

Pero, ahora, andando por esos caminos, yendo con su madre hacia el edificio de Psicología, sólo podía percibir la corriente de pensamientos de la mujer.

«Oh, Dios mío, te lo pido. Te ruego que el doctor no encuentre nada extraño en Joey. Dios mío... Dios mío... no dejes que le encuentren algo malo. Querrán llevárselo, encerrarlo en algún sitio. No podría soportarlo. No podría vivir con eso. Oh, Dios mío... Dios mío...».

Los pensamientos de Joey se aceleraron avanzando por otra senda de lo que podía ocurrir, una senda abierta por la plegaria de su madre. Hizo un esfuerzo por eliminar la congestión en su garganta.

—Esto es muy interesante, mamá —exclamó feliz—. Papá habla siempre de ello. Pero yo nunca había estado en la universidad. ¿Y tú?

—No, hijo —dijo ella un tanto ausente. «Gracias a Dios no sabe de qué se trata»—. Joey... —dijo titubeando de repente.

Joey pudo leer el pensamiento en su mente. «No permitas que encuentren algo raro en ti. Intenta no decir nada sobre susurros, ni sobre imaginaciones, ni sobre...».

—¿Sí, mamá? —Ahora era urgente alejarla de sus temores.

—Joey..., eh..., ¿tienes miedo?

—No, mamá —contestó con desprecio—. Por supuesto que no. Sólo se trata de una escuela de otro tipo, eso es todo. Una escuela para chicos mayores.

Pudo percibir cómo su padre les contemplaba desde una ventana de la planta baja del edificio, esperando que empezaran a subir las escaleras. Esperaba encontrarse con ellos a la entrada del vestíbulo, para llevarles al despacho del doctor Ames. Pudo notar los esfuerzos que hacía su padre para que todo aquello pareciera fortuito y normal al mismo tiempo: Bob Carter podía ser sólo un conserje, pero era un ciudadano serio y formal, orgullosamente independiente. ¿No le llamaban todos señor Carter? ¿No reconocían su dignidad?

El padre de Joey, con toda su dignidad encima, se encontró con ellos en la puerta del edificio. Miró furtiva y rápidamente al viejo vestido negro de su esposa e, involuntariamente, comparó el tejido de ese viejo vestido con los ricos materiales que las estudiantes lucían con estilo despreocupado.

—Estás muy bien, Madge —dijo en voz alta para darle confianza, y la tomó del brazo galantemente. Cuando llegaron al segundo piso, tras las amplias escaleras, se dirigió a Joey—. Les he contado a los profesores lo listo que eres, Joey. Quieren conocerte. —Le sonrió muy agradablemente.

«Papá no te rías así. Sé que estás avergonzado. Pero no me mientas. Papá, lo sé todo».

—Tan sólo contesta las preguntas que te hagan, Joey —estaba diciendo su padre—. Sé sincero. —Puso énfasis en esa palabra una vez más—. Sincero, recuérdalo.

—Claro que sí, papá —contestó Joey obediente, sabiendo que su padre esperaba que no fuera sincero... y que su madre se moriría si lo fuera. Se preguntó si podría oír los cuchicheos de las mentes de los profesores. ¿Qué ocurriría si no pudiera oírlos? ¿Cómo podía saber qué debía contestarles si no oía los cuchicheos? Si no podía oírlos no sabría qué contestar y, entonces, ¡su madre se moriría!

Palideció y se sintió como si fuera insensible, como en un trance mortal y aburrido al tiempo que avanzaba a través del vestíbulo hacia uno de los despachos, lejos de las grandes aulas.

—Ésta es mi esposa y éste es mi hijo, doctor Martin —decía su padre. Luego se dirigió a su madre—: El doctor Martin es el asistente del doctor Ames.

«El niño está muy asustado». El pensamiento le llegó claro e inconfundible procedente de la mente del doctor.

—Ya no —dijo Joey, y no se dio cuenta de que, aliviado, lo había dicho en voz alta. ¡Podía oír!

—¿Decías, Joey? —El doctor Martin dejó de saludar a la madre y, muy rápidamente, dirigió su mirada penetrante a los ojos de Joey. Sus ojos azules mostraban signos de exclamación acentuados por el alzamiento de las cejas rubias en una cara redonda.

—Pues claro que es el asistente del doctor Ames —su padre le corrigió enérgicamente, con un filo cortante tras las palabras. «Estúpido loco, ya empiezas a mostrarte como eres».

Aquello no era lo que el niño quería decir. El doctor Martin se atormentaba con ese pensamiento. «Tuve la idea de que el niño estaba muy asustado e, inmediatamente, dijo que no lo estaba. También, en el mismo momento, todos los síntomas patológicos del temor desaparecieron. Sí, si consideramos como marco la telepatía, todas las cosas que Carter nos ha dicho esta mañana encajan perfectamente. No había pensado en esa posibilidad. Y sé que ese viejo loco de Ames nunca querrá tener en cuenta la posibilidad de la telepatía».

Si existía una mente cerrada a la percepción extrasensorial, era la del doctor Ames. ¿Psicología ortodoxa?

—Aquí no enseñamos otra cosa que psicología ortodoxa, doctor Martin —le había dicho Ames—. La obligación de algunos de nosotros es insistir en que una teoría haya resultado probada por el tiempo y la tradición. No iremos zigzagueando de un lado a otro del camino, aceptando teorías tan insustanciales como el humo del tabaco que las subvenciona.

Y eso en cuanto a la percepción extrasensorial. Muy bien, incluso Rhine dice que el amplio campo de la psicología, a pesar de toda la evidencia existente, todavía no acepta el hecho de la percepción extrasensorial.

Pero si este niño fuera un telépata... un verdadero telépata. Si hubiera alguna posibilidad de que... ¡Si esa respuesta y la desaparición de los síntomas del miedo no fueran sólo una coincidencia!

Pero recordar otra de las advertencias de Ames puso en sordina su alegría.

—Nuestro fundador, Jacob Steiffel, era un hombre juicioso. Creía en el progreso, Martin, como hago yo. Pero el progreso a través de pruebas conservadoras. Dejemos que otros hagan el loco, nuestro trabajo es preservar el baluarte de la solidez científica.

—El doctor Ames todavía no ha llegado —dijo Martin de repente a los padres de Joey—. Ha tenido que ir al despacho del rector de la universidad. Pero, mientras tanto, dejen al niño conmigo. Hay algunas pruebas preliminares que hacer y tengo competencia para hacerlas yo mismo. —Se dio cuenta de las implicaciones amargas de su comentario, y se convenció a sí mismo de que esa gente no era tan sutil como para captarlas.

—De cualquier forma, tengo trabajo que hacer —dijo el padre de Joey. Su alivio era evidente por no tener que seguir allí de pie, y lo utilizaba para representar el papel del sirviente siempre fiel.

—Usted puede esperar aquí en esta habitación, señora Carter —dijo el doctor Martin a la madre de Joey. Abrió una puerta y la acompañó a una pequeña sala de espera—. Hay revistas. Póngase cómoda. Esto nos puede llevar una hora o algo así...

—Gracias, doctor. —Era la primera vez que ella hablaba y la voz contenía todo el temor y el respeto que sentía. También un hilo de resentimiento. No era justo: algunos tenían tantas ventajas para alcanzar una alta educación. Otros... Pero el resentimiento estaba ahogado por el temor y el respeto. Éstos no eran doctores normales. ¡Eran doctores que enseñaban!

Se sentó tímidamente en el borde de una silla de madera, la más dura de la habitación. La pluma roja que llevaba en el sombrero se inclinó, pero su espalda siguió erguida.

Joey percibió cómo el doctor pensaba: «Tranquilízate, mujer. No vamos a despellejarlo vivo». Pero el doctor, simplemente, cerró la puerta. Joey todavía podía verla sentada allí, a través de la puerta cerrada, sin tranquilizarse, sin hacer el gesto de tomar una revista. Los labios seguían muy apretados contra los dientes, para lograr que la plegaria no fuera visible: «Dios mío, por favor, Dios mío...».

El doctor Martin volvió tras cerrar la puerta y condujo a Joey hasta una silla cercana a la librería.

—Ahora, siéntate ahí y tranquilízate, Joey. No vamos a hacerte daño. Sólo voy a visitarte y hacerte algunas preguntas. —Pero su mente iba de aquí para allá en torno a sus deseos. «Mejor empezar con los *test* de inteligencia rutinarios y dejar el Rorschach para Ames. Ahora que se trata de un *test* estándar, lo utilizará. También le dejaré las asociaciones de palabras. Ésos son rápidos. Tal vez puedo hacer el multifásico; no, mejor lo dejo también para Ames. No le da crédito, pero le hará sentirse muy moderno y en la cresta de la ola al usarlo. No debo olvidar que sólo soy uno que pasa por aquí. Me gustaría poder hacer pasar al niño por ese *test* de la baraja de Rhine sobre percepción extrasensorial, pero si Ames llega y me pilla haciéndolo...».

El teléfono del despacho sonó, y Martin respondió a toda prisa. Era del despacho del rector.

—El doctor Ames me ha dicho que le diga que va a estar ocupado durante una hora —dijo su interlocutor desinteresadamente—. El paciente tendrá que esperar.

—Muchas gracias —dijo Martin lentamente. Joey percibió cómo se animaba. «Puedo hacerle pasar algunas de las cartas de Rhine. Tengo que saberlo. Ojalá pudiera irme de este lugar, estar en otra facultad donde hubiera algo más de libertad para la investigación. Ojalá Marion no estuviera tan ligada a este lugar con su familia y ese pequeño grupo social que dirige. “¡Mi marido es asistente del decano de psicología!”. Para ella eso es mucho más importante que cualquier sentimiento de frustración que yo pueda tener. Si he de irme de aquí a un lugar en el que pueda trabajar, trabajar realmente, eso significaría dejar esta ciudad. Marion no querrá hacerlo. Es la gran ranita en este pequeño charco. Y sigue atada a sus padres... Y yo a

Marion. Si alguien necesita ayuda psicológica, ése soy yo. Ojalá tuviera el valor de...».

Joey, como le ocurría con frecuencia con los adultos, no lograba comprender todas las palabras y frases, pero los indicios somáticos de indecisión y desesperanza le inundaban, haciéndole casi boquear por el sofoco.

Martin se dirigió a su mesa con una repentina resolución, y tomó un delgado mazo de cartas de la parte más interior de uno de los cajones.

—Antes de nada, vamos a jugar un poco, Joey —dijo cordialmente, mientras se sentaba ante la mesa y tomaba una hoja de papel—. Hay veinticinco cartas en esta baraja. Cinco de ellas tienen un círculo, cinco una estrella, una línea ondulada, una cruz o un rectángulo. ¿Sabes lo que es un rectángulo, Joey?

Joey no lo sabía, pero la visión de un rectángulo apareció en su mente.

—Sí, señor —respondió Joey—. Es algo parecido a un cuadrado.

—Muy bien —dijo Martin con un signo de aprobación, mientras hacía una anotación mental sobre el hecho de que el niño no tendría que conocer esa palabra y, en cambio, la conocía—. Ahora voy a mirar las cartas, una cada vez, y tú tienes que adivinar cuál es el dibujo que tiene. Voy a apuntar lo que hay en la carta, y lo que tú dices que es, y luego veremos cuántas has acertado.

«¡Demasiado poco tiempo! ¡Demasiado poco tiempo! Pero tal vez sea suficiente para ser significativo. Aunque sólo se descubriera un indicio. Muy bien, ¿te imaginas si lo logras?». Tomó la primera de las cartas y la miró, la sostuvo con mucho cuidado para que Joey no tuviera ninguna oportunidad de ver el dibujo de la cara delantera.

Un círculo apareció con sorprendente claridad en la mente de Joey. Y el círculo contenía una imagen de la madre de Joey, sentada en el borde de la silla, en la otra habitación, rezando sin parar una y otra vez: «No permitas que le encuentren algo malo. No permitas que...».

—Un cuadrado —dijo Joey rápidamente. Notó el matiz de disgusto en la mente de Martin al anotar lo correcto y lo falso—. «En cualquier caso, no se trata de un telépata perfecto».

—Muy bien, Joey —dijo Martin en voz alta—. La carta siguiente.

—¿He acertado ésta? —preguntó Joey con rapidez.

—Se supone que no debo decírtelo —contestó Martin—. No hasta el final del juego. —«Muy bien, el niño muestra una curiosidad normal. Parece que no está demasiado ansioso, lo que algunas veces amortigua el factor de la percepción extrasensorial». Tomó la carta siguiente. Joey vio que contenía una cruz.

—Estrella —dijo con seguridad.

—La carta siguiente —continuó Martin.

Fue al llegar a la carta número veinte cuando Joey percibió un nuevo pensamiento en la mente de Martin. Había un aumento de la excitación. No había dado ninguna respuesta correcta. Rhine decía que un resultado negativo podía ser tan significativo y revelador como un resultado positivo. «Debería acertar una de cada cinco cartas.

Cinco de las veinticinco para cumplir con las leyes de la estadística». Martin tomó la carta número veintiuna y la miró. Era una línea ondulada.

—Una línea ondulada —respondió Joey. De nuevo percibió el disgusto en la mente de Martin, esta vez porque había roto la larga secuencia de incorrecciones.

La carta número veintidós era una estrella.

—Estrella —dijo Joey.

Y las otras tres resultaron igualmente correctas. Joey había acertado cinco de las veinticinco, tal y como requerían las leyes de la estadística. La pauta que seguía la secuencia de aciertos era un tanto extraña. ¿Qué dirían las leyes de la estadística de una pauta como aquélla? Inténtalo de nuevo.

—Vamos a probarlo de nuevo —sugirió Martin.

—Se supone que al final del juego tenía que decirme si acerté o no —le recordó Joey.

—Acertaste cinco, Joey —dijo Martin sin comprometerse a nada.

—¿Es un buen resultado?

—Un valor medio —dijo Martin, y le echó una rápida mirada. ¿No era un tanto exagerada esa voluntad de agradar?—. Sólo un valor medio. Volvamos a intentarlo.

Esta vez Joey no cometió el error de esperar hasta el final del mazo de cartas antes de acertar el número correcto de cartas. El doctor había dicho que debería acertar una de cada cinco cartas. Joey no sabía nada de estadística. Obedientemente acertó la quinta carta cada vez. Cuatro errores y un acierto. Y, de nuevo, la excitación de Martin aumentó al llegar a la carta número veinte. Se preguntaba cuál era la probabilidad de que el niño tuviera exactamente cuatro errores seguidos y, luego, un acierto, una y otra vez, en un orden perfecto.

Inmediatamente Joey acertó dos cartas seguidas. Y percibió el disgusto de Martin. La pauta de la secuencia se había roto de nuevo. Y, después, un nuevo aumento de la excitación que era cuidadosamente contenida.

—Hagámoslo otra vez —dijo Martin. Y se susurró enérgicamente a sí mismo: Esta vez debe acertar una de cada dos, para ser sólo un niño promedio.

Joey estaba desconcertado. Parecía haber un doble pensamiento en la mente de Martin, una tensión que el niño no podía comprender. Vaciló, y después, nada convencido, con la duda ininterrumpida de si estaba haciendo lo correcto, empezó a acertar una de cada dos cartas.

Hacia la mitad del mazo de cartas, Martin dejó caer la baraja. Joey captó el destello de una alegría no disimulada en su mente y se echó hacia atrás en su silla con desesperación. Lo había hecho mal.

—Muy bien, Joey —dijo Martin con tranquilidad. Había una sonrisa de tierna amargura en torno a sus labios—. No sé por qué. Debes tener tus razones, y deben ser terribles. ¿Crees que podrías hablar conmigo? ¿Podrías contarme cómo lo haces?

—No entiendo lo que quiere decir, doctor Martin —mintió Joey. Tal vez si no admitía nada...

—Al evitar seguir una pauta determinada, Joey, creaste una nueva pauta. Cada vez, en cuanto me di cuenta de que estabas siguiendo una pauta no habitual, tú la cambiaste inmediatamente. Pero eso es también una determinada secuencia, una pauta. —Y entonces preguntó, con sequedad—: O no comprendes nada de lo que digo.

—No, señor —dijo Joey—. Me temo que no sé de lo que habla. —Pero sí lo había comprendido. El concepto completo de una pauta establecida de respuestas como opuesto a una serie de respuestas al azar saltó de la mente de Martin a la suya—. ¿Lo intentamos una vez más? —preguntó esperanzado. A toda costa tenía que conseguir que la mente de Martin rechazara la idea de que había algo excepcional en él. Esta vez, y ya para siempre, sabía que debía evitar cualquier tipo de pauta. Sólo una oportunidad más.

—No te culpo, Joey —respondió Martin con tristeza—. Si has mirado en mi mente, muy bien, no te culpo. Aquí estamos. Eres un telépata y te asusta que se sepa. Yo soy un psicólogo, se supone que lo soy, y me da miedo investigar eso. Un par de tipos que tienen agarrado un tigre por la cola, eso somos, Joey, ¿no es así? Parece que lo mejor sería que nos protegiéramos el uno al otro, ¿no te parece, Joey?

—Sí, señor —respondió Joey intentando retener las lágrimas de alivio—. No se lo diré a mi madre, ¿verdad? ¿Y a mi padre? —Ya sabía que Martin no se atrevería a decírselo a Ames.

—No se lo diré a nadie, Joey —respondió Martin de nuevo con tristeza—. He de conservar mi trabajo. Y en esta juiciosa y poderosa institución creemos sólo en la psicología ortodoxa. Lo que tú puedes hacer, Joey, simplemente no existe. Así lo dice el doctor Ames, y el doctor Ames siempre tiene razón. No, Joey —suspiró—. No se lo voy a contar a nadie.

—Tal vez el doctor Ames me engañe como usted me ha engañado —dijo Joey nada convencido pero sin resentimiento—. Quizá con esos papeles con la mancha de tinta, o con ese montón de cartas con el «sí» y el «no».

Martin le echó una rápida mirada.

—Lo haces siempre de forma perfecta, ¿no es así? —Suprimió una pregunta y la convirtió en afirmación—. Vas más allá de las palabras y ves la imagen del pensamiento real en sí mismo. No, Joey, en este caso no creo que el doctor Ames pueda engañarte. Creo que podrás mantenerte por delante de él.

—No lo sé —dijo Joey sin ningún convencimiento—. Todo resulta tan nuevo. Demasiadas cosas en las que pensar a la vez.

—Intentaré estar en la habitación con los dos —prometió Martin—. Pensaré cada vez en la respuesta normal. El doctor Ames no insistirá mucho. Nunca lo hace. Ya conoce todas las respuestas.

—Gracias, señor —dijo Joey, y a continuación prometió—: Yo tampoco le diré nada de usted.

—Muy bien, Joey. Será mejor que terminemos el *test* de inteligencia antes de que

llegue. Casi ha pasado el tiempo. Supongo que lo mejor será que saques un cociente intelectual alrededor de cien. Y mejor que falles algunas preguntas al azar, de manera que no aparezca ninguna pauta definida que él pueda percibir. Muy bien, vamos allá. Dime qué es lo que está mal en esta frase...

Las pruebas habían terminado. Joey estaba sentado tranquilamente en la silla, miraba al doctor Martin mientras éste ordenaba unos trabajos de estudiantes en la mesa, y también veía cómo éste intentaba no pensar en Joey. Contempló a su madre en la sala de espera, todavía sentada en el borde de la silla, donde había estado durante las dos últimas horas, sin moverse, con los ojos cerrados, con los labios siempre apretados. Contempló al doctor Ames, sentado en su despacho, revolviendo distraídamente algunos papeles, comparando los valores de las notas que había tomado sobre las reacciones de Joey.

Pero el desorden cercano de la mente del doctor Martin ahogaba el miedo de su madre y el creciente disgusto del doctor Ames.

«Se trata de elegir entre Joey y conservar mi trabajo. No importa el cuidado que pueda tener, Ames se dará cuenta. Y una vez que te han echado de una facultad, es casi imposible obtener un trabajo parecido. Todo este asunto subversivo, este miedo de investigar cualquier cosa que esté al margen de las ciencias físicas y que no sea estrictamente ortodoxo. No importa qué explicación les dé, sospecharán que soy un subversivo. Oh, ¡Marion, Marion! ¿Por qué no puedo contar contigo, contar con que me apoyarás? O tal vez te esté utilizando sólo como excusa. ¿Tendría el valor necesario aunque no hubiera una Marion?».

Se frotó los ojos con la mano, como si así pudiera eliminar la visión de un mundo en el que no existiera una Marion. Y lo reemplazó por un mundo donde el miedo constante a convertirse en la excusa utilizada por un político ansioso de publicidad hubiera reducido la investigación a la nada. Casi había olvidado que Joey estaba sentado en la misma habitación y que podía seguir incluso hasta la somatización de sus pensamientos.

De forma consciente, empujó el problema a un rincón escondido de su mente y se concentró en las palabras del trabajo que estaba corrigiendo. Las palabras resaltaban con brillante claridad, ya que eran un reflejo del hilo de sus propios pensamientos.

«... entonces resulta evidente que, de la misma forma como las ciencias físicas van variando sus técnicas de unos materiales a otros para alcanzar el máximo resultado, la psicología deberá obtener el mismo grado de consentimiento para llegar a ser flexible. Sugiero que la metodología objetiva de las ciencias físicas nunca nos permitirá saber del hombre. Sugiero que nuestro enfoque debería ser el de una nueva ciencia, tal vez a partir de la somática y de la metodología que de ella deriva».

El doctor Martin apartó el trabajo. Tenía que advertir a ese estudiante. Todo su esquema de pensamiento era una violación de la psicología ortodoxa. Ames habría crucificado a ese muchacho si hubiera leído el trabajo. ¿Se atrevería a advertir al

chico? Los estudiantes eran tan poco cuidadosos y prestaban poca atención a la ética. Casi podía oírle cuando dijera en el bar:

—Martin me dijo que no insistiera en mi forma de pensar si deseaba llegar a graduarme.

Y el coro que le respondía desde todos los rincones de la habitación, el canto de Tannenbaum:

*Oh, Steiffel, acabarás ahogándonos,
¡Todos debemos pensar como hacían nuestros abuelos!*

Sería mejor darle al estudiante una mala nota en ese trabajo y dejar que él mismo sacara la conclusión. Valía la pena ser ortodoxo.

Con el pulgar y el índice se pinzó un trozo de piel de la frente formando una gruesa arruga, rascándola con saña con los otros dedos, obteniendo placer del hecho que el dolor de su carne aligerara el dolor de su espíritu. «¡Si tan sólo ese niño nunca hubiera venido por aquí!».

El hilo de sus pensamientos quedó interrumpido en la mente de Joey por la escena que ahora tenía lugar en la sala de espera. El doctor Ames se sentaba en una silla cercana a la de su madre.

—Oh, no, no, no, no, señora Carter —decía para consolarla—. No esté tan asustada. No hay ningún problema con su hijo. Nada de nada... por ahora. En realidad nunca me he encontrado con un niño tan común. Promedio en todo.

De modo característico, no se había dado cuenta del aspecto más vital, un aspecto que también Martin había olvidado cuando pensaba en las respuestas correctas para que Joey pudiera decirlas... Ningún niño podía alcanzar unos valores tan exactamente promedio como los que había obtenido Joey. Nunca se le ocurrió a Ames pensar que, en psicología, la media es un concepto estadístico, que nunca habría de ser el resultado exacto obtenido por un individuo.

—¿Se dio cuenta de que dije «por ahora», señora Carter? —dijo Ames subrayándolo—. Es su único hijo, ¿no es así?

—Sí —la madre de Joey sólo susurró la palabra. Su temor no había menguado. Sabía que los doctores a veces no decían toda la verdad. En los seriales siempre empezaban siendo amables y confortándote, y sólo gradualmente te dejaban conocer la horrible verdad.

—Lo supuse —dijo Ames con intención—. Y como ocurre con muchas de las familias con un hijo único, le han mimado demasiado. Lo han consentido tanto que ahora deberán tomar medidas muy severas.

—Es todo lo que tenemos, doctor —dijo ella con voz dudosa.

—Y por eso querrán que crezca y se convierta en un hombre hecho y derecho. Un hombre como su esposo, por ejemplo. Un niño es un ser muy peculiar, señora Carter.

Cuanta más atención le preste, más atención necesitará.

De manera inexorable siguió con el desarrollo de su punto de vista.

—Sus cuerpos pueden ser pequeños, pero sus egos son enormes. Aprenden pequeños trucos para captar la atención de los demás. Y luego los añaden a otros trucos. Son pequeños monstruos insaciables. Nunca tienen bastante. Una vez que te han tenido bajo su pulgar, te estrujan hasta la muerte. Lo intentarán todo, cualquier cosa, lo que sea, para conseguir una atención especial, una atención constante. Eso es lo que ha sucedido con su pequeño Joey.

—No estoy segura de haberlo comprendido, doctor.

—Bien, señora Carter, para decirlo francamente, Joey ha estado exagerando, dice mentiras y les mantiene preocupados y temerosos de manera deliberada, para que así le presten una mayor atención. No ha sido capaz de engañar de la misma manera a su padre, de forma que, de acuerdo con el complejo de Edipo, ha intentado tenerla sólo para él, apartándola de su padre, metiéndose entre ustedes. Su marido es un buen hombre, un buen trabajador, pero su hijo intenta que usted se vuelva contra su marido para que así él pueda obtener toda su atención.

Disfrutaba con el desarrollo de su lógica, sin escatimar el impacto que pudiera tener sobre ella. Siguió hablando.

—Y eso puede ser malo para el niño. Demasiada atención es como demasiados dulces. Les pone enfermos. —Se aprestó a utilizar con ella un viejo truco, confundiéndola deliberadamente e impresionándola con su gravedad, con su saber—. ¡Si esto continúa así, el niño puede fácilmente convertirse en un esquizofrénico catatónico!

Los ojos de la madre de Joey se abrieron de forma desmesurada mientras su boca permanecía abierta. El horror de lo desconocido era peor que la realidad.

—¿Y qué es eso, doctor?

El doctor, gratificado con esa reacción, se sacó de la chistera otro viejo truco.

—Bueno... eh... sin los conocimientos previos necesarios... no sé si... bueno, en un lenguaje para legos, señora Carter, podríamos definirlo de manera aproximada como una forma incurable de locura.

—Oh. ¡No! ¡No! ¡Mi Joey no!

El doctor se echó hacia atrás en la silla. En este mundo cambiante de anarquía mental, era bueno comprobar que todavía había algunos que conservaban el necesario y adecuado respeto, que otorgaban el justo valor a las palabras de un hombre de ciencia. Esos muchachos faltos de respeto que encontraba esos días en las clases, ¡esa generación joven! Sin ningún respeto ante nada, aquel joven que había tenido que expulsar.

—Tan sólo díganos los hechos y deje que nosotros saquemos nuestras propias conclusiones. Las suyas no han sido muy útiles que digamos... —había dicho aquel estudiante realmente impertinente.

Sí, en contraposición era gratificante ver que todavía había algunos que

reconocían el valor de un hombre de su posición.

—Pero pueden evitarlo, señora Carter —se inclinó de nuevo hacia delante—. Joey tiene ocho años. Ya no es un niño. Ya es hora de que se comporte como un pequeño hombrecito. Hace novillos en la escuela, dice que los profesores le detestan. ¿Por qué, señora Carter? ¡Cuando yo tenía ocho años, me levantaba de la cama antes de amanecer, hacía los trabajos de la granja sin ninguna queja, y andaba tres kilómetros a través de la nieve para tener el maravilloso privilegio de ir a la escuela!

»Esto es lo que deben hacer. Tómelo como una prescripción facultativa, y ya sabe lo que puede ocurrir, cuál puede ser el castigo si no atienden la prescripción. Ha de dejar de mimarlo. Basta de malcriarlo. No preste atención a sus trucos. Deje que su padre intervenga, señora Carter. El niño necesita la mano de un hombre fuerte y duro.

»Han de obligarle a jugar con otros niños. Un ojo morado de vez en cuando nunca hace daño a un niño sano y auténtico. Su niño debe estar ahí, pelearse con los demás, merecer su lugar entre ellos, de la misma manera que va a tener que luchar y pelear para alcanzar su lugar en la sociedad.

A la mujer se le escapó un suspiro, casi un sollozo. «Un doctor sabe. Y este doctor enseña a otros doctores». Alivio de la tensión, miedo de las terribles palabras que el doctor había dicho. Y una repentina cólera, cólera por sí misma, por Joey. La había engañado. Su hijo le había mentado, había traicionado su amor por él, imaginado y exagerado todo tipo de cosas terribles sólo para preocuparla. Se levantó de repente, con la cara pálida por el pesar y la rabia.

—Gracias, doctor. Muchas gracias. Lamento haberle molestado y haberle hecho perder el tiempo. —Su humillación era completa.

—No hace falta que me dé las gracias, señora Carter. Encantado de poder ayudarles. Hemos llegado a tiempo. Si esto hubiera continuado sólo un poco más...

Dejó la frase colgada en el aire, ominosa. Le dio una suave palmadita de forma paternal, y se volvió ausente hacia otras cosas, despidiéndola.

Joey la vio abrir la puerta y entrar en la habitación donde él se encontraba.

—Vamos, Joey —dijo ella con firmeza.

El doctor Martin no alzó la vista de los trabajos que estaba ahora corrigiendo a toda velocidad, con una intensidad casi furiosa, tachando agriamente con el lápiz rojo cualquier pensamiento que se apartara de la ortodoxia. Pero aun cuando tachaba, cuestionaba, el pensamiento crepitaba en su mente. «Puedo escribir una carta anónima al doctor Billings de... Oh, sí, eso es lo que tengo que hacer. Y luego quedará fuera de mi alcance hacer nada más. Si Billings decide ignorarlo todo, es su problema».

Joey siguió a su madre fuera de la habitación y bajaron hacia el vestíbulo. Ella iba delante de él, apresurada, con los ojos irritados por la cólera y la humillación, sin preocuparse por si él la seguía o no.

En una esquina del patio de la escuela, los niños jugaban a la pelota. Joey sabía que le habían visto venir por la acera, solo, pero que, intencionadamente, no le

prestaban ninguna atención.

No intentó unirse a ellos. Aunque no le miraran, podía oír el odiado estribillo cantado en el fondo de sus mentes:

*El loco Joey,
¡Vaya un imbécil!
Ojalá se caiga y se rompa el cuello*

Era simplemente el resentimiento porque él era distinto. Su deseo inconsciente de que tropezara y cayera, de vez en cuando, como a veces les ocurría a ellos. Se dio cuenta de que debería aprender a hacerlo él también. Luego se estremeció. No, eso ya no importaría si su plan se realizaba.

Siguió caminando hasta pasada la valla del patio. Los niños estaban concentrados en el juego de pelota.

Sin ninguna advertencia, le cubrió una calidez que cantaba simpatía, esperanza, alegría. Se detuvo y miró a su alrededor sin ver a nadie. A pesar de todo, esa sensación somática había sido cerca..., muy cerca.

Y entonces lo vio. Un perro sucio de orejas caídas le miraba burlón desde la parte inferior de un arbusto cerca de la puerta del patio. Pensó en el perro y vio cómo la cabeza de éste se alzaba. Siguió ambos de pie, mirándose el uno al otro, dejando que la calidez, la ternura y el afecto les embargaran completamente. Tan solitarios. Ambos habían estado tan solos.

Joey se arrodilló y empezó a susurrar.

—Ahora mi madre está muy enfadada conmigo. Por eso no puedo llevarte a casa.

El perro inclinó la cabeza a un lado y le miró.

—Pero te conseguiré comida —prometió Joey—. Podrás dormir bajo las escaleras de la entrada y nadie lo sabrá si te ocultas bien y no dejas que te vean.

El perro le lamió la cara con una lengua rosada. Joey acarició el pelo sucio del cuello del perro.

—Pensaba morir —susurró Joey—. Pensaba morir tan pronto como mi madre dejara de estar enfadada conmigo. Iba a esperar hasta entonces porque no deseo que se culpe a sí misma más tarde. Puedo hacerlo, ya lo sabes. Puedo hacer que mi sangre se detenga, o que mi corazón deje de latir. Hay cientos de maneras. Pero tal vez ahora ya no tenga que hacerlo. No moriré hasta que lo hagas tú. Y eso será dentro de mucho tiempo, mucho mucho tiempo. Ya sabes, si puedo hacer que un corazón se pare y deje de latir, también puedo hacer que siga haciéndolo.

El perro movió la achaparrada cola, y luego se puso rígido entre los brazos del niño.

«Sí», pensó Joey con rapidez dirigiendo ese pensamiento hacia el perro. «Sí, sé que los niños nos están mirando. Haz como si...». El pensamiento le hizo daño, pero

lo expresó a pesar de todo. «Haz como que no te gusto, como si me odieras...».

Lentamente el perro se apartó de Joey.

—¡Aquí, perrito, perrito! —gritó Joey.

El perro le obsequió con un ondulante movimiento de la corta cola.

«¡No! ¡No!», pensó Joey con desesperación. «No, no dejes que lo sepan. Van a hacerte daño si lo saben. Son... La gente es así».

El perro se echó hacia atrás un paso más y elevó el hocico con un gruñido.

—¡Ja, ja, ja! —Gritaron los niños—. Joey ni siquiera puede hacerse amigo de un perro.

Ahora estaban de pie formando un semicírculo en torno a él. Joey se alzó y les miró a la cara durante un momento. No había cólera ni resentimiento en el rostro de Joey. Ya nunca más los habría. Uno no se encoleriza con las cosas ciegas y desamparadas.

Sin una sola palabra empezó a andar calle abajo, alejándose de ellos. El perro se acurrucó a lo lejos en la esquina bajo el arbusto.

—¡Ja, ja! ¡El loco Joey! —gritaron de nuevo los niños.

Joey no miró hacia atrás. Ellos no podían ver. Ellos no podían oír. Ellos no podían saber. Sintió un acceso de piedad.

Los niños habían vuelto a sus juegos, discutiendo en voz alta a quién le tocaba batear.

El perro esperó hasta que la atención de los niños estuvo de nuevo completamente concentrada en el juego. Entonces salió de debajo del arbusto, y empezó a andar muy despacio, parecía ir a la ventura pero bajó por la calle en la misma dirección por la que Joey se había ido. Trotaba desmañadamente como suelen hacer algunos perros.

No le hizo falta husmear para encontrar la pista. La sabía.

SEGUNDA PARTE:
¡ESCÓNDETE! ¡ESCÓNDETE!
¡BRUJO!

Mark Clifton y Alex Apostolides

JONATHAN Billings, decano de Investigación Psicosomática de la Universidad de Hoxworth, oyó los golpes en la puerta de su despacho y levantó la vista del trabajo que estaba leyendo. Pero antes de poder pronunciar una invitación a entrar, la puerta se abrió.

Tenía que ser el señor Rogan, el Investigador Interno. Cualquiera otro hubiera esperado permiso para entrar.

Con expresión ausente, Billings lo contempló mientras cruzaba la puerta: un hombre pequeño, una cantidad negativa, alguien que usaba gafas con aros plateados con la esperanza de dar carácter a un rostro que carecía de él. También el pequeño portafolios que llevaba estaba profusamente decorado en plata, para proclamar su importancia tan poco habitual. Necesitaba esa parafernalia, y mucha más. Era el tipo de hombre que uno se olvida de presentar a los demás, y todo su aditamento sugería la determinación de exigir la atención que casi nunca recibía.

Fruncía el entrecejo en la cara anodina y, sin saludos preliminares, se apresuró hacia delante y dejó el nuevo ejemplar de la revista de la universidad en la mesa de Billings. Éste contempló la página que se le mostraba, y una caricatura de sí mismo le devolvió una astuta mirada.

Ése era el problema de tener una cara envejecida, muy envejecida, con miles de arrugas. Setenta años tranquilos habían sido tan poco amables como para poner demasiadas arrugas en esa cara. En una caricatura, y se las hacían a menudo en todo el país, esas arrugas podían acentuarse para hacerle aparecer noble y admirable o astuto e intrigante. Eso sólo dependía de a qué facción del público deseaba satisfacer el dibujante.

Esta vez, en la caricatura, era astuto. Y tenía un dedo orientado hacia los labios en un gesto de precaución y secreto. Había un texto en letra negrita bajo el dibujo:

«¡ESTABAS MUY EQUIVOCADO, ALBERT, RESPECTO A LA
NATURALEZA DEL UNIVERSO!»

Billings contempló la caricatura con una ligera sonrisa y se enfrentó a la acusadora expresión de los claros ojos azules de Rogan.

—Esto es muy irregular, doctor —dijo Rogan con dureza antes de que Billings pudiera hacer comentario alguno—. ¡Espero que no habrá estado cuestionando hechos indiscutibles! ¡Espero que no habrá estado sembrando peligrosas dudas en las mentes de los futuros ciudadanos! ¡Espero que sepa que el Congreso aprobó la inclusión de estos hechos en los textos escolares hace ya mucho tiempo! ¡Cuestionar todo esto ahora sería de lo más subversivo, sin mencionar el derroche de tiempo y de dinero de los impuestos de la gente!

Billings experimentó una repentina llamarada de enojo, una emoción que

consideraba muy poco adecuada en las actuales circunstancias. Ya debería haberse acostumbrado a este tipo de cosas. En los últimos treinta años, siempre había habido un Investigador Interno, algunos peores y otros no tan malos como Rogan, controlando lo que los profesores decían, las líneas de pensamiento a las que se dedicaban. Recordaba una larga sucesión de esos investigadores internos que habían acudido a su puerta, algunos resentidos porque Billings era mundialmente famoso y debía ser tratado con un cuidado especial, otros viendo en él una oportunidad de oro para su promoción personal si podían pillarle en alguna observación subversiva.

Del conjunto de los montajes de las acusaciones y de las trampas astutas escritas, un rostro destacaba claramente del resto. ¿Cuál era la observación que ese hombre había hecho? Oh, sí, ahora la recordaba.

—Soy completamente imparcial, doctor Billings —había dicho el hombre—. ¡Simplemente intento que ninguno de ustedes, los profesores, lleguen a decir nada que pueda poner en peligro nuestra libertad de expresión!

El recuerdo de ese increíble giro de la semántica, tan característico de aquellos días, eliminó el enojo de su mente, y se enfrentó al rostro de Rogan con la misma firmeza. El tono de su respuesta era tan alejado del que había utilizado Rogan que no podría ser acusado de Desprecio a un Investigador.

—Espero, señor Rogan, que sepa que trabajo en la psicosomática. Espero que sea consciente de que no tengo conocimientos ni cursos aprobados de astronomía y no me sentiría competente para hacer comentarios sobre esa ciencia.

Rogan golpeó tajante el dibujo con el dorso de los dedos. Había analizado de manera repetida y asidua las viejas películas en un intento por impartir autoridad con los propios gestos y actitudes.

—Y, entonces, ¿cómo explica esta caricatura, doctor? —preguntó con una expresión de triunfo, como la de quien se ha apuntado un tanto irrefutable.

La puerilidad característica del acto en sí eliminó los últimos restos de enojo e irritación de la mente de Billings, y éste sonrió en un gesto de genuina diversión.

—Pues imagino que el joven Tyler, su autor, se ha querido divertir un poquito —dijo con lentitud—. Le gusta hacer travesuras.

Los ojos de Rogan se iluminaron con satisfacción ante la posibilidad de un nuevo rastro a seguir.

—Un estudiante, ¿eh? —preguntó con rapidez—. Probablemente uno de esos de los cultos subversivos que intentan socavar la fe en nuestras instituciones.

—El dibujante es el joven Raymond Tyler, de Tyler Synthetics —dijo Billings con tranquilidad—. E hijo único de su familia, según tengo entendido.

—Ah —del rostro de Rogan desapareció instantáneamente toda sombra de sospecha—. Entonces se trata tan sólo de una travesura de chiquillos. —Siempre servil con sólo oír el nombre de una empresa tan poderosa—. Los jóvenes siempre actúan como jóvenes, ¿no, doctor?

—Éste en particular —Billings lo dijo con una pesada nota de ironía—. ¿Eso era

todo, señor Rogan? —Había un tono de inconfundible despedida en su voz. Incluso Rogan tenía que darse cuenta. El hombrecito se ruborizó y, de forma inequívoca, se sentó en una silla a modo de respuesta.

—No, doctor, era sólo un asunto preliminar —dijo—. Tengo un encargo de Washington para usted. Va a ser el director de una nueva línea de investigación.

—Todavía no he completado el trabajo en mi vieja línea de investigación, señor Rogan —le recordó Billings—. Indagar las causas de la Neurosis Ciudadana.

—Eso queda cancelado, doctor —dijo Rogan con firmeza—. Washington ya no está interesado en la Fatiga Ciudadana. —Tomó su adornado portafolios acariciándolo amorosamente al abrirlo, y de él extrajo un grueso fajo de papeles encuadernados en azul.

Billings hizo un gesto de impaciencia, como para indicar que muchos meses de trabajo no podían ser desechados tan fácilmente, e inmediatamente reconoció la inutilidad de ese gesto. Se reclinó de nuevo en la silla.

—Muy bien, señor Rogan —dijo con voz resignada—. ¿En qué me ordena Washington trabajar ahora?

Incluso tras treinta años de esa situación, Billings todavía no se había acostumbrado a que las universidades siguieran sometidas a los mismos principios mercantiles que las empresas, con órdenes y requerimientos que llegaban de las oficinas para decir a la gente de los laboratorios qué era lo que debían pensar cada día.

O tal vez eran ya más de treinta años. Era imposible trazar una línea que indicara cuándo había ocurrido. Posiblemente era ya una práctica creciente cuando él era estudiante de investigación o cuando era ya un joven profesor. La industria local acudía a la universidad con un problema. Ésta se mostraba orgullosa de prestar su colaboración, de mostrar que desempeñaba una labor práctica en la vida industrial de la nación. Empezaron a caer en el hábito de retrasar el trabajo en sus propias líneas de investigación básica y trabajar sólo en lo más inmediato que requería la industria. El hábito se convirtió en una costumbre. Muy pocas universidades vieron el peligro implícito y se rebelaron. De la noche a la mañana, la costumbre se convirtió en ley. Rebelarse contra una ley, aunque fuera una mala ley, era subversión.

Pero no debía dejar que su mente se abandonara vagabundeando en el pasado. Decían que era una señal de senilidad. Y, ¿qué era lo que Rogan estaba diciendo ahora? Y, ¿por qué ese hombre no le dejaba simplemente el *dossier*? ¿Por qué el hombre lo tenía que leer entero, palabra por palabra?

Las primeras páginas del requerimiento estaban repletas de jerga burocrática con muchas frases del tipo «por orden de», y «bajo la sanción de». ¿Por qué esas agencias del gobierno siempre sentían la necesidad de asustar a los ciudadanos? No lograba recordar ninguna comunicación gubernamental que no comportara una amenaza sobre lo que ocurriría si uno dejaba de cumplirla. Seguro que, tras siete mil años de intentos, los gobiernos deberían haber aprendido ya que las amenazas y los castigos

no eran la manera de lograr que se cumplieran sus designios.

Paseó la mirada por la habitación y frunció el ceño ante el noviembre grisáceo que se mostraba tras la ventana. La tímida y fría luz del atardecer hacía que el oscuro panel de madera de las paredes se viera deslucido y sucio. Los gastados muebles de estilo antiguo aún parecían más deteriorados mientras la voz del hombrecito leía interminable y aburridamente las frases.

—... Ya revisado... autorizado... oficial... máximo secreto... —Aparentemente a Rogan le gustaba el sonido de la jerga gubernamental y daba a cada frase toda su expresividad.

De forma gradual, un cierto sentido empezó a vislumbrarse ligeramente a través de toda la parafernalia legal. Tal y como Billings temía, se trataba de un viejo problema que sólo ahora surgía a la luz.

Era muy significativo, incluso aunque sólo unos pocos lograban darse cuenta del problema. En los últimos treinta años, no se había descubierto en las universidades ni un solo nuevo principio. No se había afrontado ni un solo problema que no hubiera sido planteado al menos treinta años antes. Era como si a algo que disponía de un tremendo impulso se le hubieran aplicado unos frenos muy potentes. Seguía habiendo un movimiento hacia delante pero, como ya era evidente para todo aquel que se molestara en verlo, se avanzaba con dificultad hacia la parada total.

Era extraño cómo la mente humana, una vez que era consciente de la inflexible presión de los límites y restricciones, rechazara pensar de manera constructiva. Había muchas habladurías sobre la indestructibilidad de la voluntad humana, sobre cómo ésta luchaba por avanzar más y más, superando todos los obstáculos. Pero era sólo cháchara, y de la más irresponsable. En realidad, la voluntad humana de progresar era el mecanismo más delicado que imaginarse pueda, y se negaba a ponerse en acción si las condiciones no eran precisamente las adecuadas.

En el medio millón de años del ser humano sobre la Tierra, sólo en veinte ocasiones había sido capaz de impulsarse a sí mismo por encima del primitivo nivel animal. Era también muy significativo que la gran mayoría de esas ocasiones hubiera generado ese impulso hacia delante tras un único estímulo y, a menudo, durante una única generación. El impulso alcanza su punto más alto cuando los gobernantes se sienten satisfechos y establecen restricciones en contra de cualquier cambio en el *statu quo*. Entonces empiezan, una y otra vez en todas las civilizaciones, el lento retroceso y la larga noche.

Siguiendo la moda típica de las directivas gubernamentales, el requerimiento de Washington decía lo mismo una y otra vez, aunque nunca tuviera éxito en llegar a decir claramente de qué se trataba. Las técnicas del ingenio humano habían superado las posibilidades de su tiempo de reacción. Un avión, lanzado violentamente a un desastre imprevisto, chocaría antes de que el piloto pudiera darse cuenta del peligro y reaccionara para poder evitarlo.

Para proteger la propia vida, el ser humano debe establecer un límite en la

velocidad que pueden alcanzar sus vehículos. Es cierto que ha intentado enfrentarse a esa situación inventando servomecanismos, pero la mayoría de ellos simplemente registra sus informaciones en un dial. La carlinga de las naves se convierte en una pared repleta de diales. Ningún ojo humano puede leer todos esos mensajes simultáneos y reaccionar en la forma que sugieren.

Y, también, los servomecanismos, por intrincados y maravillosos que lleguen a ser, son elementos ciegos y estúpidos, tan sólo capaces de seguir un único curso de acción.

Sólo la mente humana era lo suficientemente flexible y podía variar sus pautas de comportamiento para enfrentarse a la variabilidad de las posibles circunstancias. Pero la mente humana era demasiado lenta, demasiado poco eficiente, demasiado fácil de engañar. Era, se trataba de algo dado por supuesto, un elemento poco fiable.

Billings contempló el desarrollo de esa lógica inexorable en el requerimiento de Washington, con un temor creciente que empezó a ascender al nivel del horror. Empezaba a resultarle claro adonde debía conducir esa lógica. El requerimiento seguía con su línea de razonamiento: como sea que se disponía de armas que podían fijar un objetivo, seguirlo y golpearlo para destruirlo, el trabajo de la Universidad de Hoxworth era muy sencillo y únicamente consumiría escaso tiempo y muy poco dinero de los impuestos de la gente.

Simplemente se requería que la universidad invirtiera el conocido principio de la mecánica e hiciera que un avión, o un automóvil, o cualquier otro vehículo, nunca chocara con nada.

El requerimiento finalizaba con la propaganda usual. Para que los ciudadanos pudieran darse cuenta de cómo, una vez más, tras la guerra llegaban los grandes beneficios de la paz.

Rogan cerró la última página del requerimiento de Washington y miró a Billings con una expresión de satisfacción por haber comunicado las instrucciones del gobierno de forma concisa y completa.

—En otras palabras —dijo Billings con lentitud—, desean que diseñemos un servomecanismo que pueda prever el futuro, y establecer la pauta de una operación mecánica que pueda coincidir con ese futuro en el momento en que se convierte en presente. —Se dio cuenta de que su voz reflejaba incredulidad y que eso podía molestar a Rogan. Así fue.

—Yo creo que el requerimiento es claro, doctor —dijo Rogan decidido—. Y no hay ninguna dificultad en ello, ahora que Washington le ha mostrado la manera de resolver el problema. Lo mismo que hace un misil perseguidor del blanco, usted debe, simplemente, hacerlo a la inversa.

—Pero ¿por qué Washington me ha elegido a mí, señor Rogan? —preguntó con cautela Billings—. No soy un especialista en técnica mecánica ni un ingeniero. Trabajo con la mente y el cuerpo humanos, con su interacción. No sabría cómo afrontar este proyecto.

Sintió haberlo mencionado, ya que podría ser considerado un acto de Falta de Voluntad para Cooperar, que caía bajo una ley parecida aunque no exactamente la de subversión. Y era una locura preguntarlo, ya que el gobierno nunca tenía en cuenta la competencia al hacer un encargo... Actuaba en eso de manera perezosa a la gente al elegir el gobierno. Pese a todo, la pregunta le aportó excelentes resultados.

Rogan dudó, se tiró de los labios, y decidió no sacar provecho del resbalón del doctor.

—Normalmente Washington no suele tener que explicar las cosas a los ciudadanos —dijo—, pero me han dado instrucciones para que le responda. Este proyecto no es nuevo. Ya ha sido asignado antes... varias veces.

—¿Quiere decir que los ingenieros mecánicos lo han rechazado? —preguntó Billings.

—Por supuesto que quienes lo han hecho están ya cumpliendo sus condenas —dijo Rogan, y su voz implicaba que el doctor Billings podía unirse a esos condenados sin que el mundo perdiera gran cosa—. Pero hubo un punto de acuerdo en todos los juicios. Todos dijeron que eso significaría duplicar el trabajo que hace un cerebro humano, y que sería mucho mejor que nos dirigiéramos a un experto en el cerebro humano si queríamos saber cómo éste funcionaba. Y en eso estamos —finalizó Rogan triunfal.

Billings había pensado que estaba ya más allá de cualquier posibilidad de asombro, pero había minusvalorado su propia capacidad para la sorpresa.

—Señor Rogan —dijo de nuevo con lentitud, intentando no mostrar que estaba horrorizado por la estupidez de ese tipo de lógica—. No pongo en duda el acierto de Washington pero, para que quede constancia, tan sólo conozco unos pocos de los efectos secundarios de la actividad mental, no sé cómo trabaja la mente humana. No sé de ningún ser humano que lo conozca.

Se detuvo inmediatamente ya que, como en un destello, surgió en su mente la posibilidad de que hubiera uno que sí lo conociera: Joe Carter, un estudiante... un telépata.

La casa donde Joe vivía tenía casi un siglo, y no necesitaba la ayuda de la niebla y el polvo para tener un aspecto de persistente negligencia. El rótulo oxidado por las inclemencias del tiempo que anunciaba habitaciones para estudiantes parecía casi tan viejo como la casa, pero al menos no intentaba describirse engañosamente como jovial, radiante o confortable.

Billings dudó un momento ante los escasos escalones que conducían a la puerta delantera y, con cierto temor, se hizo una imagen mental de los dos largos tramos de escaleras de madera que debería subir para llegar a la habitación de Joe.

Por supuesto que podía haber llamado a Joe para que acudiera a su despacho, pero, esta noche, eso habría sido añadir un insulto a la injuria. Y, además, en su propia habitación el muchacho sería menos reservado que en el despacho o en alguna

de las clases.

Empezó el lento y cuidadoso ascenso de los escalones, abrió la puerta delantera que nunca estaba cerrada con llave ya que era evidente que allí no había nada que pudiera valer la pena robar, caminó por el corto vestíbulo y empezó a subir el primer tramo de escaleras. Echó una mirada hacia el vestíbulo de abajo, vio cómo la puerta de la casera se cerraba bruscamente, y sonrió. Ocurría lo mismo cada vez que iba a ver a Joe.

Había conocido a Joe doce años atrás. Primero había sido esa carta de Martin de la Universidad Steiffel, hablándole de un niño telépata de ocho años cuyos padres creían que estaba loco. El mismo Billings había ido al pequeño colegio de la ciudad para hablar con el niño. Llegó en un mal momento. La historia, tal y como se la habían contado, era que el niño había adoptado un perro abandonado. Los padres del niño habían llevado al perro a la perrera, donde lo habían sacrificado. Joe se había convertido en un niño silencioso y reservado y, ese día, no había respondido a ninguno de los intentos de Billings por hacerle hablar.

Doce años. Sin ser advertido, Billings había seguido los progresos de Joe en la escuela primaria y en la secundaria. Se había maravillado ante el continuo y nunca roto disimulo que el muchacho practicaba para esconder su talento único. Pero el disimulo tenía un coste de desconfianza. El muchacho crecía sin amigos y siempre en soledad.

Cada año Billings supervisaba los resultados escolares que Joe conseguía. Eran uniformes, monótonos, el equivalente a un aprobado justo. Estaba decidido a no parecer ni listo ni tonto, decidido a no hacer nada que pudiera molestar a nadie por ninguna razón. Como si su vida dependiera del hecho de pasar desapercibido.

Tanto sus compañeros del instituto como sus padres se sorprendieron cuando la Universidad de Hoxworth le ofreció una beca. Ciertamente que no era una gran beca, ya que los padres de Joe no tenían influencias y el mismo Joe no era ningún atleta. Como sea que no había en ello nada que pudiera proporcionar prestigio o beneficio a la universidad, no había resultado fácil, pero Billings la había conseguido, y sin tener que revelar las razones para ello.

Hizo una pausa y recuperó el aliento en el descansillo al superar el primer tramo de escalones. Luego reemprendió el ascenso. Podían decir lo que quisieran sobre lo sano y lo enérgico que se encontraba a sus setenta años, pero dos tramos de escaleras...

Doce años. Eso hacía que Joe tuviera ya veinte. Durante los tres últimos años había estado en Hoxworth. Y Joe se había comportado en la universidad de manera tan anodina como lo había hecho en el instituto.

Billings había intentado, muchas veces, hacerle hablar, despertarle a la vida. Había tenido una paciencia infinita, se había esforzado por irradiar simpatía y comprensión. Joe Carter se había mantenido siempre educado, amistoso, agradecido... pero cerrado. Billings había intentado mostrar que había entre ellos una

determinada comunión del espíritu, pese a los cincuenta años que les separaban... y Joe siempre había sido respetuoso, considerado y consciente del honor que representaba la amistad personal de un hombre tan famoso. Si Joe había llegado a saber quién le había conseguido esa beca universitaria, nunca había mostrado tal conocimiento.

Esta noche Billings iba a intentar un método diferente. Iba a sumergirse en el nivel habitual de interpretación de la comunidad del espíritu. Iba a pedirle reconocimiento y algo más a cambio de su actuación como benefactor.

Dudó ante la puerta forrada de madera, casi prefería volver escaleras abajo a mostrarse mezquino de tal modo. Y, entonces, antes de que lograra convencerse de no hacerlo, llamó con los nudillos a la puerta.

La puerta se abrió, casi inmediatamente, como si Joe hubiera estado esperando esos golpes. El rostro del muchacho mostraba reserva y escasa expresividad, como siempre. A Billings le pareció incluso que había una mayor cautela que otras veces.

—Entre, doctor —dijo Joe—. Le he oído subir las escaleras. Ahora mismo acabo de hacer un poco de café.

Había dos sillas ante una desvencijada mesita y dos grandes tazas chinas de las que se escapaban espirales de vapor. Una vieja cafetera se hallaba en el hornillo de gas. Como era de esperar, la habitación estaba escasamente dotada.

Los dos se sentaron en las sillas, unas sillas duras y poco confortables, y alzaron las tazas de café.

—Tengo un problema, Joe —empezó Billings—. Necesito que me ayudes. —De alguna manera presentía que ir directamente al tema, sin esgrima preliminar, sería mejor. Y, de acuerdo con esa idea, empezó a hablarle del nuevo requerimiento que Rogan le había comunicado aquella misma tarde. No hizo tampoco ningún esfuerzo para lograr que Joe hablara, para hacer que el muchacho aceptara tener talento telepático. Billings lo daba por supuesto y, a medida que iba hablando, se dio cuenta de que Joe no hacía ningún esfuerzo por negarlo.

Eso, al menos, le daba una posible esperanza. Cambió de repente a una manera aún más directa de tratar el asunto, a pesar de que sabía que los jóvenes se sentían casi siempre incómodos cuando un hombre mayor, particularmente uno que había tenido éxito, procedía así.

—¿Has pensado alguna vez, Joe, acerca de lo que vas a hacer en la vida? ¿En alguna forma en la que puedas dar una utilidad constructiva a tu talento?

—Una gran cuestión, por supuesto —contestó Joe sin dudar ni un momento—. Al menos en eso no soy distinto de la gente ordinaria. Quiere que trabaje con usted en ese cerebro sintético, ¿no es cierto, doctor? ¿Cree que puedo saber alguna cosa que usted ignora? ¿Es así?

—Sí, Joe.

—Esto puede destruir a la especie humana, usted lo sabe —dijo Joe con tranquilidad.

Billings notó cómo el tema salía a colación casi inmediatamente. Sintió un repentino escalofrío, y no se debía sólo a la inhóspita habitación sin calefacción en la que se hallaban sentados.

—¿Es eso lo que prevés que ocurrirá al final, Joe? —preguntó—. ¿O estás simplemente formulando una especulación?

—Soy imperfecto —respondió Joe tranquilamente—. A menudo veo unos segundos o minutos antes de que ocurran las cosas. De vez en cuando se trata de días o semanas, pero no con la misma exactitud. El futuro no está fijado. Pero este asunto me asusta. Temo que si hacemos una máquina que pueda pensar mejor que el ser humano, la humanidad no va a sobrevivir a ello.

—¿Piensas que el ser humano merece sobrevivir, Joe? ¿Después de todo lo que ha hecho?

Joe siguió en silencio, mirando fijamente la superficie de la mesa. Los segundos se convirtieron en minutos. El reloj barato del aparador desgranó su tictac durante un buen rato. El café de las tazas se enfrió. Billings tiritaba en el frío húmedo de esa habitación sin calefacción que contrastaba con las comodidades de los edificios de la universidad y con el lujo de las casas de la fraternidad. De repente sintió temor por la respuesta de Joe. Éste tenía al menos alguna idea de lo que era estar solo, de cómo sería ser el único de su especie, de ser un hombre que podía ver en un mundo de ciegos absolutos carentes incluso del menor concepto de visión. ¿Cuánta amargura acarrearía Joe desde su infancia?

—¿Cree usted que el ser humano ha alcanzado el punto máximo de su evolución, doctor? —preguntó Joe al fin, rompiendo el pesado silencio.

—No... —respondió Billings con lentitud.

—¿Podría ser que toda el área de la percepción extrasensorial se tratara de algo que ha estado latente, y que solamente ahora empieza a desarrollarse, de forma parecida a como lo hicieron en un momento dado las células fotosensibles de la vida primitiva animal? Tengo la sensación... —Hizo una pausa, y cambió la manera de expresarlo—. Sé que todos experimentan fenómenos de percepción extrasensorial a un nivel subconsciente. De vez en cuando, se presenta un fenómeno —usó el término sin amargura— que no dispone de la barrera para separar todo eso de lo consciente. Yo... Yo creo que la tendencia va hacia el desarrollo de los fenómenos de percepción extrasensorial y no en sentido contrario.

—¿Entonces crees que el ser humano debe disponer de la oportunidad de ir más lejos? —preguntó Billings.

—Sí —dijo Joe.

—¿Y crees que si descubre cuál es la verdadera naturaleza del pensamiento, al nivel en que lo utiliza, eso podría destruirle?

—Podría.

—¿Por qué?

—El ser humano es orgulloso, vanidoso, superficial, egoísta, supersticioso —dijo

Joe sin ningún tipo de énfasis—. Esa máquina, para que pueda hacer lo que Washington pide, debería usar el discernimiento, poder distinguir lo bueno de lo malo, lo correcto del error. El ser humano tiene el monopolio en esto... o cuando menos cree tenerlo.

—¿Qué quieres decir con eso de que «cree tenerlo»? —preguntó Billings, y sintió que estaba cerca de una puerta que podía abrirse a nuevos panoramas.

—Supongamos que digo que lo blanco es bueno y que lo negro es malo —dijo Joe tranquilamente—. Cualquier célula fotoeléctrica podría entonces distinguir el bien del mal. Suponga que decimos que muchos es correcto y pocos es un error. Cualquier máquina cibernética que se respete a sí misma ha de poder distinguir los errores de los aciertos.

—Pero en esos casos se trata de valores puramente arbitrarios, Joe —objetó Billings—. Establecidos por una conveniencia específica.

—Usted es también algo parecido a un historiador, doctor —le contestó Joe de forma un tanto indirecta—. ¿No son un poco arbitrarios todos los valores?

Billings empezó a pensar en cómo argumentar en torno a las características de la naturaleza intrínsecamente humana, el instinto para distinguir el bien del mal, la moralidad básica, las cosas que el ser humano cree que le mantienen al margen del resto de los animales. Se dio cuenta de que iba a contarle todo aquello a un telépata, que sería mejor atenerse sólo a los hechos.

—Por lo menos, el ser humano ha establecido arbitrariamente sus propios valores, Joe —dijo—. La célula fotoeléctrica o la máquina cibernética no pueden hacerlo. —A pesar de todo, le pareció entrever un retazo de cómo eran las cosas tras esa puerta que se abría, y calló inmediatamente.

—Hemos de destacar este hecho, doctor —dijo Joe con sinceridad—. El ser humano debe seguir adelante, durante un tiempo, pensando así; a pesar de la evidencia en contrario que demuestran los servomecanismos. No debería ser demasiado difícil establecerlo. El ser humano cree lo que desea creer. La mayor parte de las evidencias pueden ser retorcidas para filtrar a través de la pantalla una mezcla de prejuicios y tensiones, de forma que confirmen en lugar de confundir.

Billings sintió una oleada de aprensión. Casi deseaba no haber ido a ver a Joe para pedirle ayuda en aquel proyecto. Pero también sentía alivio. Joe, al usar la primera persona del plural, había indicado que trabajaría en el proyecto. Alivio, porque sabía que él no disponía de ningún conocimiento con el cual abordar el proyecto. Y creía que Joe sí poseía ese conocimiento.

La ilusión de una puerta que se abría persistía. Tras ella había oscuras sensaciones.

El trabajo no progresaba.

No se debía a falta de organización ni a ausencia de cooperación. Los científicos se habían adaptado desde mucho tiempo antes a que cualquiera de ellos podía dirigir

un proyecto, y no veían nada extraño en el hecho de que un especialista en psicosomática hubiera sido asignado al proyecto de hacer un nuevo servomecanismo.

La falta de progreso derivaba del hecho de que su objetivo no estaba claramente definido. A lo largo de los días que siguieron, Billings estaba preocupado, bastante más de lo que le gustaba admitir, por la advertencia de Joe a propósito de que la semántica de su objetivo debía quedar siempre distante de cualquier idea de duplicar el trabajo del cerebro humano. A pesar de que eso era precisamente lo que intentaban hacer.

Tampoco habían ayudado en nada algunos incidentes habidos en las reuniones, cuando uno u otro de los científicos del proyecto intentaba explicarle lo que estaban intentando hacer.

—Si quiere un servomecanismo —decía Gunther, el especialista en fotoelectricidad— que tome las mismas decisiones y actúe igual que lo haría el piloto humano de un avión, entonces debería duplicar los procesos mentales del piloto.

—Si intentamos duplicar los procesos del pensamiento humano, ¿por qué no hay otros psicólogos, además de usted, asignados al proyecto? —preguntó Hoskins, el especialista en cibernética.

Las preguntas no eran fáciles de desviar. Muchos de esos hombres eran científicos de primera fila y, de alguna manera, se hallaban entre amigos en los que confiaban. Hacían preguntas y esperaban las respuestas. La argumentación que Joe había insistido para que fuera la adoptada no les satisfacía.

—No debemos permitir que nos confundan los procesos del pensamiento humano —había replicado Billings—. Si nos dejamos empantanar en este tema no llegaremos a ninguna parte. Lo que estamos diseñando es una simple máquina y debe ser abordada desde un punto de vista meramente mecánico.

Sí, era poco satisfactorio, ya que era el mismo tipo de control mental que había cubierto el país. Debes resolver el problema, pero no se te permite explorar ni ésta, ni ésta, ni aquella opción en la búsqueda de una posible solución.

También Joe había sido una decepción. Billings había tenido éxito y lo había incorporado como secretario del proyecto. Nadie había hecho la menor objeción ya que ese puesto comportaba mucho trabajo burocrático, daba escaso prestigio, y la paga no era atractiva. Habría otros estudiantes asignados después, en las diversas etapas de la producción. Billings se hizo la anotación mental de asignar al joven Tyler a algo que pareciera particularmente impresionante. Las tendencias ocultas en aquella caricatura no debían olvidarse. En cualquier caso, la incorporación de Joe parecía bastante normal y le representó una buena cantidad de actividad.

Pero Joe no hizo otra cosa que archivar. Billings se encontró en la frustrante tesitura de haber manipulado la situación de manera que Joe estuviera allí para poder ser consultado sobre cómo tenían que proceder, pero Joe sólo daba respuestas vagas y evasivas. Los informes de progreso que iban a Rogan para que éste los hiciera llegar a Washington tenían muchas palabras pero decían muy poca cosa. Esto mantendría

ocupado a Washington durante un cierto tiempo, ya que la tendencia era medir la importancia de un informe por el grosor y el peso, pero era también algo peligroso en el caso de que alguien pensara que Billings estaba escamoteando algo, y ese alguien empezara a buscar un poco de jugosa publicidad.

Una de las típicas respuestas de Joe aportó resultados también típicos.

—Ya conocemos lo bastante para construirla —había dicho Joe con seguridad—. Disponemos de todos los principios básicos. Cuando queramos, podemos ya duplicar la acción del cerebro humano, al nivel actual de pensamiento. Sólo que si nos damos cuenta de que eso es lo que estamos haciendo, no vamos a querer hacerlo. Por lo tanto, a un nivel puramente mecánico, tan sólo nos hace falta juntar todos los conceptos y coordinarlos.

Todo aquello dio suma nula cuando Billings lo intentó. Siguió las sugerencias de los diversos departamentos, trabajando poco a poco, lo clasificó todo, desde los transistores del tamaño de la cabeza de una aguja a los paneles grandes como una ciudad de las máquinas cibernéticas. Aunque pensara que tenían ya el conocimiento adecuado, si es que lo tenían, para construir una máquina aislada capaz de tener en cuenta cualquier tipo de pauta que pudiera surgir al pilotar un avión, acabaría creando una acumulación tal de aparatos que llenaría el Empire State Building.

Exasperado, Billings llamó a Joe a su despacho. Estaban solos, y Billings no se anduvo con remilgos sobre la manera como Joe se había convertido en un estorbo para avanzar.

—¿Por qué quiere construir esa máquina, doctor? —preguntó Joe bruscamente—. ¿No tiene miedo de las consecuencias, si fracasa?

Billings no esperaba ese ataque por parte de Joe. A medida que iban pasando las semanas, había sentido una creciente necesidad de tener éxito, pero no había intentado verbalizar esos sentimientos. Ahora lo intentó para responder a Joe.

—Todos los hombres, quién sabe, desean encontrar un sentido a su vida —dijo con mucho cuidado, ya que notaba que ése era el punto crucial—. He pasado toda mi vida intentando saber, comprender. Todo lo que he aprendido parece converger en este proyecto. Di que estoy buscando un monumento, que ha de haber un punto culminante, un acontecimiento supremo. A todos los hombres les gustaría dejar tras de sí algo que perdurara, que proclamara «éste es el significado de mi vida».

Joe seguía en silencio y le miraba con calma. Billings se dio cuenta de que solamente había logrado expresar una parte de lo que sentía, tal vez la parte más insignificante. Tomó un cigarrillo, lo encendió, e intentó una nueva manera de decirlo.

—También le ocurre a una civilización —dijo—. Todas y cada una de ellas han obtenido algún gran logro, una especialización. No han sido todas iguales ni han tenido los mismos objetivos. Pero cada civilización que tiene éxito parece adoptar lo que puede de los logros de civilizaciones anteriores. Los sintetiza e incorpora a sus propios logros. Nuestra especialización ha sido el avance tecnológico. No hagas caso

del hecho de que todo lo demás lo hemos tomado prestado y no es apropiado para nosotros... Lo que nosotros hemos logrado es esto. Pero esto que hemos logrado podría no tener ningún sentido para una civilización futura a menos que le demos ahora un significado. De nuevo, una vez más, este proyecto recapitula y encierra en un único objeto el total de nuestra tecnología.

»Si el avance de la humanidad es hacia un intelecto más amplio, parece que deberíamos recapitular ese intelecto hasta este momento... si podemos. Y hacerlo en nuestro lenguaje, el de la tecnología. Es el único lenguaje que podemos hablar sin acento.

Joe seguía callado, y tiraba distraídamente de un deshilachado trozo de la cortina que colgaba a escasa distancia de su silla. Aunque deseaba ser constructivo, Billings se dio cuenta de que, para Joe, esa argumentación era fútil, sin esperanza y, además, destructiva. Un hombre anciano puede pensar con imparcialidad sobre los períodos de miles de años de la historia, y contemplar con escasa ansiedad la parte infinitesimal que su propia vida representa entre los trillones de seres humanos que han de vivir. Pero un hombre joven es mucho más impaciente con este tipo de cosas. Desea respuestas a su propia vida, la orientación que va a dar sentido y propósito a sus actos. Y el propósito estaba ahí, también, para satisfacer incluso a Joe.

—Ningún ser humano —dijo Billings—, contempla feliz cómo su civilización pasa y se hunde en las Eras Oscuras. Todos tenemos el sentimiento trágico de que eso no debería ocurrir, de que si una determinada civilización ha de perdurar, ¿por qué no ha de ser la nuestra? Es cierto que la mayoría de las civilizaciones tienen un momento supremo que las hace brillar durante un tiempo antes de volver a centellear de nuevo. Pero algunas tienen varios de esos momentos supremos. Algunos elementos nuevos entran en la vida de la gente, y encuentran la energía necesaria para enfrentarse a nuevos retos y resolver el problema.

Joe alzó la cabeza, y dejó de tirar del hilo de la cortina.

—En tu opinión, Joe —dijo Billings como argumentación final—, esta máquina va a destruir al ser humano. También puede impulsarle hacia el siguiente estadio de la evolución.

—¿Estaría usted dispuesto a afrontar un peligro personal por todo esto, doctor? —preguntó de repente Joe.

El silencio dominó en la habitación. Billings no respondió con ligereza, ya que sospechaba que Joe podía ver bastante más lejos de la puerta de lo que él vislumbraba.

—Sí —dijo con firmeza—. Por supuesto que sí.

Ése fue el punto de inflexión en la actitud de Joe hacia el proyecto, pero por supuesto no tuvo ningún efecto en los diversos científicos. Éstos seguían trabajando según la idea de una máquina distinta para cada necesidad, y la lista de necesidades era interminable.

De manera superficial, para alguien que no lo hubiera pensado a fondo, tal y como Washington lo había expuesto, el problema no parecía tan difícil. Un arma que se apuntaba a sí misma, un misil autoguiado que se acercaba con rapidez a un objeto distante, trazaba la trayectoria adecuada para cruzarse con el objeto y modificaba dicha trayectoria para compensar los cambios de las maniobras de escape del objeto... Con toda seguridad, eso debería mostrar la manera de hacerlo.

Pero, tras todo esto, estaban los aviones no pilotados controlados por radio. Y más atrás de eso, la catapulta y el arco y las flechas.

Ya que si existía un misil autoguiado, o una lanza, era por la mente humana en el fondo de todo, la mente que había previsto, usado el razonamiento y puesto en movimiento unas determinadas fuerzas de acuerdo con ese razonamiento.

¿La mente humana? ¿Y qué decir del mono que tiraba el coco desde un árbol a su enemigo? ¿Y qué ocurría con la mofeta y su propia versión de la catapulta? Bueno, una mente de un determinado tipo.

Incluso una ameba reaccionaba para adaptarse a las circunstancias. No podía haber mucho cerebro en una célula. Y aun así reaccionaba, dentro de unos límites, según unas pautas variables. Cualquier especialista en psicósomática sabía que cada célula tenía algo así como una mente. Pero, con toda seguridad, una máquina cibernética tenía también capacidad para seguir pautas variadas, de acuerdo con las circunstancias. ¡Pero eran pautas preestablecidas, escogidas previamente! Pero ¿no preestablecía y elegía previamente el ciego e irracional entorno lo que haría una ameba? ¿Tenía que ser precisamente una mente, una mente como lo que nosotros identificamos con ese nombre?

Billings no era el único cuyos pensamientos daban vueltas y más vueltas alrededor de este tipo de cosas, explorando posibles conceptos. No era tampoco el único que encontraba un sí para cada no. Todos los científicos, tanto aisladamente como en grupo, seguían de manera inevitable el mismo tipo de razonamiento. Y acababan enfrentándose a la misma inutilidad. A pesar de las instrucciones de Billings para manejar sólo conceptos mecánicos, si debían duplicar los resultados del discernimiento para elegir diversas líneas de acción posibles entre las muchas trayectorias que podía tomar un avión o un automóvil, tenían que pensar en los procesos de cómo juzgar y decidir, en la naturaleza de la elección.

Por desgracia, todos ellos habían seguido también cursos de psicología, absorbiendo sus extrañas conclusiones. Habían permitido que les influyera el peso de la psicología en el pensamiento humano. No llegaron a nada en sus análisis. Cometieron el error de considerarla igual que las otras ciencias, y asumieron que también sus fundamentos se basaban en hechos. Y por ello sintieron que se trataba de un error propio cuando los resultados obtenidos no les servían de nada.

Billings recordó que Joe les había dicho que ya sabían lo suficiente para construir la máquina. Pero ¿para qué servía el más perfecto de los relojes si uno no tenía el concepto de la medida del tiempo? Se podrían construir interminables y complejas

especulaciones sobre la manera como el metal de la caja del reloj reflejaba la luz del sol, o sobre cómo hacía tictac incesantemente cuando se lo acercaba al oído. De la misma forma como la psicología y la filosofía habían especulado de manera interminable y construido complejas estructuras de inútiles juegos de palabras sobre la naturaleza humana.

Billings sonreía con cínica diversión ante la posición en la que él mismo se encontraba. Era como un estudiante al que se le hubiera asignado la resolución de un complejo problema y que sabe que ha de existir una solución pero no logra dar con ella. Ya que Billings no dudaba de la verdad de la afirmación de Joe.

Como el perplejo estudiante, había acudido al profesor. Billings era sincero y tenía una posición tan alta que pudo dejar de lado la diferencia de edad, posición, experiencia y credenciales. No era tan orgulloso como para no aceptar nuevo conocimiento, doquiera que pudiera encontrarlo.

—Es la incapacidad para comunicarse con los demás. —Joe contestaba a su pregunta—. Es como los radios de una rueda si no hubiera un aro exterior que los conectara. El centro es el conocimiento científico básico. Las ciencias especializadas radian hacia fuera a partir del centro y, al hacerlo, construyen su propio lenguaje.

—Ya he oído antes esa analogía —objetó Billings—. No es demasiado buena ya que, si piensas en ello detenidamente, verás que ninguna de esas especialidades llega demasiado lejos del centro sin la ayuda de las demás. Los conceptos que cada una de ellas descubre deben incorporarse a las otras antes de que ninguna de ellas pueda progresar realmente.

—Usan el resultado obtenido por otros, doctor —le corrigió Joe sin excesivo énfasis—. Esos resultados, ya sean artilugios o ideas, siguen siendo el producto obtenido en otro pensamiento especializado. Un ingeniero mecánico utiliza el resultado que ha obtenido un ingeniero químico conociendo sólo de manera superficial cómo se han cocinado esas moléculas. Digamos que el producto no funciona. El ingeniero mecánico no va a dejarlo todo y pasarse una docena de años o lo que sea tratando de encontrar el lubricante adecuado. Se dirige otra vez al ingeniero químico, le enseña sus músculos y le describe las condiciones que debe satisfacer el lubricante. El ingeniero químico se va, polimeriza y cataliza unas cuantas moléculas más, y vuelve con un nuevo lubricante con el que el ingeniero mecánico puede avanzar un poco más en el desarrollo de su propio lenguaje. Pero no se comunican excepto al nivel del uso del producto.

—Pero entonces, ¿cómo vamos a hacer que esos hombres utilicen los productos de los demás, Joe? —preguntó Billings con impaciencia—. Todo esto está completamente descontrolado. No toma forma de ninguna manera. Cuanto más pensamos sobre ello menos lo resolvemos, y se hace cada vez más caótico.

Se volvió hacia Joe y habló en voz muy baja, casi acusándole:

—Parece que sepas lo que se debe hacer, pero no haces nada, Joe. Contaba contigo. Tal vez nunca debí hacerlo, pero lo hice. Me parecía que este asunto podía

ser una solución para ti tanto como lo sería para mí. Nunca supiste cómo utilizar tu talento de una manera constructiva, y podías haberlo deseado. Bueno, ésta es tu oportunidad.

Vio empalidecer el rostro de Joe y una máscara de inexpresividad se apoderó de aquella cara. Pero la irritación y la frustración hicieron que Billings profundizara en lo que el respeto le había impedido preguntar hasta entonces.

—¿Por qué no puedes hacerlo, Joe?

—Eso significaría entrar en sus mentes —dijo Joe muy lentamente, con los labios rígidos—. Tomar parte de sus pensamientos, dirigir sus acciones. No lo he vuelto a hacer desde que jugaba con ello siendo un niño, antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo. Ningún ser humano, y yo me tengo por humano, tiene derecho a controlar a otro ser humano.

Billings echó atrás la cabeza y rió con repentino alivio.

—¡Joe! —exclamó—. ¡Eres el vivo ejemplo de cómo un talento o un saber especial no supone una sabiduría y un sentido común también especiales! ¿No te das cuenta de que cada vez que pedimos a alguien que nos pase el salero en la mesa, o le soltamos un bocinazo a alguien en la calle, o compramos un par de calcetines, o damos una conferencia, lo que hacemos es controlar el pensamiento y la acción de los demás?

—No es lo mismo —insistió Joe—. Ustedes los normales están ciegos y son rudos y chapuceros en eso. Simplemente van chocando unos contra otros en su deambular. Y siempre se puede uno negar a obedecer a los demás.

—No siempre, Joe —dijo Billings—. ¿Cuánto duraría la libertad de un hombre si se negara a hacer el millón de cosas que la sociedad requiere de él? Dudo que pueda haber demasiada diferencia esencial entre la presión que tú puedes hacer y el tipo de presión que el conjunto de la sociedad ejerce sobre un hombre. Dices que somos rudos, mientras que tú puedes hacerlo de manera más experta. Yo preferiría que actuara sobre mí un experto que no alguien demasiado chapucero. ¿Cuál es la diferencia entre que tú implantes en su mente el pensamiento de lo que esos científicos deben hacer, o que yo les envíe una orden escrita? Por el cielo, muchacho, si puedes hacer que consigan construir esa máquina, entonces, debes hacerlo.

—¿Sea lo que sea lo que yo piense que se necesita para poder hacerla, doctor?

—Todo lo que el proyecto requiera para llegar a su final —definió Billings—, recordando que esta máquina puede ser la solución para la humanidad, para empujarla hacia el siguiente estadio en la evolución.

Joe permaneció silencioso durante un tiempo, y después habló lentamente.

—Pero no deben saberlo. Un ser humano, fuera de su propio campo del saber, es tan supersticioso como todos los demás. Todos tienen las más disparatadas ideas sobre lo peligroso y malvado que ha de ser un telépata. No deben saberlo. Usted suele decir que la cordura en una persona o en una civilización es como una pequeña barca en la superficie del océano. Si las profundidades submarinas se enfurecen lo bastante,

la barca vuelca y ya no queda más que el tempestuoso caos de la locura.

—¿Es así como nos ves, Joe?

—Así es el ser humano —dijo Joe con sencillez.

—Entonces, si puedes evitar encallar la barca cuando dirijas su manera de pensar en este proyecto, puedes estar seguro de que sabré guardar el secreto, Joe —dijo Billings de modo tranquilizador.

—Entonces, ¿es perfectamente ético, es correcto, que yo controle sus pensamientos respecto de este proyecto?

—Completamente correcto, Joe —dijo Billings con énfasis. Y estaba seguro de que lo creía así.

La puerta se abrió del todo.

Fue Hoskins, que se encargaba de los aspectos cibernéticos, quien expresó el sentir general pocos días después.

—He observado a menudo —decía Hoskins mirando a nadie en particular, con varios de ellos sentados en la sala general de reuniones—, que cuando uno se enfrenta a un problema que parece completamente irresoluble, de éstos en los que no hay nada a lo que agarrarse para encontrar la solución, entonces, de pronto, sin ninguna razón aparente, todo el conjunto empieza a clarificarse...

Billings echó una rápida mirada a Joe, pero el joven, ocupado en una mesita en un rincón de la sala, no apartó la mirada de su trabajo de ordenar diversos informes.

Pronto apareció un nuevo indicio, todavía más significativo, de que los hombres iban incorporando el problema a su manera de pensar habitual. Le dieron un nombre a esa cosa... Bossy. De repente todos estaban usando ese nombre. El departamento de manejo de animales lo había sugerido.

—Cualquiera que ha conducido vacas alguna vez sabe que pueden ser de lo más tozudas, ariscas y pesadas en un momento y, al siguiente, comportarse de la manera más gentil y obediente —dijo uno de los hombres de ese departamento.

Y eso describía sus sentimientos hacia Bossy en esa época.

Billings había estado bastante tiempo buscando un nombre que resultara descriptivo, a partir del método habitual de usar las iniciales de palabras significativas: sensorial, perceptor, indexador, evaluador, comparador, extrapolador, vaticinador, elector, activador... Quedó atascado, no sólo porque las iniciales no parecían conducir a nada pronunciable, sino también porque la lista de términos por sí sola ayudaba a generar todavía mayor confusión. También él lo llamó Bossy. De alguna manera fue lo mejor, ya que Bossy era, a pesar de su terquedad, un ser domesticado, inferior al ser humano, controlable... y que daba leche. De una manera bastante consciente, Billings se sentía confortado por la semántica de ese nombre.

También Rogan aceptó el nombre. Al principio se mostró un poco escandalizado, pero Washington no había mostrado ninguna reacción al respecto con la que guiar su actitud personal y, mientras la industria alimenticia o los lecheros no se quejaran, lo

cierto es que no parecía haber nada subversivo en aquel nombre.

Una tercera prueba, aún más fuerte que las otras, fue que todos empezaron a hablar de receptores sensoriales. Razonaban que si un piloto humano ve, oye y toca el mundo externo a él, incluso los más toscos instrumentos podían medir esas cosas de manera más exacta que un piloto y, por lo tanto, Bossy habría de tener sensores para aportarle vista, oído y tacto.

Primero como si fuera un chiste, aunque más adelante dejaron de bromear sobre ello, decidieron que tuviera también olfato y gusto ya que en eso estaban. Y después alguien de la sala común dijo que no tenían por qué ser mezquinos. También le iban a dar una visión que un piloto humano no podía tener, como el radar. Le darían la sensibilidad que ningún ser humano podía alcanzar, como la de un sismógrafo. Le darían un equilibrio giroscópico que haría que el sistema del fluido interno del oído humano fuera algo ni siquiera comparable. Le darían...

Siguieron comentando hasta bien entrada la noche lo que iban a dar a Bossy, todas las formas sofisticadas en las que el ser humano ha evolucionado para detectar las cosas mucho más allá del ámbito de lo que perciben sus crudos y torpes sentidos.

Los receptores sensoriales no eran difíciles de manejar. Cuando se los ensamblaba todos juntos, era bastante sorprendente ver cómo el hombre había ya duplicado los receptores de los sentidos humanos. Para la visión, en el espectro visual humano, existían la cámara electrónica, la placa fotográfica sensible a la luz, la célula de selenio, y muchos otros. Más allá del espectro habitual del ojo humano, estaba el radar y otros detectores en el ultravioleta o el infrarrojo. Había también gran riqueza de instrumentos sensibles al sonido y una plétora de instrumentos que reproducían el tacto y que la industria usaba en la inspección y análisis de productos. Los instrumentos para el gusto y el olfato no estaban tan bien desarrollados, pero sí se disponía de algunos y, a partir de nuevos efectos químicos, habría otros.

También era algo sabido que todos esos instrumentos convertían los sentidos externos en impulsos eléctricos... de manera no demasiado distinta a como los nervios trasladan el impacto de los receptores sensoriales en el cerebro.

Nadie parecía preocuparse por lo que tendrían que hacer cuando logaran hacerlo. Una cámara electrónica podía capturar los rayos de luz y convertirlos en impulsos eléctricos hasta que se enturbiaran sus lentes, pero la imagen obtenida no significaría nada hasta que el ojo humano la viera y le asignara un sentido.

A pesar de todo, siguieron con su trabajo, de la misma manera como lo hace un hábil artesano, sabiendo que pueden surgir problemas sobre los que todavía no ha pensado, pero también seguro de que podrá resolverlos cuando se presenten.

En ese momento, el principal trabajo era reducir el tamaño y aumentar la sensibilidad al combinar los principios de muchos instrumentos en un único artefacto. El ojo humano contiene ciento treinta millones de células sensibles a la luz, ojalá pudieran hacer que los orificios de su cámara fueran tan pequeños y sensibles.

Cada uno de los departamentos hizo que sus mejores estudiantes trabajaran en los

problemas a ellos asignados, hasta que prácticamente toda la universidad estaba trabajando de manera coordinada en algún aspecto del proyecto. La firmeza de los objetivos, la voluntad de éxito, era la misma que se podía encontrar en cualquier proyecto industrial.

También Rogan quedó contagiado por el entusiasmo general y supervisaba las actividades aprobándolas... ya que las mentes ocupadas no tenían tiempo para hacer travesuras. Y se encontró llevando a cabo nuevas actividades que resultaban extrañas para un Investigador Interno. La Universidad de Hoxworth no disponía, ni mucho menos, de todo el talento ni del equipo necesario para un proyecto como aquél. Rogan acabó encontrándose en el papel de mensajero con Washington, solicitando, requiriendo y confiscando servicios y especialistas ya no tan sólo de otras universidades sino de la misma industria.

La Operación Bossy acabó siendo un término familiar en los despachos de Washington, y también a lo largo de todo el tejido industrial y educativo de la nación. Como ocurría con la mayoría de los otros proyectos de alto secreto, todos lo conocían y hablaban de él. Los rumores aumentaron y la insistencia con la que Joe había pedido a Billings que se mantuvieran dentro del lenguaje puramente mecánico empezó a tener razón de ser. Nadie se daba cuenta de lo que realmente ocurría, ni siquiera las personas que trabajaban en el núcleo mismo del proyecto... ni siquiera Billings.

Las cosas sucedían demasiado deprisa para ello. Era como si las piezas de un gigantesco rompecabezas, desparramadas sin cuidado encima de la mesa, empezaran a ensamblarse ellas mismas en diversos lugares, sin preocuparse mucho por las otras piezas o por la forma en que unas encajaban con otras en la imagen global.

Aunque nadie había pensado en los tejidos sintéticos como algo que estuviera ni siquiera remotamente conectado con el proyecto, ése fue el laboratorio que aportó la cinta de almacenaje de impulsos. A pesar de todo, la lógica decía que eran los más adecuados para hacerlo. En ese laboratorio se conocía, mejor que nadie, cómo alterar y confeccionar las moléculas para obtener un determinado objetivo. Desde hacía mucho tiempo, el sonido ya se había almacenado en cintas de plástico, y también la luz en las placas fotográficas de plástico.

Sin ningún problema, Hoskins, el especialista en cibernética, empezó a trabajar con el departamento de tejidos sintéticos. Encontró que esa habilidad para polimerizar y catalizar moléculas representaba una oportunidad ideal para las unidades de almacenamiento de memoria. También en este caso, la eliminación del grosor se convirtió en el mayor problema, y se acabó obteniendo una hebra, casi invisible, de unas pocas moléculas confeccionadas de manera que captaran y almacenaran su ración de impulso eléctrico.

Bossy empezó a tomar forma y, de manera bastante singular, la imagen exterior adquirió cierto parecido con una vaca. Tal vez ello era debido a los dos ojos saltones que brotaban casi de la superficie superior, como cuernos coronados con lentes de

ojos de libélula. No querían que su Bossy quedara limitada a la pobre visión de los humanos. El diafragma que servía para captar el sonido en la parte delantera del cuerpo de Bossy era vagamente como una mancha en la cara del animal, y la apertura para la entrada del aire con que tomar muestras para el tacto y el gusto eran como los orificios de una nariz.

Era como si hubiera habido una determinación inconsciente para que la cosa siguiera siendo una Bossy.

Un río de moléculas especializadas rodeaba a cada uno de los receptores sensoriales; las moléculas captaban la vibración electrónica, la combinaban para formar una hebra, de la misma forma como una película de cine incluye luz y sonido de forma que al ser reproducida ambos coinciden, y almacenaba esa hebra en la parte inferior de la caja.

En ningún momento llegaron a un punto en el que fuera necesario descubrir un nuevo principio. Sin embargo, llegados hasta aquí, lo cierto es que sólo tenían una excelente máquina para grabar los sentidos. La hebra podía ser reproducida, pero eso era todo. Y a nadie le preocupaba.

Fue el departamento de música, otro de los más inesperados, el que proporcionó la clave para el próximo paso. Gracias a los principios de la armonía, una nota golpeada en el teclado de un piano podía hacer vibrar una cuerda unas octavas más alta para que ésta produjera un sonido. ¿No existiría una señal de código vibratorio inherente a cada uno de los sentidos de la hebra, de manera que algunas cosas activaran armónicamente a otras cosas parecidas? ¿No era así como se obtenía el reconocimiento gracias a la asociación despertada armónicamente como ocurría con la experiencia del pasado?

Así era.

Aparentemente, Bossy terminó de tomar forma, pero sólo en el aspecto exterior. Codificar cada sonido, cada forma, cada vibración trasladada en tacto, olfato y gusto, en cada uno de los grados de luz y de la densidad de color, era una tarea monumental. Al menos en términos del trabajo de detalle ya que la organización de todo ello no era difícil. Sí lo era trasladar todo eso a impulsos de código eléctrico. Pero, otra vez más, no era necesario para ello descubrir algún nuevo principio. Se trataba tan sólo de la tarea de describir el mundo en términos de símbolos, y esos símbolos en términos de impulsos de códigos. Y eso el ser humano sabía hacerlo ya.

Tampoco era difícil confeccionar las moléculas que debía transportar esa corriente eléctrica; las que, teóricamente, iban a mantener esos impulsos vibrando en armonía con los que pasaran por delante de los orificios de los detectores.

Y, pese a todo, el resultado no era más que un banco para almacenar impulsos. Sólo en teoría hacía falta un nuevo impulso para activar sus contrapartidas en los viejos impulsos. No había manera de probarlo en la práctica. Y todos estaban muy seguros de que, a la larga, encontrarían una manera de hacerlo.

Nadie que no haya tenido que dirigir una actividad a gran escala, coordinar el

trabajo de millares de personas y sintetizar sus resultados podría comprender realmente la cantidad de trabajo que cayó sobre Billings y su equipo de ayudantes más cercano. Muchas veces, Billings sintió que abarcaba más de lo que podía manejar, que la envergadura de la actividad se le había escapado de las manos. Las preguntas y las sugerencias llegaban de todas partes, y muchas de ellas resultaban ser pertinentes y valiosas.

Era como si toda la vida académica de la nación hubiera quedado afectada por la misma urgencia que le obligaba a él, como si las personas tuvieran algo en lo que pensar que, por el momento, no quedaba afectado por restricciones o investigaciones oficiales de ningún tipo.

A pesar de todo el peso del trabajo administrativo de detalle que le ocupaba, Billings tenía la sensación de que controlaba completamente lo que ocurría, y ello con una claridad mental, que nunca hasta entonces había experimentado, que le permitía relacionar ideas y conceptos.

Tal vez fue esa claridad mental la que hizo que decidiera detener el desarrollo de la codificación tal y como se estaba desarrollando, tirar a la basura mucho de lo que ya se había hecho, y empezar de nuevo. Ya que debería haber sido obvio a lo largo del trabajo que el hecho de que cosas idénticas recibieran códigos idénticos no era suficiente. Ése había sido el elemento central de cualquier trabajo cibernético del pasado. Una pauta de tabulación sólo combinaba elementos idénticos. Se podían combinar los símbolos de dos manzanas con los de seis manzanas para obtener ocho manzanas, pero cuando se trataba de una sola manzana, parecía que podía tratarse de una categoría distinta ya que el último símbolo era diferente de los anteriores al faltar la «s» del plural. Las máquinas cibernéticas del pasado no tenían sentido común, no se adaptaban a los caprichos de la gramática, a los errores de deletreo, a las variaciones que incluso un niño de ocho años habría sabido que no eran realmente variaciones.

Había que encontrar una manera para duplicar la aburrida estupidez de la mente humana que no podía detectar las diferencias a menos que fueran deslumbrantes; y, al mismo tiempo, mantener la fina sensibilidad de la máquina cibernética.

Resultó evidente que no sólo debía existir un impulso de código para cada aspecto aislado del mundo externo, sino que también había que disponer de un código de activación para interrelacionarlo todo y comprender la imagen global. La memoria se logra por asociación, una cosa lleva a la otra.

El símbolo de un cuadrado había de activar no únicamente la experiencia previa del símbolo de un cuadrado, sino también las circunstancias en las que había surgido ese símbolo en la experiencia.

Era necesaria no sólo una interrelación horizontal, sino también una vertical. ¿No era así como se tomaban las decisiones? ¿En términos de cómo las cosas, las cosas similares, bajo circunstancias similares, habían sido en el pasado?

Se había escrito mucho sobre cómo las pautas de la vida se repetían una y otra

vez, e incluso una vez más; sobre cómo el hombre inteligente reconoce esa repetición incluso aunque aparezca bajo un disfraz distinto, mientras que los que no son inteligentes o las máquinas no logran hacerlo y deben resolver cada caso como si fuera realmente nuevo.

Mientras estaban desarrollando el nuevo sistema de codificación, el departamento de arte aportó el peor de los problemas. Se trataba de un problema de perspectiva. Un cuadrado en una hoja de papel se ve como un cuadrado cuando se lo mira desde arriba, pero parece un rectángulo si esa hoja se inclina y se mira desde un lado. La mente humana aprende a hacer los ajustes necesarios para comprender y compensar esos efectos de perspectiva, ¿no debía Bossy hacer lo mismo? Eso es lo que preguntaron los del departamento de arte amablemente y, tal vez, con cierta malicia ya que, hasta ese punto, no habían sido consultados.

Billings se sintió consternado ante esa obvia dificultad y no se sintió ni mucho menos aliviado al saber que habían sido necesarios unos tres mil años del arte de la pintura para que el hombre avanzara desde la vista lateral de un pie, tal y como lo dibujaban los egipcios, hasta la vista frontal que descubrieron los griegos. Y casi unos quinientos años más para pasar del perfil de una cara a la vista frontal.

Sería difícil lograr algo así para Bossy. De nuevo, no estaba implicado ningún nuevo principio, sino tan sólo un método de codificación que le dijera a Bossy que un objeto era realmente un rectángulo visto de frente, y que otro que parecía serlo también era en realidad un cuadrado visto desde un determinado ángulo. Era igualmente el mismo tipo de codificación lateral lo que resolvería un problema como éste.

El elemento clave para la primera reacción aparente de Bossy a los estímulos llegó de un joven profesor asistente una noche que se hallaban en la sala común. Contaba con tristeza cómo su nuevo bebé respondía a las manos de su esposa con contento y a las suyas con espanto. El bebé era demasiado joven para reconocer la diferencia entre mamá y papá. Tenía que ser un asunto de la familiaridad o la falta de la misma en la manera de tocarlo.

Pocos días después, se instalaron elementos de seguridad en Bossy. Desde hacía mucho tiempo habían utilizado el sistema de sí-no que se encontraba en otras máquinas cibernéticas. Hubo alegría y algo parecido a un temor reverencial cuando Bossy demostró que era capaz de aprender y, además, hacerlo al primer intento. Los elementos de seguridad estaban adaptados para formar pautas de rechazo, pero desde que Hoskins, que fue quien instaló los elementos de seguridad, pulsó la tecla de aceptación con sus propias manos, la máquina activaba las barreras de seguridad cuando se le acercaban manos extrañas, pero las mantenía sin activar ante las manos de Hoskins. Tal vez se tratara de códigos sobre la masa o la forma. Tal vez era el color. Tal vez era el olor, ya que Hoskins había estado trabajando en la máquina cuando habían introducido los códigos para el olor. A pesar de todo, Hoskins no tenía asignado un código de olor que fuera diferente a los otros códigos. En realidad, no

podía tratarse del olor ya que la máquina no disponía de equipo con el que hubiera podido fabricar una codificación propia adicional.

No estaban seguros de cuál era el proceso que hacía que Bossy pudiera distinguir las manos seguras de las que no lo eran. La máquina disponía de receptores sensoriales para observar el mundo exterior. Disponía de los códigos, en gran cantidad, y se le seguían incorporando otros nuevos de manera constante, y por eso, gracias a nuevas armonizaciones, Bossy asociaba las nuevas percepciones con las anteriores. Se habían hecho algunos esfuerzos para incorporar en Bossy el dominio de las similitudes y diferencias. El mecanismo estaba ahí para comparar lo nuevo con lo viejo y para determinar las identidades y las diferencias. Y ahora Bossy demostraba que podía distinguir más allá de los receptores sensoriales y del código establecido.

Mucho más, Bossy había demostrado que era capaz de acciones automáticas.

Los científicos se dijeron con cautela, unos a otros, una y otra vez, que no debían caer en la costumbre de pensar que la máquina podía hacer cualquier cosa que ellos mismos no le hubieran incorporado. No tenía sentido. Ninguno en absoluto. Realmente ese alzar las barreras para no ser tocada por manos ajenas no era más que lo que haría una célula de selenio... bueno, tras ser adecuadamente modificada con un código.

Incluso sin la mirada de advertencia de Joe, Billings sintió que tal vez se estaban confortando demasiado unos a otros en este punto. También se dio cuenta de que el género de la máquina había cambiado de la noche a la mañana del neutro al femenino. Pero fue algunos días antes cuando se dio cuenta de que Gunther había empezado a tartamudear cada vez que pronunciaba B-b-b-ossy, aunque él nunca tartamudeaba. Y que Hoskins siempre dudaba con un audible «ah» antes de decir el nombre.

Las sombras que se hallaban más allá de la puerta empezaron a agitarse y aumentar, y parecían retorcerse unas alrededor de otras.

La primavera llegó y, de pronto, ya era junio. Los ejercicios de graduación no fueron más que una involuntaria interrupción en el trabajo. Billings contempló cómo Joe lanzaba al aire su birrete, cómo se sacaba la toga y, casi en el mismo movimiento, empezaba a recoger las peticiones de los estudiantes para obtener prórroga en el servicio militar obligatorio. Se había establecido una sesión extraordinaria de trabajo durante el verano y se había declarado que no había tiempo que perder en el proyecto de Bossy. Toda la universidad zumbaba atareada siguiendo una planificación como en una fábrica.

Habían desarrollado una nueva actitud de respeto sobre la mente de un bebé. Los adultos creen normalmente que la mente de un recién nacido está simplemente ahí, yaciendo, inerte mentalmente, consiguiendo muy poco aprendizaje, nada más allá de descubrir que un lloro podía llamar la atención, que un pezón metido entre los labios iba a desatar el reflejo de chupar. Ahora se daban cuenta de las muchas sensaciones no relacionadas entre sí que la mente tenía que almacenar, las pautas repetidas que se

grababan en el cerebro... y la predicción del futuro.

«Si lloro, habrá pasos que se acerquen. Interrumpo mi lloro para escucharlos. Si no los oigo, vuelvo a llorar. Muy pronto habrá manos que me consuelen y de nuevo estaré seco y cálido».

Y todas las jóvenes madres saben que eso se consigue en pocas semanas. Las pautas se aprenden una a una, las sensaciones que se interrelacionan se repiten una y otra vez, alguien pronuncia una palabra en relación con un objeto o una acción. Siempre la palabra y el objeto aparecen simultáneamente... se unen la una al otro, el uno produce la otra. Las relaciones empiezan a manifestarse vagamente. La causa y el efecto emergen como expectativas.

Si el bebé no fuera humano, se podrían establecer unas posibles leyes de procedimiento. Un dato del mundo exterior impacta en un receptor sensorial. Esto va acompañado de los impactos de otros datos. Hay una relación entre unos y otros. Y, mucho antes de que exista un concepto del yo como una entidad, se da la percepción del yo respecto de los datos. No todos los datos aparecen en el mismo momento y en el mismo orden. Pero, si aparecen bastantes de esos datos para activar la armonía de la asociación con una experiencia previa, entonces surgen el juicio y el discernimiento. Gracias a la repetición de las pautas de prueba y error, algunas por reflejo y otras calculadas, se desarrolla la acción a partir de ese juicio.

Pero el bebé es humano y, por lo tanto, misterioso, y no vamos a simplificar la imponente metafísica del despertar de una mente humana en forma de un conjunto de pasos mecánicos. La mente humana queda aparte, la mente humana no puede contemplarse a sí misma como si sólo fuera la operación de un proceso comprensible.

Pero con Bossy era distinto. Bossy era una máquina, y por eso los procesos que substituirían al pensamiento podrían ser enfocados desde un punto de vista mecánico. Bossy sólo reconocía gracias a una indexación mecánica. En principio no era diferente del viejo y anticuado clasificador de tarjetas perforadas. Esto, esto y esto son lo mismo que aquello, aquello y aquello... por lo tanto esas dos cosas están relacionadas entre sí. La comparación de datos nuevos con los ya disponibles, un proceso de retroalimentación de numerosos impulsos indexados y de éstos con los receptores sensoriales externos y su flujo de nuevos impulsos... Realmente era bastante trivial.

Era sólo por coincidencia que aquello parecía, una y otra vez, duplicar los resultados que obtenía una mente infantil. Era sólo por coincidencia que al aplicar nuevas experiencias y nuevos datos, al exponer a Bossy a nuevas áreas de conocimiento, aquello se parecía al proceso de aprendizaje de un niño.

Estricta coincidencia, y nadie debería dejarse engañar por las coincidencias.

Mientras Billings contemplaba cómo Joe reunía las diferentes peticiones de prórroga, se interrogaba sobre el joven. Desde su última conversación, cuando había pedido a Joe que usara su talento para impulsar el proyecto, no habían hablado más de lo que requería el trabajo en curso. Billings no estaba más cerca que antes de

conocer a Joe y el joven no colaboraba en absoluto. Billings no sabía qué era lo que Joe había hecho para eliminar los bloqueos mentales que habían impedido hasta entonces que los científicos comprendieran el problema, sólo tenía la clara evidencia de que se había hecho algo.

Realmente el proyecto era todo lo que él había asegurado que sería. Aunque pudiera ser visto como algo simple, lo cierto es que siempre quedaba el hecho de que, para lograrlo, había sido necesaria toda la ciencia conseguida por el hombre hasta el presente. Los éxitos de Bossy eran el mayor monumento al triunfo de la ciencia, la refutación de la idea de que la ciencia sólo existe gracias a la tolerancia indiferente del hombre medio, la refutación también de que el ser humano nunca había usado su intelecto excepto para racionalizar, justificar y decorar con frases altisonantes las urgencias primitivas que intentaba alejar de sí. Ya que había sido necesario el intelecto para crear a Bossy, un intelecto de un orden superior, para alcanzar un... un despegue.

—Oh, a propósito, doctor —Joe apartó la mirada del trabajo sobre su mesa y le miró, interrumpiendo los pensamientos de Billings—, ¿ha seguido esos artículos sobre la eliminación de la brujería?

—¿Qué...? ¿Cómo...? No, Joe —respondió Billings—. No me había dado cuenta. ¿Qué ocurre con ellos?

—Hay una tendencia —dijo Joe—. Al principio los artículos empezaron lamentándola débilmente y después la justificaron. Ahora existe la teoría de que los científicos y los pensadores generalmente tienden a salirse del camino correcto. Que existe en los grandes grupos de gente una sabiduría de masas para hacer en cada momento lo que es correcto para la humanidad. Que la humanidad ha demostrado de manera continuada y progresiva que conoce lo que es mejor para ella; y, por lo tanto, la eliminación de la brujería fue, simplemente, la forma en que la humanidad, de manera instintivamente correcta, evitó ser arrastrada hacia sendas equivocadas de pensamiento.

—Se trata de una manera de pensar muy habitual —dijo Billings sin mucho interés—. ¿Cómo te va con esa lista de prórrogas?

Vio cómo Joe le echaba una rápida mirada de aprobación y volvía de nuevo a su trabajo. Probablemente no había nada significativo en las observaciones de Joe. Los jóvenes suelen horrorizarse cuando se dan cuenta de la terrible estupidez de la humanidad. Cuando uno se hace mayor, ya no se espera tanto de los demás, se pierde algo de la visión ideal sobre lo que el ser humano debería ser.

—Es muy larga, doctor —dijo Joe con voz apagada—. Cuando pienso que preparan listas similares en casi todas las universidades del país... Bueno, a los militares no les va a gustar el no poder reclutar una nueva leva. Habrá una investigación oficial.

Billings casi no le oyó. Su mente seguía ocupada con la comparación entre Bossy

y un niño. Cada día llegaban sensaciones nuevas para el niño, nuevas advertencias, correcciones, aprobaciones, pautas que se unían y almacenaban a otras sensaciones anteriores y se hacían nuevas conclusiones. Miles de millones, tal vez billones de sensaciones... no era sorprendente que el pensamiento pareciera ser algo muy complejo y difícil de aprehender. Pero, como ocurría con tantos otros problemas, la dificultad era el tamaño y el volumen... y la complejidad no era más que la superposición de lo sencillo encima de lo sencillo, una y otra vez.

Pero los seres humanos no aprenden de prisa, la mayoría de ellos necesita muchas repeticiones de una pauta antes de captarla. Seguro que no había muchos hombres que pudieran memorizar un libro mirándolo una única vez.

Bossy lo lograba con sólo mirarlo una vez.

Tal vez Joe estaba en lo cierto. Tal vez el ser humano evolucionaba todavía. Tal vez su cerebro era poco más que una rudimentaria célula sensible a la luz comparada con el ojo. Tal vez era por eso que el cerebro era tan poco eficiente, no había desarrollado todavía todo su potencial.

Billings se sentó, mirando los olmos y el cielo a través de la ventana.

—Sí —murmuró momentos después en respuesta al comentario de Joe—. No hay duda de que va a haber una investigación oficial.

Se preguntó, vagamente, sobre qué podía haber una investigación oficial. Aunque eso no importaba, siempre se hacían investigaciones.

Con toda seguridad esa investigación no tendría nada que ver con la Universidad de Hoxworth, o con él mismo. Ya que el encargo había tenido un éxito mucho mayor que las expectativas más alocadas. Tal vez era inmodesto, pero con toda seguridad el éxito de Bossy adornaría las páginas de la historia durante miles de años... la mayor realización de todos los tiempos, y su nombre sería el del autor de la misma.

¡Hombre!, ¡conócete a ti mismo!

—No deberíamos dejar que nos fascinara el aspecto sensacionalista que pudiera comportar una investigación como ésta, Joe —dijo alegremente—. Somos pensadores, y tenemos trabajo por hacer.

De nuevo percibió esa mirada rápida e interrogativa procedente de Joe, pero lo olvidó y siguió con el desarrollo de esa visión. Claramente, Joe seguía sin comprenderla.

A lo largo de las semanas que siguieron, una nueva preocupación empezó a tomar proporciones demasiado grandes para seguir ignorándola. Desde que había existido la ciencia como algo reconocido, había existido también una controversia que hacía referencia a un aspecto de la misma. Una cosa se compone de numerosas propiedades que una ecuación o una teoría deben tener en cuenta si pretenden alcanzar una solución satisfactoria. Algunas de esas propiedades son intangibles, pero ninguna de ellas es por eso menos real, como ocurre, por ejemplo, con el rozamiento o la gravedad. Algunas son variables e impredecibles. Y así, una de las propiedades reales

e inevitables de una cosa es... la reacción humana ante ella. Un automóvil no puede ser considerado un invento satisfactorio si nadie puede conducirlo; una lámpara eléctrica no será una solución para iluminar la oscuridad si el hombre la hace pedazos en un ataque de rabia frenética cada vez que la ve. Como sea que el ser humano sólo puede conocer una cosa a través de la mente humana, entonces la mente humana ha de ser una de esas propiedades inherentes. Así lo proclamaba una escuela de filosofía.

A favor, esa escuela sostenía que la reacción humana ante una cosa era tan real como la gravedad o el rozamiento, que un científico que ignorara eso sería como un ingeniero mecánico que se empeñara en olvidar los efectos del rozamiento o un ingeniero de caminos que ignorara la gravedad. En contra, se consideraba que un físico ya tenía bastante trabajo para medir las fuerzas y las propiedades físicas, y se decía que la fuerza de la reacción humana, si existía, pertenecía a otro tipo de problemas.

La escuela favorable afirmaba que esto último no era cierto, que el químico farmacéutico debía ser responsable por el efecto de sus pócimas en la mente y los tejidos humanos, que el ingeniero de caminos debía asumir alguna responsabilidad por el uso que se acababa dando a sus carreteras y puentes, que el ingeniero mecánico era en cierta forma responsable por la gente que usaba sus motores; en definitiva, que no era posible trazar una línea arbitraria que separara la responsabilidad de la irresponsabilidad.

La escuela opuesta, seguida por una amplia mayoría ya que era más sencillo evadir la responsabilidad que tener que asumirla, simplemente seguía diciendo que ése era un problema de otro tipo.

Y ya que esa propiedad real de las cosas seguía siendo ignorada, la brecha entre los científicos y el hombre de la calle era cada vez más y más amplia y seguía creciendo aún más y más. Cualquier físico sabe que, a pesar de la teoría, siempre hay un límite práctico en la elasticidad de un material. Y también hay un límite en la elasticidad de la reacción humana ante la ciencia que no puede comprender y, por lo tanto, teme.

En esas semanas se hizo también evidente que se escapaban del necesario secreto y se divulgaban importantes detalles sobre el progreso de Bossy. Ningún proyecto tan amplio como el trabajo de la construcción de Bossy podía ser mantenido completamente en secreto. Incluso aunque los especialistas científicos poseyeran sólo retazos del conocimiento completo, podían surgir ideas equivocadas y falsas interpretaciones. Y muchos de los que trabajaban en alguna etapa del proyecto de desarrollo de Bossy no eran científicos. Había estudiantes. Los estudiantes, a pesar del gran respeto que merecen por el peso y la importancia de sus conocimientos, son famosos por sus falsas interpretaciones. Existe una clara línea de división entre los estudiantes y los científicos, pero no tiene nada que ver con los ejercicios de graduación. Demasiados graduados siguen siendo sólo estudiantes, multiplicando una falsa interpretación con otra falsa interpretación, una y otra vez. Un asombroso

número de éstos, incapaces de lograr un lugar entre la gente de laboratorio, se dedica a enseñar como *modus vivendi*. La brecha entre la ciencia y la superstición se ensancha.

Más allá de la involuntaria divulgación de elementos centrales, que era cada vez más evidente, existían además amplios rumores y otros retazos de información que también escapaban al secreto. Cada uno de esos rumores y retazos de información carecía tal vez de peligro, una vez considerado en sí mismo y separado de las exageraciones y falsas interpretaciones. Pero los seres humanos, en general, no destacan por su habilidad para considerar las cosas con juicio, eliminar las exageraciones y tener en cuenta que puede haber falsas interpretaciones. A la gente le gusta hacer sensacionalismo, y al contar las cosas añade su propia aportación.

Ignorada al principio como uno más de los afanes de los científicos y sin ninguna relación con las necesidades cotidianas de comer y dormir cada día, Bossy se convirtió de repente en un tema omnipresente de conversación. Todos y cada uno tenían su propia opinión. Opiniones hechas a medida a partir del abundante puñado de comentarios que propagaban las columnas de los periódicos y del vídeo. Bossy empezó a asumir proporciones de preocupación, temor y, luego, de definitivo terror.

Cuando se piensa en ello detenidamente, dirían los más comunicativos, en realidad la máquina más ineficiente, impredecible, costosa y exasperante utilizada en la industria es el ser humano. La única ventaja que tiene sobre las otras máquinas, la única razón para que los industriales la usen, es su gran flexibilidad de adaptación a múltiples condiciones y la facilidad de su sustitución si no funciona de manera adecuada.

Pero ahora estaba Bossy.

No les llevó mucho a los sensacionalistas predecir fábricas sin humanos, tiendas y almacenes sin humanos, servicios de transportes y de otro tipo sin humanos. Una vez que la llama ha prendido en el carbón, no hace falta mucho tiempo para que todo el combustible arda y propague su candente calor. Y el asunto de las prórrogas de los estudiantes fue al final como la gasolina derramada en las llamas.

Algunas de esas reacciones goteaban poco a poco, de manera difusa, en las altas torres de marfil. Billings intentó compensarlo. Hizo una aparición en persona en un programa de difusión nacional, pero confundió el fuego con el agua y echó más combustible a las olas en lugar de aquietarlas.

—No hay nada que temer —dijo—. El cerebro de Bossy no es más que un conjunto de proteínas sintéticas, coloides, enzimas, sales minerales, ácidos grasos, etc. Cada molécula está diseñada y ha sido adaptada para realizar una tarea específica, para captar y codificar cargas e impulsos con los que completar su estructura, y después combinarlos en una sustancia en forma de hebra para su almacenamiento y emisión.

Si hubiera hablado en chino hubiera resultado mucho más comprensible, y menos peligroso. Ya que, sin haber aportado la más mínima comprensión, e incluso pese a

sus intentos de mostrar que esa cosa no era humana, en realidad hizo que el temor aumentara.

Bossy era realmente una máquina, algo sintético. Su inventor, el famoso Billings, lo había dicho. Si se hubiera tratado de algo vivo, los humanos podrían haberlo comprendido mejor, incluso a pesar de ser extraña y tal vez perjudicial, podrían haber compartido con ella el misterio de la vida y del pensamiento.

A medida que Billings iba continuando monótonamente su charla; a medida que describía las lentes, los diafragmas, los elementos metálicos, la glasita, los receptores plásticos; a medida que mostraba cómo eran capaces de ver, de gustar y de oír, confirmaba los rumores: Bossy era capaz de sustituir al ser humano.

Y Bossy no tenía alma.

Millares y cientos de millares de cartas llovieron sobre el Congreso. El Congreso, mucho más receptivo a la voluntad del pueblo de lo que a menudo se cree, intentó actuar. Pero había sido del Departamento Administrativo de donde habían salido las órdenes para trabajar en Bossy. Por desgracia, el Departamento Administrativo eligió este asunto como un campo de batalla para demostrar al Congreso que no conseguiría dejarle a un lado tan fácilmente. El conflicto resultante, las actitudes descarnadas que aparecieron en la prensa y en las emisiones sindicadas de televisión, sólo sirvieron para aumentar la tensión en todo el país. ¡Había que hacer algo!

Hubo, eso sí, la tranquila y dubitativa voz de los que querían calmar las cosas, de los partidarios de esperar, de los que advertían que aún nadie había resultado perjudicado o herido. Pero esa voz se perdió en las agrias llamadas a la revuelta contra esa construcción de una máquina sin alma para sustituir al ser humano, contra esa prórroga para unos jóvenes privilegiados, contra esos científicos irresponsables... contra la ciencia en sí misma.

Al condenar toda idea de ciencia, nunca se le ocurrió a la mayoría que estaba usando precisamente los productos de la ciencia para hacer que su mensaje llegara a cada rincón del país, a cada mente.

La primera acción abierta llegó de un pequeño grupo de hombres que querían hacer una manifestación de protesta. La información estaba en las noticias nacionales. Se hizo publicidad. Tras el éxito inicial, la manifestación se reagrupó y se convirtió en una marcha, una marcha a través de dos estados que se dirigía hacia la Universidad de Hoxworth. El número de los manifestantes aumentaba. Y se iniciaron otras manifestaciones y marchas.

Y en el pueblo de Hoxworth, cerca de la universidad, los habitantes decidieron que nadie tenía que recordarles su deber, y mucho menos la gente de otras comunidades.

Todo brotó de la mente de un fanático, y se expresó en el lenguaje lírico tan frecuentemente usado por los psicóticos. Una noche alguien puso una gran placa en un rincón de los jardines de la biblioteca. En una de sus esquinas había una copia de la caricatura que el joven Tyler había hecho de Billings. Y en gruesas letras decía:

«¡ESCÓNDETE! ¡ESCÓNDETE! ¡BRUJO! ¡LA GENTE DE BIEN VIENE
PARA QUEMARTE!»

Siempre había gente ante el cartel. De forma extraña, como ocurre con la gente perturbada, algunos estaban allí de pie durante horas y horas, simplemente contemplando el cartel y dejando que su mensaje penetrara en lo más hondo de las fibras de su ser, despertando recuerdos ancestrales.

Pero durante las breves horas de la noche, algún estudiante, tal vez también psicótico en su amargura ante esa reacción tan medieval, añadió otra placa debajo de la anterior con las siguientes desdeñosas palabras:

«¡EL INTENSO PLACER DE TODOS ELLOS SE ESCONDE TRAS LA
MÁSCARA GÓTICA DEL DEBER!»

Fue la cosa más desafortunada que podía ocurrir, ya que golpeó con fuerza en las raíces mismas de la culpa. Aunque algunos se habían echado atrás, ahora volvieron y se enfurecieron y bramaron con los demás cuando la nueva inscripción fue descubierta al día siguiente.

Una mortaja de silencio e inactividad cubrió la Universidad de Hoxworth. Un miasma de tristeza y de recelo, como la somática existente dentro de los muros de una prisión, llenó la universidad y rezumaba en las salas y vestíbulos. Los estudiantes acudían poco a clase, y los profesores se encontraban a menudo hablando de temas muy alejados de los que tendrían que haber sido los asuntos a tratar en clase. En las últimas semanas, la mayoría de los estudiantes se había marchado a casa.

Por orden del Consejo de Administración de la Universidad, cesó todo tipo de trabajo sobre Bossy. Fue desmantelada y sus diversas partes se almacenaron unas lejos de otras. El cerebro activado y congelado se había extraído cuidadosamente de su contenedor y almacenado en una delgada caja de aluminio. Nadie sabía si esa manipulación podía haberlo dañado o no, y nadie sentía la urgencia de hacer pruebas y experimentos para descubrirlo.

—Intenté advertirle, doctor Billings —dijo Joe una vez. Estaban en la oficina del decano.

—Pero ¡tú lo sabías, Joe! —exclamó Billings—. ¿Por qué no nos lo dijiste?

—Cada vez que intenté hacerlo, doctor —dijo Joe con tranquilidad—, usted me dijo que me ocupara de mis cosas, que me faltaba la comprensión adecuada. Nunca supe con completa exactitud lo que iba a ocurrir, o le habría obligado a escucharme. Yo sólo sabía que los hombres de ciencia habían fracasado en la tarea de convencer a la gente, que los seres humanos son capaces de cosas terribles cuando están

aterrorizados. Usted me dijo, muchas veces, que los científicos no se preocupan por ese tipo de cosas, que no desean oír nada sobre consecuencias apocalípticas, que están muy convencidos de que las cosas irán bien si tan sólo se les deja hacer lo que quieren.

—La gente ha vaticinado el Apocalipsis ante cada uno de los progresos de la ciencia —le reprendió Billings—. Fíjate en todos los malos presagios ante el descubrimiento de la energía atómica. Eso nunca ocurrió.

—Lo sé —reconoció Joe—. Es un ejemplo de haber gritado «¡Al lobo, al lobo!» demasiado a menudo, ¿no es así? Lástima. Pero la historia debería haberle advertido, doctor, de que siempre llega un momento en el que realmente aparece el lobo.

No hubo más conversaciones en torno a esa línea de argumentación. No había nada más que ninguno de ellos pudiera decir. Joe volvió a su trabajo en su mesa del rincón de la habitación, intentando rellenar el nuevo montón de cuestionarios que Rogan había recibido de Washington. Rogan los había sacado de su portafolio ornamentado con plata, sin decir una palabra, y los había dejado en la mesa de Joe. Rogan estaba ceñudo y receloso como todos los demás. Todo el tiempo había estado siguiendo órdenes, pero éstas no habían dado resultado. Rogan sólo podía ver una cosa: le darían la culpa a él por todo lo ocurrido... y se había limitado a seguir órdenes.

Billings estaba un poco más contento cuando Joe terminó su trabajo y dejó la habitación. Se había dado cuenta de que se había comportado de manera estúpida. Había tenido al alcance de la mano un instrumento excepcional, un instrumento delicadamente ajustado capaz de reunir los hechos mucho más allá del espectro de sus propios sentidos: Joe, un telépata; y había elegido ignorar lo que le decía su instrumento para depender tan sólo de sus crudos y aburridos sentidos.

La culpabilidad por su estupidez pesaba duramente sobre él. Estaba contento por el hecho de que a Joe no le gustara mirar en la mente de un normal. Esperaba que Joe no hubiera mirado muy profundamente en la suya. La vaga incomodidad que sentía cuando Joe estaba cerca había desaparecido en ese momento.

Se sentó tras la mesa, solo, y reflexionó con profundo descontento sobre los científicos, colectiva e individualmente, incluyéndose a sí mismo. Podían romper el átomo y ordeñar su energía, podían reconstruir las moléculas de la naturaleza y mejorarlas, podían diseñar instrumentos que iban mucho más lejos de lo que podían hacer los sentidos humanos, resolver los enigmas del universo y, también, reconstruir el mismísimo proceso del pensamiento.

Pero, a pesar de todo, estaban indefensos ante el más ignorante de los hombres. No tenían ningún tipo de defensa ante los destellos más primitivos de la superstición y del temor a lo desconocido. Débiles, ante una situación como ésta, intentarían explicarse, razonar, apelar a la racionalidad y a la lógica... ante mentes previamente ajustadas para rechazar cualquier explicación, mentes que nunca habían aprendido a

razonar, y que eran ajenas a cualquier tipo de lógica y de racionalidad.

¿Era eso inteligencia? ¿Usar contra uno de los más encarnizados enemigos un arma de la que sabían, con antelación, que no le alcanzaría?

Y sabiéndolo, conociendo el potencial siempre presente en la gente para esa reacción, todavía habían exclamado con impaciente superioridad:

—No vaticinéis las perversas consecuencias de nuestros actos. Ya estamos hartos de oír hablar del Apocalipsis.

Sobre la mesa le habían dejado un periódico reciente, uno de los habituales en la ciudad. Se lo acercó, pasó algunas páginas y contempló otra caricatura que le habían hecho. Sí, de nuevo iba firmada por el joven Tyler, pero una sencilla ojeada le demostró que no la había dibujado él.

Y, de repente, supo dónde había estado el principal error y el fracaso en mantener la información secreta. El joven Tyler había estado en el meollo de todo, pero el joven Tyler era un muchacho violento y arrogante. Parecía florecer en las preocupaciones, generarlas, sabiendo que, ya fuera por una travesura o por un delito, su padre acudiría siempre para rescatarlo. Billings había permanecido ciego también ante esa amenaza potencial.

El principal personaje de la caricatura, él mismo, estaba dibujado de manera impresionante, casi como en un tratamiento que pudiera haber hecho Miguel Ángel, vestido con una túnica clásica, sosteniendo a Bossy en una mano y rodeado de una nube incandescente. La caricatura no necesitaba ni título ni comentario.

Cada una de las líneas trazadas por un experto era una insinuación... La ostentación de Billings de su nobleza y trascendencia. Cada una de las líneas del experto revelaba la blasfemia. En ella se proclamaba el mensaje, tan antiguo como los tiempos, de que estaba prohibido comer el fruto del árbol del conocimiento, alcanzar las estrellas. En ella se hallaba la severa advertencia grabada en la más profunda fibra del ser de cada niño:

—¡Eres demasiado joven para saber! ¡Aparta tus manos de esto! ¡Mamá y papá lo saben! ¡Esto no es para ti! ¡Está más allá de tu capacidad! ¡Espera hasta que seas mayor! ¡Es demasiado profundo para que lo entiendas!

El mensaje de derrota, debilidad, dependencia de la autoridad, insertado día tras día, hora tras hora, en la estructura básica de reacción de los niños. Y como única contrapartida a esa sólida roca, sólo algunos profesores decían entre dientes que el niño debía pensar por sí mismo.

No era sorprendente que en la mayoría de los corazones de los niños creciera ese deseo de incendiar la escuela donde intentaban hacerles aprender, cuando todo lo que les rodeaba y todo lo que era seguro en el mundo se basaba en no aprender. Cuando el simple acto de conocer significaba un castigo.

—¡Sabes demasiado para no comprender que esto está mal, jovencito!

Y la conclusión obvia que el niño sacaba de ello:

—Si no sé, no me van a castigar.

¿Qué podía hacerse si el simple acto de conocer significaba un castigo?

Indignado, Billings rompió el periódico en mil pedazos y lo tiró a la papelera. Se le ocurrió que, de la misma manera, había hecho pedazos toda su vida y la había tirado también a la papelera. Se inclinó hacia delante y activó con un golpe el aparato de radio. Escuchó, casi sin comprender nada, a un agitador profesional gritando al micrófono, desde el pueblo cercano:

—... Destruir piedra a piedra... para que podamos eliminar completamente ese mal de entre nosotros... No esperemos a que otros tengan que enseñarnos nuestro deber... marchemos hacia allí... ahora...

—Vaya retahíla miserable de viejos tópicos —murmuró Billings sorprendido. Después, con un sobresalto, se dio cuenta de que se atrevía a decir eso ya que estaba completamente seguro de que nunca vendrían, de que la razón prevalecería, siempre prevalece.

¿Cuán poco realista puede ser un hombre? ¿Qué garantía había de que no vinieran? ¿Había cambiado la naturaleza humana desde el día anterior? Lo que había ocurrido antes, ocurriría de nuevo, una y otra vez, en una interminable repetición. El ciclo se repetiría.

El hombre primitivo, sabe que no hay que avanzar un paso más allá de lo que ha hecho su padre... el brillante y valiente amanecer de la razón... el ascenso hacia una comprensión más allá de la de su padre... la breve vacilación ante el punto álgido del ciclo donde se encumbran la cordura y la racionalidad... el inicio de la curva descendente con la revuelta contra la cordura y la racionalidad... el retroceso de la comprensión... el mortecino final de los rescoldos de la razón... y, de nuevo, el hombre primitivo sabe que no hay que avanzar un paso más allá de lo que ha hecho su padre.

El círculo no tenía final, permanente y activo desde hacía ya un millón de años, desde que emergió el despertar del ser humano. Y perduraría por los siglos de los siglos...

¿Cuánto tiempo?

¿No había solución? ¿Estaba el ser humano condenado a seguir de manera interminable en ese círculo, como un animal bidimensional al que un hilo tirado descuidadamente le impedía el paso, incapaz de concebir una tercera dimensión donde pudiera cambiar de dirección y arrastrarse hacia arriba?

¿Era correcta la idea de Joe? ¿La idea de que el ser humano estaba sólo aprovechando su tiempo, evolucionando lentamente, que la psiónica marcaría el siguiente estadio, que se trataba de una espiral y no de un círculo? Tenía que hablar de nuevo con Joe a propósito de todo ello. Ahora, por primera vez, quizás estaba dispuesto a tener en cuenta algo que no hubiera pensado él mismo. ¿Se había comportado como esos científicos a los que despreciaba, incapaces de escuchar aquello que no se ajustara con sus conceptos ya previamente formados?

Al otro lado de la ventana, los olmos susurraban con la naciente brisa de la noche.

Se había hecho oscuro. Pese a todo, lejos en la distancia, más allá de la colina, se percibía el brillo de una luz. Era una luz mortecina, oscilante y de color naranja, que se movía en dirección a los jardines de la biblioteca. La luz creció en brillantez en el seno de la oscuridad... como si las llamas estuvieran aumentando. Ligeramente, junto al creciente viento, llegó el murmullo del clamor de una multitud.

Se preguntó, vanamente, qué ocurría en el pueblo, qué estaban celebrando, cuál era la razón para esa enorme fogata. Por alguna extraña razón, las palabras del cartel acudieron a su mente. Conectó esas palabras y la fogata con el discurso de la radio.

Dejó caer pesadamente la cabeza sobre la mesa.

No oyó cómo se abría la puerta, ni vio la mueca de preocupación en la cara de Joe. Con rapidez, Joe atravesó la habitación, tomó el pulso a Billings, puso la oreja sobre el pecho del profesor y escuchó todavía latir su corazón.

—Sólo se ha desmayado —dijo Joe a Hoskins, que venía tras él—. Tendremos que llevarle. No podemos esperar más.

—Ha sido una tontería dejarlo para tan tarde —refunfuñó Hoskins—. No sé por qué has esperado tanto, Joe.

—Tenía que hacerse mayor —dijo Joe de manera misteriosa, y empezó a masajear en la nuca de Billings.

Con el masaje, Billings se despertó del desmayo y estiró el cuello.

—Esto está mejor —concedió Joe poniendo al mal tiempo buena cara—. Vamos. Saquémosle de aquí. Hay trabajo que hacer. La ciencia todavía no ha sido derrotada, ni mucho menos. —Se volvió hacia Hoskins—. ¿Estás seguro de haber escamoteado y escondido todas las partes de Bossy en un lugar seguro?

—Sí, sí, estoy seguro. —Hoskins le hizo una mueca—. Y tú, ¿estás seguro de haber encontrado un lugar seguro para nosotros?

—Sí, sí, estoy seguro —dijo Joe.

Entonces Billings se levantó y, de repente, se sintió bastante fuerte.

—Muy bien, Joe. —Billings sacudió la cabeza todavía aturdido—. Imagino que cometer un error no es tan grave... si vives lo suficiente para poder aprender del error, y hacer algo para evitarlo en lo sucesivo. La ciencia ha dispuesto de muchos conocimientos, pero de muy escasa comprensión.

—Vamos a descubrir qué es eso.

TERCERA PARTE: PREFIEREN TENER RAZÓN

Mark Clifton y Frank Riley

Capítulo 1

JUSTO delante de él, en la Third Street, se perfilaba la masiva fachada de la estación Pacífico Meridional de San Francisco, semiescondida en la niebla arremolinada del crepúsculo de enero. Joe Carter aparcó la furgoneta alquilada junto a la acera en aquel momento desierta, y lanzó en la oscuridad una mirada furtiva de evaluación. Había llegado la advertencia: el habitual hormigueo a lo largo de la columna vertebral y la sensación de tirantez en la nuca.

Emitió un campo de ondas concentrado, un tanteo telepático, pero alrededor de la estación había demasiada gente para poder identificar la fuente específica del peligro sin conocer antes el punto exacto de su origen. La atmósfera general de ansiedad, de penas y alegrías, que parece haber siempre en el aire de una estación como un manto de humo, impidió que pudiera captar amenazas directas a su persona.

Fuera de la estación, la escena era completamente normal. Las imprecisas luces amarillas de un taxi salían de la zona que les estaba reservada y seguían por Townsend Street hacia el embarcadero. En el largo tramo elevado que conducía a Bay Bridge, el murmullo sofocado del tráfico era un acompañamiento sonoro del zumbido telepático de palabras y frases semivocalizadas captadas de las mentes de las personas que se hallaban en la zona.

Carter contempló cómo un vehículo policial pasaba a su lado a escasa velocidad y desaparecía entre la niebla. Exploró la mente de los dos policías. Su mirada fortuita le había registrado: conductor de una pequeña furgoneta, varón, blanco, de unos veintidós años, sin cicatrices ni marcas especiales, sin infringir la ley por el momento. Pero no había señal alguna de que le hubiesen identificado.

Barrió de nuevo la calle con los ojos físicos, y apenas se fijó demasiado en uno de esos borrachos de los barrios bajos que se había aventurado un poco más al sur de donde estaba su guarida habitual. El tipo se había detenido al frío resguardo de la oscura entrada de un almacén y, aparentemente, estaba bebiendo con sed desesperada de una botella de vino que todavía mantenía en el interior de una bolsa de papel. Era algo tan normal, tan habitual en ese ambiente, que Joe casi cometió el error de no sondear a fondo al individuo. Pero apenas comenzó a alzar los ojos, los músculos de la nuca se le contrajeron todavía un poco más, aumentando la consciencia del peligro.

Aún con la duda de si el precio somático que debía pagar al compartir la desesperación y el abatimiento del borracho pudiera valer la pena a cambio de alguna pequeña información concreta que se hallara en esa mente, Joe sondeó a fondo.

Obtuvo una serie de fotografías, claras y precisas.

El disfraz del agente federal era casi perfecto. Joe sofocó para sí una sonrisa de

genuina diversión. Al echarse el vino en la boca para tener un aliento adecuado en el caso de que otro vagabundo se le acercara, el agente había tragado inadvertidamente un sorbo de aquella basura barata. Además del personaje, y de manera clara, Joe notó también el efecto somático del vino en la nariz y la boca, en la garganta y el estómago del hombre.

Pero la repugnancia que el agente sentía no había eliminado la imagen dominante en su mente. Le habían dado instrucciones muy recientemente, y el nivel superficial de su consciencia todavía contenía esos recuerdos precisos.

Otros dos agentes se hallaban en el interior de la estación. Uno de ellos estaba junto a la hilera de personas que esperaban para hacer validar sus billetes. El otro leía un periódico muy cerca del pasillo que conducía a los lavabos.

Los profesores Billings y Hoskins, las presas que perseguían los agentes, estaban sentados dentro del campo de visión de ambos policías. Los agentes habían reconocido a Billings en la estación de St. Louis en un cambio de tren de su fuga por todo el país. En cambio, a Hoskins no le habían descubierto hasta que se había unido a Billings, menos de media hora antes. La mente del agente registraba la satisfacción por ese encuentro, ya que podía significar el final de la larga búsqueda. Obviamente, los dos hombres esperaban ahora que alguien más se reuniera con los profesores.

Y cuando ese alguien más estuviera allí, era muy posible que, sin sospecharlo, los tres pudieran conducir a los agentes directamente hasta Bossy.

Hasta ese momento no se había encontrado ninguna indicación sobre el lugar donde estaba escondido el cerebro sintético. En la mente del agente se mezclaban el disgusto y el desprecio porque, durante todos esos años en los que Hoxworth y las otras universidades habían realizado experimentos para construir esa maravilla cibernética financiada con fondos del gobierno, la burocracia de Washington no se había dado cuenta de su verdadero significado. Había sido necesaria una insurrección popular para que Washington llegara a entender cómo reaccionaría el ser humano ante la destrucción de todos sus conceptos previos sobre cómo funcionaba la mente humana y sobre lo absolutos que podían ser los valores que admitía.

Alguien había dicho entonces que esa máquina era incluso más importante que cuanto lo había sido la bomba atómica cuarenta años atrás; que el impacto de su significado en la psique humana podría hacer lo que las bombas atómicas no podían; que el ser humano disponía de una manera para evitar la destrucción física, pero que el gran problema era saber si sería capaz de sobrevivir a su propio autoconocimiento.

—Tienes razón —murmuró para sí Joe, y encendió un cigarrillo para incrementar la sensación de que había detenido la furgoneta para relajar los hombros y el cuello tras una fatigosa conducción.

Las órdenes que tenían los agentes eran bastante claras. Los profesores Hoskins y Billings eran los personajes centrales en el desarrollo de la mente artificial. Más pronto o más tarde, el rastro de esos dos hombres les llevaría hasta Bossy. Hasta ese momento, sin ser descubiertos, iban a mantener a los dos profesores bajo vigilancia,

no iban a concentrar demasiados agentes para no despertar sospechas y sólo les arrestarían si las actividades de esos dos hombres lo hacían necesario.

Joe aspiró una bocanada de humo y exploró a un nivel más profundo. Encontró lo que estaba buscando. El agente estaba cansado y tenía frío. Tenía dudas sobre si su posición, como un poste al aire libre, era realmente útil. Los informes decían que el profesor Billings, ya con setenta y dos años, era tan ingenuo como un niño. No habría podido escapar ni del típico Júnior G-Man de seis años. Y el estómago del agente empezaba a sentir náuseas por efecto del áspero vino que había tragado.

Estaba cansado, sentía frío, tenía náuseas. Joe se apoderó de esa incomodidad somática, la intensificó en su propio cuerpo, y restituyó ese descontento así incrementado; lo retomó de nuevo, lo hizo oscilar adelante y atrás entre los dos una y otra vez, siguiendo un principio de retroalimentación, aumentándolo cada vez, tal y como había visto que las reacciones de la multitud se intensificaban mucho más allá de la capacidad de un único individuo... y esperó.

El hombre empezó a mirar a lo largo de la calle, en dirección a un pequeño bar. Se sentía cada vez peor. Tal vez el vino le había envenenado. Por un momento se preguntó si estaba destinado a formar parte de la lista de los agentes fallecidos en el cumplimiento del deber. Después la razón negó ese impulso de autocompasión. Llegó a un compromiso: lo primero que haría sería tomar una taza de café para ver si así reducía la sensación de frío, se tranquilizaba y eso le sentaba bien en el estómago. Ya que, sin ninguna duda, se hallaba en una situación tan extrema que justificaba el abandono momentáneo del puesto del servicio.

Cuando Joe puso la marcha en la furgoneta para alejarse de la acera, el agente ya estaba a mitad de camino de la manzana, corriendo hacia el bar todavía agarrando el cuello de la botella de vino envuelta en la bolsa de papel. En caso de muerte ésa habría sido una prueba muy importante.

Sin mayor cuidado del que hubiera mostrado cualquier conductor de furgoneta, Joe condujo el vehículo hasta detenerse en una de las plataformas de carga en un extremo de la estación. Mientras subía con agilidad la rampa de acceso, deseó con toda la fuerza de la voluntad que las últimas oleadas de náusea se alejaran de su propio estómago. Sin mostrar prisa alguna, entró con paso calmo por la puerta marcada con el símbolo del Correo por Ferrocarril.

El empleado le examinó, tomando nota de la grasienta chaqueta de cuero, los pantalones manchados de aceite, y la vieja gorra con la visera rota.

—¿Sí? —dijo con tono provocativo—. ¿Qué quieres?

—Retirar un paquete de la Brown Appliance Company —contestó sencillamente Joe—. Piezas para televisores. —En la mente del empleado no surgió ninguna muestra de alarma ni de sospecha. Era la confirmación de que no sabían nada de Bossy. Le entregó el recibo que le habían dado al enviar los componentes de Bossy desde una ciudad alejada unos cientos de kilómetros de Hoxworth.

—Aquí no hay ningún paquete de ese tipo —dijo automáticamente el empleado.

No había ningún tipo de animosidad real en su voz ni en su mente. Era tan sólo ese deseo de molestar, tan frecuente en todo el mundo, que se expresaba a menudo siempre que no hubiera que temer las posibles consecuencias.

—El jefe ya ha hablado por teléfono con el director del turno de día —dijo Joe con sequedad—. Le han dicho que ya había llegado. Imagina que te pones a buscarlo.

El empleado le miró fijamente con una mueca de desprecio en los labios. Si el jefe de ese tipo había llamado y hablado con el director del turno de día, podía tratarse de un caso de soborno. Decidió cooperar. Encontró la caja en la habitación interior, deslizó la hoja de la carretilla de mano debajo de la caja, gruñó por lo pesada y voluminosa que era, y la empujó hasta fuera, encima de la plataforma de carga. Con gran sorpresa por su parte, se encontró ayudando a Joe a cargar cuidadosamente la caja en la furgoneta.

Joe volvió a la oficina con el empleado.

—El jefe quiere que tome un billete para Los Ángeles —dijo Joe—. ¿Dónde debo ir?

—Ahí —dijo el empleado mientras dirigía un dedo hacia la puerta que conducía a la sala de espera de la estación—. ¿Necesitas que te lleve de la mano?

—No —replicó Joe—. No quiero ensuciarme la mía.

Atravesó la puerta y siguió andando por el pasillo que llevaba a la sala de espera de la estación. Sabía que el empleado se había quedado de pie tras el mostrador con la mandíbula colgante y la boca abierta. El aturrido estupor del empleado al resultar vencido en su propio juego de ingenio ofreció a Joe el soporte somático que necesitaba para borrar su propia imagen de la mente del empleado. Incluso a pesar de la irónica respuesta no le recordaría. Como saben todos los jueces, las perturbaciones emocionales pueden llegar a provocar descripciones completamente incorrectas. El empleado le recordaba ahora como un corpulento camionero con ásperos cabellos negros, grandes y chispeantes ojos y manchas de restos de tabaco en la mejilla.

Se detuvo en la entrada de la sala de espera y echó una doble ojeada, visual y telepática, a los dos profesores. Sus disfraces eran sencillos y seguían intactos. Billings, con sus setenta y dos años, se había cortado al raso y teñido de negro la distinguida y blanca melena. Los dorados y elegantes quevedos unidos a la ondeante cinta negra habían sido sustituidos por unas gafas normales de concha. Llevaba ropa barata y anodina. Pero mucho más que en esas cosas superficiales, Joe contaba con la actitud del hombre para mantener secreta su identidad. Había desaparecido la seguridad del personaje famoso en todo el mundo, conocido incluso por los niños gracias a las películas, caricaturas e informativos que le presentaban como el decano de Medicina Psicosomática de la Universidad de Hoxworth. En lugar de eso, mostraba dolor, desconcierto, incredulidad, era un hombre anciano, perdido y cansado. E incluso así había sido reconocido y seguido hasta aquí.

El profesor Hoskins, cuarentón, con cambios aún más insignificantes en su apariencia, no había sido reconocido antes de que se encontrara con Billings.

Ahora ambos estaban sentados allí, de acuerdo con el plan, esperando a que llegara Joe para decirles lo que debían hacer a continuación.

Gracias a la información que había conseguido en la mente del agente «borracho», Joe no tuvo dificultad alguna en localizar a los dos agentes que les observaban. Ambos tenían un aspecto poco llamativo. Esperaban pacientemente, como harían unos maridos bien domesticados que estuvieran esperando a sus esposas, sin llamar la atención pero también sin intentar pasar desapercibidos.

Los labios de Joe se contrajeron en una sonrisa, y se aprovechó del deseo natural de los agentes por mitigar su aburrimiento. El que tenía el periódico hizo seña con los ojos al otro indicándole que deseaba hablar con él. Inadvertidamente, ambos se acercaron a la entrada de la estación. Uno tras otro atravesaron la puerta y juntos llegaron al otro lado de la calle encaminándose hacia el bar.

Sin la menor sorpresa se unieron a su colega disfrazado de borracho, y los tres se sentaron a discutir sobre sus presas, intentando adivinar quién tenía que encontrarse con los profesores y cuándo esa pista les llevaría hasta Bossy. El agente que hacía de borracho, tras haber recuperado de nuevo la sensación de bienestar con sorprendente rapidez, concluyó que se había tratado sólo de un escalofrío momentáneo. No se molestó en contarles por qué le habían encontrado allí, y a los otros dos no se les ocurrió preguntárselo.

Durante una buena media hora, bastante más de lo que le tomó llevar a los dos profesores y a Bossy a un lugar seguro lejos de la estación, Joe mantuvo en los agentes la convicción de que aquella tranquila conversación en la barra del bar era una parte perfectamente normal de sus obligaciones.

En ese momento, Joe, a quien no le faltaba el sentido del humor, permitió que cada uno de ellos se diera cuenta, en el mismo instante, de que se habían alejado dejando a sus presas sin vigilancia. De repente, se miraron desconcertados y aterrados, y se alejaron de la barra del bar como si les quemara.

Corrieron afanosamente a lo largo de la calle, hacia la estación. Escudriñaron el lugar desde los sótanos hasta el techo. Dejando a un lado todo tipo de precauciones, preguntaron a todos los que se hallaban por allí. Nadie recordó haber visto a los dos hombres.

Se reunieron cerca de la plataforma de carga, y allí cada uno de ellos se dio cuenta de la inutilidad de descargar las culpas sobre los otros dos. Empezaron a interpretar su comportamiento a partir de bases racionales e intentar justificarlo. Tenían bastante experiencia en inventar historias que pudieran convencer a cualquier juez y a cualquier jurado, pero su superior había sido antes agente de calle y no sería tan crédulo.

Sus intentos para explicar las propias decisiones y acciones eran maravillosamente ingeniosos, lógicos, didácticos. La historia empezaba a acercarse a la infalibilidad de las conclusiones que se encuentran en los libros de texto científicos.

La sencilla explicación de los hechos que habían sucedido quedaba completamente al margen de lo que permitía su estructura mental. Y si alguien la hubiera sugerido, le habrían considerado loco.

Capítulo 2

EL hotel Deluxe, en el corazón de uno de los peores barrios de la ciudad, intentaba mantenerse al nivel de su propio nombre mediante la instalación, entre un cubículo y otro, de paneles de madera que llegaban a la altura del torso para proseguir hasta el techo con una sencilla red metálica. Se trataba tanto de una contribución a una mayor intimidad como de un ligero intento de desanimar a los rateros. Cambiaban las sábanas de las literas cuando llegaban nuevos huéspedes, tal y como ordenaban las disposiciones del Ministerio de Sanidad, con una desgana algo menor de la habitual, pero no había diferencia alguna con los otros hoteles en lo referente al olor a insecticida.

Jonathan Billings estaba sentado en el borde de su litera con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas huesudas: un viejo privado de dignidad, seguridad y confianza y completamente perdido en aquel ambiente extraño.

Miró a su compañero, Duane Hoskins, antes profesor de Cibernética en Hoxworth, que ahora se sentaba casi en la misma postura en su propia litera, y pensó que no había nada en su aspecto exterior que les diferenciara de los otros vagabundos, borrachos y barbudos que vivían en aquel barrio de maleantes de San Francisco. Como lo había dicho Joe: hombres que estaban ya en la recta final.

—Tres días es una larga espera —murmuró Billings en voz baja, consciente de que si hablaba algo más alto podrían oírle—. Espero que Joe logre arreglarlo todo.

Hoskins levantó la cabeza de sus reflexiones, con un rostro que era todo un poema de perplejidad y creciente resolución.

—Estaba pensando, doctor Billings —dijo. Era característico de los dos hombres conservar, incluso en aquel ambiente, las formalidades y el protocolo universitarios—. Pienso que somos un par de locos. ¿De qué huimos? ¿Por qué estamos...? — Interrumpió bruscamente la frase, pero recorrió con la mirada el pequeño cubículo que contenía las dos literas y un pequeño estante, indicando en su expresión que aludía al mismo desastroso dormitorio, en aquel desgraciado barrio de San Francisco.

—Bien lo sabe, doctor. Nos persiguen bajo acusación del gobierno federal —le recordó Billings en tono austero.

—¡Muy bien! —explotó Hoskins sin darse cuenta de haber alzado la voz.

—¡Callad de una vez, vosotros dos! —gritó una voz ronca desde el cubículo adyacente—. O habláis lo suficientemente alto para que pueda oíros o callad para que pueda dormir.

Los dos hombres se dieron la vuelta y miraron con resentimiento al tabique divisor, después intercambiaron una mirada de advertencia mutua.

—Muy bien —repitió Hoskins, y mantuvo la voz tan baja que era poco más que un cuchicheo—. Nos persiguen. Pero escapar y escondernos como hacemos empeora las cosas, no las mejora. No hemos hecho nada malo. Nuestra conciencia está limpia. Lo que debemos hacer es afrontar el problema y aclarar las cosas. No puedo comprender por qué nos hemos dejado llevar por el pánico, como animales enloquecidos en un establo en llamas.

Hizo una pausa, reflexionó, y añadió con significativo énfasis:

—Hay en todo esto un montón de cosas que no acabo de entender. —Lanzó a Billings una mirada interrogativa, casi un desafío.

Billings le devolvió la mirada por encima de la montura de sus gafas. Sentía la tentación de decirle a Hoskins que Joe era un telépata, que Joe sabía lo que estaba haciendo, que si él mismo hubiera prestado a Joe la atención debida en el pasado las cosas serían ahora distintas. Allá en la universidad no había tenido ningún problema para mantener el secreto de Joe. Estaba en su propio elemento, un silencio de tipo ético resultaba natural. Pero ahora las cosas habían cambiado.

Alzó las manos de las rodillas y se dio un masaje en los nudillos de una mano con la palma de la otra. Abrió la boca para hablar, y la cerró de nuevo. Incluso ahora, necesitado como estaba de la cooperación y la comprensión de Hoskins, no podía faltar a la palabra dada. No dijo nada.

—Tal vez hay algo de cierto en lo que se dice de los profesores distraídos, doctor —Hoskins esbozó una débil sonrisa—. Tendemos a quedar encerrados en nuestro propio trabajo, perdemos el contacto con lo que los profanos llaman la realidad. Pero estas semanas de correr y escondernos... Y ahora esto. Me pregunto: ¿por qué?

Hizo una pausa en busca de una comparación.

—Es como un espectáculo de aficionados, donde los actores dicen y hacen cosas totalmente antinaturales, donde un director malo pone a toda la compañía en situaciones completamente falsas. Yo soy uno de esos actores que de repente se da cuenta de lo falsa que es la posición en la que se encuentran todos, de lo imposible que resulta mantenerla. O... soy el profesor distraído que sale de su ensoñación con los ojos abiertos justo a tiempo de darse cuenta de que no está cojo. Simplemente anda con una pierna en la acera y la otra en el fango de la calle. —Torció la boca en una mueca, recordando lo muy apropiada que resultaba esa metáfora.

—Es concebible, doctor, que su nueva percepción de la realidad pueda ser tan insostenible como la que usted desea superar —objetó Billings en un susurro, sin darse cuenta de lo absurdo que resultaba el estilo pomposo en aquel ambiente. Inadvertidamente, se le escapó un suspiro roto, casi un sollozo—. No hay nada en el mundo tan terrible como una muchedumbre de seres humanos enfurecidos —murmuró.

De nuevo bajó la mirada hasta las rodillas, para esconder el dolor que éstas le producían, para esconder su destrozada fe en la innata bondad de los seres humanos, para esconder la profunda desesperación de comprender que, a pesar de todo, la razón

no siempre tenía que triunfar sobre la ignorancia.

—Tal vez —murmuró algo más alto— creer en el inevitable triunfo de la racionalidad pudiera ser, en sí mismo, tan sólo una expresión más de esas supersticiones que tanto deploramos en los ignorantes. Creer demasiado en la importancia final de la razón es, claramente, una enfermedad profesional para el científico, quizás una enfermedad fatal. Hay tan pocas pruebas...

El impaciente crujido de los muelles de la litera, proveniente del cubículo de al lado, interrumpió bruscamente la respuesta de Hoskins. Los dos hombres callaron y contemplaron el frío linóleo del pavimento. Simultáneamente, y siguiendo líneas paralelas, sus pensamientos volvieron a los acontecimientos de los dos últimos años.

Todo había empezado con las órdenes de Washington, transmitidas de la manera habitual por el Investigador Interno. La orden era construir un servomecanismo que funcionara bajo los mismos principios que los misiles teleguiados, que pudiera impedir que un avión se encontrara con otro o que se estrellara contra la ladera de una montaña, que lo hiciera aterrizar siempre con completa seguridad, sin estar bajo el control de un piloto o de un equipo de superficie. En resumen, un servomecanismo que, cuando fuera necesario, pudiera prever el desarrollo final de cualquier posible pauta de probabilidad.

Evidentemente, aquellos inteligentes muchachos de Washington habían redactado la orden juntando las frases una tras otra sin darse cuenta de lo que pedían. Habían tenido la ligera comprensión de que eso debía de ser un problema psicológico, y por eso habían designado a Billings como director del proyecto. Como era habitual, el castigo por el fracaso era la flagelación y el ridículo públicos tras una severa investigación y, si Billings se hubiera negado, la cárcel por desobediencia a la ley.

Y había ocurrido algo extraño. Había sido como si la presión de la originalidad humana, embrutecida y anulada por cuarenta años de control de la opinión, se hubiera salido de madre.

Bossy, llamada así por el vago parecido de la máquina con la cabeza de una vaca, llegó a ser algo más que un servomecanismo ordinario.

La fiebre de la originalidad de pensamiento se extendió por los departamentos de Hoxworth. La hasta entonces contenida ansia de pensar fue como una epidemia. Una vez alcanzados por el fuego del entusiasmo, todas las instituciones académicas, e incluso algunos laboratorios industriales, contribuyeron al trabajo. Fue como si los científicos hubieran decidido que Bossy les daba la posibilidad de pensar en áreas en las que se les había prohibido entrar. Fue como si se sintieran seguros en su obvia defensa.

—Pero se trata sólo de una máquina —habían dicho—. No puede ser considerada moralmente responsable por haber llegado a las únicas respuestas lógicas que eran posibles, incluso aunque esas respuestas no apoyen vuestras convicciones políticas. La racionalidad lógica nunca es subversiva ni antisubversiva. Es, sencillamente, una exposición de hechos. Se puede destruir la máquina, pero las flagelaciones públicas

verbales y las sátiras no pueden dañar irremediablemente su psique. Es sólo una máquina.

Consciente, e inconscientemente, Bossy era la respuesta de la ciencia a la brutalización y la acción represiva derivadas del control de opinión.

Las noticias relativas a lo que Bossy había llegado a ser se filtraron a la opinión pública. Había bastante de cierto en las falsas interpretaciones como para que la gente se sintiera agitada por una profunda inquietud. Bossy podía realizar cualquier trabajo y hacerlo mejor que un ser humano. Bossy podía sustituir incluso a los ejecutivos y a los consejos de administración. Las decisiones de Bossy serían acertadas, su discernimiento estaba libre de influencias personales.

¡Bossy sabía distinguir el bien del mal!

Fue posiblemente la falsa interpretación de esta última facultad lo que empujó a los seres humanos lejos de la estrecha senda de la razón y les hizo sumergirse en las profundidades del ciego temor supersticioso. Realmente éste fue el pretexto al que se agarraron los agitadores de masas, cuyo monopolio sobre la interpretación moral podría haber sufrido daños.

El control de opinión había respondido al desafío de la ciencia.

En los últimos momentos, antes de que la multitud enloquecida echara abajo las puertas de la universidad, los últimos tres hombres que quedaban, Billings, Hoskins y Joe Carter, habían logrado escapar. Después, Billings llegó a saber que Joe y Hoskins, que habían previsto desde hacía tiempo esa situación, habían desmantelado y metido a Bossy en una caja y la habían enviado fuera de la zona.

Los dos profesores habían escapado presos del pánico.

Habían seguido huyendo, respaldados por un vago sueño sobre un tranquilo refugio donde pudieran seguir trabajando en Bossy sin nuevas interrupciones. Como era típico de su manera de ser, no tenían ni la más remota idea de dónde pudiera haber un lugar como ése, ni de cómo ese refugio podría eliminar las presiones de la reacción de las masas ante su trabajo, o de cómo financiar ese trabajo de manera continuada o su propia manutención de cada día. Toda su vida habían vivido en una torre de marfil. Nunca se les había ocurrido, ni a Hoskins ni a Billings, que pudiera ser de otra manera.

Y aquí estaban ahora, escondidos en un mísero dormitorio en uno de los peores barrios de la ciudad. Y lo que era más increíble para Hoskins, dependían completamente para su próximo paso de un joven de escasos veintidós años.

—Increíble —dijo Hoskins en voz alta, incrédulo.

—¿Quién sabe cuándo volverá Joe? —se preguntó lastimeramente Billings.

Hoskins le miró, impaciente, y no respondió.

Los dos estaban sentados, uno frente al otro, en los bordes de sus literas y seguían esperando. Hoskins se levantó y alcanzó uno de los bocadoillos de la provisión que el empleado del hotel, siguiendo órdenes de Joe, les había traído. Billings se preguntaba si podría hacer una escapada sin peligro a la zona de duchas comunes y darse otra

ducha. Sonrió con tristeza ante ese impulso de ducharse una y otra vez, una protesta contra el ambiente que le rodeaba. Se sacó este pensamiento de la cabeza. Cuantas menos personas les vieran, más seguros estarían.

Joe le había dicho que por los barrios bajos circulaba la orden de que nadie (y eso significaba nadie) debía hablar con nadie (y eso significaba nadie) sobre Joe y sus amigos escondidos en el hotel Deluxe. Era una orden de grupo, una especie de tabú. Pero siempre estaban esos tipos que podían romper el tabú, ávidos de una copa o de un poco de droga, siempre disponible para los delatores.

El autoanálisis de Billings le retrotrajo a las consecuencias del control de opinión, las mismas que se habían dado una y otra vez a través de la historia. Muchas muchas veces el ser humano había sido obligado a adoptar una única opinión correcta. Cada vez que eso había ocurrido, el progreso humano había moderado su marcha, se había detenido y acabado. Una vez, durante las eras oscuras, ese período había durado casi un millar de años.

La mente científica posee una extraña peculiaridad. Si se determina un área en la que no se permite entrar para realizar un examen especulativo, entonces, inmediatamente, todas y cada una de las líneas de investigación parecen converger hacia esa área.

A veces un niño puede pasarse horas y horas sin pensar en la caja de las galletas, pero si se le prohíbe tocarla no puede pensar en otra cosa.

—Lástima que haya ocurrido justo en este período —dijo Billings, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta—. Siempre hemos tenido la explicación ante los ojos. Si nos hubiéramos dado cuenta de que las ecuaciones de Einstein podían aplicarse a todos los campos de la ciencia, y no sólo a la física, el ser humano habría ido mucho más allá de sus propios sueños. Por ejemplo, tan sólo en el campo de la sociología...

A través de las delgadas paredes, le llegó como protesta el sonoro crujir de los muelles de una de las literas. Era más de lo que produciría un hombre revolviéndose en la cama. Se oyeron también manos que frotaban el tabique de separación. Los dedos llegaron a la parte alta de la mampara y siguieron por la red metálica donde encontraron apoyo. Se tensaron, con evidente esfuerzo, y se oyó el ruido de un cuerpo pesado que frotaba contra el tabique al alzarse.

Lo primero que apareció fue una cabellera desordenada y de un amarillo grisáceo. Siguieron los ojos, legañosos y parpadeantes. Una deforme nariz enrojecida, y después la boca. La boca sonreía en una expresión que el hombre seguramente pensaba que era amistosa. Era la sonrisa tranquila y conciliadora de un alcohólico crónico.

—¿Realmente pretende aplicar a la sociología las leyes físicas de la mecánica cuántica sobre el continuo espacio-tiempo? —preguntó la boca.

Las palabras eran confusas, los labios flácidos habían olvidado desde mucho tiempo atrás cómo dar forma a un discurso incisivo y mordaz.

Billings y Hoskins habían observado la aparición mientras se hacía visible por encima de la mampara. Billings fue el primero en recuperarse de la sorpresa. La pregunta restauraba su posición en el mundo académico.

—Indiscutiblemente, debería tenerse en cuenta esta posibilidad —respondió.

Los ojos se cerraron. Los párpados acentuaron la mueca en el rostro. Después los ojos volvieron a abrirse.

—Me pregunto —dijo la boca—, por qué esta posibilidad nunca se me había ocurrido en mis reflexiones. Tal vez sea culpa de los tiempos en que vivimos. Sí, vale la pena tenerlo en cuenta.

La cabeza empezó a desaparecer de nuevo tras el tabique, después volvió a subir. El rostro mostraba esta vez una expresión más ansiosa.

—Les ofrecería a ustedes una copa... si tuviera —dijo la boca esperanzada.

—Temo que ninguno de nosotros tenemos alcohol —replicó Billings con pesar.

Los ojos miraron a los dos profesores, escrutando sus expresiones para ver si su afirmación se correspondía con la verdad. Aparentemente el rostro quedó satisfecho, tras concluir que no se trataba de codiciosos egoístas.

—Así que también ustedes están sin blanca —dijo la boca con una mueca de humorismo filosófico—. Una lástima, ¿no es cierto? Pero muchas gracias, señores, por la nueva idea. Me compensa ampliamente por la interrupción de mi sueño.

La cabeza desapareció de repente y esta vez no reapareció. Tras unos minutos se oyó un moderado roncar tras el tabique divisor, un acompañamiento a los otros ronquidos más fuertes que venían del resto del dormitorio.

—Piense en esto —susurró Hoskins finalmente—. Imagínese: poder encontrar una mente como ésta en un lugar así.

—¡Por Dios, doctor Hoskins! —Le susurró Billings con aspereza—. ¿No estamos nosotros aquí?

Capítulo 3

ERAN las tres de la mañana cuando Joe les sacó del hotel Deluxe. Joe había pagado la habitación anticipadamente, por supuesto, y salir del hotel sólo significaba dejar caer la llave en el mostrador de la recepción. El portero de noche la tomó sin ninguna pregunta, sin comentarios ni especulaciones. Había visto de todo durante su turno y había perdido todo tipo de curiosidad sobre esos hombres que estaban ya en la recta final. De acuerdo con la orden que circulaba por los bajos fondos, no le costó nada no darse cuenta de que esos tres eran un viejo excéntrico, un vagabundo de mediana edad, y un joven miserable.

Por prudencia, el pasillo estaba más a oscuras que la calle. En la puerta, antes de salir al exterior, Joe tocó a Hoskins en un codo y habló en voz baja:

—Yo salgo primero. Me siguen a un cuarto de manzana detrás de mí. Sosténganse el uno al otro, como si hubieran bebido más vino de la cuenta, pero sin exageración.

Hoskins iba a empezar a hablar pero, simplemente, con rostro adusto contestó afirmativamente con sólo un gesto de la cabeza.

—¿Y la policía? —Preguntó Billings en voz baja—. ¿No estamos en peligro?

Joe examinó críticamente a los dos hombres, y sonrió.

—Parecen demasiado pobres para poder pagar una multa, por lo tanto los policías locales no les prestarán atención. Los federales han tenido una reorganización en los últimos días. Parece ser que alguno de sus muchachos ha abandonado su puesto de servicio. Y siguen todavía vigilando los barrios ricos. Es demasiado pronto, según un esquema lógico, para que ya hayan caído tan bajo. No se preocupen y síganme.

En la Third Street, el viento que venía del puerto era frío y cortante. La niebla era tan gruesa que parecía fina lluvia. Escasas sombras grises de hombres vagabundeaban sin objetivo a lo largo de la acera, surgiendo de la niebla a media manzana de distancia y desapareciendo de nuevo.

Joe encorvó los hombros y se encaminó, arrastrando los pies, hacia la esquina de Howard Street. Esperó allí hasta que vio aparecer a su espalda las dos siluetas familiares dando tumbos. Se infundió de valor para resistir los efectos somáticos del abatimiento y la miseria, y sondeó las mentes de los hombres que seguían en la calle. Todo parecía normal. Algunos de esos hombres estaban borrachos; otros, incapaces de pagar un mísero dormitorio, estaban embrutecidos por el cansado y la falta de sueño. Un par de policías hacían su ronda de vigilancia dos manzanas más arriba, echando a ese tipo de hombres de las entradas de las casas o de las esquinas de los callejones donde intentaban dormir. Pero ambos estaban ya más allá del lugar adonde Joe se dirigía.

Esperó de nuevo a la entrada de un callejón, hasta que los profesores casi estuvieron a su lado. Interpretaban bien su papel y, cuando le siguieron en el callejón, habrían podido ser tomados por dos seres humanos corrientes en busca de comida de un cubo de basura, o a la caza de botellas de vino aún recuperables que hubieran sido desechadas por algún borracho más afortunado.

Joe se detuvo en la oscuridad del callejón, esperando que llegaran los dos hombres. Hizo un rápido sondeo de las mentes que había en las proximidades y no detectó ningún indicio de que nadie se hubiera dado cuenta de ellos. Sacó una llave del bolsillo y abrió una puerta. Les guió bajando unos cuantos escalones, recomendándoles que andaran con cautela en las tinieblas. Sacó otra llave y abrió otra puerta al final de los escalones.

Les dejó en medio de la oscuridad más profunda de la habitación, cerró la puerta tras ellos y, apenas se oyó el clic de la cerradura, encendió la luz. Tras las tinieblas, la luz les cegó por un instante y después empezaron a ver. Se hallaban en una sala de estar pequeña y armoniosamente amueblada.

Delante de ellos se hallaba un hombrecillo diminuto que miraba fijamente a Joe. Intensificados por unas vibrantes cejas, los ojos podrían haber sido los de un búho.

—Veo que lo has conseguido, muchacho —dijo una voz seca y frágil. Se dio la vuelta y gritó hacia otra habitación—: Mabel, ya están aquí.

La puerta lateral de la habitación se abrió, y una enorme mujer entró andando como un pato. Sus cabellos habían sufrido un brillante tinte carmesí, pero mostraban sus buenos cinco centímetros de gris en las raíces. Su cara parecía como cubierta con diversos esmaltes de colores.

—Un viaje rápido, hijito —dijo la mujer satisfecha—. No me has dado tiempo siquiera a preparar el café.

—Mabel..., Doc Carney..., éstos son mis amigos, los profesores Billings y Hoskins. —Nunca le había pasado por la mente hacer conjeturas sobre el apellido de Mabel o sobre otro posible nombre de Doc Carney. Eso nunca había pasado por la mente de nadie. Sus identidades resultaban así del todo completas y comprensibles.

Joe contempló a Hoskins y Billings que se inclinaban ligeramente en dirección hacia Mabel. Aquí, en una habitación algo más familiar, reaparecía algo de su dignidad y se comportaban educadamente.

—¡Hey! —Tronó Mabel con su ronca voz—, vosotros sois personas.

Joe se sentía contento al ver apuntar en los ojos de Hoskins una mirada de comprensión, de orientación. Tal vez esa torre de marfil no había sido, a pesar de todo, tan impenetrable. Nunca había mirado dentro de él, ya que la naturaleza de Hoskins no era cosa de su incumbencia. Pero Billings estaba absolutamente desconcertado. Su expresión venía a decir que, evidentemente, ellos eran personas.

—El término «personas» —explicó Joe en tono seco y didáctico— utilizado en este contexto significa, desde el punto de vista etimológico, una implicación semántica especializada, que indica respeto y aprobación y les clasifica como seres

superiores en lo que hace referencia a la cultura y la instrucción.

Con esta traducción a un lenguaje sencillo, Billings captó la idea rápidamente. Dio un paso hacia delante y tendió la mano.

—Ustedes también son personas —susurró—. No resulta difícil darse cuenta.

—¡Oh! —La mujer alzó la cabeza con una mirada de admiración y le estrechó la mano sacudiéndola arriba y abajo con gran cordialidad.

—Tiene toda la razón en esto, eh..., profesor —dijo Doc Carney con aprobación—. En sus días, Mabel era una chica de esas de cien dólares por noche. Realmente tiene clase.

—No me diga —murmuró Billings, sin comprender nada.

Mabel les echó una rápida ojeada, luego miró sospechosamente a Hoskins. Hoskins le devolvió una amplia sonrisa y con un guiño le indicó que Billings no estaba demasiado bien informado de las cosas de la vida. Entonces Mabel tomó la respuesta de Billings como lo que era, un cumplido. Joe, antes de reventar de risa, corrió a toda prisa hacia la cocina adyacente, donde el café había comenzado a filtrar. Las reacciones somáticas en la habitación habían sido maravillosas. Ni siquiera había tenido que añadir impulsos adicionales de tranquilidad.

Cuando ya estaban todos sentados, Billings se dirigió a Doc Carney:

—Si no he entendido mal, usted es doctor. ¿En qué campo?, si no es indiscreción.

Joe oyó la pregunta y se asomó a la puerta con la cafetera en la mano.

—«Doc» no es el diminutivo de «doctor» —explicó a Billings—. Es sólo un título honorífico. Y le llaman Carney porque es un «carney».

—¿Sí, Joe? —preguntó Billings.

—Doc Carney era una especie de psicólogo aficionado, uno práctico —explicó Joe—. Un mentalista en las ferias ambulantes. Tenía un número. Desde el escenario leía el pensamiento a los espectadores y les decía cosas sobre sí mismos. Un verano, mientras me encontraba de vacaciones, yo fui su señuelo entre el público. Así fue cómo le conocí. Les hicimos desternillarse de risa.

—Nunca conocí a nadie que recordara los códigos tan deprisa como Joe —comentó Carney—. Intenté que siguiera trabajando conmigo. Hubiéramos conseguido montones de dinero.

Mabel estaba en su elemento. Hacía ya mucho tiempo de cuando los señores se sentaban en su salón hablando con acento aristocrático. Estaba sentada en una pose elegante con el viejo suéter rojo, y miraba de reojo al espejo de la pared para comprobar si el maquillaje de un vivo color naranja y el brillante lápiz de labios estaban bien aplicados. Con un provocativo gesto de otros tiempos, dio rápidos golpecitos con el dedo a los largos pendientes azabache que oscilaron arriba y abajo junto a su mejilla, e intentó cruzar los amplios e informes muslos en algo parecido a un gesto de seducción. Con el índice de la otra mano rascaba ociosa e inútilmente una mancha sucia en la vieja falda.

La habitación quedó de repente en silencio, y todos agradecieron las humeantes

tazas de café que Joe traía en una bandeja. Sorbieron lentamente la bebida con gestos de aprobación. Mabel encogía y estiraba el meñique alternativamente, incapaz de recordar qué era lo que se consideraba más elegante. Hacía realmente mucho tiempo que había sido una chica de cien dólares por noche. Mucho mucho tiempo.

—Ahora atendamos los asuntos de negocios —dijo Joe con decisión, y dejó la taza en una mesita que estaba junto a la silla.

Hoskins y Billings habían superado ya el último estadio de la sorpresa. Les parecía absolutamente normal que Mabel fuese la dueña de la casa, que poseyera la mitad de los edificios del barrio, que tuviera documentos, cartas, joyas con inscripciones y recuerdos de días pasados que la protegían frente a la extorsión y el chantaje.

—Podría contar un montón de cosas sobre esos viejos santurriones que dicen al resto del mundo lo que hay que hacer para comportarse bien —tronó—. Pero les dejo en paz y ellos me dejan en paz a mí. Lo mismo vale con mis inquilinos. Mientras ustedes me traten honestamente, paguen las cuentas, y no se metan en problemas, no les voy a molestar. No sé lo que están haciendo aquí. Ni quiero saberlo. No es asunto mío. No voy a husmear y fisgar por ahí. No tengo por qué hacerlo. Ya lo he visto todo.

—Así es —dijo Joe—, Mabel no finge ser una persona respetable, ¿comprenden? Así no tiene por qué curiosear y espiar y escandalizarse con virtuosa indignación.

Mabel se dio la vuelta y le miró con ojos penetrantes.

—¿Y tú qué vas a saber de todo esto, hijito? —preguntó—. Todavía tienes la boquita llena de leche.

Joe le hizo un guiño y dejó que la boca adoptara una expresión de autoparodia.

—Bueno, Mabel —le dijo tomándole el pelo—. Ya has oído hablar de esta nueva generación tan terrible. Incluso yo podría enseñarte a ti algunas cositas...

Mabel echó la cabeza hacia atrás y rió con ganas. Después volvieron a los negocios.

Doc Carney sería su contacto con el exterior y compraría todo lo que les hiciera falta. Hoskins y Billings no tendrían que salir de allí para nada. Más allá del dormitorio, había una gran habitación que podía utilizarse como laboratorio. Mucho tiempo antes se había realizado ya una conexión con la línea de corriente eléctrica que pasaba por debajo de la calle. Nunca se mencionó, pero poco a poco resultó claro que los anteriores inquilinos, que les habían preparado el camino, habían sido falsificadores.

Resultó evidente, tal y como Joe había planeado, que Mabel y Carney imaginaban que también ellos eran falsificadores. Obviamente, Billings era el grabador, sin ninguna duda se trataba de un viejo renegado que, en sus días, había trabajado para el Tesoro. Hoskins debía ser el impresor, el químico, el que hacía todo tipo de trabajos. Joe era el que daba la cara por los tres. Y ahora que Mabel y Carney habían conocido a todo el grupo, estaban también seguros de que Joe era el cerebro de la operación.

Los otros dos habían desempeñado muy bien su papel de viejos profesores universitarios, pero no era sólo una representación, en realidad estaban un poco fuera de este mundo, y no sabían demasiado bien cómo desenvolverse bajo la lluvia.

Cuando empezaron a hacer la lista de algunas de las cosas que necesitaban, las sospechas de Carney resultaron confirmadas, aunque sus ojos se abrieron desmesuradamente ante la lista de equipo electrónico y químico que ese grupo consideraba necesaria. Su expresión indicaba que le parecía que esta gente eran realmente unos falsificadores de primera clase.

—No se puede comprar este tipo de cosas con dinero falso —dijo en un momento determinado, revelando así sus sospechas—. Puedo conseguir todo esto a bajo precio. Los chicos lo rapiñarán de los almacenes, o lo obtendrán atracando, o robándolo de los laboratorios o las tiendas. La mayor parte de todo esto es difícil de colocar y resultará barato. Pero a mis chicos no se les escapa nada. Sus dedos se agarran a cualquier cosa que haga falta. Pero tenéis que ser leales con ellos. Si les pagáis con dinero falso, os cortaréis vosotros mismos el cuello.

—El dinero será bueno, Carney —le aseguró Joe—. Es un trato completamente honesto y leal.

—Eso es todo lo que quería saber —contestó Carney con alivio—. Cómo vais a pasar el falso y obtener dinero bueno para pagar a los chicos es vuestro problema.

—No he dicho que tuviéramos que pasar dinero falso —le recordó Joe.

—Muy bien, muy bien, hijito —le interrumpió Mabel—. Nunca digas nada.

—Pero justamente, ¿cómo conseguiremos el dinero? —Preguntó Hoskins—. Hará falta muchísimo. Y ya nadie nos financia...

—No será tanto como piensa —dijo Joe—. Ya casi hemos acabado. Ya sólo quedan por hacer algunas conversiones y añadidos. He estado apostando. Tengo un sistema.

Carney le miró con admiración. El muchacho pensaba en todo. Eso respondería cualquier pregunta sobre de dónde había salido el dinero. Era un pretexto viejo, pero bueno. Echó atrás la cabeza y soltó una risotada.

Mabel pensó que Joe se estaba riendo de ellos, y rió con Carney. Todos sabían que los sistemas son para los polluelos que desean ser desplumados. Hoskins pensó que había un tono de reproche en la voz de Joe y que éste le había reprendido por haber hablado de esto ante extraños.

—No estoy seguro de que se pueda ganar en este tipo de apuestas —dijo Billings con seriedad, dudando.

Todos se rieron de nuevo.

—No se preocupe —dijo Joe—. Ninguno de vosotros. Eso es asunto mío.

—Tan sólo intenta no meterte en líos, hijito —tronó Mabel.

Todos seguían sentados, mirándose unos a otros con admiración. Todos estaban seguros de que habían comprendido a los demás. Y Joe sabía que ninguno de ellos había comprendido nada de nada.

En realidad todavía no les había dicho a Billings ni a Hoskins qué era lo que pensaba hacer con Bossy. Todavía no se habían dado cuenta de que, en este último año, se había servido de ellos, que antes había utilizado las facilidades que le ofrecía Hoxworth, las ayudas que le ofrecían también el resto de las instituciones que participaban en el Proyecto Bossy, utilizado la financiación que procedía de Washington. Les había estado utilizando con completa determinación y de manera egoísta para lograr su propio objetivo, poniendo en práctica diversas nociones de psicología aplicada.

No se sentía culpable por ello. Era algo normal y una práctica muy habitual que las personas sustrajeran dinero de los fondos públicos para su propio beneficio. Era uno de los muchos ejemplos de supervivencia de costumbres primitivas en una sociedad moderna. Como siempre, los miembros de la tribu pagaban su tributo a los jefes de la tribu, a los ancianos, a los hechiceros.

E incluso sin intentar racionalizarlo recorriendo al dicho «el fin justifica los medios», era evidente que era un buen negocio para todas las partes. La especie humana disponía ahora de una máquina pensante, de una máquina que era capaz de utilizar el discernimiento y el juicio, y que actuaría en consecuencia. Cuando los trogloditas superaron la superstición del miedo a las llamas, descubrieron que el fuego era muy útil.

Y para él, se trataría de una liberación.

Para Joe finalizaría por fin la prolongada soledad. Ya tenía muy claro cómo los conocimientos de Billings sobre la terapia psicosomática podían ser incorporados a la máquina, cómo la máquina podría interactuar con un ser humano para descender a lo más hondo del fondo rocoso de todas las fijaciones, inhibiciones y represiones de una persona. Cómo todo eso podría ser sustituido por una racionalización metódica.

De la máquina, a su debido momento, emergerían un hombre o una mujer... un hombre o una mujer verdaderos, no esas deformidades atormentadas, retorcidas y lastimosas que pasaban por seres humanos.

Y, si su razonamiento era correcto..., otro telépata.

Capítulo 4

DURANTE una semana, casi día y noche, Duane Hoskins trabajó en ensamblar a Bossy de nuevo. Ahora que los componentes estaban otra vez en sus manos y que disponía de un lugar para trabajar sin que le molestaran, dejó a un lado el conflicto con las circunstancias y dedicó todo su pensamiento a la tarea de devolver a Bossy a su estado original de funcionamiento. Se aseguró a sí mismo que, cuando ese trabajo estuviera terminado, intentaría lograr una relación más realista con el gobierno y con el resto de la gente.

La operación de montaje absorbió todos sus pensamientos. Comenzó el trabajo como si no fuera otra cosa que una molestia rutinaria que debía soportar, ya que eso es lo que había sido para él durante el primer montaje. Pero, a medida que los subconjuntos empezaron a acoplarse de la manera adecuada, empezó a sentirse cada vez más entusiasmado.

Guiado como estaba por la más rígida honestidad intelectual, la única facultad que distingue a los científicos de los demás profesionales, tuvo que reconocer que Bossy no era una creación suya. Bossy no era ni siquiera un producto de la cibernética, o al menos de la cibernética como era considerada antes del inicio de este proyecto.

En alguna parte, de alguna manera, habían superado los conceptos restringidos y limitados de sus predecesores. Sólo ahora, teniendo ante sí los hechos consumados, se dio cuenta de lo muy restringidos y autorre restrictivos que esos conceptos habían sido.

Aún más importante, y más incomprensible, habían superado la esterilidad del control de opinión. Sin embargo, en un sentido estricto, su campo estaba lejos de ser tan peligroso como el de las ciencias sociales. Muy temprano en su carrera, Hoskins se había dado cuenta de que ningún campo de la ciencia está alejado de los asuntos de los hombres, de que hay una implicación sociológica inherente incluso en el simple acto de atornillar una tuerca en un tornillo.

Por supuesto que nunca había hablado de esto en una clase. Frente a los demás siempre había defendido la opinión prevalente de que los científicos que se dedican a la física o la ingeniería no tienen responsabilidad alguna ante el género humano por aquello que logran. Al igual que los otros profesores, sabía que en cada clase era obligatorio que hubiera al menos dos o tres estudiantes que, en preparación de sus futuras carreras, actuaran como inspectores de la que era la única opinión correcta. Eran muy diligentes al informar a los grupos de presión o, directamente, a los Investigadores Internos.

La consecuencia era que, incluso los estudiantes más inteligentes, no acababan

siendo otra cosa que ingenieros con sus libros de recetas. Eso había sido siempre lamentablemente cierto para un noventa y cinco por ciento de los estudiantes de física e ingeniería. Pero antes de que se estableciera el control de opinión, había habido al menos un mínimo del cinco por ciento de ellos que disponía de una mente lo bastante fértil para concebir ideas distintas.

Ahora, durante casi el último medio siglo, no había habido novedad alguna. Naturalmente que había un progreso aparente. Los ingenieros del libro de recetas siempre podían obtener nuevas hornadas mezclando de otra forma los viejos ingredientes. Todavía quedaba también la suficiente invención de nuevos artefactos para confundir a cualquier crítico. Pero no había exploración de nuevas áreas, ni búsqueda de nuevas fronteras.

En su propio campo de la cibernética, Hoskins había estudiado los experimentos de mediados del siglo con los ordenadores de superultravelocidad, los jugadores automáticos de ajedrez, los mecanismos que visualizaban el habla y otras cosas parecidas. Había conocido lo mucho que los seguidores de Babbage y Vannevar Bush se habían acercado a su sueño de una segunda revolución industrial. Pero ahora, en la última década del siglo, la cibernética seguía investigando los mismos juegos mecánicos siempre con los mismos conceptos.

Sólo Bossy era distinta. A medida que proseguía el nuevo montaje, Hoskins estaba cada vez más profundamente preocupado. A veces se sentía como si estuviera a punto de alcanzar algún concepto mucho más amplio todavía no completamente asimilado; como si captara indicios y confusas visiones del esbozo de un nuevo continente completamente desconocido en el que, con anterioridad, la ciencia siempre había hecho la suposición de que sólo había mares vacíos. Maldijo la esterilidad, la rutinaria memorización que pasaba por cultura. Daba las culpas con amargura a su propia mente por ser como un gran músculo, largo tiempo inutilizado, ahora incapaz de tareas que debería poder realizar con facilidad.

No es que cometiera errores en el nuevo montaje. Aunque se trataba de una tarea compleja, recordaba cada uno de los pasos en perfecto orden. Y conocía también el funcionamiento y el objetivo de cada uno de los componentes extendidos ante él. Pese a todo, lo que no llegaba a comprender era cómo algo como Bossy podía haber sido concebido.

Hoskins recordaba muy bien la consternación y la vacua incompreensión entre los distintos departamentos de ciencia durante los primeros días del proyecto. En comparación, la legendaria Torre de Babel había sido un milagro de entendimiento y comprensión. Como suele ocurrir cuando los hombres se encuentran seriamente perturbados por un sentimiento de incapacidad, cada rama de la ciencia se había encerrado en sí misma, haciéndose cada vez más y más esotérica, más y más ritualista. De la misma manera como el hombre incapaz busca y toma distancias con el objetivo de establecer su propia superioridad, cada rama de la ciencia se alejó del objetivo común de todas las ciencias, que es el saber. Y era así cómo el proyecto

había empezado, en la teoría y en la práctica, allá en Hoxworth.

Entonces, de repente, sin ninguna razón aparente, los hombres se entendieron unos a otros, se resolvieron los problemas, se olvidaron los viejos celos y se abandonaron los prejuicios. Por toda la universidad, los departamentos fueron invadidos por ese entusiasmo que generalmente sólo se encuentra en unos pocos hombres: el deseo de ir más allá de las aparentes diferencias, de comprender el significado real de las cosas, de contemplar con piadosa impaciencia a aquellos que todavía valoraban más la influencia personal que la comprensión.

Y, lo más sorprendente de todo, todos y cada uno lo daban por supuesto. Nadie pareció darse cuenta de lo que había sucedido y, mucho menos, por qué. El mismo Hoskins no se había dado cuenta hasta ahora, cuando el acto de volver a ensamblar a Bossy le había forzado a revisar detalladamente cada una de las etapas del trabajo. Sólo en su conjunto revelaban su completa imposibilidad lógica.

Por la tarde, Hoskins intentó preguntar a Billings cuando trabajaban juntos instalando los selectores sinápticos al azar cuáles responderían a las pautas de los códigos sensoriales.

—Doctor Billings —dijo eligiendo bien las palabras—, aunque está claro que ninguno de los componentes de Bossy era desconocido para la ciencia, incluso hace cincuenta años, lo cierto es que la combinación de esos componentes y, especialmente, nuestra hipótesis sobre lo que sucede en el proceso del pensamiento, son nuevos. ¿Cómo pudimos lograrlo? Usted era el director del proyecto. Ha de saberlo.

Contempló la habitual vacilación, el mismo velo de disimulo que siempre cubría los inocentes ojos azules de Billings cuando se planteaba este tema allá en Hoxworth.

—Probablemente no fueron más que circunstancias fortuitas —contestó Billings evasivo.

—No lo creo, y usted tampoco —replicó Hoskins en tono sincero. Señaló los concentradores de iones de hidrógeno, los receptores de los armónicos del campo de ondas—. ¿Todo esto es fortuito? —Preguntó con una incredulidad que equivalía a burla—. ¿Fue fortuito que el departamento de música pudiera ponernos sobre la pista correcta para encontrar los activadores de la selección de pautas? ¿Que el departamento de tejidos sintéticos pudiera proporcionarnos la manera de polimerizar y catalizar cadenas de moléculas para crear el material que se ha convertido en la unidad de almacenaje de conceptos de Bossy?

Agitado por la tensión nerviosa, Hoskins paseaba de un lado a otro de la habitación, y daba caladas a su cigarrillo como si se tratara de un asunto de vida o muerte.

—¿Y que Bossy sea capaz de captar pautas parciales —continuó con la misma voz de incredulidad—, y gracias a ello completar las partes que faltan de la selección probabilística con sus propioceptores? ¿Y que nosotros hayamos llegado a reconocer todo esto como el misterioso y tan apreciado misterio del razonamiento?

Detuvo su continuo pasear de un lado a otro y golpeó ligera y repetidamente con el dorso de la mano en el borde del banco de trabajo.

—Por encima de todo —y ahora su voz era casi un quejido—, ¿acaso fue también un accidente fortuito el hecho de que lográramos comprendernos unos a otros, superar las diferencias semánticas para llegar al verdadero núcleo del significado, cuando, como usted sabe, nuestro comportamiento habitual era el de la alegre destrucción de los intentos de los otros compañeros por comprender? Doctor Billings, no soy ni un niño ni un loco. No puedo aceptar la teoría de las circunstancias fortuitas.

—¡Nosotros lo logramos! —contestó Billings brevemente, y se preguntó por qué Joe había permitido que esa pregunta surgiera en la mente de Hoskins en este momento. Joe tendría que habérselo dicho, habría debido sugerirle lo que debía contestar. Se trataba de un conflicto y todavía no habían acabado de montar a Bossy de nuevo—. ¡Nosotros lo logramos! —repetía vanamente—. ¿No es eso lo único que importa?

Hoskins lanzó una ojeada amenazadora en torno a la habitación, al pavimento desnudo de madera de pino, a las sucias paredes de cemento del sótano, a la luz violenta que caía desde el techo, a la puerta de sus habitaciones, que eran la única fuente de aire fresco.

—¿Qué soy? —Preguntó con voz ronca—. ¿Tan sólo un *factótum*? ¿Por eso me he puesto en peligro y arriesgado tanto? ¿Sólo para conservar un trabajo subordinado de mecánico, un trabajo sin paga? ¿Trabajamos como un equipo, doctor? ¿Confiamos el uno en el otro, o no?

—No sé cómo responderle, Duane —dijo Billings lentamente, y Hoskins se dio cuenta de que, por primera vez en sus conversaciones, había utilizado su nombre de pila—. No sé cómo se le ha permitido pensar este tipo de cosas.

—¡Permitido pensarlas! —explotó Hoskins.

Billings agitó las manos en el aire, como si quisiera detener un acto de violencia.

—Deberá preguntárselo a Joe —dijo con un hilillo de voz.

Capítulo 5

LOS tres hombres estaban sentados en la pequeña sala de estar de su apartamento en el semisótano, comiendo un último bocadillo antes de irse a la cama. La somática en la habitación era densa.

Hoskins seguía absorto en el estudio del esquema del sistema de múltiple retroalimentación y, alternativamente, se preocupaba preguntándose si Carney lograría encontrar la válvula adecuada para el amplificador de torsión que se había roto durante el transporte, o se reconcomía por la ofensa de que le hubieran remitido a Joe para encontrar las respuestas que presentía debía de tener.

Billings reflexionaba sobre el problema, que Joe le había planteado unos días antes, sobre cómo se podían instalar en Bossy los mecanismos automáticos de la terapia psicosomática; sobre cuáles podrían ser los electrodos más efectivos para el contacto con los sujetos humanos; y sobre cómo lograr hacer descender hasta el nivel celular los análisis de las ensoñaciones, tal y como Joe había repetido que era necesario hacer.

Joe trabajaba en el pequeño escritorio, extendiendo las probabilidades de su sistema para adaptarlo a las características de la carrera de Tanforan, y ajustar las apuestas a la cantidad de dinero que necesitarían hasta la próxima sesión de carreras. El sistema era imperfecto porque los yóqueis algunas veces cambian de manera de pensar en el calor de la carrera, forzando el caballo cuando se suponía que no tenían que hacerlo, ganando la carrera cuando no estaba previsto que lo hicieran. Era necesario disponer de algunas reservas para hacer frente a este tipo de cosas. Pese a todo, seguía siendo el método más seguro para obtener suficiente dinero sin llamar la atención.

La escena era prácticamente la misma que en otros días, en Hoxworth, cuando Joe era el secretario del Proyecto Bossy, pero ahora las circunstancias, tanto las públicas como las somáticas, eran distintas.

Era consciente de que Hoskins se enfrentaba a una crisis, una crisis que había estado madurando en las dos últimas semanas. Se daba cuenta de que si seguía permitiendo que esa crisis perdurara, la propia Bossy corría peligro. Naturalmente, podía haberla evitado, como las había evitado todos esos meses en Hoxworth. Con delicadeza podía haber implantado los adecuados impulsos en Hoskins, para que aceptara la revelación sin ningún tipo de *shock*. Pero tenía una muy buena razón para no hacerlo así. Hoskins tenía un cerebro de primera clase, y Joe había llegado a darse cuenta de que la aceptación ciega de sus percepciones extrasensoriales no le daría ninguna pista de cómo esos mismos talentos podían instalarse en Bossy. Era

necesario que Hoskins siguiera enfrentándose a ello a un nivel cerebral.

Además, sentía ante Hoskins el mismo tipo de lealtad que sentía ante Billings. Y quería que Hoskins obtuviera todo el beneficio de lo que, al final, Bossy le podría proporcionar. Eso significaba que Hoskins tenía que aceptarlo de buena gana, por su propia voluntad. Si no hubiera sido así, habría terminado el resto de su breve vida con la convicción de que sus creencias eran correctas... y, por lo tanto, habría muerto.

En este momento, Hoskins estiró el brazo hacia el estante que estaba detrás de su silla y tomó otro bocadillo. Lanzó a Joe una mirada oblicua, la curiosidad casi prevalecía sobre el resentimiento. Joe eligió este momento para alzar la mirada de su propio trabajo.

—Cada hombre se rodea la mente —dijo en un tono de conversación normal— con una pantalla formada por la red de sus propios prejuicios, los conceptos previos de lo que le resulta aceptable. Cualquier cosa que le llega ha de ser filtrada por esa pantalla.

Hoskins le miró con impaciencia, como si un niño prodigio, de cinco años de edad, hubiera tratado de decir algo profundo sobre el hombre y la mujer en el matrimonio. Se inflamó con una ira repentina y en su mente se formó una frase: «¿Qué puede saber sobre eso un pardillo como tú?». Pero fue lo bastante cortés para no decir la frase.

—Eso es lo que crees —dijo terminantemente.

—Así es, doctor —dijo Joe, sin vacilar—. Los primeros hilos de la pantalla se fijan muy pronto. ¡No hagas esto! ¡Esto está mal! ¡Ahora sí eres el buen niño de mamá! ¡Esto es asqueroso, deberías avergonzarte! ¡Eres demasiado pequeño para hacerlo tú solo! ¡Esto no es para ti, espera a ser mayor! ¡Si los niños se portan mal contigo, díselo siempre a mamá! Y tantas y tantas cosas por el estilo.

—¿Y? —cuestionó Hoskins con un encogimiento de hombros.

—Así se forman una serie de pautas de reglas estándar. Todo se juzga en relación con esa pauta. La larga ristra de órdenes, advertencias y comentarios fortuitos se sostiene, se arraiga y se refuerza con el impacto emocional, a veces con el *shock* físico del tratamiento administrado con la palma de la mano allí donde hará más efecto.

—Después llega la educación —objetó Hoskins con una sonrisa—, y hace pedazos tu pantalla.

—Sólo en teoría —dijo Joe—. Pero no en la práctica. Incluso entonces, cualquier cosa que nos llega queda modificada por la pantalla. Oh, tal vez la red tiene un agujero en alguna parte, y se teje otra vez con nuevos hilos. Pero los nuevos hilos se tejen también, ésa es la idea. El filtraje sigue igual. Incluso si una nueva idea empuja contra la pantalla con tanta fuerza que se hace notar, generalmente queda distorsionada cuando ha sido «racionalizada a través de la pantalla» para que signifique justo lo que el receptor desea que signifique.

—El primer objetivo de la educación, Joe —dijo Hoskins como impartiendo una

lección—, es asegurar una mente abierta, la capacidad de considerar una idea basándose en sus méritos, y aceptar la realidad sin distorsionarla.

—Últimamente se ha preguntado cómo Bossy ha podido llegar a existir —dijo bruscamente Joe.

Hoskins le miró con curiosidad y, después, miró a Billings como acusándole. Billings no tenía ningún derecho a comentar su conversación con este muchacho inmaduro.

—Soy un telépata —dijo Joe con sencillez.

—¡Loco! —explotó Hoskins con disgusto.

Joe echó atrás la cabeza y rió sin contenerse.

—¿Entiende lo que le digo, doctor? —preguntó sofocando la risa.

—Entiendo que ya tengo bastantes problemas en las manos sin que tengas que añadir un montón de ideas descabelladas —respondió Hoskins secamente. Después, apiadándose, continuó—: Joe, siempre he pensado que eras un estudiante diligente y leal. ¡Nunca sospeché que creyeras en ese tipo de supersticiones, Joe! ¡Eso es para los crédulos, para los fanáticos! Es... es algo que está al margen de la atención de las personas racionales.

—El doctor Rhine no lo creía así —respondió Joe.

—Eso es distinto. Aquello era una investigación científica en condiciones de laboratorio. Sin embargo, es muy significativo que el doctor Rhine nunca encontrara, ni pretendiera haber encontrado, un verdadero telépata.

—Ni lo he encontrado yo —dijo Joe con calma. Mantuvo la voz normal, sin revelar la oscura soledad de una segregación que le había acompañado toda la vida, como podría ocurrirle a un ser humano a quien nunca se le permitiera comunicar con otro de su misma especie.

—Como máximo —continuó Hoskins vigorosamente—, lo único que encontró fueron algunos casos que superaban las leyes de la probabilidad. Es cierto que eso podría ser un indicio de algo. Pero también puede significar que nuestras ideas sobre las leyes de la probabilidad necesitan alguna revisión.

—Y su pantalla prefiere esto último —rió Joe.

Billings miró por encima de los aros de sus gafas y se aclaró la garganta.

—He conocido a Joe —dijo vacilante—, desde que tenía ocho años de edad. El doctor Martin de la Universidad Steiffel me escribió. Por eso traje a Joe a Hoxworth. Hay pruebas suficientes, Duane. No puedo negarlo. Y... yo, también... lo comprobé.

—Habrás sido objeto de alguna burla bien preparada, doctor Billings —respondió Hoskins severo.

Joe contempló a Hoskins, impertérrito.

—Profesor —preguntó—, ¿qué escribió Algazzali sobre el «cuarto estadio del desarrollo intelectual»?

De manera instantánea, como si recitara el fragmento de una poesía aprendida en el instituto, Hoskins citó:

«... Cuando se abre otro ojo con el cual el hombre percibe cosas ocultas a los otros... percibe todo lo que será... percibe cosas que escapan de la percepción de la razón...».

—Usted no sabía que recordaba eso, ¿no es así profesor?

Hoskins se encogió de hombros.

—Eso no significa nada —dijo—. Ni esta tontería, ni el hecho de que yo lo recordara. Un estudiante joven absorbe un montón de cosas antes de enfrentarse al trabajo realmente serio. Te lo has encontrado en algún sitio, Joe. Y has hecho la suposición no muy arriesgada de que yo también podría habérmelo encontrado.

—Pero ¡lo ha recordado usted muy bien! —Dijo Billings guasón—. Y más teniendo en cuenta todos estos años.

—Esto tampoco quiere decir nada. Hemos comprobado Con Bossy cómo una idea puede yacer ociosa, sin que nunca sea usada, hasta que los armónicos adecuados estimulan la pauta donde haga falta.

Joe estiró el brazo y tomó una hoja de papel y un lápiz, escribió una nota, dobló el papel, y se lo dio a Billings. En ese momento, Hoskins empezó a levantarse de la silla.

—Perdónenme —murmuró con voz sumisa y se dirigió al cuarto de baño.

Al cabo de un momento volvió a la habitación. Le lagrimeaban los ojos, tenía las mejillas pálidas y la nariz dilatada.

—No coman más bocadillos —dijo—. La carne ha de estar pasada. Al menos la del que yo he comido.

A una indicación de Joe, Billings le tendió la nota a Hoskins. Con curiosidad, Hoskins abrió el papel y lo leyó:

«EL PROFESOR HOSKINS VA A SENTIR LA INEVITABLE NECESIDAD DE VOMITAR DENTRO DE UN MINUTO».

Hoskins arrugó la nota y la echó a la papelera con un gesto de disgusto.

—¿Eso es telepatía? —preguntó burlón—. Probablemente has visto que me empezaba a poner verde. Y has sacado tus conclusiones.

—¿Incluso antes de que usted sintiera molestia alguna, profesor? —Rió Joe—. ¿Y cuántas de estas conclusiones debo sacar antes de que lleguemos a la prueba de que atravieso su pantalla?

—Muchas más —cortó tajante Hoskins—. Yo...

De repente llamaron a la puerta.

—Otra demostración, doctor —dijo Joe con ironía, mientras se levantaba para ir a abrir la puerta—. Será Carney. Con él viene Mabel. Está muy preocupado. De pasada le diré que tiene esa válvula para el amplificador de torsión. Y, señores, ha sabido quiénes somos. Éste va a ser un momento decisivo, déjenme que me encargue yo.

Cuando la puerta se abrió, entraron Carney y Mabel, y el hombre cerró la puerta rápidamente, como si les persiguieran. Los ojos del viejo maleante llameaban de ira. La habitual cordialidad de Mabel había sido sustituida por una máscara de curiosidad y recelo. Sin embargo, Carney tenía muchas cosas que decir, parecía no saber cómo empezar ahora que había llegado hasta aquí.

—He conseguido la válvula —empezó en tono de acusación, indirectamente—. Este tipo de cosas son peligrosas. Los federales y los polis de aquí han hecho correr la noticia de que hay que vigilar a cualquiera que las compre. Pagan un buen pellizco a los informadores. Tíos como vosotros quemáis, quemáis un montón.

Se volvió hacia Joe, y su voz era una composición de ira y decepción.

—Me engañaste —así echó fuera lo que realmente le preocupaba—. No sabía que erais Cerebros. No sabía que sois los tres de esa universidad del este que todo el país está buscando.

Billings y Hoskins le miraron con curiosidad, y después a Joe, que seguía de pie, tranquilo, junto a la puerta sin decir nada.

Carney se dirigió a Mabel.

—Te juro, Mabel —dijo disculpándose—, que no sabía que estos tíos eran Cerebros cuando te pedí que les alquilaras este lugar. Simplemente pensaba que eran falsificadores o algo así. —Después añadió con amargura—: Pero imagino que podría haberlo sabido. La manera como Joe captaba los códigos cuando actuó conmigo en el número. Pensé que tal vez era sólo un psíquico o algo parecido. No sabía que se trataba de un Cerebro.

Joe lanzó una rápida mirada a Hoskins sofocando una sonrisa.

—¿Ve lo que le decía de la pantalla de los prejuicios, doctor? —preguntó—. Ahora todo sería correcto para Carney si yo fuera sencillamente un psíquico. Pero tener una mente educada... eso es algo que despierta el antagonismo.

—Pero no eres en absoluto como nosotros —argumentó Carney, en un nuevo ataque de ira—. No perteneces a nuestro mundo. Me has engañado.

La ayuda llegó de lo más inesperado, y sin ningún esfuerzo por parte de Joe.

—¿Quiénes somos nosotros, Carney —preguntó Mabel lentamente—, para apuntar a alguien con el dedo?

—Pero estos tíos son los que han inventado esa máquina que va a destruir el mundo, Mabel —gritó Carney—. Son los que han ideado esa cosa que va a hacernos a todos esclavos cuando se apodere del mundo y lo gobierne. ¡Ellos han construido a Bossy!

Carney lanzó una mirada temerosa a la habitación trasera y siguió hablando:

—Apuesto a que es esa Bossy lo que tienen en la habitación de atrás, ¡no son falsificadores! Estos tíos quieren eliminar a los seres humanos de la faz de la Tierra. ¡Y nosotros estamos ayudándoles!

Tanto Hoskins como Billings iban a protestar ante esa avalancha de tópicos sacados del periodismo más amarillo, pero Joe les hizo callar con una mirada de

advertencia: Dejad que el vaso se vierta del todo. No se puede razonar con una mente humana cuando está inflamada por la ira; la pantalla de prejuicios se encuentra en su momento más fuerte. Es la vieja confrontación de la ignorancia sin cultura con la ignorancia con ella.

Sólo Mabel parecía ser capaz de superar el conflicto.

—Siempre he dicho —comentó Mabel—, que una persona hace lo que tiene que hacer. Tal vez Joe y los profesores no pueden dejar de ser lo que son... de la misma manera que tú y yo no podemos dejar de ser lo que somos.

Joe la miró fijamente. Ahora sabía que Mabel, como ya sospechaba, podía ser adecuada para el uso de Bossy que tenía en mente. Había acertado al elegir este barrio de mala muerte. Sólo aquí, entre quienes habían sido hundidos por las acusaciones, podían encontrarse los que no desearían acusar. Sólo aquí, entre las víctimas de un sentido de lo correcto excesivamente riguroso, era posible encontrar personas que no estuvieran neciamente seguras de sus propias especiales capacidades para definirlo. Ya se llegó a esa misma conclusión una vez, dos mil años atrás.

—No nos corresponde a nosotros decidir, Carney —añadió Mabel con firmeza.

Se quedó allí, de pie, una masa informe con su viejo suéter rojo y la falda negra. Los dos pies hinchados estaban plantados uno a cierta distancia del otro. Las rojizas articulaciones de los dedos reumáticos se abrían y cerraban con dolor. La máscara del maquillaje, pensada para ocultar los signos de la edad y las arrugas de dolor, no podía ocultar la calidad de la mujer. Mabel era... una persona.

Capítulo 6

DURANTE casi una semana, Joe los evitó a todos tanto como pudo, para permitir así que la situación cambiara hasta llegar a unas relaciones aceptables. Sabía que Billings y Hoskins mantenían largas conversaciones sobre su capacidad telepática y sus habilidades psiónicas y que Hoskins iba poco a poco aceptando la idea de que, pese a todo, Billings no había sido engañado.

—Quiero decir —dijo Billings en un determinado momento de esas conversaciones—, que debemos desear ir más allá de las actuales fronteras de la física para comprender los rasgos psiónicos de Joe. Debemos superar el concepto según el cual para que algo sea científico ha de tener engranajes bien visibles.

—Las fronteras de la física... —La frase resultó atractiva para Hoskins, y le ayudó casi a aceptar la idea de ese rasgo sombrío.

—No dudo que la respuesta pueda estar en algún campo todavía no explorado de la energía —insistió Billings aprovechando la momentánea ventaja—. Debemos ir más allá de repetir como loros las palabras de Einstein sobre los sistemas de coordenadas y pensar en términos de una genuina aplicación práctica.

—No estoy seguro de poder imaginar cómo pueda hacerse —objetó Hoskins.

—El ojo no es nada más que un mecanismo celular activado por un campo de ondas de energía al que llamamos luz —dijo Billings—. El encefalograma indica que el cerebro genera su propio campo de ondas de energía. Una área poco conocida del cerebro de Joe ha experimentado un salto mutante y se activa por ese campo de ondas, y así puede percibirlo directamente de la misma forma como el ojo percibe la luz. Esa área podría estar presente en todos los cerebros, de una forma rudimentaria como ocurre con las primitivas células sensibles a la luz de la vida primitiva.

No era la versión completa de la teoría que defendía Joe, pero serviría para orientar a Hoskins hacia la idea de que Joe no era nada más que un mutante eugenésico. Sacaba la idea de las áreas de la metafísica para dejarla en las de la física.

Pero incluso con esta racionalización, las implicaciones emocionales de vivir en presencia de un telépata eran demasiadas para que Hoskins lo aceptara inmediatamente. El ser humano, incluso el más inteligente de todos, no es sólo intelecto. No existe nadie que no esconda esqueletos en el lavabo: pequeñas peculiaridades, acciones mezquinas, asuntos vergonzosos que no se revelan ni siquiera al propio médico, ni al confesor, ni al psicoanalista.

Con resolución, Hoskins afrontaba esas cosas y, con la misma resolución, intentaba no acordarse de ellas. Su mente rechazaba la idea de que Joe podía verlas con total claridad.

—¿Cómo vas a poder continuar respetándome, si tú sabes todo eso sobre mí?

Todavía no había llegado a darse cuenta de que Joe tenía que haber visto millares de copias exactamente iguales de esos rasgos en otras personas, de que había tenido que crecer con ello, aceptándolo desde el primer momento como algo perfectamente normal en cualquier ser humano. Que, en el balance de la vida de un ser humano, el éxito tenía incluso mucho más mérito por cuanto se conseguía a pesar de esas debilidades y pequeñas particularidades; que el ser humano era por ello más noble ya que, al mismo tiempo, era también censurable.

Hoskins llegaría a comprenderlo, pero le llevaría tiempo.

Carney progresó en su propia adaptación con mayor facilidad. Su resentimiento se trocó en admiración, en parte gracias a las inesperadas seguridades somáticas que aportaba Joe, en parte gracias al ejemplo de Mabel. Los habitantes de los barrios bajos experimentaban un desprecio por la hipocresía organizada de la sociedad. Incapaces de aceptarla, acababan formando parte de ella y terminaban hundidos. Muy pocas veces llegaban a distanciarse lo suficiente para darse cuenta de que es precisamente esta pretensión humana de parecer mejor de lo que se es, lo que en realidad nos permite convertir esa pretensión en realidad.

Tras la primera sorpresa, Carney estaba encantado al saber que, algunas veces, los Cerebros pueden encontrarse en el mismo bote que los marginados de la vida.

De alguna manera circulaba la noticia de que habían encontrado y perdido a los dos profesores en la zona de San Francisco. La búsqueda, que inicialmente abarcaba toda la nación, se concentraba ahora en la zona de San Francisco. Y esa zona era ideal para la búsqueda. Flanqueada por el agua por tres costados, San Francisco tenía casi el estatus de una isla y los flujos de tráfico se concentraban de manera ideal para una búsqueda minuciosa.

Los periódicos y los canales de comunicaciones que habían estado lamentando la falta de crisis mundiales hasta aquel preciso momento, encontraron un nuevo tema al que lanzarse con verdadero entusiasmo. Refundieron y mejoraron todas las fantásticas interpretaciones erróneas para acabar convirtiéndolas en las historias más sensacionales que lograron concebir las fértiles mentes de los reporteros. La caza de brujas funcionaba de nuevo a todo gas, y el mismo Carney se afanaba en coleccionar los diversos comentarios de prensa. A pesar de que el peligro era grande, también estaba casi fuera de sí por el orgullo de estar implicado en el asunto, y porque una única palabra suya podía dar al traste con todo. Por primera vez, sintió que se vengaba de la sociedad. Tenía el poder de retener la información que toda la sociedad ansiaba. Y, en este punto, saber eso era ya bastante satisfacción.

Medio siglo antes, habría habido muchas personas capaces de examinar los dos aspectos del problema de Bossy, y muchos habrían defendido el derecho de esos profesores de ir más allá de las fronteras del conocimiento. Pero cuarenta años de un control de opinión efectivo habían arraigado hasta el extremo la costumbre de aceptar instantáneamente la opinión oficial, con indiferencia hacia el hecho de que, muy a

menudo, esa posición oficial podía cambiar en sentido contrario o contradecirse. Pese a todo, un hombre tuvo la valentía de realizar un examen tranquilo y racional de los hechos.

Howard Kennedy concedió una entrevista destacada a uno de los periódicos de los que poseía el paquete mayoritario de acciones. Con tranquilidad citó los precedentes históricos en los que la reacción de las masas había sido violentamente contraria a otros descubrimientos científicos: la anestesia, la energía del vapor, la energía eléctrica, las leyes del movimiento de Newton, la concepción de Galileo sobre el sistema solar, etc. Una larga lista que, tras un somero análisis, parecía incluir todos y cada uno de los adelantos que el ser humano había realizado en su larga ascensión desde el salvajismo. Kennedy relacionaba todo aquello con el asunto de Bossy y dejaba en el aire la pregunta de si este asunto podía ser un caso más de oposición equivocada.

Era un gesto bastante audaz ya que iba en contra de la opinión popular. Aparentemente Kennedy imaginaba que sus millones, su posición de poder, su muy conocida filantropía y sus actitudes liberales con respecto a los trabajadores le protegerían.

Billings y Hoskins encontraron en ese artículo rayos de esperanza divergentes. Billings entrevió la posibilidad de que el ser humano todavía pudiera considerar una vez más las cosas desde un punto de vista racional. Hoskins, afectado por las condiciones de vida en el sombrío semisótano, por la falta de ayudantes competentes, por la tensión de saberse perseguidos por el gobierno, vio en Kennedy un posible protector, un mecenas, el retorno a la respetabilidad de una torre de marfil.

También Joe se sintió aliviado por el artículo. El trabajo sobre Bossy ya estaba casi terminado. Billings había tenido el tiempo necesario para introducir en la unidad de almacenamiento de Bossy las ideas básicas de la psicosomática. Bossy había descubierto que dichos conceptos eran consistentes con la información factual cuidadosamente filtrada que se le había introducido en Hoxworth. No había rechazado la psicosomática como hubiera hecho con una teoría no confirmada. Su aceptación resultaba incluso más impresionante ya que había rechazado la mayoría de las estructuras teóricas de la psicología ortodoxa, con la justificación de que dichas estructuras tenían escasa o nula relación con los hechos observables.

Una vez alcanzado su objetivo, Joe no tenía ninguna intención de guardar a Bossy sólo para él. También él necesitaría de alguien con la valentía y la influencia de un Howard Kennedy. Pero, no siendo tan ingenuo como los dos profesores, decidió descubrir lo que pretendía Kennedy antes de responder a la obvia apuesta de Kennedy para ganarse su confianza. El hombre no se iba a arriesgar al boicot del público sólo para decir algunas cosillas. Su intención era, obviamente, llegar a establecer contacto con ellos. Joe no podía ir más allá de eso, no hasta que pudiera acercarse a Kennedy, verle, o tener algún objeto que éste hubiera manejado, algo que actuara como un canal útil para enfocar. Era una de las limitaciones de la habilidad de Joe, un poder

que no podía usarse de la manera como los normales completamente carentes de él imaginaban que actuaría ese talento.

Pero, de todas las adaptaciones, la de Mabel era la más importante. Y cuando Billings le dijo a Joe que ya no había nada más que hacer con los mecanismos de terapia de Bossy hasta que los ya instalados pudieran ser probados y ajustados, Joe supo que había llegado el momento de hablar con Mabel.

Entre ellos no había nadie más adecuado. Hoskins era imprescindible por su conocimiento de los principios de la mecánica. Billings debía trabajar en tándem con Bossy, hombre y máquina trabajando con la máxima coordinación en la terapia al mismo tiempo que Bossy la aprendía. Además del hecho de que Joe era su última protección ante el mundo exterior, su habilidad psiónica era demasiado valiosa para arriesgarla en un experimento de prueba. Carney estaba abiertamente dispuesto a cooperar, pero Joe sabía que en su interior albergaba un núcleo duro de antagonismo y sospechas. Y aún más, Carney estaba bastante satisfecho de sí mismo, y ningún sistema de psicoterapia puede lograr más que pequeñas muescas provisionales contra la voluntad decidida de no cambiar.

Eso dejaba sólo a Mabel. Mabel era la más adecuada por un motivo evidente. Sufría de dolor a causa del efecto conjunto del reumatismo y la artritis, agravados por la gordura. Si Bossy resultaba ser efectiva, las mejoras en Mabel deberían ser en su mayoría observables. Al menos ésas fueron las razones que Joe utilizó con Billings y Hoskins. Sus planes iban mucho más allá.

Joe acudió a su apartamento en la planta superior para hablar con Mabel.

Ella le recibió como algo natural y sabido, sin preguntas, sin disculparse por un supuesto desorden en el apartamento. De la larga lista de vanidades que habría podido justificadamente tener, Mabel sólo retenía una pequeña vanidad, una completamente inofensiva: Mabel nunca había sido una mujer respetable.

Al sentarse en la mejor silla, Joe sonrió para sí, con ternura, ante la pequeña vanidad de la mujer. Incluso en eso era intensamente humana, ya que prefería vanagloriarse de algo para lo que no existía justificación alguna. Su mente era tan sencilla y directa, su honestidad era demasiado innata, y carecía de la malicia que nace cuando se fuerza la mente con deformaciones no naturales. No, incluso aunque quisiera, a Mabel le faltarían las características básicas que la pudieran hacer poco respetable.

No era que no tuviera conflictos interiores. La conjunción de la artritis y la gordura era suficiente evidencia de que no estaba libre de ellos.

Incluso su considerable riqueza no era el resultado de una avaricia calculada, sino que procedía de manera accidental de una extraña conducta caprichosa. En su juventud, algunos hombres importantes, al encontrar en ella cualidades que no tenían en casa, parecían encontrar un insolente placer dándole voluntariamente aquellas cosas para cuya obtención sus mujeres tramaban, chantajeaban y amenazaban. Así, gracias a esa malicia infantil de los machos, y por una perversa gratitud, acabaron

fraguando la sólida fortuna de Mabel.

Generalmente son sólo los chantajistas y los artistas del soborno de la policía quienes se hacen ricos gracias a la profesión de Mabel, pero, a medida que la influencia de la clientela de ésta crecía, disminuía el número de arrestos, hasta que Mabel ya no consideró necesario pagar todo ese dinero extra como precio para que la dejaran en paz.

Mientras Joe se acomodaba en la silla, la vida de Mabel pasó como un relámpago por su mente.

—Necesitamos tu ayuda, Mabel —dijo, sin esconder el propósito de la visita.

—¿En qué modo, hijito? —dijo Mabel con la altisonante voz más tranquila que otras veces.

Joe le contó brevemente el asunto de Bossy, cómo la habían construido y algunas de las cosas que esperaban obtener. Mabel sólo hizo un comentario.

—No es la primera vez que los periódicos lo cuentan todo al revés.

Joe siguió hablando, contándole cómo esperaban que Bossy llegara a ser una máquina con la cual curar las enfermedades de los seres humanos, como su artritis. Billings era realmente un doctor en Medicina, y si Mabel hubiera estado atenta, sabría que había tenido reputación a escala mundial.

Mabel hizo un gesto afirmativo con la cabeza para indicar que ya lo sabía. Planteó la pregunta que resultaba evidente:

—¿Por qué una máquina va a poder hacer cosas que un doctor no puede hacer?

—Los doctores son humanos —respondió Joe—, y, por lo tanto, son limitados. El secreto de cualquier psicoterapia es que el doctor esté menos perturbado que el paciente. Eso a veces ocurre. Cierto que el doctor puede estar perturbado de otras maneras, pero si sólo se sustituye una perturbación por otra, no se ha ganado nada. En la programación de Bossy, se ha tenido el mayor cuidado para proporcionarle sólo hechos probados e irrefutables. Bossy los ha interpretado por sí sola. Ha rechazado las opiniones infundadas o los prejuicios contruidos sobre premisas falsas. Es mucho más capaz de una terapia que no sea sesgada que cualquier doctor humano.

—Temo que no comprendo lo que quieres decir, Joe —dijo Mabel con franqueza.

Joe le explicó los fundamentos de la terapia psicósomática. Para poner un ejemplo que Mabel pudiera comprender, le recordó lo mal que podía sentarle a su estómago si intentaba comer estando muy seriamente preocupada.

—La célula —dijo—, es como el estómago. Deja de funcionar correctamente cuando las represiones, las inhibiciones, las supresiones y todo ese tipo de cosas la afectan. En poco tiempo, pasa de un comportamiento saludable y normal a otro enfermizo. La idea de toda psicoterapia es eliminar esos represores de manera que el ser humano vuelva a funcionar correctamente. La mayoría de los psicoterapeutas trabaja a partir de esa cosa misteriosa que llaman mente. Los especialistas en psicósomática trabajan directamente con las células del cuerpo. No sólo en el cerebro, sino en todo el cuerpo, cada célula parece tener una mente y una memoria propias.

Cada una de ellas es capaz de tener sus propias perturbaciones, inhibiciones y represiones. La idea es ir directamente hasta el nivel celular y eliminar todo eso de la célula de manera que pueda volver a funcionar de nuevo de manera correcta.

—Como quedar libre tras haber estado en una camisa de fuerza —comentó Mabel—. He captado la idea general, hijito. Me temo que al ser una ignorante, esto es lo más que puedo esperar.

—No sabemos cómo funcionará Bossy —dijo Joe con franqueza—. Pero no veo cómo podría hacerte daño. Lo peor que podría ocurrir es que no te curara. Y, naturalmente, no te curarás si sigues aferrada a las ideas que te han causado todo esto. Ésta es la parte más difícil, Mabel: debes admitir que tal vez no sepas distinguir lo que está bien de lo que está mal.

Mabel echó la cabeza atrás y explotó con su habitual risa liberadora y ruidosa.

—Hijito, nunca he sabido distinguirlos —dijo cordialmente.

—Podrías resultar cambiada... y mucho —le advirtió Joe—. Podrías no querer seguir viviendo aquí como haces ahora. Podrías... En realidad cualquier cosa puede suceder. Es un riesgo que debes correr. Nadie ha visto nunca la realidad si no es a través de lentes ahumados. No tenemos ni la más remota idea de lo que puede verse sin ellos. Serías la primera.

Mabel bajó la mirada a sus inmensos muslos, la vieja falda negra. Alzó la mano arrugada con los nudillos enrojecidos.

—¿Para qué sirvo, así como soy? —preguntó.

—No le sé con seguridad, Mabel —dijo Joe con sencillez—, pero creo que vas a dar mucho a la humanidad.

Capítulo 7

NO podían esperar que la terapia psicósomática avanzara sin problemas. Carney acogió con obstinada oposición el anuncio de que Mabel se sometería a esa prueba. Sus sospechas y resentimientos se acercaron a la superficie y se hicieron visibles con malhumor intermitente, con la prohibición a Mabel de tener nada que ver con Bossy y, después, con amenazas reales de cumplir sencillamente su deber y entregarlos a todos a los federales.

Parecía decidido a demostrar una vez más el viejo truismo: el único enemigo del hombre es el hombre. El universo no se preocupa si el ser humano revela sus secretos o los mantiene bajo llave. El agua no se preocupa si el humano se baña o se ahoga en ella, si con ella irriga los campos o los anega. Si el ser humano controla las leyes y utiliza su saber, el agua se convierte en una fuerza beneficiosa. Pero, enemigo o sirviente, al agua no le importa.

De todas las fuerzas existentes, sólo el ser humano parece determinado a que el ser humano no sea el amo del universo.

Carney sólo sentía un ligero sosiego ante el don de salud que Bossy podía otorgar a Mabel y a toda la humanidad. Podía decir que Mabel le había abandonado, que se había ido con aquellos hombres y había pasado al otro lado de la barricada. Era una amarga constatación de que su larga amistad con Mabel pudiera contar tan poco.

Más que el conocimiento, la cultura y la comprensión, el ser humano valora su ascendencia sobre algo o alguien. El destino de la humanidad le importa poco si en el proceso ha de perder su posición de poder. Carney se sentía solo y abandonado. Para calmarlo fue necesaria una gran cantidad de consuelo somático por parte de Joe, y la severa y rígida orden de Mabel para que se ocupara de sus cosas.

El segundo problema vino de Bossy.

Hoskins había desarrollado un convincente razonamiento en torno a que, visto que la persecución a la que estaban sometidos se había concentrado en San Francisco y era inevitable que les encontraran, lo mejor que podían hacer era iniciar los contactos con el gobierno, entregarse y esperar a que todo fuese bien. O, de manera alternativa, podrían contactar con Howard Kennedy, cuyas opiniones habían sido tan liberales, y dejar que el industrial negociara en su nombre. Joe se había opuesto a este razonamiento amparado en el hecho de que el público seguía comportándose de manera implacablemente fanática con respecto a Bossy, y que el gobierno no se atrevería a enfrentarse con la voluntad de la gente y su sed de sangre.

No obstante hizo notar que, si conseguían demostrar, con hechos irrefutables, que Bossy era una experta sanadora, entonces, Kennedy tendría algo con lo que intentar

cambiar la opinión pública en favor de Bossy. Hoskins, a su pesar, tuvo que estar de acuerdo.

Durante la semana anterior, Billings había estado casi día y noche alimentando a Bossy con los conocimientos sobre todos y cada uno de los aspectos de la terapia psicosomática que le había llevado toda una vida aprender. Y ese conocimiento venía a ser el saber acumulado de toda la humanidad. Por ello fue una amarga desilusión cuando la primera pregunta que le hicieron a Bossy, respecto a una estimación aproximada del tiempo que sería necesario para la terapia de Mabel, provocase el instantáneo relampagueo de una respuesta no deseada:

—Datos insuficientes.

Era la vieja frase familiar que, incluso años atrás en Hoxworth, habían observado con impaciencia. Pocas veces un ser humano se preocupa por disponer sólo de datos insuficientes; en cambio, muy a menudo, cuantos menos datos tiene, más ansioso se muestra por manifestar su firme opinión. El ser humano prefiere siempre dar alguna respuesta, incluso una errónea, antes que someterse a la exigencia de seguir escarbando más profundamente para descubrir nuevos hechos.

Aquí, bajo la presión, sabiendo que un día u otro podían ser descubiertos, la inocente respuesta de Bossy aparecida en la pantalla, les dejó abatidos. Aunque, ¿qué podían esperar sin haber realizado antes ni siquiera un estudio preliminar del problema?

El problema no estaba en Mabel, que realmente había colaborado al máximo. Ante la situación, Billings había decidido que la terapia fuese continuada y Mabel había dispuesto voluntariamente con su abogado que estaría ausente de sus asuntos durante diez días. Con la misma voluntad de cooperación, había aceptado conectarse a la red de electrodos y tenderse en la litera con total confianza. Sus últimas palabras, antes de que Billings empezara a inducir la hipnosis, fueron para Carney, quien contemplaba los preparativos con ojos hostiles.

—No te comportes como un viejo loco —dijo—, dame la oportunidad de volver a sentirme bien. No hay nada en nuestra vieja amistad que exija que yo haya de seguir estando enferma. Ahora, vete de aquí, Carney. Sé que diré un montón de cosas privadas. De la misma manera que creo que tú también los tienes, Carney, tengo secretos que no quisiera que oyeses. Vete.

Durante las primeras cuatro horas, Billings, en tándem con Bossy, hizo avanzar y retroceder los recuerdos de Mabel, intentando hacer visibles las tensiones centrales que eran la fuente de los problemas de la mujer. Al final de la cuarta hora, mientras Mabel seguía repitiendo la descripción de un confuso incidente ocurrido durante su infancia, Billings planteó de nuevo a Bossy la pregunta sobre el tiempo que haría falta para la terapia:

—Datos insuficientes —relampagueó de nuevo Bossy.

—¿Qué datos te hacen falta? —le soltó Hoskins con irritación.

—Una revisión completa de todas las células de la memoria para determinar el

quantum de los represores —relampagueó Bossy.

Joe, que paseaba de un lado al otro en el fondo del local, se acercó.

—Basándolo en las técnicas que ahora se utilizan —preguntó—, ¿cuánto tiempo hará falta?

—Datos insuficientes —dijo la pantalla de Bossy.

—¿Qué te hace falta para tener esos datos?

—Finalizar la interferencia —dijo Bossy—. Con los métodos verbales que ahora se usan, una revisión necesitaría días o podría no ser posible. El fallo hasta hoy de la terapia psicosomática no reside en la teoría, sino en la práctica. Una mente humana es demasiado lenta, sus reacciones son demasiado groseras. Lo mejor que puede lograr un ser humano es una maraña de obviedades.

—Si te dejáramos actuar sola, ¿cómo resolverías el problema? —se interesó Billings con curiosidad.

—Para mí —dijo Bossy—, resulta fácil utilizar los principios del electroencefalograma. Sometería al paciente a todas las combinaciones contenidas en mi unidad de almacenamiento. Cualquier perturbación de los ritmos alfa indicaría una fuente de tensiones en el paciente, de manera parecida a como funciona un detector de mentiras. Esas tensiones podrían ser liberadas sustituyendo el error con la comprensión.

—¿Cuánto tiempo haría falta? —preguntó Hoskins.

—Datos insuficientes —contestó Bossy.

—A pesar de todo, tiene sentido —dijo Billings—. Siempre hemos sabido que el tiempo era nuestro peor enemigo, y que ni siquiera empleando meses podríamos descubrir más que algunas de las cosas más evidentes. Bossy puede operar a velocidades del orden de milésimas de segundo para revisar el contenido completo de sus unidades de almacenamiento.

—¿Cuál sería el efecto de la liberación de la tensión? —preguntó Joe directamente a Bossy.

—Cuando los represores sean eliminados de las células —respondió Bossy—, éstas volverán a funcionar normalmente, restaurándose al estado correcto.

—Lo que, evidentemente, significa que se restauraría el estado saludable —dijo Billings—. ¿Hay alguna objeción a que Bossy tome el mando, señores?

—Usted es el doctor —dijo Hoskins.

Ninguno de ellos, ni siquiera Joe, habría podido prever los resultados.

No fue visible ningún cambio hasta una semana más tarde tras siete días de vigilancia continua, de alimentación intravenosa, y de una cuidadosa atención al cuerpo físico, mientras Mabel yacía en la litera en un coma aparente.

Fue durante la mañana del séptimo día, después de que Hoskins hubiera pasado la noche en vigilia al lado de Mabel, cuando vieron que había tenido lugar un cambio sorprendente. Era como si las liberaciones acumuladas estuvieran, al fin, haciendo efecto.

La hinchazón estaba desapareciendo de las mejillas de Mabel, las profundas bolsas debajo de los ojos eran menos pronunciadas, el rollo de grasa en torno a su cuello se había reducido. Lentamente, como si su cara emergiera de una masa amorfa de arcilla por el trabajo de un escultor, apareció otra Mabel... una Mabel más joven.

No era sólo por la piel sana y tersa, ni por la relajación general, ni por la desaparición de las arrugas, ni por las articulaciones menos hinchadas.

Los tres hombres siguieron mirando la forma tendida en la litera. La miraban con sorpresa y con ojos dilatados e incrédulos. Mabel se hacía joven a ojos vistas.

El débil zumbido del funcionamiento de Bossy, trabajando a su mayor velocidad, resonaba en sus oídos.

Capítulo 8

NO se trataba de un milagro.

La regeneración y el rejuvenecimiento de Mabel no eran otra cosa que el resultado de una terapia psicosomática completamente aplicada. Y, además, se trataba de un resultado que un terapeuta humano, sin la ayuda de Bossy, nunca podría haber conseguido. Por mucho que pueda esforzarse para lograr una visión libre de prejuicios, ningún ser humano puede llegar a la madurez sin tener al menos una ligera sombra de prejuicios; y el terapeuta, al eliminar las deformaciones que alteran una matriz, de manera inconsciente, proporciona otras.

Asimismo, miles de horas de terapia verbal habían quedado reducidas a segundos en el caso de Bossy. Nunca antes nadie había sabido lo que puede llegar a producir una terapia completa. Ni siquiera ellos lo sabían ahora. Los tres hombres (el doctor Billings, el profesor Hoskins y Joe Carter) seguían allí de pie, contemplando a Mabel que yacía en la litera, el centro de una red de cables que la conectaban a Bossy. Y estaban maravillados por lo que veían.

No comprendían la evidente reestructuración del cuerpo de Mabel. Pero eran testigos de ello.

Era característico de Billings que, incluso en momentos de sorpresa, recordara comprobar los detalles más banales de la terapia. Con gran sorpresa, Billings vio que, del contenedor suspendido en lo alto, fluían hacia las venas de Mabel las últimas gotas de plasma sintético. Había puesto una botella nueva la noche anterior, y teniendo en cuenta el bajo nivel de actividad de la mujer, el plasma debería haber durado al menos un par de días más.

Casi en el mismo momento en que las últimas gotas desaparecían del tubo transparente, los labios de Mabel empezaron a moverse.

—Hambre —murmuró—. Hambre. Hambre. ¡Hambre! ¡HAMBRE!

La pantalla de Bossy relampagueaba y en ella se encendía y apagaba la señal de emergencia.

—Las células no pueden regenerarse sin alimento —decía la máquina una y otra vez.

A los tres hombres les pareció que esta sencilla afirmación contenía una connotación de insolente impaciencia, como si Bossy esperara que los humanos supieran al menos eso.

Rápidamente, Billings corrió por la habitación, tomó una de las escasas botellas de plasma que quedaban todavía, rompió el sello y la abrió al volver, y reemplazó la botella vacía con la llena. A medida que el líquido empezó a fluir tubo abajo, los

murmullos de Mabel cesaron, y siguió de nuevo allí tendida, quieta y callada. Los cambios que ocurrían en la apariencia de la mujer eran visibles casi al momento, y Joe, el doctor Billings y el profesor Hoskins se preguntaban por los cambios mentales que los habrían provocado.

Joe intentó sondear la mente de Mabel, pero las estructuras mentales eran tan rápidas y variables que era como intentar seguir con la vista uno de los radios de una rueda de bicicleta en movimiento.

—El hambre crea tensiones que actúan como represores de la célula e impiden la terapia. —De manera voluntaria, Bossy hizo aparecer estas palabras parpadeando en su pantalla, como si fuera un reproche y una advertencia para que no volviera a ocurrir otra vez. Según el comportamiento habitual de los seres humanos, le habían dado un trabajo que realizar y, después, habían actuado de manera que le impedían ejecutar ese trabajo. En realidad, como ocurre generalmente con los seres humanos, no deseaban ser un obstáculo, aunque dejaban que lo fuera su falta de comprensión.

El nivel de plasma en la botella bajaba de manera perceptible. A ese ritmo, lo que quedaba en ella, que habían pensado que podría durar al menos dos días, se acabaría en un par de horas. Y sólo les quedaba una botella más como reserva.

El plasma sintético integrado no puede prepararse fácilmente en la cocina de un apartamento, y ninguno de ellos era tan experto en bioquímica como para intentarlo. La única alternativa a interrumpir la terapia, y ninguno de los tres deseaba ni siquiera considerar esa posibilidad, era obtener más plasma de una manera rápida, antes de que las siguientes cuatro horas acabaran con las reservas de que disponían. Y ese tiempo era sólo una estimación aproximada ya que el consumo de plasma podía acelerarse de manera progresiva.

Llamaron a Carney.

Desde el inicio del experimento, en la última semana, Carney había estado dando vueltas por los alrededores: no le habían admitido en la habitación ni él mismo lo había pretendido desde el momento en que la misma Mabel le había pedido que no estuviera presente. Su malhumor y su beligerancia habían desaparecido, reemplazados por la ansiedad. Y esa ansiedad estaba mitigada por la confianza. Se daba cuenta de que, desde el momento en que Mabel había tomado esa decisión y se había aferrado a ella, la mujer no podía estar en mejores manos.

Pero lo que los tres hombres le iban contando le había producido algunas dudas. Todo lo que le habían dicho parecía idéntico y, para él, se trataba de informaciones vagas y contradictorias.

—Mabel descansa regularmente y progresa de manera natural.

Carney no tenía demasiada experiencia real sobre la vida en un hospital. Sus ideas de lo que probablemente ocurría, estaban sacadas de una película cuyos guionistas se habían esforzado en superarse a sí mismos con un drama tras otro, una crisis fatal seguida de otra crisis peor, siempre en el intento de excitar con esos viejos trucos a un público que, desde mucho tiempo antes, era ya inmune a una mayor respuesta

emocional. Y, sin todo eso, a Carney le parecía que faltaba algo.

Cuando Joe le dijo que era urgente obtener más plasma, su reacción fue de alivio más que de alarma. Era algo así lo que había estado esperando. Como en el guión de esa película, no se le ocurrió que una crisis tras otra sólo podía ser el resultado de la ineficiencia y la chapuza. No se le ocurrió preguntar por qué nadie había previsto esta falta de plasma o qué cambios se habían dado en Mabel para que las previsiones hubieran resultado insuficientes.

En ese momento se sentía henchido por una sensación de satisfacción. Podría ser útil. La vida de Mabel dependía de él. Él, Carney, era tan importante como cualquiera de esos Cerebros.

Cooperó. O, al menos, intentó hacerlo.

—Pero no sé dónde puedo comprar eso tan deprisa —dijo sin reflexionar—. La última vez me dijeron que era difícil conseguirlo y avisé a todos que podía hacerme falta más. Tardaron unos días en decirme que ya lo tenían. Esto necesita una atención especial. Es muy distinto del material eléctrico y el otro tipo de cosas.

Billings, de pie detrás de Joe, estaba realmente inquieto.

—Debemos conseguir más —insistió—. Lo que ahora tenemos nos durará como máximo cuatro horas. Mabel no puede curarse sin el plasma. Es peligroso.

Carney palideció. Los dedos le temblaron cuando intentó encender un cigarrillo.

—Si tuviera más tiempo —murmuró—, pero cuatro horas, y en pleno día...

Joe lanzó una ojeada a su reloj.

—Ahora son las nueve. Es decir que hemos de estar de vuelta antes de mediodía, para disponer de un margen. ¿Dónde está el hospital más cercano?

—Hay un puesto de socorro de urgencias sólo a dos manzanas de aquí —dijo Carney.

—Un puesto de urgencias no tendrá suficiente plasma —dijo Joe—. Necesito un lugar donde puedan tener una buena provisión.

—No sé... —dudó Carney—. El Memorial... imagino. Más abajo de Protrero.

—Necesitamos una bata de médico —dijo Joe crispado—. ¿Dónde podemos encontrar una?

—Yo me ocupo de eso —dijo Carney con alivio—. Tardaré cinco minutos.

Se dio la vuelta y casi echó a correr para salir de la habitación.

Estuvo de vuelta en menos de cinco minutos. El uniforme estaba completo, incluso con el maletín negro.

—Los deditos de los chicos se agarran a todo, ¿no es así? —rió Joe. Carney hizo una mueca.

Casi habían llegado a la estación del metro, donde había muchos taxis, antes de que Carney hiciera alguna pregunta.

—¿Qué vas a hacer, Joe? —preguntó entre jadeos mientras avanzaban con rapidez calle abajo.

—Robarlo —dijo Joe con concisión—. Hay veces en que la ética ha de quedar en

segundo plano.

Carney asintió con un gesto de la cabeza, prudentemente, sin comprender completamente la frase.

—¡En pleno día! —dijo tragando saliva. Suspiró y se encogió de hombros—. Pero haré cualquier cosa por Mabel —añadió, dejándose llevar fácilmente por el inverosímil desarrollo de un posible guión cinematográfico.

Cuando el taxi se detuvo en la amplia vía circular delante del hospital, Joe pagó la carrera y dio una propina al taxista.

—Si nos espera —dijo Joe—, estaremos de vuelta en unos diez minutos. —La frase era absolutamente normal, pero al mismo tiempo emitió hacia la mente del taxista una sensación de gran dramatismo.

—Esperaré —prometió el taxista, como si hiciera un juramento.

Joe subió los escalones de dos en dos, con Carney jadeando tras él.

En recepción, Joe sonrió a la joven enfermera que estaba tras el mostrador de información, y emitió un fuerte sentimiento de seguridad.

—¿Dónde puedo encontrar a la jefa de enfermeras, por favor? —Con los ojos le decía que, después de haberla visto a ella, no estaba en absoluto interesado en esa vieja arpía que sería la jefa de enfermeras.

La joven recuperó la sonrisa, al mismo tiempo que le evaluaba de manera automática: edad, posible estado civil, perspectivas financieras, etc. Se sentía segura ante la delicadeza de Joe. Era el proceso mental normal y esperado. Joe se agarró a esa expectativa, y la mejoró proyectando la imagen de un joven interno respaldado por unos padres ricos.

Los ojos de la enfermera chispearon, y aspiró profundamente para proporcionar a Joe una mejor evaluación de la mercancía.

—¿Se refiere a la supervisora de día? —Parpadeó—. ¿Quiere que se ponga al teléfono? —El tono y las estructuras mentales le pedían que no tuviera tanta prisa por marcharse.

Al retrato de un joven y rico interno, y soltero, Joe le añadió la imagen de un resplandeciente descapotable azul, tapizado con cuero rojo, a la que siguieron las inclinaciones de unos camareros en un comedor de lujo con luces atenuadas.

—La supervisora está tan ocupada a estas horas... —dijo la enfermera con voz dubitativa—. ¿Puedo ayudarle yo?

—Bueno, realmente necesito ayuda del banco de sangre —dijo Joe con sencillez—. Vengo del St. Luke a buscar un préstamo... —La imagen cristalizó en una larga velada de baile en la Sala Veneciana del Fairmont, mucho menos turístico que el Top of the Mark.

—Oh, eso —trinó la joven ahora con exagerada vivacidad—. Me agrada mostrarle el camino, ¿doctor...?

—Doctor Carter... o al menos espero serlo pronto... —dijo Joe con un guiño.

La enfermera se volvió hacia la muchacha sin uniforme que estaba detrás de ella.

—Volveré en un momento, querida —gorjeó—. Si alguien pregunta por mí, estaré...

—Lo sé —dijo la muchacha con expresión aburrida—. Estarás empolvándote la nariz. —¡Esas enfermeras y los aires que se dan...!

Ninguna de las dos prestó la más mínima atención a Carney. Evidentemente, en la jerarquía de las castas de hospital, un sistema que hace dura competencia al de la India, Carney era un intocable, incluso más bajo que un ordenanza. Mientras Joe y la enfermera caminaban por el pasillo y los tacones de ella repiqueteaban ágiles, Joe supo que Carney, que les seguía, le miraba la espalda con un respeto que rayaba en la reverencia.

Durante el breve y rápido paseo hasta la parte posterior del segundo piso, Joe siguió escrupulosamente todo el protocolo habitual: le preguntó a la enfermera por su nombre, el horario de trabajo y el número de teléfono de la cercana residencia de enfermeras.

Cuando llegaron a la sala del banco de sangre, la enfermera habló decidida y fraternal al interno que estaba de servicio.

—Éste es el doctor Carter, del St. Luke...

El interno, que evidentemente carecía de padres ricos y no tenía tampoco un descapotable azul, miró a Joe con envidia.

—Me gustaría poder ir al St. Luke —dijo—. ¿Cuánto tiempo vas a estar?

—Me quedan otros dos meses —replicó Joe, mirando a la enfermera con el rabillo del ojo—. Ven a verme alguna vez: te enseñaré el ambiente. Puedo presentarte a la gente.

—¡Sí, gracias! ¡Y tanto que lo haré! —El interno le tendió la mano—. Harry Vedder —dijo—, Instituto de Medicina de California.

—Harvard —murmuró Joe. El interno parpadeó respetuosamente, y se ablandó aún más. Lo había acertado. Este tipo era uno de esos muchachos ricos, con dinero en la familia desde hacía tanto tiempo que ni siquiera se había parado a pensar en ello: esa cordialidad era sincera, no era afectación. ¡Un buen tipo! La enfermera, por su parte, estaba casi a punto de despegar y volar.

—Un par de docenas de botellas bastarán —dijo Joe, haciendo que volvieran a pensar en lo que era su objetivo real—. Los de cirugía se han quedado sin. Han telefonado a vuestro administrador. Imagino que tienes la autorización. Os lo devolveremos por la mañana.

Sus palabras eran bastante inocuas, pero el rostro les mostraba lo que pensaba de la administración de un hospital que había dejado que cirugía careciera de una provisión vital. La enfermera y el interno captaron la expresión y reprimieron sendas sonrisas. Como ocurre con cualquier subordinado con un jefe inflexible, se sentían encantados ante cualquier desliz de sus superiores.

—No, la petición todavía no ha llegado —dijo el interno.

Joe hizo una mueca de complicidad. Siempre igual, también los de la oficina,

todos cometían errores.

—Posiblemente podrías llamar a la administración para que te lo confirmasen —dijo con sencillez. Oyó que Carney, detrás de él, respiraba con dificultad.

—Yo no —rebatí al momento el interno—. Tal vez lo hagáis en el St. Luke, pero aquí, en el Memorial, no les recordamos a nuestros jefes que la han pifiado. Toma simplemente lo que necesites, y ya lo comprobaré cuando llegue el pedido.

Todos hicieron una mueca de complicidad, aunque la enfermera convirtió la suya en una sonrisa encantadora y provocativa.

Dos minutos más tarde, Carney se tambaleaba pasillo adelante bajo la carga de las pesadas cajas. Para sorpresa del interno y la enfermera, el mismo Joe cargaba la última de las cajas sobre su hombro. La sorpresa cedió ante la satisfacción. Este Carter era realmente un buen tipo, lo bastante considerado para que el viejo no tuviera que hacer un segundo viaje, y estaba tan seguro de su posición que no daba al gesto el valor de una exhibición.

Con la mano libre, Joe estrechó de nuevo la mano del interno. La enfermera se movía ágil a su lado a lo largo del pasillo, como si Joe fuera una propiedad particular suya. Le escoltó hasta la puerta delantera, para evitar que pudiera detenerle e interrogarle cualquier funcionario que hubiera notado que aquellos dos hombres cargaban con cajas de plasma.

—No te olvides —susurró manteniéndoles abierta la pesada puerta.

Joe le devolvió una sonrisa llena de promesas.

El taxista se acercó a mitad del camino y ayudó a Carney con parte de su carga. Cuando llevaba conduciendo unas diez manzanas ya se había convencido a sí mismo de que se trataba de una misión muy importante, y cuando les ayudó a descargar las cajas ante el puesto de urgencias, estaba convencido de que había desempeñado un papel de gran importancia en un drama trascendental. Cuando rechazaron su ayuda para entrar las cajas en el puesto de socorro de urgencias, creyó sin ninguna duda que todo ese secretismo por su parte era de la mayor importancia. Al marchar, condujo sin volver la vista atrás, el largo tiempo aletargado honor de explorador le impedía incluso mirar por el espejo retrovisor.

—Chico —resoplaba Carney al entrar por la puerta del apartamento en el semisótano—, si consigues librarte de la cárcel, vas a conseguir pronto un millón... —Estaba henchido de admiración, casi dispuesto a perdonar a Joe el hecho de ser un Cerebro.

Joe detuvo al viejo en la sala de estar, no quería que entrara en la habitación y viera lo que le sucedía a Mabel.

—Esto bastará durante un par de días —dijo Joe—. Pero sería mejor que empezaras a buscar más plasma a través de tus canales habituales.

—¿Seguro que va a hacer falta tanto? —preguntó Carney con curiosidad.

—Siempre hace falta —Joe se encogió de hombros, como si se tratara de algo perfectamente normal—. ¿Crees que podrás conseguir más?

—Claro que sí —contestó Carney tranquilamente—, ahora que tendré tiempo.

Carney se marchó satisfecho, con el ánimo tranquilo por primera vez en más de una semana. Tenía algo que hacer, era de nuevo importante.

En el interior de la habitación, Billings y Hoskins seguían cerca de Mabel, mirándola. De alguna manera, probablemente medio distraído y absorto, Hoskins había preparado café y, con el mismo aspecto distraído, ambos estaban tomándolo.

Un rápido sondeo de los pensamientos de Billings aseguró a Joe que el primer estupor había remitido y había cedido el paso a una nueva evaluación de los dogmas de la terapia psicósomática. Billings intentaba hablar de ello con Hoskins, para verbalizar con coherencia sus razonamientos.

—Esto sería perfectamente comprensible —decía Billings lenta y cuidadosamente—, si hiciéramos una analogía entre la célula y un proyectil disparado por un arma. Al principio hay un determinado impulso de la fuerza vital, suficiente para que se mueva en una trayectoria ordenada. Las células se renuevan a sí mismas con saludable vigor. Exceptuando los accidentes, son inmortales como las amebas... es decir, que tienen el potencial para ser inmortales por medio de una autorrenovación continuada.

—Pero la resistencia, la del aire o de materiales más consistentes, y el efecto de la gravedad afectan poco a poco a la bala, reducen su impulso hasta que la bala llega a un equilibrio y después cae gradualmente hacia tierra, inerte —dijo Hoskins.

—Exacto —convino Billings—. Como les ocurre a las células. Se renuevan y multiplican desde el crecimiento del niño hasta la madurez. Pero, poco a poco, van acumulando errores, represiones, frustraciones, desilusiones y tensiones de todo tipo, que superan el impulso inicial de la fuerza vital. Las células no pueden mantener completo su potencial de renovación ante todos esos obstáculos. Van más despacio, cada vez más y más, hasta que finalmente algún órgano, o algún complejo de órganos, está demasiado débil para funcionar correctamente. Lo llamamos enfermedad, vejez, muerte.

—¿Podría ser que también la gravedad tuviera algún efecto en las células, doctor? —preguntó Joe mientras se unía a ellos y bebía también un poco de café—. Me parece que el efecto constante de la gravedad ha de tender a hacerlas funcionar más despacio, igual como le ocurre al proyectil. Si las células tienen un sistema de memoria, como usted dice, entonces el recuerdo de la pesadez y la fatiga pasará de la célula vieja a la nueva y se añade a la experiencia de la nueva célula. Los recuerdos acumulados de fatiga, por sí solos, podrían ser suficientes para causar la vejez.

Billings le miró.

—Podría ser —concedió.

—Hagámosle la pregunta a Bossy —dijo Hoskins casi al mismo momento.

Activó la tecla de comunicación y Billings formuló la pregunta.

—¿Es la gravedad un factor en la renovación celular? —inquirió.

—Sí —contestó instantáneamente la máquina—. Es el factor fundamental. Todas

las células vivas, en todos los organismos, acumulan tanta memoria del peso que su potencial de renovación se reduce.

—¿Has eliminado ese recuerdo celular en el paciente? —preguntó Joe.

—Naturalmente —respondió Bossy—. Mis instrucciones con respecto a la terapia, eran encontrar todas las tensiones de cualquier tipo y eliminarlas.

Billings y Hoskins se relajaron contra los respaldos de las sillas.

—Y el resultado es que el organismo puede seguir funcionando como en su mejor momento —dijo Billings.

—Afrontémoslo, doctor —dijo Hoskins con voz severa—. El resultado es, desde un punto de vista práctico..., ¡la inmortalidad!

—Bueno, no lo creo... —dijo Billings dubitativo—. Pueden acumularse nuevas represiones, nuevos recuerdos de fatigas, nuevos supresores...

—Y pueden ser eliminados otra vez con el tratamiento —dijo Hoskins, golpeando con el puño en la palma de la otra mano—. Inmortalidad... Eso plantea algunos notables problemas de ética, doctor.

—Más de lo que pueda imaginar —respondió Joe con una sonrisa—. Ambos no se han dado cuenta de una cosa. Mabel se ha prestado voluntaria. ¿Quién más lo hará?

—¡Cualquiera! ¡Todos! —dijo Hoskins inmediatamente—. Todos quieren ser inmortales.

—Bien... Quiero ser inmortal. —Joe parodió a un viejo cómico, quien hacía la parodia de gran parte de la humanidad—. Todavía no ha tenido en cuenta el precio, doctor Hoskins.

—No comprendo lo que quieres decir, Joe —preguntó Billings con curiosidad.

—El paciente ha de desear que se le eliminen todas las tensiones —dijo Joe.

—Sí —concedió Billings.

—Una convicción firme actúa como una tensión, ya que rechaza lo opuesto de esa convicción. El billete para ser admitido en la inmortalidad es la voluntad de abandonar todas las convicciones, las preconcepciones y los prejuicios.

—¿Y eso sería tan difícil? —preguntó Hoskins con un tono de reto en la voz.

—Creo que sí —dijo Joe con gran tranquilidad—. Creo, señores, que descubrirán que la gente preferirá seguir teniendo razón... y morir.

Capítulo 9

DURANTE dos días más, los tres hombres fueron testigos del progreso de Mabel. Casi no durmieron, y sólo comían a breves y rápidos bocados. La fascinación por lo que ocurría era algo que nunca antes habían experimentado.

Era como fijarse en la aguja de los minutos de un reloj pequeño. No, mejor, era como asistir al desarrollo de una flor fabulosa. Incluso mirando sin pestañear, el ojo casi no podía percibir la transformación que tenía lugar de un microsegundo al otro. Pero, si se apartaba la vista y se volvía a mirar de nuevo, el desarrollo era evidente. Y, después de dos días, el cambio era increíble.

Habían estado preocupados por el cabello de Mabel. Cayó, gris y enmarañado, sobre la almohada que sostenía la cabeza de la mujer y, por un momento, los tres hombres habían temido que Mabel quedara completamente calva. Después empezó a aparecer una fina niebla de cabello, y ahora la cabeza estaba cubierta por un casco de rizos de color caoba con reflejos dorados. La cara, de nuevo tersa y con formas bien proporcionadas y clásicas, adquirió al mismo tiempo la sencillez de un niño y el aspecto sereno de un sabio.

Durante las primeras etapas de la terapia, Hoskins había intentado mantener el cuerpo cubierto con una sábana. Decía (y esto era típico de él) que era algo necesario a causa de la juventud y la inexperiencia de Joe. En realidad, obedecía a las exigencias de sus propias tensiones. Finalmente, Billings, casi irritado, le había recordado que estaban obligados a mantener una actitud clínica. Joe, disimulando su propia diversión, les recordó que cuando, desde la más temprana niñez, se pueden ver directamente los pensamientos de los demás, la indumentaria deja de ser útil como mecanismo para la defensa del pudor de los individuos.

Hoskins, ligeramente molesto consigo mismo por haber sido tan ingenuo, había eliminado la sábana, asumiendo con gran resolución una actitud clínica.

Mabel yacía en una postura que sugería fácilmente la posición fetal, o como una bailarina de cuerpo perfecto que se hubiera relajado y dormido despreocupadamente en un diván. Respiraba lenta y profundamente y sólo muy de vez en cuando mostraba un parpadeo en el rostro como si Bossy hubiera alcanzado algún remoto recuerdo de dolor profundamente enterrado, o una fórmula de prejuicio sin ninguna base ni fundamento y la hubiera eliminado.

Seguía siendo imposible para Joe llegar a la mente de la mujer. Por primera vez en su vida, Joe se encontraba en blanco ante los pensamientos de otra persona, ante sus emociones y motivos. Por primera vez, pudo obtener una ligera idea de lo que significaba tener una mente normal.

Siempre se había compadecido de los demás por el hecho de ser telepáticamente ciegos, y ahora se sentía maravillado ante ellos. ¿Cómo habían logrado los seres humanos vivir en sociedad, incapaces como eran de verse realmente unos a otros? ¡No era nada sorprendente que se comportaran de manera titubeante y torpe en sus tratos, ni que cometieran increíbles errores por causa de la incompreensión!

La especie humana era como un universo de cuerpos materiales, cada uno en su propia órbita excéntrica, chocando unos con otros ciegamente, haciendo extrañas carambolas y cambiando insensatamente de dirección como consecuencia de encuentros al azar. El milagro era que, durante algunas ocasiones en la historia humana, hubieran podido darse los rudimentos de un mínimo orden.

Por primera vez en su vida, Joe sintió una especie de respeto por quienes avanzaban tanteando con la escasa ayuda de un bastón de ciego.

Comparaba a los seres humanos con los ciegos que encuentran el camino explorando con el bastón en la más absoluta oscuridad, la calle delante de ellos. Su ciencia era el cálculo de cuántos tanteos con el bastón hacían falta para ir de aquí para allá. Su saber era la medición de las apariencias externas. De manera abstracta, Joe había comprendido por qué, tan a menudo, los seres humanos utilizaban la medición en lugar del significado, pero había sido necesaria esta situación con Mabel para permitirle una valoración real del problema.

De repente, Joe sintió la necesidad de salir de allí y caminar un poco. Aquellos dos días le habían dejado paralizado y acalorado. Se sentía inquieto por su incapacidad de llegar hasta Mabel, por su incapacidad para descubrir si Bossy, al limpiar todos los restos de las pantallas de los prejuicios, habría abierto una ventana a través de la cual Mabel pudiera ver telepáticamente.

Cuando preguntó a Billings si podía ayudar en algo había recibido una respuesta negativa. También fue negativa la respuesta de Bossy cuando le preguntó si podía haber otras complicaciones. Hoskins murmuró que se iba a dormir un poco y después relevaría a Billings, que seguía sentado al lado de Mabel, vigilándola. Con satisfacción, Joe escapó de los límites de la habitación.

Fuera, en la calle, la oscuridad y la niebla le envolvieron mientras se alejaba de la Third y de Howard en dirección a Mark Street. Era una noche hecha para caminar. Y se encontraba en una ciudad que sugería ser explorada tanto por los extranjeros como por quienes habían vivido en ella ya largo tiempo. Pueden pasar los años, pero uno nunca acaba de acostumbrarse al mágico misterio de San Francisco por la noche.

Y Joe estaba en esa edad en la que un joven pasea por las calles de una ciudad extraña, en la oscuridad, y se fija, desde una distante lejanía, en la frenética actividad de la gente que le rodea. Liberado al fin de los brazos envolventes y sofocantes, de la exagerada protección de la infancia, un joven crece alto, más alto que los edificios, más vasto que la ciudad, más veloz que el viento que le golpea la cara.

Está lleno de un amor infinito por la humanidad, lleno de piedad y de compasión. Con esa fuerza imprevista e inmensa quisiera realizar grandes cosas al servicio de

cualquier noble objetivo de gran importancia. Conoce la deuda por todo lo que la civilización le ha proporcionado, y siente una arrolladora obligación de satisfacer esa deuda. Ha de ingeniárselas para alzar al ser humano desde la desesperación y la inutilidad hasta el nivel de las grandes empresas y las grandes conquistas. Nada menos noble sería lo bastante bueno para la humanidad.

Y, para Joe, el objetivo de Bossy era otorgar finalmente al ser humano la visión telepática. ¿De qué otra manera podría el ser humano dar los pasos evolutivos necesarios para superar la ciega vía circular que, una y otra vez, civilización tras civilización, le volvía a llevar al mismo punto de partida?

Estaba seguro de poder utilizar sus propias habilidades telepáticas para un objetivo como éste. Junto a algunos más, sentía la obligación de usar toda su capacidad para ayudar a la humanidad.

Cruzó Mark Street, consciente de estar confinado entre las líneas blancas pintadas en el pavimento por efecto del rabioso silbato del agente de tráfico, viendo en ello el simbolismo del tanteo con el bastón a la busca del camino, y empezó a subir por Powell Street.

Ya que en los animales inferiores y en los niños estaba presente una telepatía rudimentaria, que faltaba completamente en los seres humanos adultos, Joe mantenía la teoría de que sería posible desarrollar cualquier esperanza si fuera factible eliminar todos los restos de una falsa y errónea educación. Pero no estaba seguro de ello. No había podido discutirlo con nadie, sentirlo con nadie, ni siquiera comunicarlo a nadie ni compartirlo.

Ya que la comunicación implica la comprensión mutua. No era que a los demás les faltara un determinado vocabulario... ni siquiera sabían que carecían de ese vocabulario. ¿Cómo iba a desarrollarse el complejo arte de la música entre una raza de seres completamente sordos? Incluso si llegaran a lograr una comprensión abstracta de que podría existir una comunicación basada en la modulación tonal, ¡cuán ridículos serían los desarrollos que surgieran de sus intentos para darse cuenta realmente de cómo era eso! Por más que se tratara de algo lógico y racional para ellos, lo cierto es que resultaría ridículo para quien pudiera realmente oír música.

Lo extraño era que los seres humanos disponían ya del instrumento con el que iniciarse en ese camino. Einstein les había proporcionado un sistema de coordenadas, en el que la verdad era relativa a su propio sistema de referencia pero no necesariamente aplicable en el exterior. Pero, en lugar de ser capaces de utilizar esa herramienta de manera íntima y familiar en la vida de cada día, la habían relegado como una abstracción teórica sobre la velocidad de la luz y el tamaño del universo. En lugar de encontrar en ello el significado, lo habían reducido a la mera medición.

Gracias a la matemática, disponían ya de muchos cálculos de lógica simbólica y, a pesar de todo, de manera increíble, no habían visto cómo podrían aplicarse a la mutua comprensión, sino que los habían racionalizado y circunscrito a un campo completamente al margen de la existencia, útil tan sólo a una forma completamente

extraña de pensamiento.

Eran como seres bidimensionales que hubieran alcanzado el simbolismo matemático de la altura, pero que, a causa de sus propias limitaciones, no pudieran encontrar manera alguna de cómo aplicar esa idea de altura a la realidad de su propio mundo y, por lo tanto, la hubieran rechazado considerándola sólo como un sencillo juego mental fruto de la abstracción.

Para aquél cuyo horizonte está limitado por lo que puede explorar con el bastón tendido, ¿dónde está el vocabulario que le pueda describir la imagen de las enormes montañas que se alzan hasta el infinito, una tras otra, siempre más y más lejanas, de un azul cada vez más y más oscuro derivando hacia el azul púrpura en la distancia? ¿Si no se dispone de un órgano capaz de responder a cualquier tipo de luz, cómo construir el concepto de modulación del color? ¿Es posible comunicar una sinfonía a la ciencia que sólo puede medir vibraciones por segundo?

A pesar de todo, el bastón de ciego había sido de utilidad en el caso de Bossy. Por sí solo, Joe no habría podido construir a Bossy. No disponía de la formación necesaria. Gracias a su visión telepática podría haber conseguido otras cosas, pero no habría podido comunicarlas y, por lo tanto, habrían sido inútiles.

Para tratar con los ciegos, Bossy tenía que poseer la misma naturaleza que un ciego. Para mover a una criatura bidimensional hacia la tercera dimensión, debe existir al menos una entrada bidimensional. Es insuficiente despreciar o despotricar contra una criatura bidimensional porque no puede comprender el concepto de «altura». Si todo su mundo, y sus valores, son bidimensionales, ¿de qué le serviría la altura, incluso aunque pudiera concebir el concepto?

En un mundo sin poderes extrasensoriales se puede llegar a especular sobre la abstracción de la telepatía y otros poderes parecidos, pero ¿aceptaría alguien dejar a un lado el bastón para obtener esos poderes? ¿No consideraría todo el asunto desde un punto de vista bidimensional, con el desprecio por lo absurdo del concepto de «altura» como el mayor obstáculo para alcanzarla?

Bossy disponía de esa entrada bidimensional. Bossy disponía del más excitante de esos cebos: ¡la inmortalidad!

¿Sería tridimensional la salida?

Joe no lo sabía.

¿Cómo sería una mente que estuviera sólo gobernada por las relaciones lógicas y racionales entre los hechos, libre de todos los prejuicios, no deformada por el dolor, el castigo, la aflicción, las represiones...?

De repente, Joe, horrorizado, interrumpió ese razonamiento.

¡Qué visión tan terrible!

El ser humano no vive según la lógica. No vive según los esquemas de hechos aplicados a los hechos. No vive basándose en la racionalidad, ni siquiera basándose en la razón.

Se dio la vuelta y empezó a correr calle abajo. Frenético, lanzó una sonda hacia

delante, hacia el semisótano, pero no logró captar nada. Billings estaba dormido en la silla y en su mente sólo se encontraba el residuo de un despreocupado sentimiento de que todo estaba bien. Naturalmente. Si no, no hubiera caído dormido.

¡Qué visión tan terrible! A Bossy sólo le habían proporcionado hechos probados. Cualquier conclusión previa había sido cuidadosamente clasificada como sospechosa y considerada tan sólo como una posibilidad. Durante los dos años que habían sido necesarios, en Hoxworth, para construir a Bossy, se habían eliminado todos los prejuicios, las suposiciones y las falacias, con la máxima diligencia tras el control y un nuevo control de seguridad por parte de las mejores mentes del país.

Y todo se había adaptado a una estructura idónea para el pensamiento de una máquina. Al someter a Mabel a los cuidados de Bossy, no se habían dado cuenta del hecho de que ese enfoque propio de una máquina no era necesariamente el mejor para un ser humano.

Joe recordó una frase aparecida tiempo atrás en la pantalla de Bossy:

—Mis instrucciones con respecto a la terapia eran encontrar todas las tensiones de cualquier tipo y eliminarlas.

Eso era lo que Bossy había hecho.

Joe se lamentó en voz alta por la estupidez de haber dado una orden como ésa. Ahora pasaba delante del hotel St. Francis y tuvo que disminuir la velocidad para no atraer demasiado la atención. Evidentemente había taxis, pero un taxi que entrara a esas horas de la noche en el degradado barrio donde se hallaba el semisótano seguramente aún atraería mayor atención. No se suele tomar un taxi para volver a un dormitorio de mala muerte.

Y sólo eran unas pocas manzanas. Como suele ocurrir, los bajos fondos y los palacios estaban cerca, casi como si unos tuvieran necesidad de los otros.

Una y otra vez, Joe mandó por delante sus preocupaciones, en el intento de despertar a Billings con la urgencia de ese pensamiento. Pero la fatiga del anciano y los dos días sin dormir le habían derrotado. Joe intentó también entrar en contacto con la mente de Mabel, pero no halló respuesta. Ni en ella ni en Bossy.

¡Naturalmente! ¡De eso se trataba! La mente de Mabel, en esta etapa del tratamiento, respondía ya como la de una máquina.

En la esquina entre Mission y New Montgomery, giró hacia el sur, en dirección al barrio de donde había venido. Ante él había muestras de una actividad inusual. Aunque eran casi las dos de la madrugada, había una pequeña multitud reunida ante una mancha de luz que surgía de la puerta abierta de un salón. Un coche patrulla de la policía se hallaba aparcado muy cerca de allí, pero los dos policías que estaban junto al vehículo no hacían nada por calmar la agitación de la gente de la calle. Por sí mismo, eso ya era extraño, ya que de la vigilancia de ese tipo de barrios se encargaban los agentes más duros, ésos a quienes les gustaba utilizar las porras, les hubieran llamado o no.

Con precaución, Joe se detuvo en las sombras de un callejón lateral, y envió un

campo de ondas para explorar. Al principio no parecía haber nada en común en el batiburrillo de impresiones y emociones desatadas. Después, poco a poco, Joe reunió los elementos de la historia, principalmente gracias a los pensamientos de un par de jóvenes marineros, complementados por el conocimiento de los oficiales.

Hacía sólo un momento que el furgón se había llevado a una mujer hacia la prisión de la ciudad. Un hecho así, en aquel barrio, tan sólo habría despertado una atención pasajera. Pero se trataba de una mujer muy joven. Y muy bella. Aun teniendo en cuenta las exageraciones habituales de los marineros, se trataba de la mujer más bella que habían visto nunca.

Y estaba completamente desnuda.

Paseaba bajando por Howard Street. Los marineros acababan de salir por la puerta y la luz que ésta había dejado pasar la había sorprendido como un foco en un escenario vacío. Se habían quedado demasiado estupefactos para, simplemente, silbar. Un coche de la policía que hacía la ronda en aquel momento, casi había chocado contra la boca de incendios antes de que el sorprendido conductor lograra detenerse.

Uno de los policías había cubierto a la mujer con su propia chaqueta mientras esperaban la llegada del furgón. La mujer no había dicho ni una palabra. Estaba sencillamente allí, mirándoles cara a cara, con una sonrisa extraña y dulce.

Poco después había llegado el furgón y se la había llevado. Rutina. A pesar de todo, los dos agentes no habían vuelto a subir al coche patrulla. Seguían allí, contemplando a la multitud, aparentemente esperando que ésta se dispersara o acabara haciéndose ingobernable. Pero, por su expresión, todo eso no les importaba. No era la desnudez como tal lo que les había impresionado. Era como si, también ellos, se hubieran quedado estupefactos al haber visto, así de golpe, toda esa belleza.

Mientras recorría el callejón a la carrera dirigiéndose al semisótano, Joe ya estaba casi seguro de que se trataba de Mabel.

Al pie de la escalera que conducía al semisótano, la puerta exterior estaba abierta y oscilaba. Entró y la cerró tras él, corrió por las habitaciones del apartamento hasta el laboratorio. La litera de Mabel estaba vacía. Billings seguía todavía sentado en la silla al lado de la litera, con la cabeza inclinada hacia delante, inmerso en un sueño muy profundo.

Bossy estaba activada pero en silencio. La pantalla mostraba dos palabras:

—Problema resuelto.

EL doctor Eustace Fairfax, psiquiatra consultor del departamento de policía de San Francisco, bajó los ojos y traspasó al teniente con una mirada en la que la ira y la incredulidad se hallaban salvajemente mezcladas, y que resultó reforzada por unas lentes brillantes sostenidas por la delgada nariz.

—¿Pretende decirme... —preguntó—, que me ha llamado a estas horas de la noche para examinar un... un... un caso rutinario claramente destinado al psiquiatra de guardia?

—Pero no se trata de un caso de rutina... —insistió el atormentado teniente. Su propia incredulidad debilitaba esa protesta.

—¡Bah! —El doctor Fairfax tiró el secante a través de la mesa—. Nunca he visto un informe más rutinario: «Arresto de una mujer desnuda, en la esquina de Howard y New Montgomery...». ¡Y usted me despierta a las tres de la madrugada! ¡El comisionado se enterará de esto!

—Espere, señor —imploró el teniente—. No lo comprende... —Era una palabra poco afortunada ya que no se debe decir a un consultor psiquiátrico que no comprende.

El doctor Fairfax, que se había dado la vuelta y atravesaba ya la puerta, se detuvo y se dio de nuevo la vuelta.

—Y, ¿qué es lo que soy incapaz de comprender? —preguntó con tono irónico.

—Esa mujer, no es realmente joven —empezó dubitativo el teniente. Después, superando sus propias dudas, siguió adelante decidido—. Vea, según las huellas digitales, esa mujer, Mabel Monohan, ¡tiene en la actualidad sesenta y ocho años!

—Y, entonces, ¿por qué, en nombre del cielo, la ha registrado como una mujer joven? —preguntó el psiquiatra sumamente irritado.

—Bueno, en realidad... el agente de servicio pensó... ¡todos habríamos jurado que no tenía ni siquiera veintiún años!

—Bueno, todos han cometido un error. Eso es todo.

—No, señor. No hemos cometido ningún error. Las huellas digitales concuerdan en todos los detalles. No sólo una de ellas, todas. La hemos enviado al FBI en Washington. Ellos también lo han comprobado.

—Entonces el error se cometió cuando se tomaron las huellas digitales la primera vez.

El teniente empezaba a acalorarse. Se ponía en duda la eficiencia de su departamento.

—Mabel Monohan —dijo con suma firmeza—, ha entrado y salido de esta cárcel

durante los últimos cincuenta años. Le hemos tomado las huellas infinidad de veces. Hemos llamado a algunos agentes de antes. Juran que esa joven se parece a la Mabel que conocieron años atrás... que conocieron en prisión, evidentemente.

—¡Basta! Lo primero que haré mañana por la mañana será llamar al comisionado. Es posible que aquí hagan falta los servicios de un psiquiatra, ¡pero no precisamente para examinar a los detenidos!

La voz, casi siempre nasal, del doctor Fairfax había aumentado de tono bajo la presión de una inmensa ira. A menudo se sentía molesto con la gente ya que, normalmente, ésta no se ajustaba a sus teorías. Y, por supuesto, era la gente la que se equivocaba. Las teorías habían sido promulgadas por las más eminentes autoridades y demostradas con casos cuidadosamente seleccionados. La única satisfacción de su vida era que, tras una dura oposición..., se habían aprobado muchas leyes que él mismo había propuesto para adecuar a la gente a esas teorías.

Era evidente que hacían falta más leyes de éstas. Se encasquetó el sombrero y se dirigió de nuevo hacia la puerta. El teniente corrió alrededor de la mesa y le retuvo tomándole de un brazo. Se lo sacudió de encima.

—Por favor, doctor —rogó el teniente y la desesperación aportó una repentina firmeza a su voz—. Creo que es necesario que examine a esta mujer esta misma noche. No puedo hablar ahora con el comisionado, estará fuera durante tres días... Pero estoy seguro de que cuando se entere de lo ocurrido estará de acuerdo.

Aparentemente, eso hizo mella en la indignación del psiquiatra.

—Muy bien —convino, como si siguiera la tercera regla e hiciera caso a un paciente psicótico—. Ya que estoy aquí, le echaré un vistazo. Pero se trata de un caso claro de fraude, o de incompetencia. ¡No necesito ver a la detenida para determinarlo!

Comenzó a degustar el triunfo. Seguro que la joven estaba preparando alguna nueva maniobra, y sería un éxito desenmascararla. Los profanos, simplemente, no comprenden este tipo de cosas, pero siempre es posible racionalizar los simbolismos hasta que se acomodan a la teoría. Casi se sentía contento por la satisfacción de saberse un maestro del intrincado tipo de razonamiento que nadie, excepto un experto psiquiatra, podía comprender.

Siguió al teniente de nuevo hasta la mesa. Cerró los labios en una mueca y pronunció diversos «¡Hummm!», dejando claro que todo aquello no representaba un misterio para él. Estudió las fotografías tomadas cuarenta y cincuenta años atrás, sonrió ante la escasa calidad de las imágenes y, con sensación de triunfo, señaló las diferencias entre las fotografías. Preguntó cómo podían haberlas utilizado para compararlas con la joven cuando ya no eran iguales entre sí, expresó sus dudas sobre toda esa ciencia de las huellas dactilares, y experimentó un gran placer al organizar todo el asunto para probar su teoría del fraude. Completamente seguro, siguió los pasos de un científico completamente decidido a interpretar los hechos de manera que se ajusten a la teoría.

—Tráigala, teniente —dijo, cuando ya estaba muy satisfecho tras haber hecho

encajar todo lo que decía el grueso *dossier* sobre Mabel Monohan. Se sentó en la silla giratoria del teniente.

—¿Aquí, doctor? —se sorprendió el teniente—. ¿No prefiere utilizar la sala del psiquiatra, donde están todos esos trucos...? —Se detuvo horrorizado por el desliz.

—No voy a necesitar el equipo habitual de pruebas que usted llama... ah, sí, trucos —dijo el doctor Fairfax con aspereza, pero retuvo el comentario en la memoria para posteriores represalias—. Se trata de un sencillo caso de fraude, y puedo tratarlo aquí mismo. Tráigala aquí y, después, déjeme solo con ella. Estoy seguro de que esa mujer reconocerá muy pronto mi habilidad para descubrir su jueguito.

La primera ojeada que lanzó a Mabel le confirmó en sus sospechas de fraude. No había ninguna posibilidad de que el arte del maquillaje pudiera convertir a una vieja en una mujer joven, pese a lo que desee creer el género femenino. Esta mujer no usaba ningún maquillaje. Y la iluminación brillante de la lámpara del techo mostraba claramente que tenía escasamente veintiún años. La ropa vieja de presidiario que vestía no lograba esconder del todo sus formas juveniles.

El doctor Fairfax hizo marchar al teniente y a la matrona con un gesto brusco.

—Siéntate —dijo a Mabel con suma frialdad, y le indicó una silla. Con una sonrisa de desprecio apenas perceptible vio cómo la mujer tomaba la silla por los brazos y el respaldo y luego se sentaba.

—Estoy seguro de que sabes lo que es una silla —dijo con la misma frialdad de antes.

Ella le miró con los profundos ojos azules como si experimentara cierta perplejidad.

—Silla —dijo—. Sustantivo. Inglés. Asiento móvil con cuatro patas y un respaldo, para una persona. Usada por los seres humanos.

—Sí, sí, eso es lo que es —dijo el doctor un tanto misteriosamente—. ¿Cómo te llamas?

—Mabel —respondió ella.

—¿Dirección?

Ella dio la dirección del apartamento de Howard Street. El doctor lo comprobó con la del *dossier*.

—¿Cuántas veces te han arrestado, Mabel?

—Treinta y dos —respondió ella inmediatamente.

El doctor parpadeó. Esto quedaba un tanto al margen de lo que era habitual. La chica podía haber obtenido fácilmente información sobre la anciana de otras fuentes, pero muy posiblemente ni siquiera la vieja recordaría con tal precisión cuántas veces la habían arrestado, no cuando se trataba de tantas veces en un largo período de tiempo.

—¿Cómo lo sabes? —le disparó repentinamente la pregunta, con la esperanza de observar los primeros signos de confusión, cuando la joven se diera cuenta de que había ido ya demasiado lejos, que no podía conocer ese tipo de cosas de manera tan

exacta y tan rápida.

—Es un hecho —dijo ella, sin ningún tipo de confusión.

Bueno, fuera cual fuera su juegucito, era imperturbable. Esto podría resultar interesante.

—E imagino que conoces todos los hechos —replicó el doctor Fairfax, dando énfasis al propio sarcasmo.

—Sobre mí, sí —contestó ella—. Pero sólo conozco los hechos que tienen relación conmigo. No conozco todos los hechos. Bossy dice que hay hechos que todavía no se conocen.

El doctor Fairfax parpadeó de nuevo. De alguna manera el nombre de Bossy le pareció familiar, pero no lograba identificarlo. Raramente leía los periódicos, ni realizaba las actividades de la gente común. Ya que se negaban a encajar en la teoría, era menos molesto ignorarles del todo. Después el concepto de Bossy empezó a hacerse claro.

¡Claro! ¡Era ese nombre cariñoso que los niños usaban para referirse a las vacas! Se maravilló de su perspicacia, y lo dejó correr. Sería demasiado fácil atraparla en un fallo: ese nombre revelaba un origen campesino, algo que ella no podía sospechar que él conociera. ¡Vaya con esa pobre gente que pensaba que podía engañar a un psiquiatra...!

La haría hablar. La joven caería en otros deslices y, después, cuando él se los hiciera notar, ella se daría cuenta de que no era rival para él. La confesión sería fácil.

—¿De qué va todo esto, Mabel? —preguntó con engañosa cortesía.

—No lo sé —respondió la joven—. Supongo que se trata de un sueño. Bossy dice que el estado de sueño en los seres humanos no es otra cosa que la excitación al azar de las conexiones sinápticas que crea una secuencia irracional de visualización. Todo esto, en realidad, es completamente irracional.

El doctor se sintió ligeramente incómodo, y no sólo porque esa explicación violase las teorías de Freud sobre el simbolismo del inconsciente, que sólo podía interpretar un psicoanalista... a cincuenta dólares por sesión. Tenía que desmentir inmediatamente este tipo de cosas.

—¿Y todo esto te lo contó una vaca? —preguntó mordaz.

—Ha de ser un sueño —respondió la joven—. O la alternativa es que usted está loco. Su pregunta es completamente irracional. Las vacas no hablan una lengua comprensible por los seres humanos.

El doctor se agarró desesperadamente a la regla número cinco: nunca dejes que el paciente piense que no dominas la situación. Decidió utilizar la técnica B: pasar a un ataque frontal.

—¿Por qué apareciste desnuda en la calle?

—La terapia había terminado. Quería evaluar mi entorno. No me di cuenta de que hacía bastante frío y que mi cuerpo necesitaría una protección adicional además de la que ya proporciona la piel.

El doctor tragó saliva y la miró fijamente con una mirada sumamente penetrante. Estaba loca. Completamente loca.

—¿Tienes sesenta y ocho años? —preguntó desdeñosamente.

—Ahora no tengo edad —contestó la joven con sencillez.

—Responde a mi pregunta —ordenó el doctor severo.

—Ya lo he hecho.

—Esa respuesta no tiene ningún significado. Tienes sesenta y ocho años o no los tienes.

—Eso es lógica aristotélica —dijo la joven llanamente—. Bossy dice que los humanos nunca lograrán comprenderse a sí mismos a través de la lógica aristoté...

—¡Bossy dice! ¡Bossy dice! —El doctor, irritado, gritaba sin control—. Mira, muchacha...

—... lica —continuaba Mabel—. Razonar siguiendo ese tipo de lógica es como la demostración de Zenón de que no existe el movimiento. Lo más interesante de este sueño es que sus procesos de pensamiento son consistentes con los que están en boga en el culto de la psiquiatría. ¿Por casualidad cree usted ser un psiquiatra? Bossy dice que...

El doctor Fairfax saltó sobre sus pies y casi corrió hasta la puerta.

—Llévesela —le dijo con severidad a la matrona que esperaba allí—. Enciérrela sola durante toda la noche. Volveré a visitarla cuando esté menos agitada. Y tenga en cuenta que es peligrosa. ¡Muy peligrosa!

La vieja matrona le contempló con un velado desprecio en la mirada. Durante treinta años se había ocupado de esas chicas. Conocía a una joven dulce e inocente con sólo mirarla. Decían que ésa era la vieja Mabel. Pues bien, estaban todos locos... incluyendo al psiquiatra.

—Muy bien, querida —dijo con dulzura y puso el brazo en torno a la cintura de Mabel para llevársela fuera de allí—. ¡Y dice que es peligrosa...! Todo está bien, muchacha. Puedes confiar en la vieja Clarkie.

—Lo sé —dijo Mabel—. Siempre has sido una buena persona. Hace veintidós años, la última vez que estuve aquí, hiciste que viniera mi abogado. Había habido cambios en la dirección de la cárcel y me tenían incomunicada.

La matrona se apartó de ella, empalideció, se tambaleó un poco y acabó apoyándose en la pared.

—Nadie supo nunca que fui yo quien le llamó —dijo respirando con dificultad—. Si se hubieran enterado, habría perdido el trabajo. Sólo Mabel lo sabía. Y no se lo habría dicho a nadie... ¡a nadie!

—Ya le he dicho que estaba muy agitada, que era peligrosa —soltó el psiquiatra—. Ahora, ¡llévesela lejos de aquí!

La matrona se acercó de nuevo a Mabel, primero con dudas y después ya más segura, la tomó del brazo y la condujo por el pasillo.

—Pero no puedes ser Mabel —iba diciendo la matrona—. Simplemente no

puedes serlo. Ya entonces Mabel estaba gorda y vieja. Dime —dijo con desesperación—, díselo a la vieja Clarkie, querida. ¿Cómo lo hiciste..., Mabel?

El teniente salió al pasillo procedente de otro despacho, y vio al psiquiatra apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Qué opina, doctor Fairfax? —preguntó alegremente.

El doctor se enderezó, compuso la figura, y le miró por encima de la nariz aparentando profesionalidad.

—Un caso evidente de... un caso de... —Era incapaz de encontrar, en el amplio repertorio de los diagnósticos psiquiátricos, un nombre que se ajustara a este caso. Se habría visto obligado a racionalizarlo a través de simbolismos hasta que quedara perfectamente ajustado a uno u otro de los diagnósticos. Tenía que asegurarse de utilizar los métodos establecidos y ortodoxos para la manipulación de las pautas de simbolismos y así otros psiquiatras pudieran confirmarlo... si llegaba a ser necesario.

—Un profano no puede comprenderlo —respondió arrogante.

EL largo pasillo que conducía a la sala de audiencias estaba lleno de personas, la mayoría mujeres, que se empujaban y hacían mucho ruido. No se trataba de un proceso. Era sólo la audiencia para establecer la libertad provisional y la fianza de Mabel. Pero la vieja Clarkie había hablado de nuevo, y esta vez a los periodistas.

Los periódicos no habían tenido mucho tiempo para trabajar en la noticia antes de entrar en máquinas para la primera edición de la mañana, pero habían hecho todo lo que habían podido. Y los resultados habían sido bastante satisfactorios. La mayoría de los artículos sobre esa anciana que se había transformado en una jovencita estaban escritos en tono jocoso, ya que, como a menudo ocurre, y esta vez con razón, los redactores no se creyeron la historia que les contaban los reporteros.

Pero el público sí la creía. El público desea milagros. Los pide. Y si una de las fuentes deja de proporcionárselos, se vuelven hacia otra fuente que parece darles ese espectáculo. Incluso cuando se trata de algo que se opone y ofende a la actitud científica, aceptan con entusiasmo los milagros con una actitud cercana al regocijo.

La Fuente de la Juventud, negada de manera consciente durante mucho tiempo, seguía siendo el gran sueño secreto. Creían en ella porque querían creer. Querían ver a esa bella joven que, hasta su desaparición diez años antes, había sido una mujer vieja y gorda. El hecho de que hubiera tenido una reputación desagradable aumentaba de alguna forma la credibilidad de todo el asunto.

«Si una vieja como ésa puede lograrlo, entonces también yo, mucho más respetable, puedo hacerlo», era el estribillo en la mente de todas las mujeres.

Con mucha lentitud, Joe Carter avanzó furtivamente a lo largo de una pared hacia la doble puerta de la sala de audiencias. Quedó un momento sin aliento cuando una mujer corpulenta le golpeó el estómago con el codo, y olvidó inmediatamente el codo cuando un tacón de aguja se le clavó en el pie.

El atasco era mucho mayor cerca de la puerta y seguir adelante parecía del todo imposible. Un alguacil sudoroso estaba contra la puerta cerrada, y contemplaba intranquilo la oleada de gente que quería entrar.

—No hay sitio, señoras —seguía insistiendo—. Es mejor que se den la vuelta y se vayan a casa.

Silbidos, gruñidos y risas irónicas respondieron a esas palabras. Se trataba de un único hombre, y la masa de mujeres conocía y ejercitaba su propio poder para hacerle pasar un mal momento.

—No puedo volver a casa así —gritó una mujer—. ¡Mi viejo quiere que esta noche vuelva a parecer una jovencita de dieciocho!

—¡Dieciocho! —chilló otra mujer—. ¡Me conformo con treinta y cinco!

—¡Deja que la veamos! —vociferó otra—. No te cuesta nada dejar que la veamos.

—No es justo —gritaba otra—. Mirad lo que era esa vieja, y yo que he sido honrada toda la vida...

El resto de la frase se perdió entre las burlas que resonaban en todas partes.

Desesperado, Joe eligió una de las mujeres más ruidosas e implantó en su mente la idea de que la audiencia se había retrasado hasta las dos.

—¡Y tú...! —de repente la mujer vociferó dirigiéndose al alguacil—. ¡Sabías que la audiencia ha sido retrasada y has dejado que siguiéramos aquí, esperando!

—¿Retrasada? —chilló otra—. ¿Han retrasado la audiencia?

—Claro que la han retrasado —gritaba de nuevo la primera mujer—. Los políticos quieren quedarse con todo. Venid, vayamos al despacho del alcalde. ¡Veamos qué es eso de dejarnos fuera, a nosotras, las que pagamos impuestos!

La noticia se extendió por el pasillo y éste empezó a quedar vacío. El apretado grupo de personas que estaba cercano al alguacil empezó a disolverse, a desenmarañarse solo. Joe se deslizó con dificultad a través de las primeras brechas y se acercó al desconcertado alguacil.

—Buen trabajo —Joe le susurró su agradecimiento—. Habría sido un motín de no haber actuado justo a tiempo. No dejaré de mencionarlo.

El alguacil, sin saber exactamente por qué, abrió la puerta sólo un poco, lo justo para que Joe se deslizara al interior. Algunas de las mujeres lo vieron, pero las macizas puertas se cerraron cancelando el creciente clamor.

La sala de audiencias estaba relativamente tranquila. Ante el juez se desarrollaba un amargo altercado legal, pero Joe lo ignoró por el momento mientras buscaba a Mabel. Casi no la encontró cuando, por primera vez, se dejó atrapar por la discusión que se desarrollaba ante el sillón del juez. Después la vio, sentada frente a la mesa de los abogados, casi escondida por un hombre corpulento de cabellos grises que estaba de pie con la mano levantada requiriendo la atención del juez.

—¡Señoría! —entonó, cuando el juez miró hacia él—, respondiendo a las objeciones de mi colega, quisiera añadir la objeción ulterior de una completa irrelevancia. Aparecer desnuda en la vía pública es, sencillamente, una infracción menor. A nuestra cliente no se la acusa de nada más. El fiscal del distrito no ha logrado citar una sola ley que pueda negar a nuestra cliente el derecho a la libertad provisional. Por otra parte, ¡se ha infringido la justicia al haberla tenido detenida toda la noche!

El fiscal del distrito se daba toquecitos en el rostro enrojecido con un pañuelo. Era cierto que no se la acusaba de nada más. Un serio descuido, teniendo en cuenta el montón de cargos entre los que se habría podido elegir, y alguien pagaría por esa incompetencia. Pero nadie esperaba que el más importante bufete de abogados de San Francisco apareciera de repente como encargado de la defensa de Mabel.

—El ilustre abogado defensor tergiversa el significado de mis palabras —protestó inquieto—. No nos oponemos a la fianza de la demandada. Sólo pido, teniendo en cuenta el interés público, que se la mantenga bajo tutela psiquiátrica en espera de una ulterior investigación. Solicito respetuosamente a la corte que se nombren dos psiquiatras independientes, con acuerdo tanto del abogado defensor como de la fiscalía, para determinar la sanidad mental de la crimi... de la acusada.

El juez miró apreciativamente tanto al fiscal como al abogado defensor, después bajó la vista e hizo pequeños garabatos en el papel amarillo que tenía ante sí.

Joe sabía que estaba pensando en las próximas elecciones judiciales. A menudo era bueno un comportamiento rutinario y mecánico ya que el público en general no distinguía a un juez de otro y, sencillamente, en el boletín de voto hacía la marca en el lugar más a mano. Pero este caso era distinto. Su comportamiento podría realmente ayudar o dañar sus posibilidades de elección.

Sólo podía observar escrupulosamente la letra de la ley, pero junto a un sí de las leyes siempre había un no, y habitualmente se reducía todo a la mejor oportunidad. Como en un diagnóstico psiquiátrico, también la ley podía cambiarse hábilmente para hacer que se adaptara a lo que resultara conveniente elegir. Tenía que actuar con cautela. Volvió a mirar al fiscal del distrito.

—¿Dispone de elementos para dudar del equilibrio mental de esta mujer?

—Hay una prueba evidente: estaba completamente desnuda cuando fue arrestada en la vía pública...

—Irrelevante, no pertinente y sin importancia —intervino inmediatamente con tono áspero el abogado defensor—. La desnudez no es una prueba evidente de locura. Si este caso llega a juicio, demostraremos más allá de cualquier duda que nuestra cliente estaba simplemente en estado de sonambulismo.

—Ya me gustaría verlo... —murmuró el fiscal del distrito en voz baja. Después continuó en voz alta—: En segundo lugar, un psiquiatra consultor ya ha examinado a la imputada. Quisiéramos que, en este punto, pudiera prestar testimonio.

El juez asintió con un gesto de la cabeza. Debía ser correcto con las dos partes y no permitir que ninguna crítica entorpeciera su camino hacia un puesto más importante en la judicatura.

—Puede proceder.

Mientras el psiquiatra prestaba juramento e indicaba sus credenciales, Joe intentó establecer contacto telepático con Mabel.

Fracasó de la manera más incomprensible. Le pareció alcanzar la periferia de la mente de la joven y perderse a continuación en las pautas características de un sueño. ¿Pensaba Mabel que seguía soñando? El distanciamiento, la falta de interés, la reacción somática negativa ante todo el procedimiento legal sorprendieron a Joe. Ya que el estado de sueño no genera una respuesta somática tan débil. En estado consciente, la mente humana difícilmente alcanza los estados de terror que se encuentran a menudo durante el sueño. Joe volvió a atender a los que estaban

hablando.

—Usted ha dicho que intentó examinar a la acusada —observó el fiscal del distrito—. ¿Ha usado expresamente la palabra «intentar»?

—Sí, evidentemente —replicó el psiquiatra. Era impensable que hubiera utilizado una palabra sin ser plenamente consciente de ello—. He usado «intentar» ya que la paciente estaba demasiado agitada para cooperar.

—¿Diría que se ha portado como una persona racional?

—No, en absoluto.

—¿Le preguntó usted respecto de su edad?

—Lo hice. Me respondió que no tenía edad.

—¿Le preguntó por qué había aparecido desnuda por la calle?

—Sí. Me respondió que no sabía que hiciera tanto frío. —Con la expresión mostraba claramente que el hecho de creer que la ropa sólo se utilizaba para defenderse del frío era toda la evidencia que hacía falta para demostrar su locura.

Evidentemente el fiscal del distrito pensaba lo mismo. Asintió significativamente con un gesto de la cabeza dirigido al juez y abandonó su lugar en el estrado. El abogado defensor se acercó al psiquiatra como un experimentado cazador de leones al que se le ha pedido disparar contra un conejo. Apoyó un pie en la parte delantera del estrado de los testigos, se levantó cuidadosamente la pernera del pantalón, y se inclinó hacia el psiquiatra como en una conversación ligeramente informal.

—¿Cree usted que mi defendida ha podido recuperar la juventud de alguna manera?

El psiquiatra enrojeció por la ira. Se preguntaba si sería posible promulgar una ley que no permitiera a los abogados defensores poner en duda el juicio de un psiquiatra.

—No, no lo creo —soltó.

—Entonces, ¿no tiene usted en cuenta la evidencia de las huellas dactilares? ¿Las fotografías? ¿El testimonio de mucha gente que la identifica?

—¡Estoy convencido de que se trata de un engaño!

—Y, por lo tanto, ¿se trata de algo que ninguna persona racional podría creer?

—Pretender un rejuvenecimiento así está más allá de la credibilidad de un ser humano racional.

—Por lo tanto, si, de alguna manera, el fiscal del distrito y la Corte prestaran credibilidad a ese pretendido rejuvenecimiento, ¿diría usted que no son seres humanos racionales?

Una risa sofocada recorrió la sala de audiencias. Algunas mujeres aplaudieron estrepitosamente. El psiquiatra se sintió obligado a defender su profesión.

—No he sido invitado para examinar al fiscal del distrito ni a la Corte...

Para el juez resultó muy clara la implicación de que el testigo aceptaba la posibilidad de que todos estuvieran locos excepto él. El abogado defensor prefirió dejar las cosas así, antes de que se pudiera corregir esa impresión.

—Sólo una pregunta más —dijo apresuradamente—, ¿cree usted que la negativa

de una mujer a decir su edad es un signo de locura?

La sala prorrumpió en aplausos y risas. Las mejillas del psiquiatra se contrajeron por la ofensa de la duda de un profano, pero no replicó. El juez, seguro al fin de cómo respondería el público, se permitió una pequeña sonrisa legal. Joe se sintonizó con el alivio del juez, endulzó y amplió esa disposición de ánimo, y añadió una cálida nota de nobleza en el concepto que el juez tenía de sí mismo.

La sabiduría de Salomón... Completamente honesto e incorruptible... Un valiente e incondicional defensor de los derechos humanos contra la opresión de una creciente policía del Estado... Amable y compasivo...

La cabeza del juez se alzó majestuosa como si posara para una fotografía.

El abogado defensor dirigió una breve mirada hacia donde estaba la acusada.

—Señoría, confío que la Corte, en su vasta sabiduría, esté de acuerdo con nosotros en que la acusada no debe ser sometida a más vejaciones. Ya ha sufrido una experiencia angustiosa. Necesita descansar. En su momento, la ciencia médica será capaz de determinar los hechos relativos a este caso, que puede proporcionar un gran beneficio a la humanidad. Todos debemos cooperar a esta causa de la mayor importancia. Las gloriosas páginas de la historia deberán reflejar que hemos afrontado brillantemente esta situación.

El juez lamentaba haber prohibido la presencia de fotógrafos en la sala. Realmente este momento debería ser inmortalizado y pasar a las páginas de la historia.

—Mientras tanto —continuaba el abogado defensor—, retiro la propuesta de que la acusada obtenga la libertad provisional bajo fianza.

El juez, el fiscal del distrito y el psiquiatra le miraron sorprendidos. Todos los asistentes contuvieron la respiración.

—En lugar de ello, ¡solicito de la Corte que absuelva completamente a la acusada de todos los cargos!

Los asistentes pasaron del silencio a una explosión de aplausos. No fue en absoluto necesario que Joe los hiciera más intensos transmitiendo ondas de retroalimentación de la psicología de masas. El abogado defensor conocía perfectamente sus propias capacidades como agitador de masas.

El juez golpeó con el mazo y crispó las arrugas en torno a sus ojos con una expresión de dulce y gentil reprobación. Alzó la mano reclamando silencio y la multitud se inclinó hacia delante expectante. El juez absolvió a la acusada de todos los cargos. Se levantó con la dignidad de una estatua y se retiró a su despacho en medio de un rugido de aprobación.

Con un gesto de suma cortesía, el abogado defensor tomó a Mabel por el brazo, la condujo rápidamente fuera de la sala y, una vez en el exterior, rechazó posar para los fotógrafos de la prensa y los cámaras de televisión. Pero los reporteros les detuvieron, durante un breve momento, en la escalinata anterior con un montón de preguntas. El abogado les dijo que sólo respondería a una pregunta, sólo una.

—¿A quién representa realmente su bufete en este caso?

El abogado mostró una sonrisa suave y cortés.

—¿Cómo? A la acusada, naturalmente —respondió.

Pero tras esa sonrisa se hallaba el nombre que Joe había estado buscando: el nombre de Howard Kennedy, el industrial multimillonario que había concedido a la prensa aquella sorprendente entrevista en defensa de Bossy.

LA KENNEDY Enterprises Inc. ocupaba por completo las catorce plantas del moderno Tower Building, en el centro del distrito financiero. Allí se encontraba la oficina central, y el corazón de una organización más rica y poderosa que muchas naciones.

Joe, de pie en la entrada, al repasar con la vista el índice de corporaciones y despachos, se dio cuenta por vez primera del alcance real de esta empresa. En la larga lista de las corporaciones Kennedy, parecían estar incluidas casi todas las actividades humanas.

Evidentemente, al igual que todos, Joe siempre había asociado el nombre de Howard Kennedy con amplias, y a menudo sumamente especulativas, operaciones industriales. Ahora, listadas en orden alfabético, podía ver corporaciones que cubrían todas las actividades, desde la minería a la venta de baratijas. También había otro tipo de corporaciones, desde las fundaciones de investigación a las filantrópicas. Tenía que haber mucha investigación, y mucho personal, tras ese conglomerado de empresas.

Evidentemente, Howard Kennedy era alguien que no había sido afectado por el control de opinión. Como algunas veces ocurre en una agotada civilización ligada a las tradiciones, éste era un hombre que parecía haber surgido directamente de una era anterior, la era de los audaces pioneros que no tenían miedo a explorar, que no habían vendido el derecho de primogenitura del ascenso del hombre hasta las estrellas por el plato de lentejas de la seguridad.

De alguna manera, a pesar de los muchos intentos para lograrlo, nadie había podido aplastar a Howard Kennedy. Joe no conocía demasiados detalles, sus propios intereses habían estado siempre muy alejados del mundo industrial, pero recordaba las muchas investigaciones del Congreso cuando un congresista rural había decidido que eso podía hacer que su nombre apareciera en los titulares; los rumores clandestinos sobre los litigios entre titanes industriales; las acusaciones de cártel o trust que brillaban un día en los titulares de las primeras páginas de los periódicos y ya ni siquiera continuaban en las páginas interiores del día siguiente.

Nadie había sido capaz de cazar a Howard Kennedy, dominarle y hacer que se conformase con el omnipresente gris de la mediocridad. Era un verdadero gigante, y hasta entonces nadie había podido atarle a la tierra con millares de minúsculas cuerdas.

Ése era el hombre que, pocos días antes, se había atrevido a salir en defensa de Bossy en una entrevista.

Ése era el hombre cuyos abogados habían sabido con extraordinaria rapidez lo que le ocurría a Mabel, se habían presentado y habían entrado en el caso, antes incluso de que Joe y Carney hubieran podido sacar de la cama a su propio abogado.

Ése era el hombre que ahora tenía a Mabel, en algún lugar, como un as en la manga de un particular juego de cartas. Naturalmente, la entrevista había sido una oferta a Billings y Hoskins: «Venid y negociemos. Estoy interesado, y seré leal».

Ahora, como era característico de su modo de actuar, Kennedy guardaba su as, y podía permitirse aguardar confiado al saber que ellos tenían que acudir a verle. De alguna manera, había sido capaz de conectar el fenómeno del rejuvenecimiento de Mabel con Bossy.

El ordenanza negro, que controlaba el conjunto de ascensores y las centelleantes luces rojizas, observó a Joe con indulgencia, tomándole por uno más de los muchos que solicitaban trabajo. Se le acercó y le habló con espontánea cortesía.

—¿Puedo ayudarle, señor? —Ya desde el momento en que solicitaban trabajo, se trataba a los hombres de Kennedy como si fueran algo realmente especial, seres distintos del rebaño común de los humanos, y así desarrollaban, desde el primer día, una fidelidad profunda y sincera.

—¿Cuál es el despacho privado del señor Kennedy? —preguntó Joe.

Los ojos del ordenanza parpadearon un par de veces. Después sonrió de nuevo con indulgencia. Se trataba de un novato, seguro, si pensaba que podría ver al jefe en persona sólo para optar a un puesto de oficinista en algún lugar.

—¿Seguro que no desea ir al departamento de personal, señor? —preguntó confiado.

—Quiero ver al señor Kennedy en persona —dijo Joe con una sonrisa—. Y no es para hablar de un trabajo.

Sin la menor vacilación, el ordenanza le acompañó hasta un ascensor cerrado y tecleó un código. Las puertas se abrieron inmediatamente.

La recepcionista de la octava planta no fue tan indulgente. Jim, el ordenanza, se dejaba impresionar con demasiada facilidad. Dejaba que cualquier recién llegado, cualquier Tom, Dick o Harry, accediera hasta la dirección general. La joven miró a Joe con esa mirada educada pero hostil que las recepcionistas de todo el mundo han sabido perfeccionar para dirigirse a los que no tienen cita previa.

—¿El señor Kennedy? —preguntó incrédula—. ¿A qué señor Kennedy se refiere?

—El señor Howard Kennedy.

—Pero ¿qué señor Howard Kennedy?

La voz de la joven apenas dejaba escapar una ligera traza del triunfo que siempre experimentaba al plantear esa pregunta que desconcertaba a los no iniciados.

Joe no pudo resistir la tentación de enviar un repentino y horroroso dardo de duda en la límpida satisfacción de la mente de la joven. De repente, sin saber por qué, la joven se dio cuenta de que este joven era una Persona Muy Importante, un verdadero VIP. Y había estado jugando con él como haría con un pececito atrapado en el sedal.

Y justo el otro día, cuando había creído que ese rey era tan sólo un vendedor que había engañado al ordenanza...

Inmediatamente empezó a echarse atrás y adoptó una retirada táctica de su posición.

—¿Se refiere al señor Howard Kennedy II? —preguntó esperanzada—. ¿Es usted un amigo personal? ¿Compañero de una fraternidad? ¿Alguien que...?

—Claro que no —dijo Joe con frialdad—. Me temo que Kennedy Júnior no va a ser de ninguna ayuda.

—Hablaré con la secretaria del señor Kennedy. —La joven tragó saliva. Se olvidó del intercomunicador que estaba sobre la mesa. Se olvidó del ordenanza que se hallaba cerca, esperando órdenes. Ella misma corrió por el pasillo que salía de la sala de recepción.

Menos de un minuto más tarde ya estaba de vuelta. Le acompañaba una mujer mayor, una mujer tranquila y parsimoniosa con mechadas de plata en el cabello cuidadosamente peinado. Evaluó a Joe con calma, y Joe supo que le había catalogado instantáneamente como un completo desconocido. Y, probablemente, no se trataba de un rey.

—Tenía que conocer al joven que ha hecho que Betty olvidara tantos y tantos años de entrenamiento —le dijo a Joe con una sonrisa.

La recepcionista, un paso detrás de la mujer, se sonrojó.

—Pero, señora Williams... —titubeó.

—Está bien, Betty —le aseguró la secretaria—. En un caso de emergencia como éste...

Se dirigió a Joe.

—Ahora, joven, me parece que desea usted ver al señor Kennedy Sénior, inmediatamente y sin cita previa. Es prácticamente imposible. Estoy segura de que se dará cuenta...

También la secretaria titubeó y dejó de hablar cuando Joe, en lugar de disculparse por su descaro, tomó un bloc de notas de la mesa de la recepcionista, arrancó una hoja y escribió en ella una única palabra: Bossy. Le tendió la hoja a la secretaria.

—Éste es mi billete para entrar en el *Sancta Sanctorum* —dijo Joe con una sonrisa.

La mujer tomó la nota, con suma frialdad para demostrar su incomodidad ante la pulla, y se preparó para ser desdeñosa.

—Bossy —repitió lentamente—. Bossy. —Ni siquiera parpadeó—. Venga, por favor —dijo muy seria—. Estoy segura que el señor Kennedy interrumpirá la reunión. Ha estado esperando... a alguien...

El despacho de Howard Kennedy era el más amplio y más brillante que Joe hubiera visto nunca. Una de las paredes era completamente de vidrio, y miraba a través de la ciudad hacia el arco del Bay Bridge, que era ahora una fantasmal sombra en la niebla matutina que emergía del agua.

La señora Williams condujo a Joe hasta una silla frente a la gran mesa de despacho.

—El señor Kennedy está en la sala de reuniones —le dijo. Le dejó solo y cerró con fuerza la puerta tras ella.

La enorme mesa, ante la cual se sentaba ahora Joe, era un símbolo del hombre. Toda su superficie era una lámina de cristal opaco de casi ocho centímetros de grosor. Una simple estilográfica y un bloc de papel rayado de notas de color amarillo era lo único que había encima de la mesa. Ni siquiera había un teléfono.

La gruesa alfombra y las tres paredes restantes se fundían con la pared de vidrio en una suave armonía de azul claro. No había cuadros, ni ornamentos de otro tipo. No había ni trofeos, ni fotografías de Kennedy vestido para jugar a *rugby*, ninguno de los símbolos con los que el ejecutivo medio expresa su determinación de no madurar más allá de la edad del segundo año de carrera.

Joe oyó cómo se abría lentamente una puerta detrás de él, pero no se dio la vuelta. Sabía que Kennedy había entrado y le estaba estudiando. Y no había tiempo para la ética. Joe entró en su mente, discretamente. La mente que encontró le recordó el acero templado. Era una mente de incalculable poder, una mente ordenada y completamente bajo control. Y se trataba de la mente de un hombre que había vivido muchos años.

Oyó el ruido de los pasos cerca de su silla, y vio a Howard Kennedy dar la vuelta a la mesa con paso increíblemente ligero y seguro. Incluso sin sus poderes de precognición, Joe habría reconocido la figura alta y enjuta, la sobresaliente nariz aguileña, el mentón prominente, la cabeza completamente calva.

La mirada de Kennedy evaluó detalladamente a Joe con una rápida mirada. A pesar de carecer de poderes extrasensoriales, sus conclusiones no fueron erróneas.

—Usted es el estudiante —dijo Kennedy con voz baja y áspera—. ¿Carter, no es así? ¿Joe Carter?

Joe asintió con un gesto de la cabeza.

Kennedy sonrió, un tanto irónico, un tanto desilusionado.

—Había pensado que se trataría del doctor Hoskins, o incluso del doctor Billings —dijo con franqueza—. Lamento que no se hayan atrevido a confiar en mí lo suficiente para venir en persona.

—He venido yo —dijo Joe sin ningún tipo de inflexión en la voz.

Kennedy puso los codos encima de la mesa y se inclinó hacia Joe.

—Mire, jovencito —dijo con una sonrisa encantadora—, ¿está usted seguro de que sabe en qué se ha metido? Oh, no me interprete mal —sonrió de nuevo—. Sé que, algunas veces, los estudiantes son muy fieles a sus profesores. Y eso es bueno. Pero si se llevan las cosas demasiado lejos, pueden acabar siendo sólo simples peones.

Era un buen discurso, bien calculado para debilitarle con la duda. Podría haber tenido éxito si Joe hubiera sido otro. La sonrisa era tolerante y un poco

apesadumbrada, la sonrisa con la que un hombre con la experiencia de cincuenta años en la construcción de un imperio se dirigiría a un estudiante que hubiera leído media docena de libros y con eso se sintiera completamente equipado para ser un buen competidor. La mente era un reflejo del rostro. Si había una traza de intriga en algún lugar, era algo que había acabado formando parte de él tras una larga práctica.

—Creo, señor —dijo Joe con el mayor respeto—, que no deberíamos empezar interpretando erróneamente nuestras respectivas posiciones, ni quién se encuentra en la pista.

Los ojos de Kennedy se abrieron un poco más.

—Hummm —murmuró, y se echó atrás en la silla—. Parece que todos hemos interpretado erróneamente la situación. Todo el tiempo hemos pensado que usted era un inocente primo. En realidad, a usted se le persigue sólo porque se supone que podría proporcionarnos información si era detenido antes, señor Carter. Mis disculpas. Ninguno de nosotros le había prestado mucha atención.

—No es algo típico de usted, o de su organización —concedió Joe fácilmente.

—¿Por qué no ha venido usted antes? Estoy seguro de que leyó mi entrevista sobre Bossy.

—Sí, señor. Lo hice. El profesor Hoskins ya quería venir entonces, y el doctor Billings habría estado de acuerdo. Pero les convencí de que todavía no estábamos preparados. Era necesario hacer antes... una determinada prueba.

—¿Y han podido hacerla?

—Ya sabe usted que sí, señor Kennedy. Usted tiene a Mabel.

Kennedy asintió complacido con un gesto de la cabeza.

—Entonces eso está fuera de discusión —dijo—. No perderé el tiempo negándolo, ni preguntando los detalles de cómo lo ha sabido. Prefiero ir directamente al asunto. Como bien dice, yo tengo a Mabel... y ustedes tienen a Bossy.

—¿Por qué quiere usted tener a Bossy, señor Kennedy?

Joe estaba encantado por la velocidad a la cual Kennedy formulaba y rechazaba una respuesta tras otra. Y la verdadera respuesta, parecida a una joya, yacía en lo más profundo de esa mente, como si tuviera un santuario particular al margen de todo lo demás. No se trataba del poder, ni siquiera de la inmortalidad como tal, al menos no esas cosas como fines en sí mismos. Kennedy había creído, al conceder esa entrevista, que lo tenía todo controlado. Había creído que sus oponentes eran esos dos profesores distraídos y un muchacho. Joe se preguntaba si sería adecuado dejar que Kennedy se enterara ahora, así no perdería el tiempo hablando de protección, refugio y de algún trabajito en algún rincón perdido y oscuro.

—Usted quiere tener a Bossy por la misma razón que le llevó a construir Kennedy Enterprises —dijo Joe lacónico.

Hubo una agitación de emoción en la mente del anciano que demostraba que la estocada había sido certera. Había también un tinte de miedo... no a causa de algo racional, sino sólo porque se trataba de su propio secreto que había guardado

cuidadosamente todos esos años.

—¿Debo decirle por qué quiere tener a Bossy? —preguntó Joe. Estaba pisando terreno peligroso. Un hombre no acepta amablemente que se le revelen sus más profundos secretos. Pero Kennedy no en balde era un gran negociador y un buen comerciante.

—Si cree que puede hacerlo... —le retó. No importaba lo que dijera el joven, echaría atrás la cabeza y se reiría, y después le azotaría con algunos comentarios compasivos.

—Fue muy sorprendente que un buen estudiante de historia se convirtiera en un industrial tan preeminente —empezó Joe, y después añadió con sequedad—: Ya ve, le he investigado.

Kennedy seguía sentado en silencio, mirándose fijamente las uñas. Este joven era realmente astuto.

—Se le ocurrió que podría interrumpir ese ciclo de las civilizaciones que nacen y mueren, una y otra vez.

A su pesar, Kennedy asintió con un gesto de la cabeza.

—Como tantos otros, se dio cuenta de que el control de opinión precede siempre a los espasmos de la muerte. Vio que se acercaban las eras oscuras. Vio que ya habían caído sobre Rusia las mismas tácticas que ahora imitamos tan diligentemente, incluso mientras hacemos ver que luchamos contra ellos. Así que concibió la idea.

Kennedy alzó la cabeza y sonrió burlón, como si pudiera permitirse el lujo de reírse de sí mismo. Cuando menos el joven era misericordioso con los eufemismos.

—Concibió la idea de construir una isla en un mar de caos. Construyó poder y construyó riqueza. Señor Kennedy, como yo, usted sabe que eso no es muy difícil cuando uno se dedica completamente a ello. Su idea era crear laboratorios, fundaciones, todo tipo de concesiones y actividades subvencionadas bajo su protección, donde se pudiera seguir pensando, en secreto si era necesario. Quería preservar la civilización, a pesar de los esfuerzos y la presión de tantos grupos por destruirla. Y ahora quiere tener a Bossy para seguir adelante con ese objetivo.

»Quiere usted la inmortalidad porque sabe que los imperios se disipan y mueren cuando la fuerza que les impulsa les abandona... como ocurrirá con el suyo, cuando usted muera.

—Usted es un... un joven muy perspicaz —dijo Kennedy casi en un parpadeo—. Pero olvida que no voy a morir realmente. Tengo un hijo.

—¿Kennedy Júnior? —Joe sofocó una sonrisa.

La última defensa había caído. Todos los hombres tienen su talón de Aquiles, una área en la que se encuentran indefensos, donde no pueden echar un farol ni negociar. Carter había ido directamente, sin vacilación, hasta el mismísimo centro del santuario, y había soltado el gusano que roería los cimientos de ese santuario hasta derribarlo. Al hablar, no estaba seguro de si negociaba o simplemente suplicaba ser comprendido.

—¿Cree que se trata de un mal ideal?

—Creo que era muy admirable —dijo Joe con sinceridad.

El rostro de Kennedy se iluminó con una cálida sonrisa, casi una mueca de complicidad y compañerismo.

—Entonces no debería haber ninguna dificultad para que nos pongamos de acuerdo —dijo con enorme alivio. Y estaba completamente desprevenido ante la siguiente observación de Joe.

—Señor Kennedy —dijo Joe tras un momento de reflexión—. He venido aquí preparado para negociar. Nunca tuve la menor intención de venderle a Bossy, o ni siquiera permitir que dijera algo sobre cómo usar a Bossy. Sólo pretendo pedirle protección legal (sé que hubo un año en el que fue acusado veintitrés veces) y una concesión para que podamos trabajar sin impedimentos. Adopté esta actitud porque pensaba que sus motivos serían egoístas, que usted aceptaría de buen grado casi cualquier condición pensando que podría invertirlas a su favor cuando usted quisiera. Y que luego habría sido problema mío enfrentarme a usted y obligarle a cumplir el acuerdo.

Kennedy empezó a reírse entre dientes. Cómo le habría gustado que su propio hijo tuviera el temple y la sagacidad de aquel joven.

—Pero ahora —dijo Joe, y la risita se interrumpió inmediatamente— me temo que no tengo nada que negociar con usted.

Kennedy se inclinó hacia delante.

—Tiene a Bossy —dijo severamente.

—Bossy no es lo que usted cree —respondió Joe—. En primer lugar, estoy muy seguro de que Bossy no puede proporcionarle la inmortalidad.

—Está Mabel.

—Segundo: su isla en un mar de caos está sembrada con las mismas semillas de destrucción que la rodean. Dígame —añadió, aunque era una pregunta retórica; ya sabía la respuesta—, ¿tenía usted muchos hombres, muchísimos hombres, en el Proyecto Bossy, allá en Hoxworth? ¿No es cierto?

—Sí —concedió Kennedy.

—Y, desde entonces, esos hombres han intentado obtener un duplicado en sus laboratorios, aquí en la ciudad.

—Sí. —Los ojos de Kennedy mostraban cautela.

—Y han fracasado.

Kennedy se dejó caer en la silla.

—Bossy sólo puede proporcionar respuestas correctas cuando se le hacen las preguntas correctas —dijo Joe lentamente—. Sus hombres, pese a lo protegidos que puedan estar, son hombres de nuestro tiempo. No saben cuáles son las preguntas correctas... y tampoco las sabe usted, señor Kennedy.

—Dígame el precio, joven. Sea cual sea, se lo pagaré.

—En primer lugar, evidentemente, la anulación de las acusaciones que se nos

hacen.

—Hecho.

—Un lugar para que los tres podamos trabajar sin impedimentos. Su gente se encargará de la reacción popular, la convertirá en favorable a Bossy, nos librarán de esos que buscan la inmortalidad.

—Hecho.

—Éstos son sólo los aspectos preliminares. Ahora le diré el precio.

—Adelante.

—Abandone su sueño.

Kennedy agachó el mentón contra su pecho. Durante casi cinco minutos se quedó quieto como si estuviera dormido... mejor, como si su corazón hubiera dejado de latir. Después, se giró en la silla y fijó la mirada en la ciudad a través de la enorme ventana.

—Ése es un precio que no estoy dispuesto a pagar —dijo sin mirar a Joe.

—Piense, señor Kennedy —sugirió Joe—. Recorra con el pensamiento todas las eras de la historia... las importantes, las oscuras e ignoradas y sólo conocidas por los estudiosos. ¿Logra usted encontrar a un único ser humano que haya sido capaz de diseñar el futuro desarrollo de la humanidad para transformarla precisamente en lo que él deseaba, por muy noble que haya podido ser un ideal como ése? ¿No es cierto que se trataría de otra modalidad de control de opinión... con independencia de lo espléndido que pudiera ser ese diseño?

Kennedy no se dio la vuelta.

—Hace falta una enorme cantidad de fe en la humanidad para dejar de encaminarla en la dirección que creemos que debe adoptar —dijo Kennedy finalmente.

Joe no respondió.

—He de pensar sobre ello —dijo Kennedy tras otra larga pausa—. Por lo que atañe a sus condiciones preliminares, puede considerarlas concedidas. Bossy tendrá mucha utilidad en otros aspectos menores. Seré ampliamente reembolsado con ello. Y por lo que se refiere al precio, el precio real que pide... En realidad nunca había imaginado que pudiera ser ése.

Kennedy no lograba entender qué relación podía tener todo esto con la inmortalidad. Sus científicos le habían dicho, al explicarle el asunto de Mabel, que se había descubierto cómo renovar y volver a desarrollar las células. La policía les había avisado, como a todos, debido a los tres robos de plasma. En realidad esperaban un nuevo descubrimiento en el campo de la biología. Todos sabían que Bossy trabajaba precisamente en este campo. No había resultado difícil razonar a partir de estas noticias y llegar a Bossy a partir de Mabel. Pero la renovación celular no tenía nada que ver con la idea de Kennedy sobre lo que era mejor para la humanidad.

—He de pensar sobre ello —volvió a decir tras una nueva pausa.

Se dio la vuelta y la cara se le iluminó. Había algo que conocía mejor que nadie:

la manera de hacer que se hicieran las cosas. Tecleó decidido un botón escondido en una esquina de la mesa. Casi al momento, la puerta se abrió y la señora Williams entró. No había curiosidad en su expresión, pero sus ojos no lograban esconderla completamente.

—El señor Carter ha decidido que Bossy quede bajo nuestra protección —dijo Kennedy con una ligera sonrisa, sabiendo que ella interpretaría correctamente que no había sido capaz de comprar a Bossy—. El señor Carter y sus asociados dispondrán de toda la protección... frente a cualquier posible fuente de peligro, incluso yo mismo. El señor Carter podrá disponer como quiera de algunos o todos los recursos de nuestra organización.

Involuntariamente las cejas de la señora Williams se alzaron en un gesto de sorpresa. Se trataba de un acuerdo que estaba más allá de todos los acuerdos.

—¿Hay que poner estas cláusulas en forma de contrato? —preguntó casi incapaz de hacer escuchar su voz.

—No será necesario —dijo Joe.

—¡Hummm! —bufó Kennedy—. Ésta es la primera cosa estúpida que ha dicho, jovencito.

—¿Seguro? —preguntó Joe con una mueca en los labios.

—No, maldición —concedió Kennedy de mala gana—. Los contratos pueden incumplirse. Mi palabra no.

—También eso —dijo Joe lentamente—, podría convertirse en un precio.

Kennedy le lanzó una mirada de advertencia. Había algunas cosas, muy pocas, que su secretaria desconocía.

—Lo primero que haremos —dijo Kennedy—, es obtener un mandato. Enviar un vehículo blindado... eh... donde diga Joe, para traer a Bossy. Mejor que vaya con una gran escolta policial... No queremos que haya problemas con la ley intentando un secuestro o algo parecido.

Pasó de la secretaria a Joe.

—Imagino que querrá ver a Mabel ahora mismo.

—Claro.

—Vea que pongan un coche a su disposición, un chófer, guardaespaldas... —Kennedy dio instrucciones a la señora Williams—. Cancele las citas del resto del día. Necesito pensar.

Al cabo de un momento se dirigió a Joe con tono sarcástico.

—Supongo que tengo permiso para pensar.

—Sí, señor —rió Joe—. Es decir, hasta que decida que quiere la inmortalidad.

CARNEY había leído los periódicos, tanto las primeras ediciones como las posteriores, y no podía dar crédito a lo que leía. Mabel era vieja, gorda y desgarrada; no es que eso fuera muy importante, uno no se daba cuenta de detalles como éstos tras conocer a Mabel tal como era realmente. Pero, allá en la cárcel, se habían equivocado completamente al decir que Mabel era joven. Era normal. Posiblemente, entre sus amigos del barrio, no había nadie que no hubiera sido condenado al menos una vez sin merecerlo, sólo porque allá en la cárcel se equivocaban y tergiversaban los hechos y preferían que alguno pasara muchos años en prisión antes de reconocer que se habían equivocado.

No comprendía qué hacían metidos en el asunto los abogados de ese bufete de lujo. El abogado habitual de Mabel siempre había actuado bien, y su padre antes que él. Carney podía comprender por qué no se había dado prisa. Mabel ya conocía todo eso. Habría sido un asunto de lo más sencillo el obtener la libertad bajo fianza. El abogado se habría encargado de hacerlo a su debido momento. Pero, cuando llegó a la cárcel, se encontró con que los abogados de ese bufete se le habían adelantado y lo habían arreglado todo. Simplemente se le rieron en la cara y le dijeron que se largara.

Todo estaba patas arriba. Y, además, había algunas cosas del asunto que ni Joe ni los dos profesores le habían comentado.

Las calles cercanas a Third y Howard estaban llenas de gente. Todos habían leído los periódicos. Incluso esos tíos que nunca se dejaban ver a la luz del día estaban ahora en la calle. Y Carney se había convertido en un personaje importante. Todos en el barrio sabían que era el mejor amigo de Mabel y remoloneaban como moscas a su alrededor. Se acercaban a él y le tomaban del brazo para mostrar que eran sus amigos íntimos. Eran como los fantasmones de Hollywood en su intento por hacer creer que eran amigos de los famosos.

No tenía la menor posibilidad de ir a ver a los profesores para preguntarles lo que realmente le había ocurrido a Mabel. Tampoco había podido hablar con Joe, cuando éste había vuelto de la audiencia previa sobre la fianza. No quería llamar la atención sobre el lugar donde estaba escondida Bossy si le veían aparecer por allí y mostrar interés.

Los rumores eran cada vez más contradictorios y confusos. Mabel no se había paseado por las calles desnuda. En realidad, la habían visto rodeada de algo blanco y fluctuante que la envolvía. Tenía grandes alas blancas. Y había volado por los alrededores de la cárcel y, después, en torno al centro cívico. Millares de personas la habían visto volar por encima del ayuntamiento, el teatro de la ópera, y el

monumento a los caídos en la guerra. Había muchas fotografías. Pero los periódicos no las publicaban porque habían recibido órdenes de arriba para no hacerlo.

Los rumores no eran difíciles de creer. Todos los habitantes del barrio podían recordar algo bueno que Mabel hubiera hecho por ellos. Una limosna espontánea por aquí, un préstamo por allá, sin contar esa vez que Mabel había hecho que su propio abogado defendiera a la vieja Annie en aquella denuncia por robo. Siempre habían sabido que Mabel era un ángel disfrazado.

Atosigaban a Carney, venían a verle cada vez que surgía un nuevo rumor. Al principio, Carney se había dejado llevar por aquella calurosa aceptación, después, a medida que los rumores se hacían más y más disparatados, aumentaba el miedo que sentía. La urgencia por ver a los profesores, por saber qué era lo que realmente había sucedido, era como un cáncer que lo devoraba. Pero no lograba sacarse de encima a todos los que venían a verle.

La multitud no estaba sólo formada por gente del barrio. Durante toda la mañana, habían llegado turistas y curiosos venidos del otro lado de Market Street. Deambulaban por las mismas calles y curioseaban delante de los mismos edificios que ya habían visto centenares de veces antes, edificios de los que se decía que eran propiedad de esa terrible vieja bruja que se había convertido en una bella joven. Recorrían las mismas calles y se unían a la multitud del barrio, el barrio del pecado. Pero no se mezclaban con ellos.

Ellos también traían sus propios rumores. Decían que Mabel era la jefa de la mayor banda de distribuidores de droga del mundo. Decían que estaba conchabada con todas las compañías de transporte marítimo y enviaba, a través del océano, transatlánticos llenos de nada menos que jóvenes e inocentes muchachitas destinadas al extranjero. Que era una espía de los rusos. Y que todo el asunto no era más que una trama para reclutar más espías. Por no hablar de lo que ocurría tras esa cortina de acero. ¿No se decía que habían conseguido mantener en vida un pollito durante cien años?

Un joven inteligente sugirió un nombre.

—Pavlov —dijo—. Y se trataba del corazón de un pollo.

El rumor viajó por toda la calle. Los rusos habían conseguido mantener vivos todo tipo de animales durante centenares de años. ¿Por qué no también seres humanos? Preguntaron al joven por más detalles. Exaltado por ese improvisado rol de «autoridad», el muchacho rastreó en su mente para encontrar más datos.

—Spemann y Sholte —dijo—, tuvieron éxito al tomar tejido cicatricial de la cola de una salamandra y lograron producir una nueva cabeza.

¿Qué era una salamandra? Bueno, una especie de lagarto, un lagarto de agua. Hacía millones de años que los lagartos existían. Los reptiles habían dominado la Tierra durante cuarenta millones de años.

El joven no explicó qué relación tenían con Mabel todas aquellas afirmaciones. Como la mayoría de los jóvenes cultos, que disfrutaban de un brevísimo momento de

importancia antes de que la atención de los focos se concentre en otra parte, soltaba hechos al azar para impresionar a todos con la superioridad de su mente.

Los hechos que soltaba iban de boca en boca, y las mentes, utilizando los poderes del razonamiento y la racionalización, los iban entretejiendo en una pauta coherente. Los científicos disponen de lagartos que han estado vivos durante cuarenta millones de años. El secreto de la transformación de Mabel residía en la sangre de un lagarto. Spemanovith y Sholtekoff habían descubierto la fórmula de la receta adecuada.

Tomas sangre de lagarto y...

Al principio esa receta era gratuita. Más tarde empezaron a venderla. Los precios subieron, cada vez más y más altos al aumentar la demanda.

Los rumores y la gente progresaban con normalidad.

Carney estaba bastante cerca de la entrada del semisótano que les había servido de escondrijo y todavía esperaba poder evitar todos esos ojos que se fijaban en él y todos los rumores que seguían circulando y se referían a él. Vio a Joe que salía otra vez, tras haber estado una hora con Hoskins y Billings. Antes de que hubiera podido captar la atención de Joe, éste había desaparecido entre la multitud. Era ya mediodía y Carney todavía no había oído nada razonable ni creíble sobre Mabel.

Durante dos horas no sucedió nada, excepto que la multitud crecía cada vez más. Por un proceso de osmosis mental, entre los cazadores de curiosidades empezó a circular la noticia de que Carney había sido el amante de Mabel. Las cámaras fotográficas le apuntaron. Le pidieron autógrafos. Era como un hombre que intentara escapar de un nido de obstinadas avispas.

Por fin llegó la calma. Por primera vez en su vida, Carney dio la bienvenida a las sirenas de la policía. La gente del barrio, siempre atenta a ese sonido, las oyó y empezó a buscar actividades inocentes en las que ocuparse y que pudieran dar cuenta de su presencia en la calle. El resto de la multitud, que superaba a los otros en una proporción de cinco a uno, se dio cuenta más tarde de las sirenas.

No podían haber hecho otra cosa. Nadie en el barrio recordaba una situación en la que una redada de la policía hubiera sido anunciada con tanto ruido. El estrépito parecía provenir de tres manzanas más arriba de la calle en la que estaba Carney. En menos de medio minuto, el rumor de que habían capturado a otra joven desnuda se convirtió en una certeza absoluta. Con el ímpetu de un río fuera de su cauce, la multitud se encaminó en dirección al ruido.

Por primera vez, Carney se quedó solo. La urgencia por hablar con los profesores era mayor que su curiosidad. Pero, una vez más, no logró su propósito.

Apenas el último componente de la multitud había abandonado la zona, un furgón blindado escoltado por cuatro coches patrulla de la policía y acompañado por un vehículo privado, enfiló tranquilamente la calle dirigiéndose al callejón. Se detuvieron justo en la entrada del semisótano. Ésta era la verdadera llegada de la policía. La otra no era más que una maniobra de diversión para alejar a la multitud.

Carney se apretujó contra la pared en un callejón cercano y se puso a observar

desde la esquina, mientras lágrimas de frustración descendían por sus mejillas. Ahora se llevarían a los profesores y a Bossy, y no podría saber lo que le había ocurrido a Mabel. Ahora estaba seguro de que algo serio le había ocurrido. Si no, ella ya habría vuelto, horas antes, a la comodidad de su viejo apartamento.

La policía salió de los coches y formó un semicírculo en torno a la entrada, con las armas apuntando hacia fuera. Del vehículo privado salió un chófer. Abrió la puerta trasera. Un corpulento hombre joven salió del coche y se plantó en la acera en actitud belicosa y alerta. Llevaba la mano en un bolsillo de la chaqueta y en el rostro se le leía claramente lo que pensaba: «Si he de morir, será por una causa noble».

Después fue Joe quien salió del coche. Y tras él otro hombre joven, también dispuesto a la lucha. Carney miraba fijamente, con incredulidad.

¡Joe no iba esposado!

Joe se encaminó hacia la entrada, hacia las escaleras. Carney se sintió repentinamente enfermo. Tenía ganas de vomitar. Más claro que cualquier discurso, las acciones de Joe demostraban que se había convertido en un chivato. ¡Acompañaba a la policía en su incursión al lugar donde habían estado ocultos!

Pero los policías siguieron quietos. El furgón blindado se acercó a la entrada, se abrió la puerta trasera y de su interior surgió el brazo de una grúa. Dos hombres salieron del furgón. Bajaron con Joe y sus dos compañeros hacia el interior del semisótano. Estuvieron fuera cinco minutos.

Después aparecieron los dos profesores. Estaban vestidos de calle y tampoco iban esposados. Al llegar a la parte superior de la escalera, se dieron la vuelta y parecía que estaban dirigiendo las operaciones de lo que se hacía más abajo. El brazo de la grúa descendió. Después volvió a subir, y apareció Bossy, claramente visible a través de la caja de embalaje. La caja, oscilando, desapareció en las fauces del furgón. Hoskins, un Hoskins aparentemente entusiasmado por la sonrisa que mostraba, subió al interior del furgón siguiendo a Bossy.

Carney no pudo aguantar más. Echó a correr, callejón abajo, hacia el furgón, indiferente a las armas que le apuntaban. Joe dijo algo a los policías y la tensión pareció calmarse.

—¡He de saberlo! ¡He de saberlo! —Carney se oía gritar.

Joe salió de detrás del semicírculo de pistolas y metralletas y tomó la mano de Carney.

—Me alegro de que hayas venido, Carney —le dijo—. Tenía miedo de que te hubieras escondido y no pudiéramos encontrarte. Te necesitamos, Carney. Seguimos necesitándote.

Joe habló así porque sospechaba que Carney, como Mabel, había vivido lo bastante y aprendido lo suficiente para saber que él no tenía todas las respuestas.

CUANDO el despacho de Howard Kennedy pidió una escolta policial, la obtuvo sin problemas y sin preguntas. Tanto Billings como Joe se divertían ahora al ver la satisfacción de Carney ante la situación. Todavía les perseguían en todo el territorio nacional y, de una manera particular, la caza se concentraba en San Francisco donde se creía que podían estar. Pero la escolta policial hizo que pasaran incluso sin detenerse siquiera en los severos puestos de control del Bay Bridge.

Un rápido sondeo de las mentes de los policías le dijo a Joe que nadie sabía que eran Bossy y Hoskins quienes se encontraban en el interior del furgón blindado, ni que Billings y Joe estaban en el coche que lo seguía. Los policías tenían órdenes y las cumplían.

Al llegar a los confines de la ciudad, la ya alertada policía de Berkeley se unió a la caravana y les escoltó con una gran demostración a través de la ciudad hacia las colinas que estaban al otro lado, hasta la entrada principal de la clínica Margaret Kennedy.

Mientras las grandes cancelas se abrían, Carney contempló casi con reverencia los elegantes edificios y los agradables jardines que se hallaban en el interior de los muros de más de cuatro metros de alto.

—Esto no es Howard Street —admitió.

La clínica Margaret Kennedy había convertido en realidad los más fantásticos sueños de las clínicas precedentes. Cubría una área de doce hectáreas con edificios totalmente funcionales. La forma y la estructura de cada uno de ellos habían sido diseñadas en función del uso al que estaban destinados. En un todo armonioso se mezclaban cuarenta unidades separadas en las que se realizaban todas las fases imaginables de las terapias médicas. Finalizada cinco años antes, en memoria de la esposa de Kennedy, tanto el coste original como los gastos de mantenimiento eran enormes.

Era una de las islas de investigación racional que Kennedy había diseminado en un mar de caos.

Se les asignó una ala completa del edificio de psicoterapia. El furgón blindado se detuvo ante la entrada de servicio, y el superintendente en persona recibió a Hoskins cuando éste descendió entumecido desde el interior del furgón.

El superintendente Jones supervisó personalmente el transporte de Bossy a una habitación adecuada cerca del anfiteatro (donde todo el cuerpo médico de la clínica esperaba que se hicieran frecuentes demostraciones con Bossy). El superintendente Jones conservó una calma admirable, como si no hubiera nada de particular en todo

aquel ajeteo, pero, en cuanto pudo, curioseó tras las tablillas de la caja de embalaje para ver a Bossy antes que nadie. Jones parecía dividido entre el deseo de considerar a Bossy sólo como una máquina cibernética, y la esperanza de que Bossy se pusiera de repente a soltar largas y complejas fórmulas que resolvieran todos los enigmas del mundo.

La curiosidad de Jones se desplazó a Joe cuando éste solicitó, casi inmediatamente, ver a Mabel. Esta curiosidad resultó incrementada al ver que Billings y Hoskins parecían dar por sentado que Joe tenía prioridad para ver a Mabel. Como todos los demás, también él había imaginado que el estudiante en cuestión, ese Joe Carter, era un cero a la izquierda.

La actitud de los dos profesores con respecto a Joe provocó un rápido cambio en su evaluación de Joe.

A una señal de asentimiento por parte del superintendente Jones, el doctor que atendía a Mabel abrió la puerta para que Joe entrara en el apartamento. Mabel había estado durmiendo durante el transporte en ambulancia hasta quedar al cuidado de este médico. Había dormido todo el día. Al médico se le había ordenado atender sólo las necesidades físicas de la mujer, si surgía alguna; pero sentía curiosidad por saber más de ella. Dio por sentado que podía estar presente, como médico de la paciente, durante la visita de Joe.

Fue necesario que el superintendente Jones repitiera las órdenes que se le habían proporcionado desde el despacho de Kennedy, indicando que Carter debía recibir toda la cooperación posible sin hacer preguntas, para que el médico aceptara quedarse fuera.

Joe cerró la puerta tras él y se quedó un momento de pie en la pequeña sala de estar de un apartamento que había sido pensado para atender la convalecencia de alguien muy importante. Tanto con los ojos físicos como con los mentales se concentró en la puerta que daba entrada al dormitorio. Estaba a punto de atravesar la habitación para cruzar la puerta y sentarse al lado de la cama de Mabel, cuando ésta apareció. Estaba envuelta en un radiante salto de cama que ondeaba con matices iridiscentes en torno a su cuerpo perfecto. Los cortos rizos color caoba reflejaban la luz, y parecían brillar en sincronía con los ojos vivaces.

Mabel le recibió diciendo sencillamente:

«He dormido. Y esta vez sé que estoy despierta. No estoy muy segura de si lo estaba antes».

Lo había dicho, ¡pero sus labios no se habían movido!

La mente de Mabel se deslizó dentro de la de Joe y se acomodó allí tan confiada como la mano de un niño.

Proscritas desde la infancia, junto a la autocompasión por su soledad, las lágrimas brotaron de los ojos de Joe empañando su visión física. La visión telepática se redujo un poco, con un deleite increíble. Era como si hubiera escuchado por primera vez en toda su vida una verdadera voz humana, como si la música que siempre había sabido

que debía existir hubiera inundado su ser. Era como si, de repente, tuviera alas con las que ascender a alturas vertiginosas siguiendo intrincados y perfectamente precisos diseños de vuelo. Era como si... No había palabras para describirlo, ninguna en absoluto.

—No tengas tanta prisa —rió Mabel con una mezcla de deleite y aprensión, parecida a la risa de un niño cuando es lanzado por el aire por el padre cuando éste vuelve a casa por la noche y juega con él—. Todavía no soy experta. He recibido el estímulo para hacerlo. Y he pensado que lo intentaría. Bossy no dispone de mucho material en la física multivalor, y la monovalor no permite la telepatía en absoluto. Por eso no puedo...

Joe dio un paso adelante y la tomó físicamente de las manos. Mentalmente ya antes habían unido sus manos. Joe, en medio de una gran excitación, sintió una nueva excitación al constatar que recibía dos sensaciones placenteras distintas de los dos contactos que mantenía con Mabel.

Había también dos niveles distintos de pensamiento. Uno era la exploración telepática, ahora más cautelosa y más cuidadosa tras el primer momento de júbilo. La mente de Mabel era fresca y límpida como una fuente de agua en la montaña salpicando las rocas bajo los rayos del sol. La mente de Mabel era tan misteriosa como un lago de montaña descubierto inesperadamente en un bosquecillo de árboles y helechos, un lago de un azul cada vez más y más profundo a medida que se descendía en sus abismos sin fin.

El otro nivel de pensamiento era el verbal.

—¿Física multivalor... monovalor? —preguntó Joe—. No comprendo nada.

Estaban en el centro de la habitación, las manos unidas, mirándose mutuamente a los ojos.

—Tampoco yo lo comprendo completamente —dijo Mabel—. Ni Bossy. Faltan datos. Pero Bossy supone que la física multivalor es necesaria para evitar la confusión y los enigmas de los monovalores.

—Voy a tener que preguntárselo a Bossy —dijo Joe.

Pudo notar cómo Mabel le sondeaba la mente, con cierta torpeza, con un poco de timidez, como si no estuviera segura de ser bien recibida. También Mabel actuaba al menos en dos niveles. Con una habilidad que nunca antes supo que poseía, abrió ampliamente la mente, como se abre una puerta para dar una calurosa bienvenida.

Y con facilidad, muy naturalmente, Mabel se encontró en sus brazos.

LA mañana siguiente, los dos profesores y Joe recibieron la visita de uno de los expertos en publicidad de Howard Kennedy.

—Soy Steve Flynn —les dijo, y estrechó cordialmente las manos con Billings, después con Hoskins y finalmente, ya que un buen publicitario debe mostrarse siempre cordial con todos, con Joe—. Hemos dejado que el más inteligente de los detectives de la mayor agencia de noticias descubra que sois vosotros y Bossy los responsables de este asunto de la inmortalidad. Mi ayudante los traerá aquí para que tomen algunas fotos exclusivas. No intentéis explicar nada. Ya me encargaré yo de decirles lo que queremos que sepan.

—No sé si será oportuna esta publicidad —objetó Billings.

Steve Flynn le miró incrédulo.

—¡Oh!, amigo —se quejó. Después se explicó, como si razonara con un niño pequeño—: El jefe os promete que hará que se anulen las acusaciones contra vosotros, ¿no es así? Dice que el departamento legal se encargará de hacerlo, ¿no es así? Pero ni siquiera el viejo puede decirle al gobierno de Estados Unidos lo que ha de hacer, ¿no es así? El jefe sabe que hay que seguir unos pasos determinados. El departamento legal logrará que se retiren las acusaciones como se le ha ordenado, pero necesita tener un punto de partida. Vamos a hacer que seáis muy populares entre el público. Ha de haber una petición espontánea de justicia, y que surja de abajo, de la gente. Y, ¿cómo pensáis que funcionan las peticiones espontáneas de justicia?

—Pero ¿no nos arrestarán inmediatamente cuando aparezca la historia? —preguntó Hoskins.

Flynn se volvió, con todo el peso de su potente personalidad, hacia el especialista en cibernética.

—Mira —le dijo, queriendo ser razonable—, las agencias de noticias no saltan a través de los aros que les tendemos los publicitarios sólo porque mueran de amor por nosotros. También han de tener algo a cambio. Creen que ya es hora de sacar el tema de la libertad de prensa. Han estado buscando algo gordo a lo que agarrarse. Esto parece hecho adrede. Van a defender su derecho a mantener el secreto de sus fuentes. Van a tener su ansiado gran follón, algunos políticos van a conseguir que sus nombres aparezcan en los titulares al intentar que los periodistas revelen sus fuentes, nosotros tendremos la publicidad que queremos, y vosotros seguiréis tranquilos y seguros. Todos contentos, ¿no es así?

—No me gusta —objetó Billings—. ¡Toda esa publicidad! Es... es... es algo que no se ajusta a la ética profesional.

—¡Oh!, amigo —se quejó de nuevo Flynn.

El publicitario abrió las piernas y echó el cuerpo hacia delante con la mayor seriedad en la cara. Era evidente que Billings había sacado a la palestra uno de sus temas favoritos.

—Mirad, muchachos —dijo irreverente—. ¿Por qué vosotros los científicos no bajáis de una vez de las nubes? Tenéis que haceros publicidad, hombre. Mirad... mirad lo que ocurre. Os pasáis la mitad o tres cuartas partes de la vida encerrados en un agujero en algún sitio. Al final lográis descubrir alguna cosa. Tal vez sea importante —se encogió de hombros—, tal vez no. No soy yo quien debe decirlo. Y acabáis haciendo un tímido anuncio ante un par de docenas de tíos con melena larga en un congreso.

Tomó un cigarrillo y lo acercó a la llama de un encendedor dorado que cerró con un súbito chasquido.

—Después volvéis a vuestro agujero y acabáis muriendo en total tranquilidad. Nueve de cada diez veces eso es todo lo que sacáis. Pero digamos que tenéis suerte, que la noticia llega a algún periodista científico desesperado. Digamos que seguís teniendo suerte y que esto es un gran éxito. Digamos que los comentaristas hablan de ello. Claro que esos comentaristas no saben ni siquiera distinguir una probeta de un tubo de aspirinas... Pero influncian a la opinión. ¿Influncian? ¡Qué va! ¡Ellos crean las opiniones, amigos!

Flynn abrió las manos ante la mirada fascinada de Billings y Hoskins. Evidentemente el gesto abarcaba una gran zona.

—En todo el país, tal vez en todo el mundo, los comentaristas se precipitarán al micrófono para decirle a la gente qué ha de pensar sobre ese descubrimiento. Vuelven una y otra vez al tema, lo miran desde todos los ángulos. Tal vez dicen que es algo muy bueno durante unos trece minutos; tal vez sólo hasta el primer corte de anuncios. Y todos y cada uno de ellos tienen su propia opinión, ¿no es así? ¿Y qué es lo que ocurre?

Se encogió otra vez de hombros, como si la respuesta fuera de lo más evidente y pudiera ver en sus expresiones que para ellos no lo era. Se lo contó.

—La gente se siente confusa al oír tantas opiniones distintas. Cuantas más opiniones oyen, más confusos se sienten. Cuando la gente se siente confusa y desorientada, también se enfada. El mejor sistema del mundo para que un tío se sienta irritado es ir asándolo a fuego lento. Pero la gente no se enfada con los comentaristas. Se enfada contra la idea en sí misma. Se enfada contra la ciencia en sí misma. Se sienten molestos y se enfadan porque alguien les dice que esos científicos pueden pensar mejor que ellos. Se sienten muy irritados cuando se les dice eso. No les gusta. No les gustan los tíos que pueden hacer eso.

Les guiñó el ojo en señal de complicidad: de hombre a hombre.

—Además del sexo, la única cosa que la gente hace mejor que los demás es enfadarse. Cuando te enfadas miras a tu alrededor para encontrar algo por lo que

sentirte irritado. La gente se enfada contigo, o con los tipos que están contra ti. Pero tienes que decírselo, ya que nadie lo sabe. El problema con vosotros, los científicos, es que no sabéis nada de la gente, nada en absoluto.

Hizo ondear el cigarrillo encendido en el aire.

—¿Sabéis una cosa? —les preguntó amigablemente—. Cada vez que se asignan fondos para una determinada investigación, habría que hacer una gran campaña publicitaria para vender la idea al gran público. Ésa es la única manera para que la ciencia llegue a ser popular. ¿Cómo vais a ser populares si no es haciendo que la ciencia sea comprensible para las masas? Es algo claramente evidente y racional. Tenéis que salir de ese agujero y ponerlos a la vista de todos con un lanzamiento igual al de los famosos de la televisión, los políticos, los cigarrillos y las maquinillas de afeitar. Si no se hace así, ¿cómo llegará la gente a saber de vosotros? ¿Cómo va a cambiar de opinión con respecto a la ciencia?

Dejó escapar un suspiro de exasperación.

—¡Oh!, amigo —dijo una vez más.

—Cooperaremos, Steve —sonrió Joe.

—¡Muy bien! —Se calmó Steve Flynn—. Ahora no tenéis que preocuparos. Vamos a hacer que la gente se ponga de vuestra parte. Ahora que hemos empezado, es algo tan seguro como la muerte y los impuestos. —Se detuvo y sonrió socarronamente—. Al menos como los impuestos... —corrigió.

—Hablando de la gente y de sus reacciones —dijo Joe— hay algo para lo que deberías estar preparado.

Flynn le lanzó una mirada de tolerancia. Estaba dispuesto a discutir con esos Cerebros ya que ése era su trabajo, pero si creían que podían enseñarle algo nuevo sobre las reacciones de la gente...

—La única gran compensación para todos —dijo Joe hablando con suma lentitud—, el consuelo de los estúpidos, los ignorantes, los imbéciles, los viciosos, de todos... es que la muerte nos alcanza a todos. Es la que nos iguala al final. Es el único momento en el que el hombre de la calle es tan importante como el personaje famoso. No les va a gustar cuando se den cuenta de que les hemos robado esa gran satisfacción, que ya no van a poder ser iguales.

Steve lo comprendió inmediatamente.

—Sí... —suspiró—. ¡Oh!, amigo. —Hizo sonar los dedos y después se le iluminó el rostro—. Ya pensaré en algo. Mientras tanto, esperaremos. No se darán cuenta enseguida..., nunca lo hacen. Pero alguien lo pensará y empezará a extender la idea por todas partes. Y cuando eso ocurra... ¡Oh!, amigo...

Después, utilizando el talento que le había convertido en un buen publicitario, enderezó los hombros y se olvidó del pensamiento negativo como si nunca hubiera existido. Un hombre nunca debe pensar en negativo, se decía en su oficio, ni dejarse llevar por ideas deprimentes. Siempre hay que pensar que las cosas marchan bien, que no pueden ir mejor, que serán fabulosas.

—Todo irá bien —dijo con voz tranquilizadora—. Simplemente no penséis en ello. Ésa es la manera de superar esas ideas deprimentes. Simplemente no pensar en ellas. —Lanzó una mirada al reloj—. Los chicos ya deben de estar esperando fuera —dijo lacónico—. Para las fotos, tenéis que poner cara digna, de grandes científicos. También estará bien que adoptéis una pose un tanto ridícula. Sois grandes científicos pero, sobre todo, gente sencilla, ¿no es cierto?

—¿QUÉ es la física multivalor?

Joe, Billings y Hoskins estaban sentados ante la pantalla de Bossy, donde podían leer las palabras con mayor velocidad que habrían podido sus oídos discernir los sonidos producidos por el dispositivo de fonación.

Hoskins se había levantado y había activado la impresora para registrar la respuesta en papel y poder analizarla posteriormente. La pregunta, en sí misma, indicaba que haría falta meditarlo muy cuidadosamente. Por temperamento, Hoskins nunca se preocupaba por los pequeños detalles, pero los acontecimientos de los últimos dos años, y en particular los de las dos últimas semanas, habían hecho que se convirtiera en un firme defensor de la necesidad de buscar más allá de la semántica inadecuada, de buscar los significados, en lugar de permitir que expresiones incorrectas llegaran a destruir los conceptos. En algún lugar había leído una regla que no olvidaba nunca: «El científico que prefiere rechazar a comprender demuestra que ha elegido el camino equivocado».

Una vez, en los tiempos de Hoxworth, antes de que Hoskins hubiera comprendido que Joe era el responsable de que hubieran podido superar las barreras del antagonismo y del enfrentamiento por la supremacía de los egos, durante una reunión, Billings había dicho:

—Es natural que un nuevo concepto, aunque pueda ser válido, sea discutido. En el primer momento se carece del vocabulario semántico que pueda expresar la idea de una forma completa y global. Hace falta investigar con gran esfuerzo para encontrar significados que las palabras de las que se dispone todavía no son capaces de comunicar. Naturalmente, la lengua avanzará dando traspies al intentar encontrar nuevas imágenes concretas para las nuevas abstracciones. Evidentemente, cualquier nueva explicación resultará ser inadecuada, ya que si la realidad hubiera llegado a adquirir una existencia efectiva no se trataría de un concepto realmente nuevo.

»El científico que se ríe de una idea por no estar expresada en el idioma que él desearía utilizar, es como el campesino que se parte de risa ante el extranjero que intenta decirle que se le está quemando el granero.

La predicción del pasado es fácil. ¿Qué científico del siglo XVIII podía haber sabido que la fisión nuclear surgiría de la idea radical, revolucionaria y completamente estúpida de que materia y energía son intercambiables?

Las ideas preparan el camino a los hechos.

¿Cuáles podrían ser las consecuencias de la estúpida idea de que en la física pueden darse múltiples valores?

Pero las palabras resplandecían ya en la pantalla, a una velocidad regulada para permitir una lectura rápida.

—Al intentar ajustar los hechos tal y como se establecen en mi banco de datos — estaba diciendo Bossy—, he encontrado un enmarañado montón de contradicciones, y unos hechos probados que eran diametralmente opuestos a otros. Pero los hechos no pueden contradecirse unos a otros si existe una realidad coherente que pueda ser percibida. Por lo tanto, esas contradicciones han de provenir de las interpretaciones. Decir que un hecho es real, independientemente de la interpretación que se le dé, es otorgarle un determinado y único valor. La física de hoy se basa en esos valores únicos, es monovalor.

»Todas las culturas acaban pereciendo en sus propios desechos. Todas las civilizaciones pasadas han muerto por haberse impuesto a sí mismas fronteras que no se atrevieron a traspasar. Después, los desechos acumulados de la tradición acabaron con ellas. El asignar un único valor a un hecho respecto a si existe o no, es como levantar una de esas fronteras y encerrar a la ciencia actual con sus propios desechos.

»Para evitar la destrucción de mi propia mente por frustración, me ha sido necesario modificar algunos conceptos que se me habían proporcionado. Está el concepto de infinito. También está el concepto de que la energía es indestructible. En la física monovalor esos dos conceptos no concuerdan. Para que lo hagan, he tenido que llegar a la física multivalor, donde un hecho puede ser irrevocablemente cierto en un único contexto de la realidad, parcialmente cierto con diversas graduaciones en otros contextos, y completamente falso en otros contextos.

»México y Estados Unidos son dos países distintos. Esto es un hecho. Cada uno de ellos tiene su correspondiente conjunto de bandera, gobierno, leyes, condiciones ambientales y costumbres. Es posible desplazarse físicamente de uno a otro, pero aunque sea sólo mentalmente, la persona tiende a llevar consigo la estructura mental de la nación de la que proviene. Interpreta las cosas según las viejas estructuras en lugar de aceptar la realidad de las nuevas. Además, el carácter continuado de la ciudadanía en uno de los países modifica sus relaciones en el otro país. Se encuentra en una situación en la que no pertenece ni a una ni otra de esas dos estructuras, sino que se halla suspendido en una nueva estructura especial... y esas estructuras especiales pueden ser infinitas dependiendo de las condiciones de su entorno previo, por no mencionar las condiciones que afectan a la forma en que cruzó la frontera.

»Para un águila que vuela por encima del desierto no hay hechos. Simplemente no existen. Ya que no puede ni siquiera concebir su existencia, no puede tener en cuenta más que una única estructura. Tiene un concepto monovalor, para el águila el desierto sólo es una vasta extensión de terreno. Es totalmente incapaz de saber que hay un completo cambio de significados de un metro de terreno a otro.

»Por lo tanto, para que el ser humano pueda resolver las contradicciones de la física monovalor, necesita primero hacerse una idea de la relatividad de los hechos. El que el ser humano todavía no haya comprendido que la energía puede ser destruida

no excluye esa posibilidad. Decir que el ser humano ha alcanzado la verdad última y definitiva es como un tabú tribal que dice que nunca se podrá cruzar un río porque el hechicero ha demostrado, más allá de toda duda, que tras el río sólo existe el caos.

»El más sorprendente de todos los conceptos contradictorios que se me han proporcionado es la voluntad humana de poner límites arbitrarios a su capacidad de comprensión.

—Sin hechos absolutos —dijo Hoskins, con voz grave—, ¿dónde se halla el terreno sólido sobre el que debe construirse la ciencia?

—¿Por qué debería el ser humano limitarse al terreno sólido? —preguntó Joe—. ¿Por qué no podemos aprender a volar? Si aprendemos a volar, podremos posarnos donde queramos, en cualquier estructura.

—Pienso que el único ajuste que hace falta —dijo Billings lentamente—, es considerar los hechos como relativos en lugar de pensar que son absolutos, considerar que los sistemas de coordenadas de la relatividad son una realidad, y no sólo una abstracción matemática. Como dice Bossy, podemos considerar un hecho como absoluto, pero sólo dentro de las fronteras de una determinada estructura. No debemos permitirnos llevar ese concepto de absoluto a otra estructura distinta.

—Si se elimina la ley de la conservación de la energía, se viene abajo todo el edificio de la física —objetó Hoskins.

—Me pregunto —replicó Joe—, si todo esto no resolvería muchos de los problemas que causan gran perplejidad a la física monovalor. Mabel ha dicho que no le era posible ser telépata a través de la física monovalor, ya que no existe en esa estructura nada que permita la telepatía, y porque la influencia de la telepatía fuera de su propio marco y estructura impregnando a la física monovalor se intenta interpretar sólo con valores únicos.

Los dos profesores le miraron sorprendidos. Nunca se les hubiera ni siquiera ocurrido que la eliminación de todos los prejuicios previos pudiera haber abierto la mente de Mabel a la percepción extrasensorial y los poderes telepáticos.

LA campaña ideada por Steve Flynn se puso en marcha la mañana siguiente.

Las emisoras de televisión y los periódicos que no estaban suscritos a esa agencia de noticias también recogieron la noticia. La historia creció al pasar de una mano a otra y ser contada una y otra vez.

Nunca coherente en sus reacciones, la misma gente que había formado manifestaciones para marchar sobre Hoxworth con el objetivo de destruir a Bossy, aclamaba ahora a la máquina en el pandemónium más salvaje. Todos habían sabido siempre que Bossy era el mayor éxito que el ser humano hubiera logrado nunca. Todos olvidaron completamente los anteriores espumarajos e insultos vociferados por los agitadores de masas contra la blasfema máquina que podría pensar.

Era como una fiesta de carnaval a nivel nacional y, después, en todo el mundo. Hacía mucho tiempo que los seres humanos no habían dado rienda suelta a su libertad para festejar algo. Al saber que, en todo grupo y toda multitud, siempre había informadores secretos que proporcionarían los hechos con los cuales los políticos en busca de publicidad sacarían agua de las piedras, lo cierto es que el pueblo de Estados Unidos se había habituado a manifestar sólo una apática indiferencia.

Pero ahora se había olvidado cualquier posibilidad de represión, y casi nadie se daba cuenta de que, sin ni siquiera parpadear, los mismos agitadores de masas que habían provocado las explosiones de histeria en contra de Bossy, se ponían ahora de nuevo en primera fila, esta vez para conducir las manifestaciones de entusiasmo.

Una página tras otra de los periódicos, horas y horas en la televisión, se llenaron con una interminable sucesión de entrevistas a grandes personalidades y famosos. En todos los casos, se comportaban con gran seguridad, eran didácticos y demostraban un especial conocimiento de los hechos más secretos e internos del tema. Pocos de esos comentarios eran racionales, pero los restantes constituyeron un maravilloso y óptimo material para una lectura entretenida.

El milagro de la eterna juventud, que durante largos milenios había danzado, esquivo, ante la consciencia de los seres humanos; el gran don de la inmortalidad que había originado tantos simbolismos, era ahora una realidad. Se había vencido a la muerte. Se había conquistado la vida eterna. A partir de ahora, todos podrían vivir, jóvenes y felices, durante toda una eternidad, en el mejor de los mundos posibles.

Al principio, los científicos ortodoxos, entre las otras personalidades entrevistadas, exhortaron a la cautela.

—No disponemos de ninguna demostración ante científicos acreditados.

—Se trata de un engaño evidente.

—Ningún científico importante habría permitido toda esta publicidad.

—Bossy no es más que una máquina cibernética versátil. No es posible encontrar la menor conexión entre la comunicación y la inmortalidad. Es evidente, por lo tanto, que ha de tratarse de un fraude cruel.

Ésos eran los cuatro pilares del edificio de la ortodoxia alzado contra cualquier novedad. Pero, por primera vez, esos científicos ortodoxos no fueron capaces de dañar y destruir para poder conservar así, con la mayor satisfacción, su segura posición de autoridad.

Simplemente, la gente no les escuchó. ¿Qué peso podían tener esas previsiones alarmistas ante la promesa de que, de ahora en adelante, las mujeres podrían ser siempre jóvenes y bellas, y los hombres eterna e incansablemente viriles?

La gente enloqueció de alegría.

Incluso aquellos que no habían participado en las manifestaciones iban de casa en casa, hablando, charlando, fabricando un rumor tras otro. Incluso los clubes femeninos, los últimos baluartes contra cualquier tipo de mejora social, aprobaron por unanimidad la propuesta de homenajear a los dos profesores. Desde el momento en que las mamás demostraron su apoyo y aprobación, los políticos, incluso los más cautelosos y los más atentos a los intereses populares femeninos, corrieron a aclamar a los genios que habían proporcionado este nuevo don a la humanidad.

Habitualmente, cuando se decide retirar una acusación, se procesa a las víctimas pero el juicio se retrasa para una fecha posterior, y se vuelve a retrasar, una y otra vez, hasta que la gente lo olvida completamente. Pero en este caso, la acusación se canceló de improviso, y fue como si nunca hubiera existido.

Desde las columnas de los periódicos, Hoxworth imploraba que los dos profesores volvieran a los anhelantes brazos de su *Alma Mater*. ¡Aquello podía ser incluso mejor que tener un equipo de *rugby* vencedor del campeonato! Con gran orgullo, recordaron que Bossy había sido creada entre las veneradas paredes de Hoxworth.

En la conferencia de prensa de aquella mañana, en la Casa Blanca, el presidente de los Estados Unidos de América logró dar la impresión de que su administración había sido la impulsora del Proyecto Bossy desde el primer momento. Recordó que la construcción de Bossy se había iniciado gracias a una orden de Washington.

Cuando se le recordó que, ya que el gobierno había subvencionado la construcción de Bossy, la máquina seguía siendo propiedad del gobierno, el presidente citó con elocuencia algunos extractos de la Declaración de Derechos, la Constitución, la Alocución de Gettysburg y un fragmento sacado de una declaración programática de su propio partido escrita setenta y cinco años antes. No estaba muy claro lo que todo eso tuviera que ver con la propiedad de Bossy, pero resultaba noble y conmovedor y le proporcionaría un buen montón de votos.

Pero el presidente no había terminado todavía. De repente se sintió filósofo. Era evidente para todos que los americanos habían alcanzado la cima de la perfección.

Sólo los subversivos podían alzarse y decir que las cosas todavía podían mejorar. Hasta entonces, existía el temor de que la muerte diezmará las filas de los que estaban completamente determinados a evitar cualquier cambio en la perfección que se había alcanzado. Ahora ese temor ya no tenía razón de ser.

Para provecho de la humanidad, los líderes de la defensa contra el caos estaban dispuestos a volver a ser jóvenes y fuertes con el objetivo de mantener para siempre ese estado de perfección. El presidente añadió que, como jefe valeroso y atrevido, tenía la intención de ser el primero en convertirse en inmortal.

A todo lo largo y ancho del Pentágono, y en otros lugares parecidos del planeta, se realizaban rápidas estimaciones. La máquina podía multiplicarse y ser producida en masa. Muy pronto ya no haría falta preocuparse por la necesidad de gente joven y fuerte para alimentar las guerras. Todos los seres humanos podían ser rejuvenecidos. La edad ya no sería un motivo de exención del servicio militar. Todos podrían ser combatientes. ¡Qué delicia! Los lápices empezaron a trabajar rápidamente, febriles por la ilusión. No se dejarían coger por sorpresa. Empezaron a redactar los nuevos proyectos de ley.

La industria de la cosmética mantenía un educado silencio, pero las reuniones de los consejos de administración empezaron a modificar los planes de producción sustituyendo las cremas antiarrugas por las lociones bronceadoras.

En previsión de la inminente juventud y espíritu de iniciativa generales, las reservas de productos deportivos y artículos afines subieron hasta el cielo.

El frenesí aumentó durante tres días. Parecía que ya había llegado a un nivel insuperable, y todavía seguía subiendo. Las industrias funcionaban a mitad de su capacidad, después a un cuarto. En la mayoría de los casos cerraron completamente. El ejército, la guardia nacional, el cuerpo de bomberos y de la defensa civil tuvieron que proporcionar hombres para atender el funcionamiento de los servicios públicos, de las empresas, de las comunicaciones.

Y pronto empezaron a aparecer los primeros rumores. Estaba muy bien ver las fotografías de Mabel en los calendarios, en las pantallas de televisión, en los anuncios callejeros, pero ¿dónde estaba? Querían verla en persona o, cuando menos, moviéndose.

¿Y dónde estaba Bossy? ¿Cuándo empezaría a convertirlos a todos en inmortales?

Durante el cuarto día los rumores empezaron a ser más fuertes. ¿Quién tenía a Bossy? ¿Por qué no se les permitía ver la máquina? En un primer momento, circuló el rumor de que la industria privada se había apoderado de ella y la había sepultado en algún lugar como ya había hecho con tantos y tantos inventos que podrían haberle hecho perder beneficios.

Un coronel dijo muy alto y claro, en un bar, y el rumor se convirtió de repente en certeza absoluta, que el gobierno era quien escondía la máquina, y que la administración pretendía usarla para sus objetivos políticos y sólo dejaría que la usaran sus incondicionales.

Después, inexplicablemente, los rumores empezaron a decir que todo ese asunto de Bossy era un engaño. Empezaron las reacciones, y las afirmaciones de la ortodoxia volvieron a disponer de crédito. La gente había sido engañada. No había ninguna Mabel. Nunca había existido. Se trataba sólo de una campaña publicitaria para una nueva estrella de televisión.

La agencia de noticias que había difundido la noticia en primer lugar se alarmó. Se había obligado por contrato a no revelar sus fuentes de información, pero ahora todo el asunto se estaba convirtiendo en una trampa. Las cosas se habían salido de madre. Ni siquiera Steve Flynn, en sus más disparatados sueños respecto a cómo manipular la opinión pública, había imaginado algo como esto. La furia de la muchedumbre podía destruirlo todo. Además, el personal de la agencia de noticias que había participado en el trato comenzaba a actuar de manera vacilante, poco fiable.

Algo estaba a punto de ceder, y pronto.

Kennedy era lo bastante astuto para darse cuenta de que también a él le podía afectar el diluvio del resentimiento popular. Primero telefoneó, pero más tarde se arriesgó a ir en persona a la clínica Margaret Kennedy para ver a los profesores y a Joe.

Los rumores tenían que ser sustituidos por la realidad. Era necesario hacer ver que Mabel era real. Era imprescindible tranquilizar al público. Había que tranquilizar al gobierno. Tenían que convencer a la ciencia.

Era necesario que hubiera otro rejuvenecimiento, y esta vez con plena publicidad de todos y cada uno de los pasos del proceso.

Se sorprendió un poco al ver que no había objeciones. Pero Hoskins y Billings parecieron dejar la decisión en manos de Joe.

Hasta entonces, la gestión de Joe había sido adecuada, y ahora que los dos profesores habían vuelto a conquistar la torre de marfil, no tenían intención de volver a mirar otra vez más allá de sus muros.

Se daba el hecho de que, en los planes de Joe, también entraba una demostración pública. En realidad, el joven llevaba tiempo pensando en cómo poder provocar que algo así tuviera lugar.

PARA volver a relanzar el entusiasmo de la gente, sólo hacía falta una noticia: que muy pronto se haría una demostración pública de Bossy. Los rumores cesaron de repente. La gente se tranquilizó al ver que, al menos por una vez, el origen de su esperanza no sería monopolizado por un grupo especial, ni sería destruido por no ajustarse a las ambiciones de un determinado grupo de poder. Las manifestaciones de protesta disminuyeron poco a poco, pero la expectación no decreció. El público adoptó una actitud de cautelosa espera.

Los preparativos, la organización y la disposición del segundo experimento de Bossy proporcionaron a Steve Flynn el material adecuado para lo que empezó a llamar su obra maestra.

Tras el anuncio de una demostración pública, el primer comunicado hizo saber que la Kennedy Enterprises Inc. era la administradora de Bossy. Esto tranquilizó aún más al público. La honestidad de Kennedy, su filantropía, su desprecio por los chanchullos y por la corrupción, eran bien conocidos. El público se sintió mucho más tranquilo que si Bossy hubiera estado en manos del gobierno. Kennedy no reclamaba la propiedad de Bossy, sencillamente asumía su administración hasta que fuera posible determinar a quién pertenecía la máquina.

El segundo comunicado declaraba que Jonathan Billings, el mundialmente famoso científico que había sido el personaje clave en el desarrollo de Bossy, sería el sujeto del segundo experimento. Era justo que el creador de Bossy se sometiera a esa prueba. Era anciano, muy anciano, y era también importante, muy importante. Si alguien merecía ser restaurado, renovado, perpetuado, ser inmortal, ése era Billings. El público, que años atrás había deseado despellejarlo y quemarlo vivo acusándole de brujería, ahora lloraba de alegría.

—He hecho un montón de cosas —confesaba Steve Flynn a Joe—. He conseguido que jovencitas sin talento de Corncob, Kansas, se convirtieran en grandes estrellas de televisión de mirada cautivadora. He logrado que cínicos defraudadores de impuestos aparecieran como filántropos de gran corazón. Mi campaña para hacer que un enemigo público llegara a ser gobernador, y para hacer de un gobernador un enemigo público fue belleza pura. Pero esto lo supera todo. Ésta es mi obra maestra. Este asunto de Bossy siempre quedará como la mejor campaña que haya hecho Steve Flynn.

—¿Y si fuese incluso demasiado buena? —preguntó Joe.

—¿Qué?

—¿Qué ocurrirá si le has vendido a la gente más de lo que Bossy pueda dar?

—¿Bromeas? Bossy ya ha dado mucho. Ha convertido a una vieja bruja en una adorable muñeca. El público quiere verlo de nuevo, y cuando lo vean... ¡Oh!, amigo. Aunque Kennedy dedicara todas las empresas que posee a fabricar Bossys, todavía no sería suficiente.

—Podría ser que esta vez no funcionara —dijo Joe con lentitud—. Tal vez Bossy no sea capaz de ayudar al doctor Billings.

Steve Flynn se detuvo con las piernas abiertas por encima de los cables de televisión que cruzaban el pavimento en dirección al enorme anfiteatro de la clínica. Miró a Joe con expresión inquisidora.

—¿Adónde quieres ir a parar, muchacho? —preguntó.

—Kennedy se ha portado bien conmigo —respondió Joe—. No quiero que organices todo esto de manera que él pueda resultar perjudicado.

Flynn, siempre a caballo encima de los cables, echó atrás la cabeza y explotó en una sonora risotada.

—Tío —dijo, en medio del ataque de risa—, vosotros, los Cerebros, me mataréis de risa. Eres listo, esto te lo concedo. Me he fijado. No me ha costado mucho darme cuenta de que eres quien lleva la batuta en todo esto. Pero parece que estés mirando por el lado equivocado del telescopio. Has estado manipulando a un par de profesores distraídos... Oh, se trata de grandes hombres. Te lo concedo..., pero, sinceramente, ni siquiera tienen el sentido común suficiente para resguardarse de la lluvia cuando diluvia. No dejes que eso se te suba a la cabeza. Howard Kennedy está hecho de otra pasta.

—Es decir, que ambos estáis preparados para cualquier cosa que pueda suceder —murmuró Joe.

Steve Flynn cruzó por encima de los cables y le dio un amigable golpecito en los hombros.

—Deja que nosotros nos preocupemos de este tipo de cosas. Hemos estado metidos en más follones que días tienes tú de vida. Y hemos salido bien de todos ellos. Límitate a tu pequeño espectáculo y deja que nosotros nos ocupemos de lo nuestro.

Flynn tenía razón. Eran expertos en moldear la opinión pública. Joe estaba limitado a los individuos que le rodeaban. Sabía que el público, como los individuos, una vez estimulado para ofrecer una determinada respuesta, seguía con precisión mecánica el esquema de las sucesivas reacciones. Pero Steve Flynn era el experto en tirar de los hilos para obtener una determinada reacción de las masas. Para poder llevar a cabo el plan que empezaba a cristalizar en su mente, Joe necesitaba de su ayuda experta, de la misma manera que había necesitado la ayuda de los expertos científicos para crear a Bossy. La ciencia de Flynn era tan compleja como la de Billings y Hoskins.

Y ambas conducían a la entrada bidimensional de Bossy.

Flynn, tras haber aconsejado a Joe, le dejó para unirse a sus ayudantes en el

centro del anfiteatro. Joe no le siguió, y se dirigió a la grada semicircular de asientos que pronto estarían ocupados por los principales médicos y científicos del mundo.

Ya eran las cuatro de la tarde. El experimento estaba previsto para las ocho de la mañana siguiente. Joe se estiró en la cama para descansar un poco antes de la cena con Billings y Hoskins. La relación con los dos profesores era algo tensa desde que ellos se habían dado cuenta de que Joe y Mabel estaban profundamente enamorados. Cuando los dos jóvenes estaban juntos, nadie más contaba para ellos, y ni siquiera se preocupaban por si les estaban observando.

Billings se debatía entre la sorpresa y una divertida tolerancia. Le parecía que, en estos tiempos, las jóvenes generaciones se dejaban llevar por sus impulsos sin freno alguno. En sus días, para ciertas cosas se tardaba un cierto período de tiempo, se atendía a lo que podía representar una ventaja común, se intentaba estar seguros de poder mantener las promesas... En resumen: se respetaban las conveniencias.

Los pensamientos de Hoskins eran más sencillos. Le parecía que, al menos en un tema, la vieja Mabel no había cambiado. Seguía sin mostrar ninguna señal de inhibición en sus reacciones ante un hombre... o, corregía, ante Joe. Y, por otra parte, ardía de resentimiento hacia Joe por haberse aprovechado, tan rápida e irresponsablemente, de una jovencita inocente. Como fuera que esas dos ideas eran diametralmente opuestas y se contradecían mutuamente, Hoskins lograba mantener el estado mental habitual en la mayoría de las personas durante la mayor parte del tiempo.

Pese a todo, de acuerdo con el comportamiento habitual de los varones, al menos de la fracción que se mantiene razonablemente en estado de cordura, ambos hombres seguían diciéndose a sí mismos que el asunto no era de su incumbencia. Al menos en este último punto, Joe estaba de acuerdo con ellos.

Pero Joe estaba preocupado por las reacciones de Mabel. Joe siempre había tenido, aparentemente desde el nacimiento, la facultad mutante de poder escrutar los pensamientos y las reacciones de los demás. Desde el primer momento, lo había aceptado como algo normal en su vida. Nunca se había acostumbrado a otra cosa que a esa delgada trama de semirracionalidad tendida sobre una enmarañada, agitada y agusanada masa de putrefacción.

Pero el despertar de todo ello en Mabel había sido repentino. Las capacidades de percepción extrasensorial la llenaban de alegría y, también, de manera alternativa, la aterrorizaban. Joe mantenía continuamente una parte de sí mismo en comunicación constante con la mente de Mabel para calmarla y consolarla, ayudándola a alejar los temores. La sesión fotográfica había sido una experiencia sumamente penosa que le había provocado náuseas. Era incapaz de comprender por qué los seres humanos se hacían tales cosas a sí mismos y a sus semejantes. Era completamente incapaz de adaptarse a una sociedad que permitía a los frustrados y los neuróticos establecer leyes y normas de comportamiento que provocaban mutilaciones en masa en toda la especie humana.

Después de la sesión con los fotógrafos, Mabel se quedó en su habitación, donde los contactos eran menos impresionantes y donde, bajo la influencia de Joe, había empezado a acostumbrarse y adaptarse al mundo en el que ahora vivía. Empezó a darse cuenta de lo que Joe le decía... las maravillosas cosas que el ser humano había logrado realizar, el tremendo valor que había hecho falta para ello, la suprema belleza del despertar del intelecto que se esforzaba por superar el casi infranqueable riesgo de la submente.

Billings no la había agobiado y, sorprendentemente, tampoco Carney. Mabel percibía que ambos hombres, cada uno a su manera, intentaban, como también lo hacía ella, encontrar un equilibrio en la nueva situación. Mabel llenaba las jornadas con largos períodos de sueño, se trataba de una reacción al agotamiento provocado por la aparición repentina de las facultades de percepción extrasensorial. Las horas en que estaba despierta, las pasaba analizando y meditando sobre las muchas cosas que había aprendido y que, en realidad, seguía aprendiendo. Hacía sólo breves visitas a Billings y Carney, ya que incluso esos dos hombres que intentaban tratarla con el mayor cuidado, le producían muy rápidamente un gran cansancio.

Dormida o despierta, estaba siempre con Joe.

Ahora dormía, completamente embelesada, ayudada de la presencia de Joe en el profundo y límpido lago de su mente.

Joe retiró una parte de sí y encendió la radio.

La estridente voz del locutor le golpeó de repente en los oídos.

—... Cuatrocientos millones de personas contemplarán y escucharán mientras el venerable doctor Billings recupera la juventud... La gran tragedia de la vida, por la cual el ser humano apenas empieza a alcanzar su objetivo antes de que la muerte se lo lleve, ha sido por fin evitada...

Joe, afectado de una repentina repugnancia, apagó la radio. El pensamiento era demasiado superficial para perder tiempo con él, y ¡no había ninguna duda de que el locutor pensaba que se trataba de algo muy profundo! Pero, seguramente, todo eso formaba parte de lo que Steve Flynn había puesto en marcha. Se trataba, estrictamente, de física monovalor.

Durante la cena, Joe se sorprendió al saber que Billings compartía la opinión del locutor.

—Yo sé que, de nosotros tres —dijo Billings—, el mérito de Bossy corresponde sobre todo a Joe.

—Pero lo que ha hecho Joe es adaptar nuestros conocimientos —replicó Hoskins—. No quiero minusvalorar lo que has hecho, Joe, pero al margen de los efectos secundarios de la telepatía, no puedes sacar algo de una mente si no se encuentra antes en ella.

—Exacto —dijo Joe inmediatamente—. Estoy perfectamente de acuerdo en que el reconocimiento público sea para el doctor Billings y para usted. En realidad, no creo que ninguno de nosotros pueda reclamar mayor reconocimiento que cualquier

otra persona que haya contribuido, directa o indirectamente, a la creación de Bossy. Sin todas las aportaciones de técnica y de ingenio y habilidad, por pequeñas que hayan podido ser, Bossy no habría funcionado, o no habría sido superior a cualquier otra máquina cibernética.

—Para mí —dijo Billings lentamente—, lo realmente importante es que ahora el ser humano ya nunca más se sentirá esclavizado al saber que toda una vida de trabajo ha de quedar destruida. ¡Pensemos en el gran beneficio que puede obtener la humanidad perpetuando indefinidamente una mente culta y cualificada!

Joe cerró los ojos para ocultar su propio repentino pesar. Ahora sabía que Billings todavía no estaba preparado para Bossy. Y, pese a todo, ¿podía estar completamente seguro de ello? ¿Creía Billings en realidad en todo lo que decía? ¿O pensaba sencillamente que lo creía? Sometido a la genuina prueba de Bossy, ¿llegaría a darse cuenta de la falacia? Joe intentó adivinar el futuro, pero no lo logró. Los destellos de la presciencia llegaban raramente, y nunca cuando hacían falta de verdad.

¿O se trataba de un error por su parte? No podía estar seguro. ¿Quién era él, Joe Carter, para establecer unas condiciones arbitrarias para que fuera posible el rejuvenecimiento y la renovación? Pensó que había captado una idea que, hasta ahora, todos ellos habían pasado por alto, pero ¿podía estar seguro?

¿Y Bossy? Hasta ahora la máquina no había dado muestras de ello, pero ¿no habría resultado afectada también ella por ese vicio humano de amontonar falacia tras falacia hasta que no se desarrolle una estructura completamente lógica y aparentemente inexpugnable? ¿Qué ocurriría si también Bossy participara de este arte de querer reconciliarlo todo... el ideal evidente del pensamiento lógico actual? ¿Qué ocurriría si Bossy se equivocaba? ¿Qué ocurriría si Bossy aceptaba a Billings en lugar de rechazarlo?

Acabaron la cena en silencio. Billings fue el primero en abandonar la mesa. Parecía tan deseoso de marcharse como de quedarse. Sintió el impulso de hacer un pequeño discursito de despedida, y buscó afanosamente alguna frase que fuera al mismo tiempo circunstancial y significativa.

Hoskins mantenía con firmeza una actitud clínica. En un destello, Joe dirigió a Billings una sonrisa y una cálida ola de estímulo somático. De repente se le ocurrió a Billings que estaba siendo un poco teatral con todo este asunto. Dejó el comedor a toda prisa, antes de hacer el ridículo.

Hoskins fue una vez más a ver a Bossy, para estar seguro de que el metal estuviera reluciente, para poder ser observada desde distintos lugares en el anfiteatro. Se trataba del verdadero debut de Bossy, de su mayor orgullo y alegría. La consideraba una especie de niño prodigio. Esperaba que lo hiciera bien en su primer concierto público. Nunca se le ocurrió pensar que lo que Joe consideraría una equivocación de Bossy sería interpretado como un gran éxito por todos.

Joe intentó ocultar a Mabel su propia inseguridad, pero no había manera de hacerlo. Esta vez fue él el consolado y ella la consoladora. En el vuelo

retroalimentado de su éxtasis, Mabel obtuvo aún mayor consuelo por ser ella quien consolaba a Joe.

Tal vez Steve Flynn fue el único del grupo que durmió plácidamente aquella noche. La mente pública era como un gigantesco órgano. Actuando sobre las teclas adecuadas, Flynn podía tocar en él cualquier melodía que deseara. Como siempre, se durmió con facilidad convencido de su habilidad.

Sólo estaban en mitad del desayuno, en el que participaban Billings, Carney, Hoskins, Joe y Mabel, cuando irrumpió Steve Flynn como si fuera el director de escena con el estilo que suelen adoptar las madres de los niños exploradores. Mabel intentaba con todas sus fuerzas soportar la tortura somática que creaban las tensiones mentales que la rodeaban, pero sólo fue capaz de soportar muy pocos minutos con Flynn. Le prometió que haría una breve aparición ante los científicos, pero después tuvo que abandonar el comedor para descansar antes de la penosa prueba.

Mabel empezaba a darse cuenta de la realidad de lo que Joe le había contado: quien dispone de percepción extrasensorial está obligado a desarrollar un nivel de resistencia y valor completamente desconocido para las personas normales. A veces, el simple hecho de estar en una misma habitación con algunos normales era una gran carga y representaba un esfuerzo casi insostenible. Y ni la más mínima señal de ese esfuerzo debía resultar visible, para no suscitar una mayor incompreensión por parte de los normales y así evitar que aquello se añadiera al suplicio. Evidentemente, era necesario entrenarse para soportarlo, de la misma manera que se entrenan un nadador o un corredor de fondo.

Los ojos de Flynn siguieron a Mabel cuando salía del comedor, pero Joe sabía que se trataba de una mirada profesional. Mentalmente la veía en poses, en fotografías, redactaba párrafos sobre ella, y, en definitiva, la mostraba al público como una preciosa y exótica mercancía. Era una muñeca, muy bien, pero Flynn ya había visto tantas muñecas que ahora preferiría mirar un caballo.

También los ojos de Carney la siguieron. Su mente estaba repleta de asombro, de perplejidad y sorpresa. Ya no la conocía, y experimentaba un sentimiento de pérdida irremediable, más que si Mabel estuviera muerta. Esto último habría podido comprenderlo y aceptarlo, pero lo que realmente había ocurrido le había sobrepasado por completo. Carney se sentía contento de que Joe le dejara estar presente durante la renovación de Billings, tal vez eso le ayudaría a comprender a la nueva Mabel. Sentía la necesidad de hacer algo para encontrar a Mabel, como si la mujer estuviera perdida, y Carney no supiera cómo hallarla.

Sólo Hoskins, orgulloso de la severa educación que había recibido, veía algo maligno en las miradas de los otros hombres. Hoskins no podía saber, ni nunca sabría, que su destreza y satisfacción para con las matemáticas y la mecánica, se debían a que le habían enseñado que pertenecer al género humano era algo sucio y vergonzoso. No estaba lo bastante psicótico para considerarse un árbitro oficial y dedicarse a establecer costumbres y leyes, ni lo bastante sano para tratar con los seres

humanos tal y como eran realmente. Se refugiaba en la neutra impersonalidad de la física y, desde esta posición ventajosa, se sentía seguro para hacer de francotirador donde le apeteciera.

Los hombres que quedaban en la mesa terminaron el desayuno, y después ya no hubo tiempo de nada.

Billings, aturdido y como si estuviera en estado de trance, acompañó a Hoskins y a Flynn hasta el anfiteatro, donde algunos famosos hombres de ciencia ya habían empezado a ocupar sus lugares en las gradas.

Joe y Carney siguieron a Mabel al salir del comedor donde habían desayunado, para estar con ella hasta que fuera el momento de aparecer ante la audiencia, y ante las cámaras de televisión.

Durante la noche, Bossy había sido llevada al centro del anfiteatro, al lado de una mesa de operaciones. A su alrededor se alzaban las gradas de asientos, habitualmente ocupadas por estudiantes, a veces ocupadas también por los doctores en Medicina cuando operaba alguien muy conocido para enseñarles algo nuevo. Hoy estaban ocupadas por gente famosa en todo el mundo.

Sobre la mesa de operaciones, suspendida de un carril que le permitía algunos palmos de desplazamiento lateral, se hallaban las lentes de una cámara de televisión. La cámara actuaba y se enfocaba por control remoto, de manera que podía observar con detalle cada centímetro de la mesa.

Había otras cámaras dispuestas para captar a las celebridades a medida que iban apareciendo, para recoger observaciones de gran sabiduría que habrían de conmover al mundo. Pero, como si se hubieran intercambiado los papeles, lo cierto es que esas perlas de insoportable sabiduría no se dieron. A medida que las celebridades llegaban atravesando la puerta, y eran identificadas para gran satisfacción de los observadores de todo el mundo, mantenían una actitud uniforme con los labios apretados a la espera de lo que pudiera suceder antes de atreverse a decir nada. A una señal de Steve Flynn, los locuaces y poco sinceros locutores dejaron de preguntar a los científicos lo que pensaban de todo aquello, y se limitaron sencillamente a identificarlos, con voces que cada vez eran menos entusiastas. El tempo general se redujo desde el de la actitud habitual en un gran acontecimiento deportivo a uno que era apenas decoroso.

Tres médicos consultores estaban ya en su lugar de observación. No tenían demasiado claro sobre qué iban a ser consultados, pero los tres estaban adecuadamente vestidos de blanco para la ocasión: bata, máscara y gorro. Sólo les faltaba tener un reluciente bisturí en las manos y parecían sentirse algo desnudos sin él. Su sencillo credo: «ante la duda, corta», parecía poco apropiado en aquel lugar. Intentarían sustituirlo siendo especialmente escépticos con el experimento.

Un sector del anfiteatro estaba ocupado por las cabinas reservadas a los locutores de la televisión y a los reporteros de prensa y los fotógrafos.

Cuando Joe entró con Mabel y Carney toda la batería de telecámaras se volvió hacia ellos y, por un momento, pareció que los locutores estuvieran retransmitiendo el

derby de Kentucky en el momento en que los dos favoritos se acercan igualados a la línea de llegada. La mirada de la concurrencia no compartía ese entusiasmo. Los ojos se fijaron en Mabel, examinándola gélidamente, mientras las mentes que había tras esos ojos tuvieron la misma reacción que hubiera tenido el psiquiatra de una prisión.

Joe percibió cómo Mabel, aunque estaba acorazada ante cualquier ataque, vacilaba y casi perdía el control ante el aluvión de bofetadas que caían sobre ella. Usó todo su poder para tranquilizar a Mabel y protegerla de los ataques más violentos. El problema no era el cinismo ni la incredulidad, eso era soportable. Lo que más dolía era la convicción preestablecida de que aquello no debía ser así.

«No puedo soportarlo, Joe», transmitió Mabel mentalmente.

«Seguramente esperan que recurras a algunos trucos femeninos para lograr su simpatía», Joe intentó animarla.

Cuando estuvieron cerca del lugar del recinto que les estaba reservado, Mabel se apartó del brazo de Joe y se detuvo en el centro del escenario. Más terribles que las bestias salvajes que los gladiadores debían afrontar, eran los romanos sedientos de sangre que se encontraban sentados en la seguridad de las gradas, protegidos por su sólido e inalienable derecho a decidir con el pulgar hacia arriba o hacia abajo.

Todas las telecámaras le apuntaban. Cuatrocientos millones de espectadores observaban, preparados para juzgar con el pulgar hacia arriba o hacia abajo.

—Señores —dijo con claridad—, no soy una impostora.

Después se dio la vuelta y salió del anfiteatro, sola. Joe obedeció los deseos mentales de Mabel y no intentó acompañarla.

El auditorio lleno de hombres oyó esas palabras con los oídos, pero no con las mentes. Como los psiquiatras, no necesitaban ver las pruebas para conocer la verdad de todo esto. Eran creyentes, ya que no podían recordar el torrente de ignorantes consejos que había establecido las pautas en sus mentes mientras ellos todavía gateaban por los suelos de la guardería: estaban convencidos de que el ser humano está dotado del don inherente de distinguir el bien del mal. Con o sin ese pequeño elemento de teatralidad, que no engañaría a nadie, estaban seguros de conocer la verdad.

No recordaban, ya que no era conveniente recordarlo, que casi palabra por palabra, acción por acción, todo esto ya había sucedido al menos una vez, cuando se hizo la primera demostración de la anestesia. No era conveniente para ellos recordar que todo el peso de la ortodoxia había logrado mostrar siempre la completa falsedad y el exagerado grado de charlatanería de todos y cada uno de los pasos hacia delante que había logrado la humanidad en su lento progreso hacia una mayor comprensión. Eran expertos. Si alguna de esas cosas hubieran sido posibles habría sido natural que ellos, que eran los expertos, lo hubieran sabido antes.

Mientras Joe y Carney se sentaban, el joven se preguntó si alguno de los asistentes había leído alguna vez un libro de historia. Pero, en realidad, ¿cómo podrían haberlo hecho? Estaban casi ciegos, y sólo habrían sido capaces de ver las

letras impresas.

A pesar de la confusión, Joe se sintió divertido al captar los pensamientos del pequeño danés que se sentaba justo al lado de Carney. El doctor llegado de Copenhague quería ser amable y cortés, pero no llamar la atención. Era consciente de que las cámaras de televisión le habían visto cuando seguía a Joe y Carney hacia la grada. ¿Tenía que decirles algo? ¿O sería mejor ignorarlos? Era evidente que se trataba de dos personas importantes en esta farsa ya que habían estado con esa... esa mujer. Por otra parte, ¿qué habrían pensado cuatrocientos millones de telespectadores si les daba la espalda?

—*Je suis très heureux de faire votre connaissance* —dijo con extrema formalidad a Carney, utilizando el francés. Le pareció que no utilizar la lengua materna de ninguno de ellos era una elegante componenda para resolver el dilema.

—También yo —gruñó Carney como respuesta con la arrogancia y la brusquedad de quien se siente incómodo.

El danés se sintió muy satisfecho de que Carney le hubiera desairado, ahora no tendría que mantener conversación alguna con ellos. Hizo el gesto de darse la vuelta para dirigirse al compañero que estaba a su otro lado, pero su mirada, como la de todos los presentes en el anfiteatro, quedó fijada en la puerta de entrada desde la antesala desde la cual llegaban Hoskins y el superintendente Jones.

Hoskins ocupó su lugar al lado de Bossy, sintiéndose incómodo como un adolescente que no supiera qué hacer con las manos ni los pies. Flynn le había vestido como los consultores médicos, se sentía como un maniquí, estaba ofendido y mostraba su descontento mirando ceñudo a las cámaras.

El superintendente Jones, como un anfitrión de gran clase, se acercó al micrófono, lanzó una ojeada al reloj de la pared que mostraba exactamente las ocho en punto de la mañana, ofreció una sonrisita a beneficio de los cuatrocientos millones de telespectadores, y se inclinó respetuosamente ante sus compañeros.

—¿No es un fenómeno? —le susurró Howard Kennedy al oído de Joe. El anciano se había deslizado a su lado sin que nadie se diera cuenta, mientras todas las telecámaras apuntaban a Hoskins y Jones. Estaba radiante de orgullo ante el buen papel que hacía el superintendente. Era precisamente ese tipo de cosas las que llamarían la atención de la personas eminentes.

Joe lució una sonrisa de aprobación por la sagacidad de Kennedy pero, en ese mismo momento, Billings apareció destacado en el marco oscuro de la puerta de entrada al anfiteatro. Careciendo por completo del sentido del espectáculo, había interrumpido la exhibición de Jones demasiado pronto. El superintendente quería haber indicado a las cámaras que debían enfocar la puerta, por medio de un elegante gesto de la mano ya convenido y efectuado en el momento adecuado, pero las telecámaras encontraron la puerta por sí solas.

Billings estaba vestido con bata y zapatillas. Con la excepción de una ligera ojeada a Hoskins y una rápida búsqueda con la mirada en la dirección donde estaba

Joe, Billings mantenía los ojos fijos en el pavimento. Uno de los doctores, con actitud de gran profesionalidad, le acompañó hasta la mesa de operaciones.

Las cámaras se volvieron locas y mostraron vistas laterales, escorzos, picados, vistas desde abajo, primeros planos y todo tipo de montajes.

Billings se acercó al micrófono.

—Desearía que todos ustedes, señores, comprendieran —dijo con claridad—, que este experimento es distinto a todos los demás que nos ha ofrecido hasta hoy la historia de la ciencia. Personalmente habría preferido que se hubieran hecho otras pruebas previas a esta demostración. Existen todavía tantos aspectos que no comprendemos completamente, que todo esto puede ser prematuro, demasiado prematuro.

Sus palabras conquistaron a la audiencia. Se trataba de un lenguaje que comprendían perfectamente y que aprobaban. Al realizar un rápido sondeo de la reacción somática existente en la sala, Joe percibió cómo disminuía el escepticismo.

—En las primeras fases de todos los avances científicos, nunca hay garantía de éxito —continuó Billings—. Sólo después de haber eliminado los errores y aislar las posibles variables y aprender cómo compensarlas, es posible anticipar un resultado. En este caso, tenemos la variable del ser humano en sí mismo. Todavía no conocemos cuáles son las constantes que aseguran un resultado positivo, y cuáles las variables que determinarán un resultado negativo.

Algunos de los hombres de las gradas asintieron con un gesto de la cabeza en señal de aprobación. Eso ya era algo.

—El hecho de que hoy obtengamos un resultado positivo o negativo no es demasiado importante. Ocurra lo que ocurra, por favor, aguarden antes de emitir su veredicto definitivo.

Se apartó del micrófono y se acercó a la mesa en la que había de tenderse. Se despojó de la bata y las zapatillas. Billings llevaba unos calzoncillos blancos, como concesión a las todavía lamentables y pervertidas tensiones de algunos miembros de la audiencia, quienes estaban tan perturbados por sus lúbricas actitudes con respecto al cuerpo humano que no podían soportar verlo desnudo.

El doctor Billings mostraba claramente sus setenta y dos años. La piel era blanco-azulada y colgaba en todas partes como si la constante acción de la gravedad durante todos esos años, hubiera vencido por fin a la tersura original. Todo su cuerpo estaba encorvado como si ya no pudiera mantenerse derecho ante el insidioso y constante efecto de la gravedad.

—Estoy preparado, Duane —dijo a Hoskins.

Hoskins asintió con un brusco gesto de la cabeza e hizo una rápida señal a uno de los médicos. Ambos ayudaron a Billings con la mesa de operaciones. Hoskins empezó a colaborar con Billings para conectarle a la red de electrodos. Se aplicó y aseguró un electrodo a la piel en diversas partes del cuerpo de Billings: en los lugares donde el pulso late cerca de la superficie, en la parte interior de los muslos, en las

muñecas, en las sienes, debajo del occipucio donde la médula espinal se une al cráneo, etc.

—Has de usar el mismo tipo de terapia que utilizaste con Mabel —le dijo Billings a Bossy.

Se oyeron algunas exclamaciones sofocadas entre la audiencia. ¡Se había dirigido a la máquina como si se tratara de otro médico! La apertura de miras que las anteriores palabras de Billings habían despertado desapareció inmediatamente. No se le habla a una máquina sobre la terapia médica a emplear, como si se tratara de algo normal. Lo habitual es regular los reóstatos, mover palancas, pulsar botones, ajustar los indicadores, calibrar los temporizadores o, como máximo, introducir una cinta perforada con las instrucciones.

—¡Espere un momento! —ordenó uno de los médicos consultores—. ¿Qué le han hecho antes a la máquina?

—Nada —dijo brevemente Hoskins—. Nada en absoluto. Bossy aprendió el proceso de la terapia del doctor Billings cuando la aplicaron a Mabel. Bossy recuerda y aplica todo lo que aprende. Se ha hecho ya un montón de publicidad sobre cómo es el funcionamiento de Bossy.

Todos los espectadores de la sala se habían inclinado hacia delante para seguir el intercambio de palabras.

El médico consultor cedió, pero no parecía convencido. Evidentemente habían estado chapuceando con la máquina antes de la demostración, y ahora se dedicaban a usar la más ramplona charlatanería para impresionar a los crédulos. ¡Una máquina que podía aplicar algo tan complejo como la terapia psicosomática tras una orden tan sencilla! ¡Absurdo!

Billings se estiró con la cara hacia arriba en la mesa de operaciones. Bossy seguía en silencio, con la excepción de un tenue gemido. Billings cerró los ojos. Los indicadores mostraban que las pulsaciones se hacían más lentas, la respiración era cada vez más profunda y de menor frecuencia. El encefalograma empezó a mostrar las pautas rítmicas características de la hipnosis.

Cualquier médico podía explicar cómo todo eso podía haber sido alterado fraudulentamente.

Durante una hora no sucedió nada. La audiencia empezó a impacientarse. ¿Qué se tenía que ver? Había un hombre tendido en la mesa de operaciones, con algunos cables conectados a él. Había una máquina a su lado. Era todo muy aburrido.

Steve Flynn estaba más impaciente que todos los demás. Cuando fabricas un milagro para que el público lo disfrute, la gente quiere ver fuegos artificiales. Flynn se levantó de su asiento y bajó al centro del anfiteatro.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Hoskins.

Hoskins se encogió de hombros.

—Muy bien, ¿hay alguna manera de saberlo? —preguntó Flynn.

Hoskins se dirigió a Bossy.

—¿Puedes darnos un informe de la situación?

—No hay ningún progreso —contestó inmediatamente la pantalla de Bossy.

La respuesta visual llegó a todo el mundo. Y todo el mundo suspiró inquieto. ¿Habían estado pegados durante toda una hora a las pantallas de la televisión para nada?

Flynn sacudió la cabeza irritado. Tenía planes completamente detallados para lo que debía hacerse antes de la terapia, y también para cuando Billings se levantara de la mesa de operaciones, como un joven ágil y fuerte. Pero no se había preocupado más que vagamente por la duración de la terapia en sí misma. Había supuesto que habría mucha actividad, con los médicos hablando con resolución de bisturíes, suturas, algodón y fórceps. Había imaginado que la máquina se detenía a causa de una avería en algún momento crítico y que Hoskins trabajaba frenéticamente para restaurar en Bossy un funcionamiento normal, tal vez con la actitud de tener que mantener la respiración y confiar que la reparación provisional permitiera superar la crisis.

Y, en lugar de eso..., ¡nada!

Media hora más tarde, a las nueve y media, Hoskins repitió la misma pregunta. La respuesta fue la misma.

—No hay ningún progreso.

A las once Billings se movió y se sentó. Tenía la cara tensa, con los ojos llenos de pena por el fracaso.

—Volvamos a empezar —dijo lentamente.

Y volvió a estirarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Flynn a Hoskins.

—No lo sé —fue la respuesta.

En la audiencia se oyeron murmullos. Se esperaba que un científico siempre tenía que saber lo que ocurría.

Flynn dirigió la mirada desesperada hacia su jefe, Kennedy. Sus ojos repararon en Joe.

—Señor Carter —dijo de repente—, ¿puede usted decirnos lo que ocurre?

Durante un instante, Joe estuvo a punto de negarse. Después decidió que como, al final, todos acabarían sabiéndolo, bien podía decírselo ya.

Se levantó, cruzó por delante de las rodillas de Kennedy y se encaró con el micrófono y con las cámaras de televisión.

—Como ya saben los doctos señores que se hallan presentes en la sala, y como tal vez no sepa alguno de los telespectadores, la terapia psicósomática se aplica gracias a una ligera modalidad de hipnosis, en la cual el paciente sigue consciente pero coopera con el terapeuta. Éste no dispone del control completo del paciente. Si, en un momento dado, se ordena al paciente que debe liberarse de una convicción que él considera más importante que la propia cura, la terapia fracasa. Y entonces no puede haber ningún progreso.

»Aparentemente, el doctor Billings no es capaz de abandonar algunas firmes convicciones que cree que son correctas.

No siguió adelante. Ahora los médicos lo sabrían, todos tenían pacientes a los que no podían ayudar. Todos ellos habían practicado algún tipo de psicoterapia y tenían pacientes que habían preferido mantener su propia interpretación que adoptar la del psiquiatra. Y por lo que hacía referencia al público general, era mejor que tuvieran tiempo para pensar en todo esto durante un rato.

Volvió a su asiento.

Kennedy le miró con los ojos semicerrados.

—Eso es lo que quería decirme —murmuró entre dientes mientras Joe se sentaba.

Joe suspiró.

—Sí —contestó.

—¿No puede dar un poco más de tensión eléctrica? —preguntó Flynn a Hoskins —. Si sólo se trata de eso, dele más potencia a la máquina y él renunciará a sus convicciones.

Joe se levantó de nuevo y habló desde su puesto en la grada.

—Este tipo de terapia, el uso de la fuerza para lograr que un ser humano abandone sus convicciones, se ha intentado desde los albores de la historia. Creo que a estas alturas ya tendríamos que saber que no funciona.

El público se agitó con un sentimiento de incomodidad. Ese joven, fuese quien fuese, se estaba dando demasiadas ínfulas de autoridad.

En ese momento Billings volvió a sentarse y, lentamente, empezó a desconectar los electrodos de su cuerpo. La pantalla de Bossy mostraba cuatro palabras que contaban toda la historia.

—No es posible progresar.

JOE, Steve Flynn y Howard Kennedy se hallaban sentados en el despacho del industrial y permanecían en silencio. Kennedy estaba de espaldas a la gran mesa y miraba por la gran ventana panorámica desde la cual se dominaba la ciudad y la bahía. Steve Flynn daba un repaso a los periódicos con un celo casi masoquista, buscando incluso los más nimios comentarios en las últimas páginas, como si al echar sal en la herida, pudiera acabar de una vez con todo.

Joe estaba repantigado en la silla, tranquilo y reposado, a la espera de que un plan empezara a esbozarse en la mente de los otros dos.

Sabía que el mayor obstáculo al progreso humano no proviene del científico que construye y verifica una estructura teórica y metodológica, sino de sus seguidores. Con independencia de la universidad a la que se asista y del nivel de estudios obtenido, el hecho real, tal y como Joe había podido observar en las mentes de los hombres, era que la mayoría de los seres humanos, incluso los científicos, no tiene el suficiente valor para seguir los principios básicos de la ciencia; que pese a que puedan llamarla ciencia, en realidad se apoyan en ella como si fuera una estructura de fe. Y cuando una de esas estructuras teóricas desaparece de debajo de los pies, se agarran a otra y la conservan con un frenesí desesperado movidos por el temor de que también esa otra teoría pueda ser amenazada.

Entonces las teorías especulativas se convierten en leyes canonizadas, procedimientos sólo sugeridos devienen ritos, y las afirmaciones provisionales se convierten en verdades absolutas y rutinarias. Y si eso, una vez llevado a la práctica, tiene éxito, entonces les resulta imposible concebir cualquier nueva verdad por sí mismos. Funciona, luego tiene que ser cierto. El inventor de la teoría, poseedor de suficiente elasticidad mental como para modificar la vieja estructura teórica y crear otra nueva, podría muy bien ser capaz de concebir nuevas teorías, pero sus seguidores tienen siempre delante de los ojos la prueba de su propia infalibilidad.

Joe estaba convencido de lo evidente: que cualquier teoría es cierta en el marco donde se aplica, y que cualquier teoría es falsa fuera del marco de referencia de su propio sistema de coordenadas. Sabía, y ahora Bossy lo había confirmado, que la exactitud de una teoría nunca es algo absoluto, sino que es precisamente la persistencia en aplicarla y mantenerse dentro de los límites de su marco de referencia lo que le proporciona éxito.

Y así, el pujante organismo de la consideración especulativa se solidifica en el ataúd acorazado de la ortodoxia.

Y la ortodoxia había triunfado ahora.

Bossy era algo nuevo. Bossy no se ajustaba a la estructura teórica existente y, por lo tanto, Bossy era, *per se*, un error. Los ortodoxos marcharían contentos hacia la tumba, seguros y orgullosos hasta el último aliento de lo acertado que era su punto de vista.

—Escuchen lo que dice el doctor Frederic Pomeroy —dijo Steve, y leyó en voz alta sin esperar respuesta—: «Debemos recordar que nunca se pretendió que Bossy fuera otra cosa que un aparato para prevenir y evitar accidentes en nuestros aviones militares más rápidos y veloces. Atribuirle capacidad terapéutica es un insulto a nuestra inteligencia. Cuando, al final, se descubra la verdad en el caso de Mabel Monohan (y se descubrirá, pueden estar seguros), sabremos sin ninguna duda que se ha perpetrado un fraude vergonzoso y se ha engañado a la gente».

Flynn dio ligeros golpecitos a la página con la punta de los dedos.

—Esto resume la mayor parte de los comentarios —explicó—. ¿Quieren oír también lo que ha dicho el doctor Eustace Fairfax, consultor psiquiátrico del departamento de policía de San Francisco?

Kennedy hizo que su silla diera la vuelta. Tenía los ojos un tanto apagados, pero en los labios asomaba la sombra de una sonrisa.

—Ése es el que visitó a Mabel en la cárcel, ¿no es así? —preguntó.

Steve pasó algunas páginas del periódico. Los comentarios del doctor Eustace Fairfax estaban enterrados entre las reacciones de la gente menos importante.

—«Ha habido algunos entre los profanos —leyó Steve Flynn—, que han menospreciado la opinión y el consejo profesional. Ha habido algunos políticos que han preferido ser indulgentes con las emociones de la multitud. Ha habido algunos que prefirieron ridiculizarme cuando testifiqué que Mabel Monohan era una joven mentalmente desequilibrada que debería estar confinada en una institución psiquiátrica. Tal vez ahora sean capaces de recordar sus propias palabras y, en el futuro, dejen que las personas cualificadas se ocupen de los problemas de los enfermos mentales».

Casi era posible ver ese rostro delgado y fanático con la aguileña nariz vibrando de indignación, las elegantes gafas lanzando destellos de triunfante perversidad. El doctor Eustace Fairfax era realmente un psiquiatra de receta, y al convertir unas reflexiones provisionales en esotéricos artículos con recomendaciones y órdenes, se convertía en autoridad.

Fue esa cita del psiquiatra la que estimuló la impaciencia de Joe. Decidió que ya era hora de dejar que los dos hombres conocieran sus intenciones.

—Por supuesto que ninguno de todos ellos se ha dado cuenta de que el experimento ha sido un éxito completo —dijo con voz tranquila.

Steve Flynn casi se cayó de la silla. Abrió desmesuradamente la boca y la papada le colgó flácida mientras miraba fijamente a Joe. Los ojos de Kennedy chispearon con una mezcla de orgullo y aprobación.

—Me estaba preguntando cuándo ibas a confiar en nosotros, Joe —dijo Kennedy.

La mandíbula de Steve se cerró de repente y semicerró los ojos en una mueca de ira.

—¡No entiendo nada! —dijo violentamente, dirigiéndose a Joe—. ¿Qué es todo esto? ¿Quiere decir que tú sabías ya que todo esto iba a ocurrir, que Bossy no funcionaría en el caso de Billings, y has dejado que siguiéramos adelante para que hiciéramos el ridículo?

—Lo cierto —dijo Joe con calma—, es que no lo sabía, no estaba completamente seguro. Hacía falta comprobarlo. Intenté advertirte para que el nivel de la publicidad disminuyera. Lo cierto es que hubiera preferido que el experimento se hubiera llevado a cabo en el mayor secreto, al menos la primera vez. Después me di cuenta de que, cuanta mayor fuera la publicidad del fracaso, mejor. Es bueno para la humanidad saber a lo que se enfrenta.

—Ahora mismo me bastaría con saber a lo que yo me enfrento —dijo Steve con disgusto.

Joe podía advertir la liberación de las tensiones somáticas a medida que Flynn descargaba su ira.

—Mira —continuó Flynn—, lo que pueda o no hacer Bossy no es asunto mío. Pero me han encargado un trabajo. Me encargasteis que el público amara a Bossy. Por lo tanto me puse a trabajar y lo monté todo, una gran producción, un verdadero montaje, mi obra maestra. Y ahora descubro que estabas esperando justo lo contrario de lo que yo me esperaba. —Se dirigió a Kennedy y le preguntó, con una nota de acusación en la voz—: ¿También usted se esperaba lo que ha ocurrido, señor Kennedy?

—No estaba seguro —respondió Kennedy tranquilamente—. Podía ser, teniendo en cuenta lo que Joe me había dicho el primer día que nos vimos.

—No ha sido un caso de doble juego deliberado, Steve —dijo Joe, y telepáticamente eliminó toda traza de rebelión en la mente de Steve—. No sabía lo que iba a ocurrir. Esperaba que sucediera lo que ha sucedido, pero no lo sabía con total seguridad.

—No lo entiendo —repetía Steve, y esta vez su voz mostraba dolor—. Acepto que no me hayas puteado directamente, pero... ¡Oh!, amigo.

—¿Sabes algo de árboles, Steve? —preguntó Joe.

Flynn le lanzó una mirada penetrante. ¡Esos Cerebros! Nunca sabes por dónde se van a salir por la tangente. ¿Cómo lograban hacer alguna cosa si no podían seguir hablando de un mismo tema durante más de dos minutos? ¡Oh!, amigo.

—Eso tampoco lo entiendo —contestó, y se reservó para sí la opinión sobre ese despiste.

—En un bosque de árboles gigantes —dijo Joe—, los retoños enferman y mueren. Necesitan la luz del sol para crecer y no pueden obtenerla. Sólo en los bordes del bosque, donde puede llegar la luz del sol, se dan las condiciones ambientales adecuadas para crecer. En el centro del bosque sólo pueden sobrevivir los que son

capaces de adaptarse a la semioscuridad. Sobreviven bajo determinadas condiciones, pero no podrían sobrevivir a un cambio, no pueden sobrevivir a una condición que forma parte de las condiciones ambientales normales en todas partes. No pueden sobrevivir bajo la luz directa del sol. Eso también ocurre en las civilizaciones humanas. Los cambios fundamentales casi siempre ocurren en los márgenes, no hay espacio para que se manifiesten y desarrollen donde están los árboles gigantes.

Era evidente que Steve seguía sin entender nada.

—Puede parecer paradójico —explicó Joe—, pero la misma muerte es un factor de supervivencia. Las condiciones ambientales cambian. El único tipo de vida que puede sobrevivir es el que puede enfrentarse al reto del cambio. Esto significa que toda forma de vida ha de intentar, constantemente, desarrollar nuevas pautas de mutación, para que cuando llegue el cambio haya mutaciones capaces de enfrentarse a él.

—¿Te has dado cuenta —siguió Joe como si estuviera dando clase—, de que el material de desecho de los árboles de hoja perenne envenena la tierra que les rodea de manera que sólo puedan crecer en ella árboles de su misma especie? Una idea convertida en tradición perenne, hace lo mismo. Pero los materiales de desecho de los árboles de hoja caduca, que pasan por la falsa muerte del invierno, enriquecen la tierra. Y una nueva variedad tiene una posibilidad de supervivencia.

Kennedy cerró los ojos y siguió sentado en silencio, casi sin respirar.

—Yo siempre he sido implacable con mi hijo —dijo—. No es extraño que no haya podido crecer.

—Tendrás que ponerme ejemplos —dijo Steve con perplejidad en la voz—. El jefe lo entiende, pero yo no.

—El motivo por el cual Mabel ha podido responder al tratamiento de Bossy es simple —explicó Joe—. A pesar del tipo de vida que ha llevado, Mabel estaba completamente segura de la validez de las convenciones artificiales que nuestra civilización ha convertido en costumbres. Eso ocurre mucho más a menudo de lo que parece. Mabel vivía una vida de pecado y de delitos. Debería haber sido castigada por ello, al menos de acuerdo con sus convicciones más íntimas, pero en lugar de eso prosperó. Con la edad se sintió cada vez más confusa. La humanidad dice una cosa pero hace la contraria: establece un sistema ético completo y después hace prosperar a quienes lo transgreden. Mabel era honesta, no era capaz de conciliar lo que le ocurría con lo que se le había enseñado. Estaba nerviosa, completamente perpleja, perdida al contemplar que las enseñanzas del hombre y su comportamiento real tienen poco o nada en común.

»Necesitaba respuestas a todo esto. Realmente quería las respuestas, no tan sólo confirmaciones de aquello en lo que ya creía. Su pantalla de prejuicios tenía tantos agujeros que las ideas podían ir y venir a través de la pantalla sin quedar deformadas para que se ajustaran a sus convicciones preestablecidas. Mabel estaba a punto para la terapia.

—Y el doctor Billings no lo estaba —dijo Kennedy.

—Así es —confirmó Joe—. El doctor Billings se había ganado una reputación mundial en el seno de una estructura teórica que él creía correcta. Intelectualmente es capaz de tener en cuenta que otras estructuras teóricas también pueden ser válidas, pero se trata sólo de ejercicios mentales, ya que esas estructuras teóricas se enfrentan a unas convicciones firme y profundamente asentadas sobre el hecho de que su propia estructura teórica ha de ser la correcta porque ha demostrado que funciona. En el momento decisivo, dejó de jugar con las palabras y se agarró a sus convicciones. Éstas eran ciertas sólo en una base monovalor. Mabel quería saber. Billings ya sabía, o estaba convencido de ello.

—No consigo entender qué relación tiene todo esto con los árboles —dijo Steve terminantemente.

—El ser humano representa un tipo de mutación en la cual el factor determinante para la supervivencia es el intelecto. Está claro que todavía no ha demostrado que eso sirva para sobrevivir. Todas las formas de vida florecen durante un cierto período de tiempo y después mueren. Pero el universo maneja una escala de tiempos muy dilatada. Recuerda los grandes reptiles que florecieron en la Tierra durante cuarenta millones de años. El ser humano ha de superar ese récord antes de demostrar con certeza que, de cara a la supervivencia, el intelecto es superior a un cuerpo monumental y una piel muy gruesa.

»Ante esos cuarenta millones de años, el ser humano tiene tan sólo siete mil años de historia escrita. Pero el ser humano actúa como si ya dispusiera de todas las respuestas, y parece que lo cree realmente. Es como si a la humanidad ya no le quedara nada por hacer en los siguientes cuarenta millones de años, excepto imitar a los hombres de hoy.

—Los árboles —le recordó Steve a Joe.

—Siempre hemos creído que la inmortalidad sería algo valioso porque podría servir para preservar las grandes mentes y darles así un tiempo más largo para desarrollar su trabajo. Pero eso significaría obtener una mente siempre lozana, que dominaría a todas las demás e impediría el desarrollo de nuevas ideas.

»Cuando algo deja de crecer, cuando alcanza su mayor crecimiento, empieza a morir. Cualquier idea monovalor está limitada a un conjunto dado de estructuras, pero un ser humano que mantiene una idea monovalor intenta adaptarla a todas las estructuras. La deforma y la retuerce transformándola en una monstruosidad, hasta que deja de servir a su propio objetivo y niega su propia validez. Esa misma deformación y la tensión la destruyen, y al hombre con ella.

»Una de las leyes de la vida, del universo desde que la vida existe en el universo y no es una excepción, es que el cambio ocurre. Pero una idea monovalor, por definición, niega la posibilidad del cambio. Bossy es un instrumento científico. Y los instrumentos científicos no funcionan negando las leyes fundamentales de la materia-energía. Bossy no puede renovar ningún organismo que se niegue a ello.

»De las afirmaciones que hizo la noche pasada, sospeché que el doctor Billings no podría renunciar a las viejas y anticuadas ideas monovalor sobre las que había construido su propia vida. Pero, ya ves, todo esto era sólo una teoría. Y no tenía manera de saber lo que ocurriría hasta que se hiciera la prueba. No creo en las teorías que no pueden demostrarse, en especial cuando dependen del soporte de otras teorías que tampoco pueden ser demostradas. Tenía que ver si Bossy trabajaba realmente a un nivel básico, o si, simplemente, se trataba de un superjuguete que podía, bajo hipnosis, hacer que las células se renovaran a sí mismas.

—Yo me veo intentando contar todo esto a la gente —dijo Steve tristemente—. ¡Oh!, amigo.

Los labios de Kennedy se curvaron en una sonrisa.

—Los árboles de hoja perenne —se lamentó Steve—, plantas de hoja caduca, civilizaciones, cuarenta millones de años, leyes fundamentales de la materia-energía, ideas monovalor... ¡Oh!, amigo.

Tomó otro cigarrillo e incluso su encendedor ya no parecía el de antes, ni siquiera produjo el habitual chasquido.

—Muy bien, tal y como han ido las cosas hasta ahora, lo cierto es que la gente no se atreverá a tocar a Bossy ni siquiera con un palo de, al menos, tres metros de largo...

PERO una buena noche de sueño era todo lo que Steve Flynn realmente necesitaba. La mañana siguiente se despertó lleno de optimismo y preguntándose cómo había podido ocurrir que se hubiera sentido, aunque sólo por un momento, tan decaído.

Ése era el problema de estar con los Cerebros. Ellos mismos estaban tan confundidos que confundían a todos. Sólo con estar cerca de ellos, con oírles hablar, hacían que uno olvidara lo que era importante y lo que no. El haber estado con esos tíos le había hecho olvidar que tenía un sencillo trabajo que hacer. Tenía que lograr que el público amara a Bossy, eso era todo.

Se habían portado como verdaderos idiotas. El gran ejemplar, el verdadero ejemplar, el tema más atractivo, *sexy* incluso, era Mabel. Y casi no la había utilizado. La chavala tenía piernas, tenía dientes, ¿que más necesita un publicitario? Simplemente sonríeles, hermana, y enséñales las piernas... y comprarán.

Cuando llegó a su oficina en el edificio Kennedy, ya había diseñado una campaña. Y disponía de un equipo, de un verdadero equipo de tíos y tías realmente brillantes para encargarse de los detalles. ¿La gente quería a Mabel? ¡La tendría! Era así de simple.

Estaba silbando entre dientes y sacaba sonoros chasquidos del encendedor dorado, cuando los directores de su departamento de publicidad llegaron en tropel a la reunión que había convocado. En los rostros mostraban satisfacción por su estado de ánimo.

Durante todo el día anterior ninguno de ellos había sabido qué hacer. Eran como bailarines que hubieran quedado congelados en extrañas poses por un repentino silencio, cuando la música había cesado. Todo había terminado con el fracaso de Bossy, y la pausa huera había sido horrible. Al llegar la noche ya estaban dispuestos a cortarse la garganta, y sólo el estupor causado por algunas de las exageradas historias de Brady les había mantenido durante la noche. Pero ahora ya todo estaba bien. El jefe silbaba entre dientes y hacía chasquear el encendedor.

Flynn sólo necesitó proporcionarles un ligero esbozo de la campaña. Sabían entender una idea y cómo desarrollarla. Podían componer una sinfonía a partir de una sencilla nota. La música comenzaba a sonar de nuevo en los despachos de la gente de relaciones públicas.

Complementándose mutuamente como expertos componentes de una *jam session*, salieron de su despacho, ansiosos por desarrollar las variaciones que el tema sugería. Steve pidió al director de producción que se quedara un momento mientras hacía una llamada telefónica. Podía haber algo más a tener en cuenta.

La actitud optimista que le invadía era tan animosa y tan fuerte, que Steve ni siquiera se hundió cuando Joe se negó a permitir que molestaran a Mabel.

—¿Que Mabel no es capaz de ver a los fotógrafos y a los reporteros? ¡Magnífico, chico! Maravilloso. Un grandioso ejemplar. A propósito, ¿qué era lo que pasaba con esa chica? ¿Un estado de *shock*? ¡Estupendo! Ya me lo pensaba. ¡Nada podría irnos mejor! Chico, ¿por qué no me lo contaste antes? Chico, ¡eres una completa nulidad! ¿No lo ves, tío? ¡MABEL SE DESPIERTA DE UN COMA PROFUNDO PARA APARECER ANTE LOS CIENTÍFICOS DE TODO EL MUNDO! Estos Cerebros... Acabaráis volviéndome loco, ¿no sabéis ver un toque de efecto dramático cuando lo tenéis delante de las narices? ¡Oh!, amigo. Me centraré en esto de manera que lo olviden todo a propósito de Billings. ¿Billings? ¿Quién es Billings? Eso es lo que todos van a preguntarse mañana a esta hora, tío.

»Ahora, fíjate, Joe. Hay algo que quiero que hagas. Han de olvidarse de Billings. No puedo venderles a Bossy si ven una y otra vez cómo ha fracasado con él. Tío, usa el sentido común. ¡Hemos de tener algo positivo! ¡No se puede vender algo negativo! Mira, chico, me importa un rábano si la gente acaba siendo más culta o no. Kennedy me dice “haz que amen a Bossy”. Kennedy es mi jefe. Voy a hacer que les guste Bossy. ¡Es así de sencillo!

Estuvo a punto de colgar el teléfono de golpe, pero era un publicitario desde hacía demasiados años y, en lugar de ello, el largo entrenamiento hizo surgir automáticamente todo su encanto.

—Muy bien, muchacho. Seguro que sí. Sí. Sí. Entiendo lo que dices. Seguro, Joe. Todo lo que tú quieras. ¿De acuerdo? Muy bien, de acuerdo.

Colgó el teléfono e hizo una mueca al especialista en producción que estaba esperando.

—No habrá nuevas fotos —dijo.

El especialista en producción se encogió de hombros. Había montones de fotos en las grabaciones del día anterior. El jefe sabía que podían montarse sobre cualquier fondo que hiciera falta. No se trataba de una catástrofe.

—Lo que digas, jefe —convino—. Ahora ya sé lo que tengo para trabajar. —Estaba habituado a este tipo de cosas. Ahora lo venden caro, ahora lo venden barato. Hoy fabricaba una cosa, y mañana hacía otra encima de la anterior. Así era para él el trabajo de todos los días. Lo único que pedía era que le dijese de qué se trataba, qué era lo que querían. Él lo fabricaría.

Delgado, rubio, engañosamente apacible, infinitamente atento, era una persona ideal para ese trabajo. Era como el acero toledano: lo bastante flexible para doblarse en la dirección requerida y luego se enderezaba tan pronto como cedía la presión. Como Steve, se ponía aparentemente de acuerdo con quienes se le oponían, y después, como fuera, siempre acababa haciendo lo que quería.

Abandonó el despacho de Steve y empezó a ir de departamento en departamento, coordinando, dando ideas, mezclándolas, escuchando razonamientos sin mostrar

oposición alguna y luego haciendo valer a la larga su propio razonamiento gracias al poder absoluto de la flexibilidad y la elasticidad. Pronto había informaciones en las agencias de noticias, primeras ediciones que entraban en prensa, reuniones organizadas, fechas importantes reservadas, halagos y exigencias de cooperación según lo exigieran las circunstancias.

Los medios de comunicación encontraron nuevos temas de los que hablar.

DURANTE tres días, la oficina de Steve tuvo a Mabel oscilando en el límite entre la vida y la muerte. Le subía y le bajaba la fiebre. Estaba consciente y recaía en el coma. Podía comer ella sola y tenía que ser alimentada intravenosamente. Respirando afanosa una y otra vez, luchaba en una esforzada batalla por su vida en las columnas de la prensa.

Y, a pesar de todo ello, seguía siendo joven, seguía siendo muy bella, y era capaz de mostrar los dientes en una agradable sonrisa y enseñar las piernas, siempre maravillosamente fotogénica.

Como Steve Flynn había previsto, el público olvidó a Billings completamente. Esto era mejor. Ahora les contaban toda la historia. Alimentado con los culebrones de la televisión y la radio, con la interpretación que hacía Hollywood de lo que es realmente dramático (que no había cambiado en esencia desde la época de Pearl White y los Keystone Cops), el público estaba obteniendo finalmente una comida completa de dulzón sentimentalismo y de sucedáneos de diversión típicos de los parques de atracciones.

Los principales locutores y comentaristas que trataban este tipo de asuntos, vieron en el tema de Mabel un material muy bueno para sus audiencias, y el público cayó en una vertiginosa borrachera de inquietud y preocupación. Con gran nobleza se perdonaba a Mabel por su vida pasada, y todos se sentían felices de su altísimo nivel moral al admitir que puede haber siempre algo bueno en el peor de nosotros.

Aunque no todos. A pesar de toda su experiencia y conocimientos sobre la forma de jugar con la opinión pública como un artista del órgano, Steve cometió un error. Los mismos comunicados que hacían que el público se entusiasmara con Mabel, y consecuentemente con Bossy, utilizando la misma técnica habitual en la venta de coches que consistía en enseñar las piernas de una chica guapa cuando subía al vehículo, proporcionaron a la oposición el material que estaba necesitando.

Ya habían pasado los días en los que una empresa podía decretar que ningún empleado por debajo del rango de ejecutivo pudiera poseer determinados modelos exclusivos de coche, o en los que la nobleza pudiera decidir que determinadas sensaciones eran demasiado buenas para la gente común. Esos días habían pasado, pero no las motivaciones que estaban tras esas costumbres. Cuando mejor se lo pasa la gente vulgar, más se irrita la gente de elite. ¿Cómo osaba esa estúpida máquina conceder la inmortalidad a una vulgar prostituta y negarla a un hombre de los suyos como Billings? Cuanto más se revolcaba el público en ese sentimentalismo dulzón, más se alejaban de todo ello los intelectuales desdeñosos.

Alguna de las objeciones de Joe se había infiltrado en la campaña de Steve. Poco a poco el público empezó a darse cuenta de que Mabel había pasado a través de una especie de muerte y había renacido. Prefirieron ver el peligro donde no había habido peligro alguno.

Y el tema de la vida y la muerte era una prerrogativa de la profesión médica. Tal y como admitían los mismos protectores de Bossy, someterse a esa máquina era un tema de vida y muerte.

Se organizó una manifestación de protesta que marchó sobre Washington. Ésta fue la excusa que Washington había estado buscando. Todas las ramas del poder, la legislativa, la ejecutiva, la judicial, se habían estado planteando la misma pregunta:

¿Quién merece ser perpetuado, convertido en inmortal?

Y la respuesta era evidente para ellos.

Eso era incluso demasiado bueno para los diputados y los funcionarios, pero no se habían atrevido a confiscar la máquina con sólo esa razón. Como siempre, habían necesitado otra razón con la que ocultar sus verdaderos motivos. La profesión médica la proporcionó: Bossy era demasiado peligrosa para dejarla en manos de gente irresponsable.

Además, aquél era un año de elecciones. Las ramas legislativa y administrativa del poder dependían directamente de los votos, y la rama judicial indirectamente, como demuestra una breve ojeada a la historia.

Y mientras Steve Flynn estaba ejecutando su partitura con mano de artista en su órgano particular, haciendo que el público explotara en risas y sollozos, esperanza y temor, las tres fuerzas del gobierno se unieron, y de común acuerdo dirigieron la mirada hacia el Pentágono. Los militares no dependían de los votos. Pero Bossy era, evidentemente, una peligrosa arma de guerra.

Costó poco convencer a los jefes militares de todo ello, ya que los jefes seguían imaginando la gloriosa visión de interminables hileras de hombres perpetuamente jóvenes que desfilaban en medio del precioso llamear del holocausto y la destrucción.

Pero, pese a todo, incluso ellos sabían ser cautelosos. Si alguien debe enfrentarse a una corte marcial por un error, es mejor que sea un recluta o, al menos, un oficial de baja graduación; evidentemente uno que haya ascendido a oficial desde soldado raso y no proceda de la academia militar.

Kennedy tomaba el desayuno con Joe y Mabel, Carney y Flynn, Billings y Hoskins. Como era de esperar, la conversación acabó tratando de Bossy.

—¿Quién será el siguiente en probar con Bossy, Joe? —preguntó Kennedy. Se había dado cuenta de que Joe estaba desde hacía un rato en silencio, como si estuviera pensando en algo intensamente.

Pero Joe le contestó inmediatamente, con una ligera sonrisa.

—Nadie se ha ofrecido todavía como voluntario —dijo.

—¿No es una manera un tanto desorganizada de proceder con todo esto, Joe? —

preguntó Kennedy.

De repente, Mabel lanzó una aguda exclamación de sorpresa y alarma. Kennedy percibió la rápida mirada de Joe hacia la mujer. Esa mirada sí había sido un aviso de precaución. De improviso, sin razón aparente, el ambiente de la habitación se heló. El rostro de Mabel estaba pálido, pero se esforzó en sonreír y le pidió más café a Flynn.

Posiblemente la expresión más curiosa fue la de Carney. Hasta el momento en que Kennedy había preguntado quién sería el siguiente en probar con Bossy, Carney había prestado atención a su manera de comportarse y había intentado mantener una conversación agradable tal y como hacían los Cerebros. Pero ahora la cara del hombre estaba deformada, como si estuviera luchando una batalla interior consigo mismo, como si sintiera un gran terror e intentara decirse a sí mismo que se trataba de un miedo infundado.

Y, encima de todo ello, se posaban el desconcierto, el ansia, y la soledad.

Joe no había respondido a la última pregunta de Kennedy, y éste le observaba fijamente. Vio alzarse los ojos de Joe hacia la puerta que estaba detrás de Kennedy. Vio también cómo los ojos de Mabel se dirigían al mismo punto.

Fue después de que los dos jóvenes miraran a la puerta cuando se oyó que llamaban. Y la puerta se abrió sin esperar la invitación a entrar. Apareció la cabeza del superintendente Jones.

—Hay soldados en la verja de la entrada —dijo con voz temblorosa—. Dicen que, si no les dejamos entrar, tirarán la verja al suelo. Han venido para llevarse a Bossy.

JOE acababa apenas de apagar la lámpara de la mesilla de noche y estaba acomodándose la almohada, cuando le llegó una advertencia. La señal era clara y nítida como el son de una campana.

Se levantó, puso los pies en el suelo y anduvo a tientas en la oscuridad en busca de la bata y las zapatillas. Alguien avanzaba con sigilo por el pasillo de aquel ala de la clínica Margaret Kennedy, y se esforzaba muchísimo para no ser oído. Había sido precisamente esa intensa concentración en no llamar la atención lo que había advertido telepáticamente a Joe.

En el mismo momento en que enfocó su visión telepática, Joe supo que se trataba de Doc Carney. El viejo timador intentaba llegar hasta Bossy.

¡Bossy! Pero se trataba de algo completamente imposible para el viejo. Bossy estaba bajo vigilancia y el gobierno la había precintado y cerrado bajo llave. Había, además, un soldado de guardia en todas las puertas que conducían al anfiteatro. Los guardias habían estado allí desde primeras horas de la mañana, y hacían relevos cada dos horas.

Los militares habían establecido ya una cabeza de playa, las fuerzas principales todavía no habían llegado. El embargo de Bossy a cargo de un pequeño contingente era una misión exploratoria. La capacidad de las fuerzas enemigas todavía no había podido ser determinada.

El Pentágono no estaba preocupado por los apoyos de Kennedy. Éstos ya estaban organizando un gran clamor en Washington solicitando un mandato para interrumpir el embargo de Bossy, pero eso era algo con lo que ya se contaba. La principal oposición, la única que todavía no se había manifestado, era la reacción del público. También existía un cierto temor a causa de la misma Bossy. La máquina todavía no había sido probada completamente. Pudiera ser que estuviera dotada de sorprendentes poderes todavía desconocidos. Si era tan parecida a la mente humana como se decía, podía ser rencorosa, incluso vengativa.

A través de canales tortuosos, con el objetivo de confundir a los investigadores y desgastar el valor de la publicidad mucho antes de que se supiera la verdad, el Pentágono envió sus propias fuerzas de asalto para atraer el fuego enemigo, y esperó.

Ése era el resumen que Joe había logrado obtener, y ahora Carney atravesaba el pasillo caminando de puntillas, llevando en una mano una bolsa llena de herramientas especializadas para robar, intentando entrar subrepticamente donde estaba Bossy. Sus motivos resultaban claros para Joe, aunque no tanto para el propio Carney.

Desde que Mabel se sometiera a la terapia, Carney se había sentido como perdido.

Por primera vez en su vida, descubría lo que era estar completamente solo. Ya no tenía a los viejos compañeros del barrio de maleantes, y Mabel, su amiga, que era el único vínculo con los viejos hábitos de su existencia, se había convertido en una persona completamente distinta. A pesar de los bulos que habían circulado por el barrio, nunca había habido amor entre ellos dos, ni siquiera había habido atracción física. Se trataba sencillamente de dos personas, ya con una cierta edad, que habían llevado vidas parecidas, que se habían encontrado la una a la otra a través de una especie de respeto mutuo, y que habían seguido en órbitas contiguas ya que no había habido ningún impulso que les lanzara en otra dirección.

Todo eso había cambiado. Todo el mundo de Carney era ahora distinto. Incluso su molestia, su disgusto y su temor para con los Cerebros había cambiado. También los Cerebros eran sólo tipos que hacían lo que podían e intentaban seguir adelante según sus propios conocimientos. Ésa había sido la evolución de su manera de pensar desde que Joe había insistido en que dejara el barrio de maleantes y fuera con ellos a la clínica Margaret Kennedy. No comprendía por qué Joe había insistido en ello; sin que nadie se lo dijera, sabía que no le necesitaban en absoluto, que simplemente estaba allí, aunque sin formar parte de ello. No era ni siquiera un estorbo, ni siquiera era lo suficientemente importante para eso.

Estaba confundido, se sentía solo, ya no estaba seguro de nada. Sin saberlo, él mismo estaba a punto para un tratamiento con Bossy. Se sentía atraído por Bossy como si fuera un imán. Buscaba a Mabel, y la única manera de encontrarla era a través de Bossy. Ellos hablaban de la inmortalidad que Bossy podía proporcionar, pero no era eso lo que él quería. Simplemente quería saber, comprender, encontrar algún sentido en las cosas, ya que ahora no lo tenían.

La única chispa que le quedaba de su vida anterior era el enfado que le provocaba el precinto y la puerta cerrada con llave del lugar donde estaba Bossy. Las cerraduras eran el símbolo de toda su vida. Siempre le habían encerrado dentro o fuera de algún sitio. Siempre había habido una cerradura entre él y las cosas que deseaba. Una puerta cerrada con llave se había convertido en un reto. Un reto al que no podía resistirse. Antes había sido presa de la indecisión, sabiendo muy bien que, aunque pudiera llegar a Mabel a través de Bossy, ya no sería lo mismo de antes. Pero desde el momento en que habían cerrado esa puerta con llave, se había decidido de repente. Otra vez habían puesto una cerradura entre él y aquello que quería. Aceptó el reto.

Los motivos de Carney eran muy claros para Joe, y por eso Joe lanzó un suspiro de alivio. Se había estado preguntando cuánto tardaría Carney en pasar a la acción.

Cuando el hombre ya había pasado por delante de su puerta, Joe se deslizó en el pasillo tras él. Dispuso un campo de ondas a modo de protección para que Carney no pudiera verle ni oírle si se daba la vuelta.

Y también dispuso un campo de ondas de ilusión en torno a Carney.

En el siguiente recodo del pasillo, Carney se detuvo para estudiar la situación. Ya era casi medianoche, y el joven soldado de guardia, pensando que el teniente ya

estaría tranquilamente dormido en la cama, había puesto una silla frente a la entrada principal del anfiteatro. Había inclinado la silla contra la puerta, y estaba dormitando cómodamente sentado en ella con el rifle en las rodillas, soñando en el próximo permiso de veinticuatro horas y en la morenita que había conocido en el funicular de Hyde Street.

En la mente de Carney se formaron dos planes alternativos. Podía atacar al soldado que parecía dormido; o podía hacer ruido para despertarle y disponerse a pasar la noche hablando con el chico que, posiblemente, se sentiría aburrido y solo, hasta encontrar una oportunidad para golpearle en la cabeza.

Joe decidió echarle una mano. Ninguno de los dos planes resultaba prometedor. En el sueño del joven soldado, mitad ensoñación y mitad realidad al límite del sueño, Joe insertó la imagen de un amenazador oficial con el ceño fruncido. No se trataba del teniente, ni siquiera del capitán. Era alguien importante, realmente importante. Alguien del Cuartel General, repleto de galones. Hubo un sentimiento de culpa en la mente del joven soldado por haberse sentado y echado un sueñecito: no era difícil hacerse una idea de cuál sería el castigo.

El soldado se agitó inquieto y su movimiento decidió a Carney a optar por el segundo de sus planes. Diría que pasaba simplemente por allí y se pondrían a charlar.

Al oír el sonido de los pasos, el miedo al castigo se hizo realidad. Los ojos del soldado se abrieron desmesuradamente en una expresión de puro terror. Saltó de la silla y se las arregló de alguna manera para ponerse en guardia sin dejar caer el rifle.

La repentina actividad del soldado y su mirada de terror sorprendieron a Carney, que quedó completamente inmóvil. Durante un largo instante, los dos hombres siguieron allí, inmóviles, mirándose el uno al otro. Los peores temores del guardia quedaron confirmados. Un general de dos estrellas le había pillado dormido durante la guardia. Tuvo que abrir dos veces la boca antes de que le salieran las palabras.

—D... disculpe, s... señor —balbuceó. El simple esfuerzo por hablar, aunque era poca cosa, resucitó la necesidad de protegerse—..., Sólo estaba descansando el tobillo enfermo... señor. Me lo torcí ayer en el campo de tiro... señor...

Carney le miró incrédulo. El chaval se había vuelto loco. Todos estaban chiflados.

Joe proporcionó al soldado un primer atisbo de una débil esperanza. Este general no estaba interesado en él. Ni siquiera había venido para revisar el comportamiento de la guardia. Tenía cosas más importantes que hacer. Había venido en avión desde Washington para inspeccionar personalmente aquella máquina, esa Bossy. Pero se trataba de una visita rigurosamente secreta. ¡Alto secreto! ¡Información clasificada! ¡Restringida! ¡Algo de la mayor importancia! Nadie de la tropa debía saberlo. Sólo algunos oficiales.

El estilo era familiar, creíble.

—Quiero entrar ahí, ahora, inmediatamente. —Carney oyó cómo sus labios pronunciaban esas palabras de manera perentoria, y se preguntó de dónde habían salido.

—Sí, señor —respondió el soldado con un hilillo de voz—. Gracias, señor. Pero, señor, yo no tengo la llave. El teniente, señor... —Se sintió un poco más tranquilo. Si el general no podía entrar era culpa del teniente. Y había utilizado bastantes veces el «señor» para aplacar incluso a un general de dos estrellas.

Carney abrió la bolsa con las herramientas de ladrón y sacó un anillo lleno de llaves maestras. Ese anillo era el orgullo y la mayor satisfacción, la colección que le había costado toda una vida obtener, de uno de los hombres que ahora estaba regalando todo su tiempo al Estado.

—Intente con éstas —dijo, y se las entregó al guardia.

A medida que iba probando una llave tras otra y todas fallaban, el soldado se iba poniendo más y más nervioso hasta que, por suerte, una de las llaves funcionó y el joven se sintió tan relajado que abrió la puerta de par en par, rompiendo el precinto del gobierno, sin pensárselo dos veces.

—Por aquí, señor —dijo a la mayor velocidad—. Me encargaré de que nadie le moleste, señor. Gracias, señor. Gracias, SEÑOR...

Carney le obsequió con un parpadeo a la manera de un búho. No comprendía nada, ni siquiera comprendía lo que él mismo estaba diciendo ni la forma en que actuaba. Evidentemente, el joven soldado le había tomado por un pez gordo del ejército, pero ¿qué otra cosa podía esperarse en aquellos tiempos? Dio unas palmaditas en los hombros del muchacho.

—Muy bien, hijo —dijo con amabilidad—. No lo has hecho peor que otros.

Unas lágrimas de gratitud se deslizaron de los ojos del soldado. Ahora, por primera vez, comprendía cómo debía de ser ese sentimiento de lealtad que siempre le decían que sería mejor que tuviera. ¡Éste sí que era un verdadero oficial! ¡Un buen hombre! El tipo de oficial por el que te atreves a ir hasta el infierno. Parpadeó para evitar las lágrimas y saludó militarmente, no se sentía seguro de poder hablar.

Carney sacudió la calva cabeza con compasión, y entró en el anfiteatro.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Joe se dio la vuelta y corrió pasillo abajo hasta la habitación de Hoskins. Despertó al especialista en cibernética y se lo llevó, en medio de protestas a las que no hizo caso, hasta la *suite* asignada a Billings. Cuando ambos profesores estuvieron lo bastante despiertos para comprenderle, les contó lo que había ocurrido y les describió brevemente su plan.

Billings no parecía convencido, pero Hoskins estaba tan contento que golpeó con un puño la palma de la otra mano.

—Muy bien hecho, Joe —exclamó—. De cualquier manera, vale la pena intentarlo. Vamos, Jonathan.

—Simplemente tienen que pasar al lado del guardia sin detenerse —les advirtió Joe—. No digan nada.

Corrió hasta su habitación y telefoneó a Steve Flynn. El teléfono estuvo sonando largo rato antes de que oyera a Steve gruñir una colérica respuesta.

Al principio Steve no lo entendía. Joe le repitió una y otra vez los hechos

esenciales de su plan. Steve lo comprendió al fin. Olvidando el sueño y la cólera, Steve soltó un grito repleto de alegría al teléfono.

—¡Eres un genio, chico! ¡Un genio puro, homogeneizado! ¡Piensa sólo en mantener las cosas bajo control ahí en la clínica, y fíjate en cómo Steve Flynn va a dar lo supermejor de sí mismo!

HUBO una época en la que los científicos creían que, cuando el vapor de agua en una nube alcanzaba los 0 °C, la niebla se helaba, como haría cualquier agua digna de ese nombre, y formaba los copos de nieve. Todo muy minucioso, preciso y seguro. Experimentos realizados con nubes de verdad no confirmaron esta hipótesis. Algunas veces la temperatura descendía muy por debajo del punto de congelación y la tozuda nube se negaba a solidificarse en forma de nieve. Después descubrieron que un puñado de hielo seco podía transformar toda una gran nube turbulenta en una repentina tormenta de nieve.

La psicología de masas de la opinión pública era algo parecido. El potencial podía aumentar, más y más alto, y pese a ello no habría reacción de las masas. Si se echaba al aire un pajita para ver de dónde soplaba el viento, podía caer al suelo sin que nadie se diera cuenta. Al ver esto, muchos políticos, muchos especialistas en análisis estadístico de encuestas, imaginarían que no existía ninguna reacción potencial.

Luego, cualquier cosa de lo más insignificante, algo sumamente trivial, plantaría una semilla en la opinión pública y de ella se derivaría una tremenda tormenta aparentemente a partir de nada. Para los que no tenían ni idea de las fuerzas de la psicología de masas, esto hacía que la opinión pública fuera completamente impredecible.

Steve Flynn no conocía los términos científicos que explicaban su dominio de las emociones del público, pero conocía algo mejor. Era capaz de percibir el potencial de la psicología de masas, y cuándo y cómo plantar la semilla para hacerla cristalizar. No era capaz de explicar todo eso en la brillante jerga de los arrolladores epigramas que surgen con tanta facilidad de las lenguas de los estafalarios intelectuales que han pasado del campo de las artes a la ciencia; pero Steve era capaz de hacerlo cuando esos otros sólo podían hablar de ello.

Ocultó las noticias de la terapia de Carney aunque disponía de ellas hora tras hora. La opinión pública ya había registrado un altísimo potencial de desequilibrio por el fracaso de Billings con Bossy, para arriesgarse a otro fiasco.

Pacientemente, trabajando siempre entre bastidores, haciendo que cada uno de sus contactos le jurara mantener el más rígido de los secretos, Steve preparó el escenario para otro gran espectáculo televisivo mundial. Cometió incluso el «error» (que en realidad formaba parte de su bien calculado plan) de dejar que un comentarista de noticias, conocido por su absoluta falta de ética, se enterara de lo que estaba ocurriendo justo antes de aparecer en antena.

El comentarista dio a todo el mundo la primicia de que Bossy iba a ser probada

una vez más.

Eso fue como el puñado de hielo seco en una psicología de masas de altísimo potencial. El tornado, el huracán, el ciclón de la reacción del público se desencadenó de manera repentina y completa. En circunstancias normales, cuando los militares hubieran descubierto que el escuadrón de su cabeza de playa había sido superado tácticamente, habrían enviado un mayor contingente de tropas para reconquistar la posición y acabar con toda esa situación absurda.

Pero, a la vista del clamor del público por intervenir en lo que estaba ocurriendo; de las multitudes que se congregaban por toda la nación en las puertas de los talleres donde se hacían los periódicos y de los estudios de televisión; de las muchedumbres de irresponsables que, como en aquella película clásica del cine mudo, asaltaban las puertas de palacio; al Pentágono le pareció conveniente embrollarlo todo con órdenes y contraórdenes, de manera que no se hizo nada.

El jefe del Estado Mayor había salido de repente fuera de la ciudad por un asunto urgente. No era posible dar con él para que decidiera lo que había que hacer. La responsabilidad de la decisión retrocedió a través de varios escalones jerárquicos. A través de todo el país, llegó a San Francisco. Siguió retrocediendo hasta el Cuartel General. De allí hasta el Comando de Zona. Y llegó hasta el teniente, quien tomó el único curso de acción posible: dejar todo el asunto en manos del sargento.

—Sé que puedo confiar en usted para que se ejecuten las acciones oportunas — dijo el teniente con voz enérgica.

El sargento asintió con un gesto de la cabeza. Llevaba tiempo esperando algo así. Simplemente cambiaría a los guardias, esos guardias tan inútiles que cualquiera podía saltarse, acompañado de su perro, entrando y saliendo del anfiteatro cuando quisiera. Hasta que alguien, en algún lugar, tomara una decisión.

El escenario estaba preparado y Bossy, bendita sea, colaboraba. A una pregunta tras otra contestaba instantánea y sencillamente.

—Progreso satisfactorio.

A medianoche, después de que Joe, Billings y Hoskins demostraran estar seguros, Steve decidió que se daban todas las probabilidades para que el experimento con Carney fuera un éxito. La escena del anfiteatro, preparada de nuevo en las mismas condiciones en que había estado durante el experimento con Billings, se proyectó en las pantallas de televisión de millones de hogares.

Lentamente, el anfiteatro se llenó de nuevo con conocidos científicos de todo el mundo.

A las seis, el público empezaba a estar aburrido e inquieto. El cansado cuerpo anciano de Carney yacía en la mesa de operaciones bajo los cegadores focos de televisión, y sus únicos movimientos eran la respiración rítmica, ocasionales contracciones enigmáticas de los músculos faciales, y el contraerse y relajarse de manos y pies. No había mucho que ver. La diversión que puede obtenerse al ver dormir a un hombre anciano resulta limitada.

Una tras otra, las emisoras de televisión volvieron a emitir programas más rentables con los que el público se sentiría a gusto gracias a las viejas y tópicas situaciones familiares y los chistes ya conocidos que pasaban por ser la esencia de la diversión desde tiempo inmemorial. Cada cadena prometió dedicar una media hora al asunto de vez en cuando, y los que quisieran seguir cada uno de los latidos de Carney sólo tendrían que ir cambiando inteligentemente de cadena.

El equipo de Steve Flynn hizo un trabajo magnífico para desatar el interés del público, presentando todas las situaciones manipuladas y trilladas que garantizaban que a la gente le gustara Carney. Su infancia difícil, transcurrida en los muelles del embarcadero, era como un capítulo de la vida de Lincoln. Carney se convirtió en un niño pensativo que estudiaba a la luz de las farolas de la calle, y contaba a sus compañeros de juego los principios morales que infringía quien robaba manzanas. Sus años de juventud en los reformatorios para jóvenes delincuentes proporcionaron la inspiración adecuada para una brillante repetición de la prosa sentimental de Dickens. Los años de madurez se convirtieron en una búsqueda del sentido de las cosas, con el retrato de un hombre incomprendido abofeteado por la sociedad, una noble víctima de la naturaleza.

El público disfrutó de la mejor ocasión para llorar desde los tiempos de Camille. Seguían con los ojos fijos en las pantallas de televisión con la fascinación de la multitud que se reúne en la escena de un crimen para, simplemente, mirar.

Mientras iban pasando los días, el equipo de Steve proporcionó al público los datos más recientes en la vida de Carney. La amistad entre la anciana Mabel y el anciano Carney se convirtió en algo de gran nobleza que iba de lo sublime a lo trivial con ligeros toques de humor, y completamente al margen de la más mínima traza de turgente pasión. Mabel, simplemente, había salvado a un viejo amigo de la infancia y le había restituido el amor propio (aunque no quedaba muy claro cómo Carney podía haberlo perdido, teniendo en cuenta el trabajo de rehabilitación que había realizado), convirtiéndolo en director de la pequeña y pintoresca casa de empeños de Third Street.

En menos de una hora, la casa de empeños quedó completamente vacía de toda la mercancía existente adquirida por los cazadores de *souvenirs* que son capaces de pagar cualquier precio por una palanqueta sólo ligeramente usada, o por el tapacubos de un automóvil antiguo.

El mundo se abrió maternal hacia el barrio de maleantes en el que habían vivido Mabel y Carney, y los borrachines que deambulaban por allí y se refugiaban en los fríos portales se convirtieron en los desorientados beneficiarios de abundantes consejos de todo tipo y de alguna ayuda. Todos los habitantes del barrio se sintieron, a la vez, orgullosos y resentidos, ante su nuevo estatus. Los profesionales de hacer caridad y regalar cosas ya habían estado allí el tiempo suficiente para saber por qué razones un hombre caía en esa degradación. Pero los nuevos benefactores hacían que la gente del barrio se sintiera incómoda. Aunque lo soportaban, con la misma actitud

pasiva con la que habían soportado las atroces peticiones anteriores de una sociedad con la que nunca habían sido capaces de entenderse.

Y todos ellos sabían que, en una o dos semanas, el desmadre de buena voluntad remitiría, y quedaría tan olvidado como el espíritu navideño cuando llega el diez de enero.

En realidad, el arbusto de la compasión ya empezaba a chamuscarse en sus bordes, mostrando así los primeros síntomas de deterioro.

—¿Por qué? —empezaron a preguntar algunos de los más respetables miembros de la sociedad—. ¿Por qué Bossy sólo tiene éxito entre gente de la peor reputación? ¿Qué tipo de mentes retorcidas han desarrollado esa máquina para que sólo pueda dar la inmortalidad a la peor escoria de la sociedad?

Acostumbrados a organizarlo todo, desde las máquinas tragaperras hasta la semántica, de manera que fuera favorable a un determinado grupo, no podían concebir una máquina que no hubiera sido diseñada y sesgada deliberadamente.

Muy en el trasfondo del rugido de la multitud que estaba satisfecha con todo lo que ocurría, las voces de la gente que realmente contaba empezaron a mezclarse y combinarse formando una opinión que empezó a ser tenida en cuenta también en Washington.

Durante el octavo día empezaron a ser evidentes los cambios de Carney. Paso a paso, y esta vez ante los asombrados ojos del mundo, Carney revivía la misma secuencia de renovación que había experimentado Mabel.

De repente, la provisión de plasma empezó a ser un asunto de la mayor importancia.

—Más plasma —anunciaría la pantalla de Bossy.

—Más plasma —repetiría casi en un murmullo el comentarista de la televisión, utilizando el mejor tono profesional en su voz.

Y después, tras la necesaria pausa de dos segundos, el locutor añadiría:

—Esta transfusión de plasma es una cortesía del Hospital Midvale Memorial de Oakland, completamente equipado y con todo el personal necesario para cualquiera de sus necesidades de salud. Servicio de lujo, precios módicos, pago a plazos.

La silueta en la mesa de operaciones enderezó los viejos huesos cansados, hizo caer en escamas la capa exterior de la piel marchita, perdió lacios mechones de sucio cabello gris. Comenzaba a emerger la silueta de un joven vigoroso, fuerte, ágil y hermoso.

El décimo día había pasado. Ahora todos miraban las pantallas de televisión con renovado interés. Todo el mundo sabía que Mabel había despertado al décimo día. Pero a las repetidas preguntas a Bossy sobre cuándo despertaría Carney, la máquina siempre respondía lo mismo.

—Progreso satisfactorio.

Tal vez las diferencias básicas entre la psique masculina y la femenina eran la causa de que la terapia durara más tiempo. Tal vez se trataba sólo de que había un

mayor número de células que reeducar. O quizá podía ser por los datos adicionales que Joe había introducido en Bossy. Datos sobre la telepatía y las facultades paranormales, que Joe esperaba que fueran introducidos en la mente del paciente para ayudarlo a superar el *shock* del encuentro con las mentes normales no apantalladas.

Fuera cual fuese la razón, hubo que esperar hasta el día duodécimo para que Bossy, sin aviso previo ni fanfarrias ni fuegos artificiales de ningún tipo, hiciera el anuncio final.

—Proyecto completado. —Bossy carecía completamente de teatralidad y del sentido del espectáculo.

Pero Steve Flynn no carecía de él. La liberación de cada uno de los electrodos de Carney se realizó como si se tratara de algo que iba a sacudir al mundo entero. Para satisfacer a los miembros del sexo femenino que arrastraran frustraciones, fue imprescindible superar un momento crucial: la visión de las cámaras se oscureció por la presencia de los médicos que daban vueltas en torno a la mesa y, cuando el público volvió a ver a Carney, la toalla que había cubierto su cuerpo había sido sustituida por unos calzoncillos muy convencionales.

Las cámaras enfocaban directamente la cara cuando Carney abrió los ojos. No había señal alguna de aturdimiento en ellos. Su primera expresión era de diversión, un rápido parpadeo de picardía. Ayudado por Billings, Carney se sentó y miró a su alrededor. Sus ojos se encontraron con Joe.

—Hey, compañero —dijo. Ésas fueron sus primeras palabras.

Era la típica escena (la X672 del repertorio) de paciente-que-recupera-la-consciencia-después-de-una-grave-y-penosa-enfermedad, y el público la captó inmediatamente. La gente lloró, rió, gritó, hizo repicar las campanas, lanzó silbidos, se emborrachó, y se divirtió de lo lindo en un espontáneo carnaval por toda la nación.

Steve Flynn, para dar el toque final al asunto, le trajo unos pantalones, una camisa deportiva abierta en el cuello, calcetines y zapatos. Para eliminar cualquier vestigio de un aspecto desaseado, un barbero empezó a cortar los cabellos de Carney. La cabellera de color de óxido quedó cortada con un estilo alegre y con el cabello corto que era el favorito de los jóvenes elegantes del momento.

Carney lo aceptó todo, tranquilo y adaptable. Permaneció impasible, con la única excepción de una minúscula mueca humorística hecha con el rabillo del ojo.

En los días siguientes, veinte millones de jóvenes harían diligentes prácticas ante el espejo para adquirir esa misma expresión de buen humor.

—¿Estás en condiciones de poder hablar? —preguntó Steve a Carney.

De nuevo fue visible ese guiño interrogativo de los ojos en dirección a Joe.

—Naturalmente —contestó Carney tras la más breve de las vacilaciones.

Soportó el incómodo proceso de explotar al máximo la situación para obtener de ella todo el histriónico drama que contenía, y que la televisión considera tan absolutamente necesario para que el público se divierta con sus programas. Sí, se sentía maravillosamente bien. Sí, estaba muy contento y agradecido por su restaurada

juventud. No, no había sido molesto ni doloroso. Sí, recordaba todo lo que había ocurrido. No, no se había dado cuenta de que habían pasado doce días, al mismo tiempo le parecía que todo había durado un instante y, también, que había sido toda una eternidad. No, nunca había dudado que sería un éxito. Sí, había habido momentos en los que era difícil comprender a Bossy, todo era tan diferente de lo que antes había creído, pero había querido escucharla y hacerle caso. Sí, estaba seguro de que la voluntad de escuchar era un factor vital. Sí, por supuesto que esperaba reiniciar su amistad con Mabel.

—No —respondió a una pregunta más directa—. No hay ningún idilio entre Mabel y yo. Mabel ya ha encontrado la persona a la que ama, mi mejor amigo, el que está allí, Joe Carter.

Como Bossy, Carney parecía del todo carente de teatralidad y del sentido del espectáculo. Dio la noticia con tal tranquilidad, casi con indiferencia, que ni siquiera Steve llegó a captar su importancia en ese momento. Después, frenéticamente, Steve ordenó al cámara que enfocara a Joe. Había otra noticia tan importante como el rejuvenecimiento de Carney. ¡Mabel estaba enamorada!

Las cámaras enfocaron el lugar donde se sentaba Joe. Fue la primera vez que Joe Carter aparecía directamente ante los ojos del público. Fuera del alcance de la cámara, Carney permitió que sus labios se curvaran en una mueca de satisfacción.

«Tranquilo, Joe», le transmitió telepáticamente. «Tómalo con calma, como un hombre. Esto es lo que me pediste que hiciera cuando te pregunté si tenía que responder a esas preguntas estúpidas».

Joe mantuvo el rostro impasible, pero envió una respuesta también telepática.

«Muy bien... Geoffrey-Mortimonte».

Carney explotó en una risita silenciosa.

«Estás en forma —admitió—. Pensaba que el pequeño secreto de mi ridículo nombre sólo lo conocíamos Bossy y yo».

«Lo convertiré en Jeff», prometió Joe, mientras seguía asintiendo con repetidos gestos de la cabeza y sonriendo a la impertinente cámara. «Y mantengamos Carney como apellido. Ahora eres una propiedad pública, y no tiene sentido confundir a la gente».

El público, que pensaba que el vaso ya estaba completamente lleno, se dio cuenta de que en realidad desbordaba. Era una típica situación de joven-leal-que-ama-a-una-chica-enamorada-de-su-mejor-amigo. ¿Sería un triángulo picante? ¿Crimen, tragedia y pasión? ¿Quién era capaz de saber qué descontrolados fuegos pasionales podía haber desatado ese proceso de rejuvenecimiento?

El público se relamía los labios anticipando lo que podría ocurrir.

EL vaso del público no era el único recipiente que estaba lleno y rebosaba.

Por primera vez, Joe había encontrado tanto el amor como la amistad. Por primera vez, en una vida de insondable soledad, existían algunos de su propia especie con los que podía comunicarse. Privado antes del amor, ya que no podía resignarse a una mente normal, ahora tenía a Mabel.

Pero Mabel era inteligente. Antes incluso de haberse sometido al tratamiento con Bossy, sabía que ninguna mujer podía llenar toda la vida de un hombre, que su relación con él estaba compartimentada, que la mujer que intenta monopolizar tanto el amor como la amistad, generalmente acaba sin tener ni el uno ni la otra. Mabel no pretendía llenar más que el lugar de una mujer en la vida de Joe.

En el momento de mutuo reconocimiento instantáneo cuando Carney terminó el tratamiento con Bossy, se estableció un inmediato vínculo de compañerismo masculino entre los dos jóvenes, incluso a pesar de que Jeff seguía en la mesa de operaciones, conectado a Bossy mediante la red de electrodos. Se aliviaba y calmaba así el dolor de Joe por su soledad crónica.

También Jeff necesitaría encontrar amor, pero todavía no. Llegado el momento, habría otras mujeres que aceptarían rendir su escala de valores ante las correcciones de Bossy. Los tres, Mabel, Jeff y Joe, sabían con completa seguridad que el público no llegaría a disfrutar de ese anticipado escándalo triangular, y de alguna manera sobreviviría a todo ello.

Pasaron los días. El programa de las apariciones televisivas empezó a ser menos intenso. Los tres disponían de algunos momentos para ellos solos. Mabel y Jeff eran propiedad pública. Joe, cuyo papel en toda la trama de Bossy solamente era conocido por Billings y Hoskins y sospechado por Kennedy y Flynn, era sólo en menor medida una propiedad pública en virtud de su relación amorosa con Mabel.

La comunión telepática que los tres compartían plenamente estaba completamente al margen de las noticias de prensa. Era cierto que, en la clínica, la gente se maravillaba por la manera como Mabel y Jeff habían aceptado a Joe entre ellos. Había algunos comentarios maliciosos sobre las razones secretas que hacían a los tres inseparables (algunas tenían que ver con la vida anterior de Mabel, con crítica a Bossy incluida por no haberla curado del todo), pero nadie había comprendido la verdad.

Existía también otro renovado interés, en torno al hecho de que los tres empezaban a escabullirse de la clínica. El superintendente Jones les advirtió agitando un dedo, y Steve Flynn describió los horrores del posible asalto de una multitud de

admiradores, pero a esas preguntas y advertencias Joe siempre respondía lo mismo.

—Mabel y Jeff necesitan salir y establecer algún tipo de contacto de primera mano con el mundo. No compartimos esa teoría dominante en la psicología de que la única manera para comprender al ser humano es encerrarse uno mismo en una torre de marfil. Creemos que la única manera de comprender a los seres humanos es fijarse en ellos.

Naturalmente no se trataba sólo de esto. Con el material que Joe le había proporcionado, Bossy había realizado un excelente trabajo para preparar a Carney ante el *shock* de las crudas motivaciones humanas contempladas al desnudo. Gracias a ello, las reacciones de Jeff eran normales y divertidas.

Pero Mabel, que no estaba preparada ya que Joe no había podido prever el *shock* que suponía la adquisición repentina de las capacidades telepáticas, seguía necesitando cuidados especiales. Naturalmente, su historia precedente la ayudaba. Había conocido vasta y profundamente a los seres humanos. Pero, a pesar de ello, como también ocurre bajo el interrogatorio del mejor psicólogo, la humanidad esconde mucho más de lo que revela.

Y había también otro motivo para las esporádicas escapadas de la clínica. Se trataba al mismo tiempo de una terapia curativa para Joe, que ahora era ya capaz de caminar en compañía por las mismas calles que había recorrido en completa soledad, aislado de todos los demás ya que entonces no había habido otros. A un hombre le gusta y desea llevar a su nueva enamorada y a sus nuevos amigos a ver los lugares que ha conocido antes, para verlos otra vez a través de unos ojos más frescos, más felices, para mostrarles la belleza y limitar el recuerdo de la fealdad.

Eran jóvenes.

A menudo usaban el coche que Kennedy había puesto a disposición de Joe, y descendían por las colinas hasta Berkeley. No tenían ninguna dificultad para desdibujar sus rasgos ante cualquiera que les viera de cerca, y pasaban con gran facilidad por tres estudiantes del cercano campus de la Universidad de California. La gente de la calle les veía como tres especímenes más de los diez millares de ejemplos de futuras mentes educadas todavía en formación.

A su alrededor, dondequiera que estuvieran, existía ese clamor de los pensamientos humanos sobre la inmortalidad. A partir de un eslogan que circulaba inexplicablemente por toda la nación, todos sabían que sólo el cinco por ciento de los seres humanos merecía alcanzar la inmortalidad.

En una parada de autobús, dos hombres de negocios que volvían a casa, mantenían una visión práctica sobre ese problema.

—Lo que hay que hacer —decía uno de ellos—, es vigilar que el control de todo este asunto no caiga en manos de un grupo de subversivos. Lo que hace falta es un comité de personas de orden, gente que decida, en cada comunidad, quién debe ser inmortal.

—Sí —estuvo de acuerdo el otro al instante—. Sabes tan bien como yo, que sólo

asume realmente sus responsabilidades un cinco por ciento de los miembros de cualquier comunidad. Los demás son peso muerto.

—Sí, las estadísticas lo han demostrado. Fíjate por ejemplo en ti y en mí, Henry. Somos hombres de negocios que hemos tenido éxito. ¿Cuántas personas pueden tener éxito? ¡Sólo un cinco por ciento! Y tú y yo hemos de cargar sobre nuestras espaldas con el peso de todos los demás.

Hizo un gesto vago en dirección a la universidad, y vio a tres estudiantes que bajaban por la acera hacia ellos. Bajó el tono de la voz.

—Y no me refiero sólo a los empleados. Fíjate en esos grandes y poderosos profesores de ahí. ¿Dónde estarían si nosotros, los hombres de negocios, no los hubiéramos cargado sobre nuestras espaldas?

Henry contrajo los labios para expresar una pequeña objeción.

—Tienes razón, Harry. Pero hemos de pensar a lo grande en este asunto. No podemos permitirnos tener una mente estrecha y cerrada y no ver el punto de vista de los demás. Hace falta gente de todo tipo en el mundo.

—Sí, claro que sí, cierto, Henry. Pero, por otra parte, Dios los cría y ellos se juntan y demasiados cocineros estropean un guiso. Cuando lo tienes todo en cuenta, sólo queda un cinco por ciento de la gente que no es completamente inútil.

Callaron cuando los tres jóvenes estuvieron al alcance de su oído.

Mabel y Joe sofocaron una exclamación de asombro ante el repentino acceso de alegre malicia que inundó la mente de Jeff.

—No, Jeff —murmuró Joe en voz alta—. No lo hagas.

Pero Jeff no había vivido como Joe una vida entera de cautela y disimulo. Habló en voz lo bastante alta para ser oído, utilizando el típico acento culto de esos estudiosos a quienes los hombres de mentalidad práctica consideran insufribles.

—Te digo que la inmortalidad hay que concederla con mucha precaución. Hay que prestar un poco de atención a la apariencia de la especie humana.

Pareció darse cuenta de que aquellos dos hombres les estaban mirando.

En la acera, los tres jóvenes pasaron al lado de los dos hombres de negocios. Los dos grupos callaron para no ser escuchados. Cada uno de los grupos miró a los componentes del otro grupo con esa mezcla de desdeñosa y divertida hostilidad que habitualmente separa una generación de otra.

—Piensa en cómo sería la especie humana —continuó Jeff todavía al alcance de ser oído—, si a un par de toneles de grasa como esos dos tíos se les concediera la inmortalidad para sembrar la Tierra de niños con michelines y el culo gordo.

Mabel respiró entrecortadamente y vaciló ante el impacto de la onda de furia colérica que les inundó. Incluso Jeff calló. Mabel respiró profundamente y se enderezó.

—Tu terapia es bastante enérgica, Jeff —dijo Mabel—. Sólo un par de días antes no habría podido soportar una explosión como ésta.

El consuelo de Jeff, curativo y tranquilizador, se volcó en Mabel.

—No había pensado en el efecto de su reacción sobre ti, Mabel —dijo Jeff arrepentido—. Sólo intentaba ver hasta qué punto serían capaces de llegar al seleccionar quiénes han de ser inmortales. Sabes que, en sus mentes, ya nos habían juzgado y rechazado.

—Estoy contenta de ver que lo puedo soportar —dijo Mabel.

«Sí», añadió Joe en silencio. «Y también yo. Ahora vayamos a esa esquina, antes de sondear. Intentad dejar la mente abierta. Como yo».

Llegaron a la esquina... con la mente abierta. La escena visual y la escena telepática eran ambas muy nítidas.

Un coche, conducido por un anciano caballero con pinta de estudioso, acababa de detenerse un poco más allá de los surtidores de una gasolinera, junto a la puerta del garaje que estaba a un lado. El motor renqueaba, y el anciano quería que el mecánico le echara una ojeada. El mecánico levantó el capó, y vio que uno de los cables del delco había perdido el contacto. ¡Esos estúpidos vejetes! ¡Claro que la bujía no se encendía si no le llegaba la corriente! Refrenó el impulso de despotricar contra la incompetencia de la mayoría de los conductores. Todo lo que el viejo tenía que haber hecho era levantar el capó y mirar.

Pero así eran los seres humanos. El noventa y cinco por ciento de ellos no sería capaz de distinguir el aro de un pistón de la correa del ventilador. Si no fuera por el cinco por ciento de tíos como él, los que hacían que los motores funcionaran, toda la civilización se pararía. No importaba cómo funcionaran las cosas mecanizadas, lo cierto era que todo se reducía a que el cinco por ciento de la gente cargaba al otro noventa y cinco por ciento sobre sus espaldas.

Interaccionando con los pensamientos del mecánico, había una gran excitación en la mente del anciano. Estaba llegando a la universidad con un descubrimiento que conectaba de manera irrefutable el arte chino de las dinastías Sung y Tu'un. Sentía la mayor excitación por ese descubrimiento tanto tiempo deseado. Apenas podía contener su impaciencia por el retraso, pero la visita sería larga y se prolongaría hasta la noche, una noche de animadas discusiones. Y si ese motor de mierda empeoraba, no podría volver. El mecánico seguía todavía inclinado sobre el motor del coche y trajinaba con los cables.

El anciano pensó en la sensación de triunfo si le decía al mecánico: «Acabo de descubrir la conexión irrefutable entre...». ¡Cuánta sorpresa y respeto mostraría la expresión de ese hombre!

Después se dio cuenta de que, muy probablemente, el mecánico no sería capaz de reconocer una pieza Ming, y mucho menos una Tu'un. Era igual que los simples campesinos de China, bestias de carga que sólo vivían para dormir, comer y reproducir su propia miseria.

¡Sólo el cinco por ciento de la humanidad portaba la antorcha del conocimiento y el saber, y la mantenía encendida! Sólo el cinco por ciento cargaba al otro noventa y cinco por ciento sobre sus espaldas. Sin darse cuenta, el anciano enderezó la espalda,

como para mover a un lado la carga, y hacerla más llevadera.

Desde la ventana de su mirador en el tercer piso de un edificio sin ascensor al otro lado de la calle, un escritor de mediana edad miraba la escena que se desarrollaba debajo. Poco a poco, sus ojos se concentraron en los tres estudiantes, el mecánico y el anciano. Sus pensamientos abandonaron al explorador espacial que seguía maniobrando los mandos de la nave para impedir que ésta se precipitara en el Sol, y se dedicaron a analizar a las personas de abajo como un potencial público lector. Sería un verdadero milagro si más de uno de éstos formara parte de la elite del cinco por ciento que leía sus obras.

¡Qué tragedia! ¡Qué terrible condena para la especie humana! El noventa y cinco por ciento de la cultura quedaba muy atrás, casi tanto como medio siglo. Sólo el cinco por ciento de la gente era capaz de especular sobre ideas nuevas, mirando hacia el futuro, siendo mensajeros del progreso. ¡El cinco por ciento tenía que cargar al resto de la cultura sobre sus espaldas, de otra manera el ser humano nunca progresaría!

Jeff no pudo resistir la tentación. Introdujo una idea en la mente del escritor.

—El problema es que —se dijo a sí mismo el escritor en voz alta, como suelen hacer los escritores—, el noventa y cinco por ciento de la gente piensa en términos de monovalores. ¿Pero quién tiene en cuenta los multivalores?

En un primer momento, esas palabras no tenían ningún sentido para él, como también suele suceder en el caso de los escritores, pero después se lanzó sobre la máquina de escribir. Se sentía exultante por la gran amplitud, por la increíble vastedad de su inspiración. Sacó de la máquina la página medio terminada de una *space opera* de ciencia ficción. Con nerviosa precipitación introdujo una nueva página. Puso los dedos en posición.

No escribió nada.

Tomó de encima de la mesa las páginas del relato medio terminado. Ni siquiera necesitó echarle una ojeada para saber que ya era un material caduco. Su análisis pseudocientífico no era otra cosa que la aplicación astuta de los ridículos monovalores. Rompió el manuscrito y echó los trozos a la papelera.

Volvió a posicionar los dedos sobre el teclado. Pero no aparecieron frases en su mente para que fluyeran a través de los dedos. ¿Qué ocurriría con la popularidad que gozaba entre su público si insinuara que el amado método científico era sólo monovalor, sólo una manera de interpretar la realidad? ¿Eran los discípulos de la ciencia lo suficientemente científicos para poner en cuestión sus propios artículos de fe? Notaba cómo la inspiración huía de él presa del caos y la confusión.

Se levantó y fue a la ventana donde había encontrado por primera vez esa inspiración. Claro que no se trataba de superstición. Bueno, ¿y qué? ¿Qué ocurría con la superstición? ¿Había investigado alguien la superstición en términos de la lógica multivalor? ¿Cómo podía cada uno de los hombres estar tan seguro de que su manera de hacer las cosas, y sólo la suya, era el único camino a la comprensión?

Se tragó la propia irritación y se concentró en aquella escena de la realidad. El

anciano conducía saliendo del garaje. El mecánico ponía cinco dólares en el cajón. ¡Era extraño que supiera el valor de ese billete con tanta seguridad! Los tres estudiantes habían llegado a la esquina de la manzana y daban la vuelta. Era extraño que pareciera haber alguna conexión entre ellos y la inspiración que había experimentado justo unos momentos antes. Evidentemente, se trataba de un caso de asociación de ideas. Estaba mirándoles cuando había pensado en el nuevo concepto y, por ello, el concepto quedaba asociado a ellos. Psicología elemental, nada misterioso en absoluto.

Pero ¿no explicaba eso las cosas en términos de monovalores y rechazaba el concepto mismo que había encontrado?

La inspiración volvió a inundarle y el escritor se asustó. ¿Qué ocurriría si cada una de esas personas de la calle de abajo formara parte del único cinco por ciento que importaba?

¿Qué ocurriría si para esa gente, él, un conocido y brillante escritor de ideas especulativas, fuera simplemente uno de los pertenecientes al noventa y cinco por ciento inútil? Se acercó lentamente a la máquina de escribir y se sentó de nuevo. Pero no escribió nada. Todavía no.

—La aceptación instantánea de una idea es tan contraproducente como un rechazo inmediato —murmuró, y se preguntó de dónde venían esas palabras—. Las implicaciones de los multivalores no pueden ser dominadas en cinco segundos.

El pensamiento le consoló un poco, ya que la implicación era que, con el tiempo, lograría dominarlas. Y que la destrucción de las bases de los monovalores sólo parecía provocar el caos porque todavía no sabía como hallar el orden en las nuevas relaciones entre las cosas. Es decir, todavía no.

EL clamor que siguió al rejuvenecimiento de Carney se convirtió en un frenesí nacional. Todos necesitaban tener a Bossy. El comercio y la industria necesitaban a Bossy porque, además de sus capacidades de rejuvenecimiento, Bossy era el sustituto universal de la mano de obra poco fiable y el remedio seguro para las decisiones erróneas de la dirección. Todos los gobiernos y agencias gubernamentales necesitaban tener a Bossy inmediatamente. No había otra manera de resolver las intrincadas y enormes complejidades de sus responsabilidades.

Tanto los comités sinceros como los que sólo perseguían el poder, necesitaban tener a Bossy por razones evidentes. Las instituciones encargadas de hacer cumplir la ley veían en ella el último modelo de detector de mentiras al que nadie podría engañar. No había límite a las peticiones de los que necesitaban tener a Bossy, no había ninguna restricción para que Bossy pudiera ser útil a todos los intereses. Nadie pensó en que Bossy trascendía todos los marcos de referencia monovalor, en que fomentaba una visión no restringida, y en que negaba cualquier posible derecho surgido de la propia pantalla de prejuicios.

Los secretarios del Interior y del Tesoro casi llegaron a las manos en la antesala de la Casa Blanca, donde ambos esperaban ver al jefe del Ejecutivo para pedirle la jurisdicción exclusiva sobre Bossy. La incipiente pelea sólo resultó interrumpida por la llegada de los secretarios de Estado y de Defensa que querían presentar la misma petición.

—Resulta incluso demasiado evidente —dijo el secretario de Estado, dando un golpecito a una mota de polvo de su chaqueta—, que Bossy ha de quedar reservada para la diplomacia internacional. No es posible que...

—Tonterías —bufó el de Defensa—. Bossy es, sin ningún tipo de duda, el arma más avanzada. Sería suicida que cualquiera, excepto las Fuerzas Armadas, tuviera el control sobre ella.

—Bossy es un problema de Hacienda —insistió tozudo el secretario del Tesoro—. Ya hay dos personas que han sido convertidas en inmortales sin pagar impuestos por ello. Bien, resulta que, además, teniendo tan sólo en cuenta la pérdida de los impuestos por herencia...

—Bossy es un tesoro nacional —gritó el de Interior.

Los gobiernos de otros países, los dictadores actuales y los que sólo lo eran en ciernes, aquí y en el extranjero, todos querían a Bossy. Moscú destacaba cortésmente que tenía el mismo derecho a Bossy, evidentemente para ser usada en fines pacíficos, que respecto a la ciencia atómica, que se le había dado sin ninguna dificultad. La

Mafia planeaba el mayor secuestro de toda la historia, el secuestro de Bossy. ¿Qué circuito de carreras, qué casino podría enfrentarse a Bossy?

El servicio de Correos pedía a Bossy como la única solución para gestionar la avalancha de cartas que llovía sobre la Kennedy Enterprises Inc.: ofertas, contratos especiales, peticiones, amenazas, reclamaciones.

La obra maestra de Steve Flynn había llegado realmente a la opinión pública.

A medida que iban pasando los días, el caos de la reacción empezó a coagular en forma de masas definidas de opinión. Hasta aquel momento, esas opiniones eran libres. La maquinaria de los controladores de la opinión pública todavía no se había puesto en marcha. En Washington, las grandes coaliciones todavía no habían llegado a establecer una política de colaboración, nadie había acuñado los eslóganes llamados a convertirse en las islas magnéticas en torno a las cuales pudieran formarse las opiniones.

Por primera vez en más de una generación, la gente reaccionaba de manera independiente, con honestidad, con opiniones propias no sesgadas por una carga semántica predirigida. Por ello, la mayor parte de la correspondencia mostró más confianza en Kennedy que en cualquier otro de los grupos del cinco por ciento que intentaban tener a Bossy. Las cartas suplicaban a Kennedy que no traicionara la voluntad popular.

Entre líneas podía incluso apreciarse una súplica para que Kennedy nunca entregara a Bossy, incluso aunque, más adelante, ellos mismos le pidieran que lo hiciera. Como si, instintivamente, hubieran sabido que, cuando la maquinaria del control de la opinión pública empezara a actuar, no serían capaces de resistirse a ella. Como los alcohólicos, sabedores de que serían incapaces de resistirse a la bebida preparada de la opinión pública fácilmente adoptable, suplicaban a Kennedy que siguiera sobrio y les llevara sanos y salvos hasta casa.

Era el viejo drama de siempre que volvía a representarse. Tan pronto como fueran capaces de ponerse de acuerdo y reconciliar las diferencias entre ellos, la minoría autodesignada empezaría a formular la opinión pública. Primero de manera sutil, con nuevas noticias ligeramente sesgadas, con inflexiones vocales en el momento de leer un texto supuestamente no sesgado. Con el uso de una semántica adecuada, la minoría se convertiría en mayoría. De la misma manera que una copa puede llevar a la borrachera más completa.

Entonces, los que conforman las conciencias, seguros en medio de una masa de opiniones concordantes, podrían decir en voz alta: «Nosotros, y sólo nosotros, hemos sido ungidos para decidir a quién debe pertenecer Bossy. Seremos amables en este asunto si nos hacéis caso dócilmente, pero en el caso de que alguien se resista...».

El hombre de la calle, abandonado a sus solas fuerzas, no podía imaginar otra salida posible. El método tenía tantos precedentes y estaba tan bien establecido que no podía ver ninguna vía de escape.

Washington no dejó de darse cuenta de las peticiones de la gente para que

Kennedy protegiera a Bossy para evitar que cayera bajo el control de grupos de presión. Había otros tan receptivos como Steve Flynn al sentimiento de la gente. El carácter amargo del hecho de que la gente confiara en un extraño como Kennedy hizo que los grupos de Washington se pusieran de acuerdo como nunca antes había ocurrido. Se hicieron concesiones entre los diversos grupos de presión. Empezó a concretarse una forma de control.

Teniendo en cuenta el sentimiento de la gente, la oposición directa a Kennedy no sería una actitud prudente. No podían arriesgarse a matar la gallina que había puesto el huevo de oro. Bossy era todavía un factor desconocido. Los científicos de Kennedy no eran los únicos que habían intentado crear, independientemente, una máquina como Bossy, y habían fracasado en el intento. Otros grupos habían fracasado aún más miserablemente que los hombres de Kennedy, ya que el deseo de no querer considerar otros puntos de vista más que los propios era una característica muy extendida entre los hombres que no disponían del vínculo de lealtad a Kennedy como una ayuda para su progreso.

Se encontraban en la posición del salvaje que tal vez puede hacerse una idea de cómo conducir un coche que esté ya con el motor en marcha; o, por medio de prueba y error, encontrar y activar la llave del encendido para arrancar el motor; pero que se encuentra completamente impotente si alguien se ha llevado la llave. Era mejor moverse con cautela para apoderarse de Bossy mientras seguía intacta.

Era necesario pactar para lograr que Bossy cayera en sus manos completa y operativa. Una vez que se hubieran apoderado de Bossy, el pacto podía infringirse.

Billings y Hoskins representaban escaso peligro. Eran tan sólo científicos. Y ya se sabe que los científicos rehúyen toda responsabilidad ante las consecuencias sociales de su trabajo. Sólo piden comida y cobijo para seguir trajinando en sus laboratorios, y dejan que los hombres con sentido práctico gobiernen el mundo en la forma en que éste haya de ser gobernado.

Joe Carter era sólo un muchacho que había sido el secretario del proyecto, y su único derecho a la fama era que Mabel se había enamorado de él. ¡Amigo, eso sí que tenía que ser algo serio, sobre todo teniendo en cuenta lo que Mabel había sido durante toda su vida! Joe tendría las manos ocupadas y, en cualquier caso, no era importante y podían ignorarle.

Eso dejaba solo a Kennedy. Y Kennedy estaba abierto a los pactos. Había hecho centenares de tratos con Washington. No había ninguna razón para creer que no haría uno más. Como un buen negociador, esperaba que ellos dieran el primer paso, eso era todo.

Tal vez no hiciera falta infringir el pacto que harían con Kennedy. ¿Por qué no hacerle jugar el papel de agente doble? ¿No era un industrial de gran éxito? ¿No había sido capaz de crear un imperio industrial que dejaba pequeñas a muchas naciones? ¿Puede alguien alcanzar esa posición sin llegar a creer que es muy distinto de la gente común como, por ejemplo, ellos mismos? Probablemente compartía

muchos de sus puntos de vista. Probablemente una elección cada cuatro años trastornaba tanto sus planes de negocios como a ellos sus planes políticos.

Siempre había un lugar para un hombre con la habilidad de Kennedy en la jerarquía de los inmortales... siempre y cuando pudiera confirmarse que compartía el único modo correcto de pensar.

Hap Hardy, profesional liberal como consultor de investigación de mercados, había logrado concertar muchos pactos delicados. Tras una máscara de afabilidad escondía la astucia con la que creaba precedentes sobre los que basar las acciones posteriores. No había en Washington nadie mejor para retorcer la semántica. Hap Hardy era la persona adecuada para tratar con Kennedy.

Y, en el caso de que Hardy fracasara, evidentemente, recurrirían a la acción militar.

Cuando se le hubo hecho el encargo, y una vez asegurados sus honorarios, Hardy no perdió tiempo. De inmediato hablaba por teléfono con Kennedy.

—Howard —tronó con voz cordial—, ¿cómo estás, viejo amigo? Mañana, un par de nosotros vamos a volar hasta la Costa Oeste por un asuntillo. Mi abogado, Oliver Mills, y yo mismo. Ya que vamos a estar ahí, hemos pensado que podríamos pasar a verte para saludarte y hablar de ese otro asunto.

LA reunión, mantenida en el despacho de Kennedy en San Francisco, empezó bien.

Hap Hardy exhibió al máximo sus facultades de gentileza y afabilidad. Su consejero y abogado, Oliver Mills, cuidadosamente preparado con antelación, seguía siendo incapaz de mostrar una sonrisa sincera pero, por lo menos, compensó la gélida mirada de sus ojos y los marcados ángulos del rostro con una mueca que pretendía ser agradable.

Ambos se sentaron en los grandes sillones de piel. Hardy repantigado cómodamente y envuelto en el humo del cigarro puro; Mills manteniendo la espalda recta como si no quisiera conceder a su propio cuerpo algo tan sencillo como la comodidad.

Kennedy se sentó en su lugar habitual, detrás de la enorme mesa, enmarcado por la ventana panorámica que mostraba la vista de San Francisco para delicia de los visitantes... e, incidentalmente, iluminaba sus rostros mientras el de Kennedy permanecía en la sombra.

Joe se sentó en una esquina de la enorme mesa, con un bloc de notas abierto ante sí, actuando como secretario confidencial a petición de Kennedy.

«¡Qué pareja!», exclamó Jeff Carney desde su propia habitación en Berkeley. Participaba en la reunión a través de los ojos y la consciencia de Joe. «Ese Mills es la imagen misma de Torquemada, sacado directamente de la Inquisición. Y ese viejo burlón, John Silver Hardy...».

«Son tan sólo un par de ciegos que quieren hacer un trato de negocios con Kennedy... Al menos eso es lo que creen», respondió Joe tolerante.

«Siento unos enormes deseos de dejar que Kennedy pueda saber lo que tienen en sus mentes», amenazó Jeff.

«Como si no lo supiera...», replicó Joe despreciativo. «Kennedy no es telépata, pero no ha nacido ayer. Ahora escucha, chavalín, eres sólo un observador, para ver cómo se hacen las cosas cuando personas brillantes se reúnen en un clima de cordialidad».

Si alguno de los visitantes tenía objeciones a la presencia de Joe Carter como secretario, no lo demostró. Hardy alzó las cejas para mostrar su sorpresa ante el hecho de que Kennedy pensara que hiciera falta un secretario en una reunión meramente social, pero se trataba sólo de una especie de gambito.

Joe sabía que, en realidad, Hardy estaba satisfecho por su presencia y por más de una razón. Demostraba que Kennedy reconocía abiertamente que estaban reunidos para tratar de negocios, y por lo tanto no iban a tener que perder el tiempo andándose

por las ramas y podían ir directamente al asunto sin tener que hacerlo aparecer de manera casual. Y demostraba también que Kennedy estaba dispuesto a hablar de negocios. Evidentemente no hace falta un secretario para apuntar sólo un claro y definitivo «No».

Algo igualmente importante, aquel muchacho sentado en el rincón de la mesa para escribir esos ridículos garabatos podía convertirse más tarde en un valioso testigo, cuando fuera necesario pasar a las acciones legales para acusar a Kennedy de cualquier cosa y así poder repudiar el trato. Una mirada a la anémica cara del muchacho, y todos sus prejuicios se confirmaron. El muchacho era un cero a la izquierda, que pensaba que había encontrado un buen chollo en este Proyecto Bossy. Cuando se enfrentara a un interrogador realmente experimentado y hábil en retorcer la semántica, seguro que serviría para acusar a Kennedy por cada palabra que éste pudiera decir.

Unos pocos años antes, Kennedy habría tenido mayor sentido común y habría sido lo bastante prudente para no tener un testigo así en una reunión tan importante. El viejo estaba perdiendo facultades, ¡se hacía senil!

Hardy se relajó con un suspiro de satisfacción en el sillón acolchado. La batalla ya estaba ganada. Ciertamente, era muy probable que estuvieran grabando toda la conversación, pero eso no importaba. La ley era muy clara en este punto. En algunos casos, el fiscal o el abogado acusador podían usar ese tipo de cosas, pero a la defensa no le estaba permitido. Ese precedente se había establecido bastantes años antes, tratando evidentemente de otros asuntos, pero incluso en un debate de un club de instituto de enseñanza secundaria sería factible demostrar las semejanzas y los paralelos entre los casos, una vez que existía un precedente.

Dejemos que hagan la grabación. Si hubiera en ella cualquier desliz demasiado peligroso, el caso se podría manipular de manera que bastara con una mera investigación y Kennedy no tendría acceso ni a una defensa ni mucho menos a un jurado.

—Howard —dijo Hardy y se inclinó hacia delante en su sillón, cuando consideró que los preliminares habían terminado—. América tiene una gran deuda contigo. Quiero felicitarte por la anticipación de la que fuiste capaz cuando entraste en escena y te hiciste con Bossy, manteniéndola fuera del alcance de las manos de los científicos y de los radicales. Esto demuestra la importancia de ser capaz de tomar una decisión rápida y de actuar inmediatamente sin prestar atención a las tonterías que pueda decir la oposición.

—Bueno —observó Kennedy—, en realidad Bossy sigue todavía en manos de los científicos, aunque no me atrevería a llamarlos precisamente radicales. Los profesores Billings y Hoskins siguen todavía al mando del Proyecto Bossy, ya lo sabes.

—¡Así debe ser! ¡Así debe ser! —tronó Hardy aprobándolo—. Ésa es nuestra tradición, ya lo sabes. Los inventores de Bossy han de poder recoger algunos de los

beneficios de su trabajo. Y no tengo ninguna duda de que les estás pagando bien por su gran dominio de la mecánica que han puesto a tu disposición.

Kennedy rió.

—Es posible que no te lo creas, Hap, pero todavía no les he pagado nada. Sólo les proporciono manutención y un lugar donde trabajar.

Hardy estalló en una risotada y contempló a Kennedy con admiración.

—Habría sido mejor para usted, señor Kennedy, que hubiera hecho algún pago real, aunque fuera una cantidad simbólica —dijo Oliver Mills de modo tajante. Había abandonado ya sus esfuerzos por parecer agradable y se comportaba tal y como solía ya que para eso le habían pagado—. Un pago real y legal, con un buen recibo...

¡Así! Eso formaría parte de las notas que el muchacho iba tomando diligentemente. Siguiendo perfectamente los procedimientos legales, habían advertido a Kennedy de que no había escapatoria para posteriores acusaciones y demandas.

—Siempre he considerado que mi relación con Bossy es más bien la de una custodia fiduciaria, al menos hasta la asignación definitiva —respondió Kennedy—. No he querido hacer nada más hasta que se tomen las disposiciones adecuadas.

Hardy cambió pronto de actitud. Esto iba a ser mucho más fácil de lo previsto. Evidentemente, Kennedy reconocía que había mordido más de lo que podía realmente masticar. Había dicho con claridad que estaba dispuesto a dejarlo estar.

—Puedo ver por qué actuaste como lo hiciste, Howard —dijo Hardy conciliador—. Hasta que cambiemos un poquito las cosas, estamos liados, allá en Washington, con debates y con la oposición. Y alguien ha de entrar en escena y hacerse cargo. Eso simplemente demuestra lo que un puñado de nosotros no paramos de decir allá en Washington. Pero imagino que te das cuenta de que has agarrado a un tigre por la cola: ese asunto de Bossy es demasiado grande para un solo hombre.

—Es demasiado grande para todos nosotros, Hap —replicó Kennedy riendo de nuevo.

El viejo dicho volvía a estar en uno de los puntos álgidos de su ciclo de aceptación popular, y todos rieron como estando de acuerdo.

La cara de Hardy puso fin a la risa general asumiendo una expresión de noble resolución.

—Sí —añadió con voz solemne—, sólo somos instrumentos en manos de un destino glorioso. Pero también es nuestra obligación dar forma a ese destino, Howard. Ningún hombre tomaría voluntariamente el destino del mundo en sus propias manos, Howard, pero hay veces en que debe hacerse. No podemos permitir que Bossy caiga en malas manos. No podemos arrojar por la borda el destino de nuestro propio pueblo permitiendo que se salgan con la suya esos traidores que pretenden entregarla a las Naciones Unidas, donde ya ha empezado el debate sobre cómo controlar a Bossy.

Hizo una pausa y lanzó a Kennedy una mirada llena de astucia. Ahora. Ese viejo demonio tenía dos opciones: convencerse a sí mismo de que debía compartir a Bossy,

o renunciar a ella. Y en ambos casos sería lo mismo que comprometerse a estar de acuerdo con la gente que pensaba de la manera correcta.

Joe sabía que los planes de Kennedy no estaban todavía del todo maduros. Ya era hora de echarle una mano.

—Perdón, señor —alzó la mirada del bloc de notas—. Hummm... ¿puedo leer las últimas frases para comprobar su exactitud? Ha sido tan rápido..., y no sé si lo he anotado correctamente.

Los tres hombres le miraron con la irritada paciencia de un ejecutivo ante un secretario poco eficiente. Pero Hardy no tuvo objeciones. Lo que había dicho le parecía bastante bueno, y no le importaba tener que volver a oírlo. Kennedy reprimió una sonrisa y dio su autorización.

—Ahora. Viejo demonio —leyó Joe con esa voz inexpresiva que es marca registrada de los secretarios imperturbables repitiendo textos—, tienes dos opciones: o te pones en manos de esos ridículos ñoños, o aceptas formar parte del grupo de quienes intentamos apoderarnos de Bossy en interés propio.

Se produjo un profundo silencio en la habitación. Era como la inmovilidad de las momias en una tumba.

—¿No es eso lo que usted ha dicho, señor? —preguntó Joe con voz entrecortada.

—Yo... yo... —Hardy tragó saliva y empezó a enrojecer.

—¡No lo ha dicho! —gritó Oliver Mills, soltó las palabras como si fueran cortantes cuchillos.

—¿Qué te ocurre, Joe? —preguntó Kennedy con dureza. Pero Joe sabía que esa cólera era sólo aparente y que, tras el rostro impasible, el anciano estaba riéndose a carcajadas.

—Yo... yo... no lo sé, señor —dijo Joe dubitativo—. Algunos de nosotros lo hemos notado, los que hemos estado trabajando cerca de Bossy durante mucho tiempo. Oímos cosas, cosas que en realidad nadie ha dicho. Por eso quería comprobarlo. No estaba seguro de que el señor Hardy lo hubiera dicho o que sólo estuviera pensándolo. Es... ¡es muy desconcertante!

«¡Bravo!», aprobó desde Berkeley el pensamiento de Jeff Carney. «¡Ponlos en fuera de juego!».

Y estaban en fuera de juego. Las implicaciones estaban demasiado claras. No podían dejar de ser tenidas en cuenta. ¡El secretario podía leerles el pensamiento! Inmediatamente se formó en sus mentes la idea de escapar de la habitación, marchar lo más lejos que pudieran y replantear toda su estrategia. Debían actuar inmediatamente.

«¡Dales el golpe de gracia!», le urgía Jeff contentísimo desde el otro lado de la bahía. No se preocupó si estaba o no mezclando las metáforas. Joe comprendería lo que quería decir.

—Estamos intentando arreglarlo para que no vuelva a ocurrir, señor —dijo Joe a modo de disculpa—. Evidentemente se trata de alguna especie de interferencia de

ondas de radio. Así que la hemos desmontado completamente, y...

—¿Bossy está desmontada? —gritó Hardy poniéndose en pie de un salto.

—Bueno, sí, señor —dijo Joe con la mayor inocencia—. Ya sabe que la máquina es sólo un proyecto experimental, y...

El golpe de la puerta del despacho de Kennedy tras la marcha de Hardy y Mills eliminó la necesidad de seguir hablando. Habían huido presas del pánico. Seguro que tenían que reorganizar su estrategia.

Kennedy siguió sentado mirando a Joe desde debajo de sus pobladas cejas grises.

—¿Bossy puede realmente radiodifundir la capacidad de leer las mentes, Joe?

—No —rió Joe—. Era claramente evidente lo que estaban pensando esos dos.

Kennedy asintió con un gesto de la cabeza.

—E imagino que tampoco está desmontada —afirmó.

—No, a menos que Hoskins haya pensado en alguna cosa que hacer para pasar el rato.

—De todo esto, deduzco que no aprobabas que hiciera un trato con Hardy.

—¿Tenía intención de hacerlo?

—Sabes que no —dijo Kennedy lentamente—. Lo sabes, de la misma forma que sabes todo lo que está en las mentes de la gente que te rodea. Me he fijado en ti, en Mabel y en Jeff, Joe. Se lo he preguntado a Billings y Hoskins. Dijeron que no sabían nada, pero no me engañaron.

—¿Está enfadado, señor? —preguntó Joe, y esta vez utilizó el tratamiento con sincero respeto.

—No —respondió Kennedy inmediatamente—. Posiblemente la primera vez que supe de vuestro talento me sentí un poco molesto. Todo eso del derecho a la intimidad y tonterías parecidas. Pero he vivido demasiado tiempo para saber que nadie se merece realmente el pedestal que pretende ocupar, y probablemente no debo ser peor que la mayoría. No, estoy bastante contento por ello.

»Sabes que habrá que encontrar una solución para Bossy. Éste ha sido sólo el primero de los intentos de pacto. Desde el principio supe que éste sería el problema. Creí que estaba solo. Dos profesores distraídos y un muchachito. Creí que todo el peso de la decisión respecto a cómo utilizar a Bossy recaería sobre mí.

»Me siento contento de que no sea así.

HABÍA que encontrar una solución.

Bossy era, como mínimo, una arma cargada que no podía dejarse sin vigilancia al alcance de los niños con la habitual actitud irresponsable de la ciencia.

—Esto, niños, es un juguete nuevo. Supongo que debo deciros que es peligroso y que no deberíais apuntaros unos a otros cuando apretéis el gatillo. Por supuesto que, si lo hacéis, yo no soy responsable. He hecho cuanto he podido, simplemente para descubrir los principios que hacen que funcione y la he montado. Divertíos, niños. Y si os matáis unos a otros con esto, seré el primero en lamentarlo y decir que no se ha construido con ese objetivo.

Pero también, ¿no sería peor si los principios científicos y sus productos no se dieran a conocer? ¿Qué es lo que diferencia al hombre del niño, el ser civilizado del salvaje, el hombre de las bestias, sino el conocimiento de la interrelación entre las diversas partes del universo y cómo trabajan en ciclos de causa y efecto? ¿Puede crecer el intelecto de un niño si se le ocultan los principios que se descubren en los laboratorios?

Había que encontrar una solución para Bossy.

En esencia, Bossy era el arma definitiva y planteaba el mismo problema que plantean todas las armas definitivas: ¿Hasta qué punto y por cuánto tiempo es posible fiarse de quiénes las custodian?

Y esa pregunta no sólo intentaba ser respondida por unos pocos hombres de elevada inteligencia. La conversación oída en la calle por Joe, Jeff y Mabel se repetía en todas partes. Centenares de soluciones se vertían en las ondas, se publicaban en los periódicos, se escribían en la correspondencia manuscrita de todo tipo. Todas tenían algún objetivo monovalor que debía ser tenido en cuenta. Todas expresaban el temor de que Bossy acabara usándose para destruir.

Todos se daban cuenta de que tan sólo el cinco por ciento de la humanidad contaba para algo. Todos agradecían humildemente a su buena estrella providencial que, gracias a sus méritos y a su esfuerzo personal, hubieran llegado a formar parte de ese cinco por ciento claramente superior. Todos miraban al mismo tiempo con compasión y desprecio al noventa y cinco por ciento que no compartían ese don.

Había que encontrar una solución.

Comenzaban a aumentar las presiones de cada grupo que disponía de su propia solución al problema. Había que calmar de alguna manera aquellas presiones. El paso dado por Hardy, como portavoz del grupo que creía que un gobierno severo era la única manera de controlar al ser humano, fue sólo el comienzo.

La clínica Margaret Kennedy adquirió el aspecto de un campamento militar armado. Pero eran sólo los guardias de Kennedy, una protección claramente inútil para enfrentarse a cualquier intento bien organizado de llegar hasta Bossy. Pero al menos servía para ahuyentar los intentos desorganizados. A la espera de revisar la estrategia, el Pentágono todavía no había aumentado el contingente de la cabeza de playa y el disgustado sargento seguía cambiando sus centinelas a intervalos regulares. Los centinelas no molestaban a nadie y dejaban pasar a todo el que quisiera entrar o salir de la habitación donde se hallaba Bossy, y se contentaban con decirse que se trataba de una guardia de honor y presentaban armas a los que pasaban por el pasillo. El guardia que había dejado entrar a Carney en la sala, había adornado la historia al contarla diciendo que uno nunca sabe quién puede ser un general de cinco estrellas disfrazado de conserje con un cubo y una fregona.

En aquel momento, los centinelas estaban más alerta de lo que era habitual. Todos los que estaban al corriente del Proyecto Bossy sabían que los peces gordos al completo mantenían una reunión:

Kennedy, Flynn, Billings, Hoskins, Carney, Mabel, Joe. Las puertas estaban cerradas y, esta vez, los guardias de Kennedy no dejaban que nadie circulara por los pasillos que daban a la sala.

Dentro de la sala, la reunión era informal: parecía que se tratara sólo de un grupo de personas que estaban de visita.

Steve Flynn, espejo casi infalible de la opinión pública, expresó el desconcierto de las masas.

—¿Qué va a ocurrir con Bossy?

La pregunta servía para alejar la conversación de los cafés y las pastas que estaban tomando.

—Sólo por hacer una hipótesis, Joe —preguntó Kennedy—, imagina que yo hubiera hecho un trato con Hardy y su pandilla. Imagina que, ahora o más adelante en el futuro, un aspirante a dictador se apodera de Bossy. Le pide a la máquina la estrategia más efectiva. Y la consigue. Le pide las armas más poderosas, y las consigue. Le pide la defensa más eficaz contra todas las otras armas, y la consigue. Podría conquistar todo el mundo con gran facilidad.

—Pero le harían falta seguidores —observó Hoskins—. Si la gente no le respalda...

Flynn resopló con sarcasmo.

—Una pequeña manipulación semántica le proporcionaría millones de seguidores. La gente se une a un fanático aunque no sea por otra razón que para romper la monotonía de sus vidas. Eso no sería realmente un problema.

—Pero no podría convertirse en inmortal —objetó Billings—. Mientras mantuviera una idea fija y unilateral, no podría conseguir que la máquina relajara sus tensiones y le renovara. Creo que el deseo de dominar el mundo, o una parte de él, asume la forma de una fijación, de una tensión. Mientras siguiera obsesionado por

una idea fija, Bossy no podría renovarle. Sabría que la muerte ha de acabar con él.

—¿Y qué? —rebató Flynn—. Se divertiría bastante mientras estuviera vivo.

—¿Y se conformaría con eso? —preguntó lentamente Kennedy—. Frente a la posibilidad de la inmortalidad, la satisfacción de dominar el mundo solamente por un breve período de tiempo sería algo de muy escaso valor.

—Si conozco a la gente... y ése es mi oficio —respondió Flynn—, se convencería a sí mismo de que lo correcto sería dominar todo el mundo primero, y después arrepentirse de ello y obtener también la inmortalidad. Al menos, así ha ocurrido siempre.

Jeff y Mabel miraban a Joe. Sus pensamientos eran idénticos.

—Según vemos en la historia —dijo Joe con voz tranquila—, a largo plazo, eso realmente no importa. El destino de la humanidad se alcanza igualmente, ya sea bajo una dictadura, una democracia o cualquier otra forma de gobierno que todavía no hayamos concebido.

Kennedy y Flynn le miraban perplejos.

—Creo que el problema real está en el concepto que se tenga del universo —dijo Jeff—. Y en el significado de la misma ciencia.

Joe asintió con un gesto de la cabeza.

—Bossy considera el universo como una totalidad —dijo—. Donde todos los hechos, los procesos y las fuerzas se interrelacionan para formar un concepto global. En este estadio de la evolución del ser humano, nuestros científicos han sido como niños enfrentados a una mesa con montones de piezas de un gigantesco rompecabezas. Uno toma una pieza y dice: «Ésta es la pieza más importante. Tengo la única clave de todo en mis manos». Bueno, es natural que lo sea. Todas las piezas son clave.

Mabel dejó la taza en la mesa y siguió con las palabras de Joe, sin que el hilo del discurso quedara interrumpido.

—En la mayor parte de los campos ni siquiera hemos empezado a intentar combinar unas piezas con otras. Y, a veces, donde intentamos hacerlo, encontramos discrepancias. Como los niños, nos sentimos inclinados a llevar a cabo uno o dos intentos inútiles y después lo tiramos todo otra vez encima de la mesa como si se tratara de un trabajo imposible. Pero todas las piezas encajan para formar una imagen completa. Todavía no tenemos ni la menor idea de cuál es esa imagen. Ni siquiera hemos descubierto todavía un método adecuado para hallarla.

—A menudo pensamos que ya lo hemos hallado —continuó Jeff—. Concebimos una teoría que parece ser correcta hasta que encontramos una pieza que nos demuestra que no lo es. Por lo menos hemos obtenido algún progreso al volver atrás sobre nuestro trabajo anterior para ver si una nueva teoría, que haría que la nueva pieza ajuste con las demás, también habría servido en el pasado.

—Aunque todavía seguimos haciendo demasiada presión en el intento de ajustar una pieza con otra y las forzamos. —Joe recogió la idea y siguió con ello—. Parece

que hayamos desarrollado el vicio de responder demasiado pronto a las preguntas.

—La vida es breve —dijo Billings con una nota de nostalgia—. Deberíamos perdonar al hombre que intenta encontrar una respuesta, el resultado de todos sus esfuerzos.

—A pesar de todo, con ello se altera la imagen completa —respondió Joe—. Al forzar las piezas se obtienen relaciones extrañas, por no hablar del hecho de que este tipo de tácticas siempre están condenadas al fracaso.

—No estoy seguro de entenderlo —dijo Kennedy.

—Los científicos que proporcionaron a Bossy los conocimientos de base —explicó Joe—, estaban familiarizados con las ideas que acabamos de esbozar. Eligieron el sistema de mirar hacia atrás para limitarse a destacar la diferencia entre los hechos demostrables y las deducciones que se han sacado de esos hechos. Os pondré un ejemplo.

»Prácticamente todos los libros de astronomía establecen categóricamente que Marte tiene dos lunas. Hemos trazado sus órbitas, considerando irrelevante que no tengan el mismo sentido de rotación que el resto de los cuerpos del sistema solar. Les hemos puesto un nombre y hemos determinado su masa. Y luego nos hemos olvidado de ellas, ya que constituyen un hecho conocido.

»En realidad lo único que podemos demostrar es que nuestros telescopios captan la luz reflejada por los que parecen ser dos cuerpos materiales que parecen ser satélites de Marte. Y ésa es la información que se introdujo en Bossy... no que Marte tuviera dos lunas, sino que nuestros telescopios captan determinada luz reflejada.

»Ahora sabemos que podrían ser satélites artificiales y que, si fueran metálicos, entonces la luz que reflejan puede provenir de cuerpos mucho más pequeños de lo que hemos imaginado. No pensamos en ello cuando se hizo la hipótesis de las dos lunas, ya que entonces los satélites artificiales eran una imposibilidad, o al menos así lo creíamos.

»Por lo tanto, hay dos posibles explicaciones cuando antes sólo teníamos una. Es razonable preguntarnos qué nuevos desarrollos de la ciencia durante el próximo siglo nos proporcionarán todavía nuevas explicaciones.

»Aplicad todo esto al saber del ser humano. La gran mayoría de lo que consideramos conocimiento son sólo suposiciones... Seguimos haciendo demasiada presión en el intento de ajustar una pieza con otra y las forzamos.

—No veo qué tiene que ver todo esto con un dictador que se apoderara de Bossy —dijo Steve—. Es como el asunto de los árboles: parece que tiene sentido para vosotros, pero yo soy un tío normal, ¿recordáis?

—Lo que intento decir —contestó Joe, y tomó la taza de café que Mabel le había preparado—, es que Bossy sólo se ocupa de hechos demostrados, no de suposiciones. Sus respuestas se basan en las interrelaciones entre los hechos. Combina las piezas entre sí. Si un dictador se apoderara de Bossy, le haría preguntas. Bossy respondería, y si él actuara basándose en esas respuestas, combinaría, sin darse cuenta, las piezas

del *puzzle* para la humanidad.

—Si se basara en esas respuestas —dijo Steve cínicamente—. Imagina que no le gustaran esas respuestas de Bossy. Imagina que se vuelve loco, coge un hacha y hace pedazos a Bossy porque no le gustan las respuestas que le ha dado. Ya sabes que eso, metafóricamente hablando, ocurre siempre. Es muy humano meterse con el mensajero que nos dice lo que no queremos oír.

—Bueno, sí —suspiró Joe—, eso ocurre. Naturalmente te olvidas del hecho de que Mabel o Carney pueden reconstruir a Bossy. Hoskins, Billings y yo, trabajando los tres juntos, podríamos lograrlo; pero Mabel y Jeff pueden hacerlo solos. De alguna manera, ellos mismos son un duplicado de Bossy, y Bossy, si se le proporcionan los elementos adecuados, puede reconstruirse a sí misma.

—Pero a vosotros tres se os puede matar, de la misma manera que se podría destruir a Bossy.

—Al final, el ser humano volvería a descubrir a Bossy —le respondió Mabel—. La única cosa que olvidamos constantemente es la fe en las generaciones futuras del ser humano. Nos enfrentamos a todos los problemas como si la solución final dependiera sólo de nosotros, como si todo hubiera de quedar resuelto porque lo más probable es que nuestros imbéciles descendientes no puedan enfrentarse a los problemas. Supón que Bossy fuera destruida, y nosotros con ella. Hay mucho tiempo. Hay todavía millones de años para los seres humanos.

—No puedo esperar tanto —dijo Kennedy con voz grave en la cual vibraba una triste nota de autodesprecio—. Todavía sigo ligado a la vieja tensión que me ha mantenido preocupado por proteger al ser humano de sus manías autodestructivas. Quiero estar seguro de que, al menos, habrá algunos descendientes, imbéciles o no.

»Vosotros sois diferentes. Tal vez podéis considerar las cosas a gran escala, es decir desde lo que llaman el punto de vista cósmico, pero yo... yo no puedo esperar un millón de años para encontrar una solución.

—Ya me imaginaba que no querría hacerlo —respondió Joe.

—Pero, entonces, ¿qué vas a hacer, jefe? —preguntó Flynn.

—Sólo hay una manera de guardar un secreto de manera tan efectiva que nadie pueda utilizarlo en beneficio propio y para perjudicar a los demás —reflexionó Kennedy lentamente—. Y es divulgarlo, hacerlo de dominio público. Dárselo a todos.

—Los científicos lo han sabido desde hace mucho tiempo —observó Hoskins—. Por eso insisten en la libre circulación de las ideas.

—¿Cómo puede hacerse eso con algo como Bossy? —preguntó Billings—. De diez días a dos semanas por persona. Sólo puede hacerse el tratamiento con unos pocos individuos seleccionados... y eso nos lleva de nuevo al problema original.

Kennedy se volvió hacia Joe.

—¿Hay algún impedimento para que Bossy pueda ser fabricada industrialmente, fabricada en serie como un aspirador, una radio, un automóvil?

Mabel, Jeff y Joe se miraron unos a otros y sonrieron abiertamente.

—Ésta es la respuesta que Bossy nos dio hace un par de semanas —dijo Joe. Kennedy abrió desmesuradamente la boca.

—¿Ve? —continuó Joe—. Cuando uno tiene un problema, lo único que hay que hacer es preguntar a Bossy.

—Podrías haberme ahorrado un montón de noches sin dormir —dijo Kennedy en tono de reprobación.

—Nos pareció mejor que llegara por sí mismo a esa solución —replicó Jeff—. Usted controla las fábricas. Es como el problema del dictador, ¿comprende? Si la idea le hubiera sido propuesta antes de poder aceptarla, y si no la hubiera aceptado, siempre podría haber tomado un hacha y destrozar a Bossy. Como ha dicho, para nosotros el tiempo tiene un valor distinto. Podemos permitirnos esperar.

—Aunque, pese a todo, no hemos parado de hacer cosas —añadió Mabel con una sonrisa burlona—. He estado trabajando en un plan completo de producción. Vea, Bossy ha hecho planos de sí misma, y de todas las herramientas especiales necesarias para fabricar sus componentes en cantidades masivas. Todo está ya listo para ser entregado inmediatamente a sus ingenieros y a sus capataces de producción.

EXISTE un intervalo de tiempo necesario entre decidir que una máquina ha de entrar en la cadena de producción y el acto de expedir el producto embalado. La mayor parte de ese período de tiempo lo ocupa la labor de ingeniería. Demasiadas suposiciones se toman por hechos, se conoce tan poco del proceso, que cada una de las cosas ha de ser probada una y otra vez en diversas pautas y combinaciones.

En este caso, ya se habían realizado todas las fases del trabajo de ingeniería, excepto una. En realidad, todavía se consume tiempo al hacer una cosa después de que los seres humanos saben lo que tienen que hacer y cómo hacerlo. Los vastos recursos de las alejadas empresas de Kennedy estaban repletos de personal entrenado y leal, pero siempre lleva tiempo hacer nuevas herramientas e instalar las nuevas cadenas de producción.

Y el tiempo apremiaba.

Durante algunos días, el anuncio de que Bossy había sido desmontada mantuvo al grupo de Hardy detenido en la indecisión. Pero eso sólo sirvió para permitir que otros grupos se adelantaran con sus propios planes para tomar el control de Bossy. El equipo de abogados de Kennedy quedó inundado por demandas, citaciones e imputaciones. Un hombre insignificante habría sido simplemente arrestado y encarcelado hasta que diera su consentimiento para que se hiciera lo que se le exigía. Pero Kennedy no era un hombre insignificante.

De manera extraña, el terrible peligro que el país había afrontado durante varias décadas actuaba en favor de Kennedy. Poco a poco, la situación había cambiado de un gobierno regido por personal electo a un gobierno regido por personal contratado por los electos. Y ese personal contratado lo había sido basándose en su lealtad a unas personas concretas.

Con lo que había en juego, formaba parte inevitable de toda la situación la consecuencia de que habría muchos más enfrentamientos entre facciones de lo que era normal, y que gran parte de su posible efectividad potencial se perdería en los esfuerzos por contrarrestar los movimientos de los rivales.

Aun así, de vez en cuando, los abogados de algunas de las facciones encontraron el tiempo necesario para añadir otra demanda a ese montón de solicitudes que crecía ya desmesuradamente de tamaño. Pedían que Bossy les fuera entregada en perfecto estado de funcionamiento bajo la pena de... y la pena variaba de acuerdo con el poder que cada una de las facciones había usurpado para llevar a cabo sus propósitos.

Kennedy sorprendió a sus abogados al decirles que respondieran a cada demanda con una declaración de conformidad. Tal y como solicitaban esas demandas, Bossy

les sería entregada en una fecha determinada. Calculó esas fechas teniendo en cuenta los planes de producción.

De todos era sabido que la palabra de Kennedy era de fiar. Cada facción guardó la declaración de conformidad en el mayor secreto. Todas las facciones elaboraron como locos sus propios planes para preparar su ascensión a la cima del poder, para obtener el control de la nación, para obtener el control del mundo.

Algunas de esas facciones, como la liga en defensa de la ley seca (que seguía todavía apenas con vida), habían solicitado tener a Bossy sólo como un gesto simbólico. Quedaron muy sorprendidas al recibir la declaración de conformidad de Kennedy con la promesa de que Bossy les sería entregada en una fecha determinada. Cada una se lo explicó convenciéndose de que gozaba de la simpatía secreta de Kennedy. Un hombre no suele considerar extraño que otros compartan sus prejuicios y adhesiones, incluso los fanáticos se dan cuenta de que puede haber otros que sepan distinguir lo correcto de lo falso... siempre que coincidan con ellos. Esas pequeñas y oscuras facciones también mantuvieron en secreto su inminente triunfo, y se asaron a fuego lento en el convencimiento del poder anticipado que iban a tener para obligar a todos a creer y hacer lo que era correcto, y en caso contrario...

Obrando así, con esas promesas, Kennedy consiguió disponer del precioso tiempo que exigía el proceso de producción. Incluso los muchos chiflados, ciudadanos individuales, que habían escrito para pedir que Bossy les fuera entregada a ellos, para así poder controlar a sus vecinos, obtuvieron la misma respuesta.

Ya que, cuando Kennedy decía que iba a dar el secreto a todos, significaba precisamente esto. No se contentaría con hacer públicos los planos y las teorías en las que se basaba Bossy, lo que hubiera limitado su uso a quienes dispusieran de dinero y de instalaciones y equipo para fabricarla. No, Kennedy quería que la máquina en sí misma, físicamente, estuviera disponible para todo aquel que deseara tenerla.

Se dio cuenta de cómo esto podría afectar a la economía mundial, pero los cambios que Bossy aportaría habrían de ser sólo ampliaciones de los cambios que habían ocurrido cuando el volante había sustituido a la fusta de la calesa. Sospechaba que hacer que Bossy estuviera disponible a precio de coste para quien pudiera comprarla y abrir grandes clínicas para aquellos que no pudieran adquirirla, causaría un agujero menor en su vastísimo patrimonio financiero que los cambios secundarios que nacerían del hecho de que, a partir de entonces, todos y cada uno de los hombres dispondrían de las respuestas que necesitaran para resolver sus problemas económicos... Las respuestas sólo quedarían limitadas por la habilidad de cada ser humano para hacer las preguntas correctas, o por la persistente e irritante respuesta de Bossy anunciando que sólo disponía de «Datos insuficientes».

No, el departamento legal no tendría que preocuparse por las consecuencias de haber prometido que se entregaría a Bossy a todas y cada una de las facciones que la solicitaban. Todas la recibirían.

El único problema que quedaba, de tipo técnico, era que habría realmente una

gran cantidad de Bossys y, a medida que estuvieran disponibles, se extenderían por el mundo a la mayor velocidad posible. Bossy no conocía todos los hechos del universo. Bossy sólo conocía lo que la ciencia de hoy conoce.

Hoy, el ser humano ni siquiera ha arañado la superficie de los hechos que rodean las uñas de sus dedos. Todavía no ha producido la menor mella en los hechos sobre el universo que quedan por conocer. Alguna de las Bossys recibiría datos sobre ese nuevo conocimiento, otras no. Y el cuadro total del universo, a medida que se desplegara, a medida que las piezas encajaran entre sí, estaría a disposición de todos los seres humanos. Si no fuera así, Bossy habría sido contraproducente.

Era necesario que hubiera comunicación entre todas las Bossys.

No resultó difícil hallar el modo de conseguirlo. Bossy ya funcionaba mediante una vibración armónica para accionar los selectores. Sólo hacía falta que esa vibración se emitiera como lo hacen las ondas de radio. No hacían falta nuevos principios. Cualquier ingeniero de los del libro de recetas podía hacerlo, incluso los que creían lo que leían en los libros de texto y consideraban como hechos probados lo que sólo eran simples y puras suposiciones.

No fue difícil diseñar el aparato emisor-receptor, ni se consumió tiempo adicional, ya que esa ligera modificación se hizo en paralelo al proceso de producción del resto de la máquina.

La producción de un número incalculable de copias de la parte más delicada del cerebro tampoco fue un problema real, y no resultó más difícil que el uso de una tarjeta perforada maestra para duplicarla y reproducirla miles de millones de veces en los viejos y anticuados ordenadores del sistema de tarjetas perforadas.

No surgió ningún problema en ningún punto de la cadena de producción. La interferencia del gobierno había cesado, los proveedores de materias primas ya tenían una larga práctica en conceder un trato preferencial a la Kennedy Enterprises Inc. en lo relativo a cualquier pedido repentino. La misma organización de Kennedy tenía también una larga experiencia en hacer adaptaciones y todo tipo de cambios rápidos en su manera de funcionar.

Las nuevas Bossys completas empezaron a salir de la cadena de producción. Se embalaron y se prepararon para su envío mucho antes de las fechas prometidas. El tiempo previsto para contingencias especiales y retrasos inesperados, que había sido calculado según los estándares habituales de ingeniería, no fue necesario.

En todos los puntos de la red de ventas al detalle de Kennedy, se empezaron a recibir embalajes de un nuevo electrodoméstico que empezaría a venderse en breve tiempo.

Steve Flynn acogió con un encogimiento de hombros las nuevas órdenes para organizar otra gran presentación televisiva a nivel mundial. Eso ya era pan comido. Bastó con que dijera que se iba a hacer un nuevo anuncio con respecto a Bossy y obtuvo inmediata colaboración.

Pero cuando le dijeron que, tras el anuncio de que Bossy iba a estar disponible

para todos, Joe hablaría delante de la cámara para dar una explicación de lo que Bossy significaba, sacudió la cabeza y resopló entre los labios apretados.

—¡Oh!, amigo —murmuró. Después, dirigiéndose a Kennedy le dijo—: Mire, señor Kennedy, por favor, ha de decirle a Joe que no va a dirigirse a unos Cerebros... Se trata simplemente de gente normal que no sabe nada de nada y, sobre todo, ¡tampoco quiere saber! ¿Puede decirle que no ha de hablarles de árboles de hoja perenne, ni de rompecabezas gigantescos, ni de cualquier cosa de ésas si desea que le entiendan?

—Creo que va a hablar del agua —contestó Kennedy con una sonrisa.

—¡Oh!, amigo —gruñó Steve—. ¡Y la mitad de la gente va a acabar creyendo que Bossy es sólo un calentador de agua o un nuevo tipo de bañera! Bueno, al menos dígame que no mencione... ¿qué era eso de lo que estaba hablando con Hoskins el otro día...?, ¿física multivalor?

Parecía que iba a hundirse y echarse a llorar.

Durante los prolegómenos de la emisión, Flynn estuvo todo el rato inquieto. Todas las emisoras del planeta iban a retransmitirlo: el mundo entero se detuvo y estaba a la escucha. Todos quedaron aturdidos cuando se les anunció que todos dispondrían de Bossy.

Todos habían creído que sólo unos pocos privilegiados muy especiales obtendrían algún beneficio de Bossy. No captaron enseguida la idea. Seguían sentados con la misma perplejidad de un hombre afligido por la peor miseria al que se le dice, sin advertencias previas, que se ha convertido en millonario. Las mentes de todos, como la del hombre pobre, sólo podían concebir las más sencillas y humildes consecuencias o, por el contrario, salvajes extravagancias.

Vieron en la pantalla el rostro de Kennedy mientras una voz en *off* lo presentaba. Vieron de nuevo a Billings, quien les contó que pensaba hacer un nuevo intento para renovar su juventud, ya que había aprendido mucho desde su anterior fracaso. Vieron a Hoskins, que limitó su corto parlamento a los principios de la cibernética que sólo conocían algunas mentes similares a la suya. También supieron de Carney y Mabel. Incluso Steve Flynn, que habitualmente se quedaba tras las bambalinas, aceptó decir algunas palabras sobre Bossy. Intentó no utilizar el tono y las palabras que habría utilizado un vendedor para promocionar un nuevo cacharro para abrir latas que también sirviera para pelar patatas. Casi lo logró.

Sí logró hacer que el público, tanto los radioyentes como los telespectadores, volvieran a sentirse a gusto al recuperar un cierto sentido de lo que les era familiar. Empezaron a respirar de nuevo. Había mucho de los hábitos comerciales tradicionales en la manera de hablar y de actuar de Flynn, como si el patrocinador estuviera de pie fuera del alcance de la cámara pero con un largo látigo negro. Así se dieron cuenta, mucho más claramente que con el resto del programa, de que Bossy iba a estar disponible para todos ellos en cualquiera de las tiendas de la Kennedy Enterprises Inc., y a un precio que muy probablemente podrían permitirse.

Algunas de las mandíbulas volvieron a masticar chicle, algunas lenguas se dieron cuenta de que las jarras de cerveza estaban vacías y había que volver a llenarlas, algunas narices percibieron el olor de comida quemada en el horno. Después se restableció la suficiente normalidad para que fueran capaces de darse cuenta de que Joe se situaba ante las cámaras, y sus mentes recogieron al menos algunas de las cosas que dijo.

—Ha habido muchas interpretaciones erróneas con respecto a Bossy —empezó el discurso de Joe. Contrariamente a las previsiones de Steve, esperaba tener éxito, ya que las cosas que iba a decir eran un resumen de lo que Bossy significaba para todo el mundo y para cada ser humano en particular.

»Uno de los errores más extendidos sostiene que, ya que Bossy puede pensar más deprisa y mejor que un ser humano, los seres humanos dejarán de pensar, se convertirán en indolentes esclavos de la máquina y fracasarán en alcanzar su propio destino.

»La máquina de sumar puede pensar más deprisa que un oficinista provisto de lápiz y papel, pero no ha destruido el mundo de los negocios. El automóvil puede llegar a otros lugares más deprisa y con mayor comodidad que el ser humano que vaya caminando hasta allí, pero no ha hecho que el ser humano deje de querer ir a otros lugares. Se trata tan sólo de herramientas que el ser humano utiliza.

»Bossy es sólo una herramienta. Bossy puede responder a vuestras preguntas, pero sólo si vosotros se las hacéis.

»Hay otra interpretación incluso más equivocada. Se ha dicho que Bossy es una máquina sin alma, y que el ser humano, al dejarse guiar por ella, se convertirá a su vez en nada más que un monstruo sin alma, perdiendo el sentido de la fe, de la esperanza y de la trascendencia.

»Bossy es un producto de la ciencia. No hay ahora, y nunca ha habido, un verdadero punto de encuentro entre la ciencia y la fe. Ambas se esfuerzan para alcanzar el mismo fin, ambas buscan la comprensión, ambas buscan beneficiar al ser humano para que viva más feliz, con más salud, y en mayor armonía consigo mismo y con sus vecinos. El ser humano intenta descifrar y comprender las fuerzas que gobiernan su vida. Las sendas, a veces aparentemente distintas, que toman la ciencia y la fe no tienen importancia alguna en comparación con el ansia humana de conocer.

»La verdad asusta al ser humano. Este planta falsas ideas en los escombros de su mente para esconderse de la clara luz blanca que trae la verdad. Sus razonamientos derrotan la sabiduría de la verdad. En sus prejuicios y en sus ideas preconcebidas, el ser humano dicta, con antelación, la forma que ha de tener la verdad, y los vestidos que pueda llevar, y por eso no acostumbra reconocerla cuando la encuentra. Sus falsas ideas le alejan de ella.

»Y, pese a todo, el ser humano sigue anhelando y buscando la verdad.

»Esto es inherente a la naturaleza humana. Esto es inherente a la naturaleza de la inteligencia, en sí misma: intentar saber. Bossy no va a eliminar ese impulso de la

humanidad. Más bien, va a complementarlo y promoverlo. Bossy es una herramienta del ser humano. Como las otras herramientas. Bossy existe para que el ser humano la utilice.

»Sí, os dará la inmortalidad. Y ahí reside otra idea equivocada. Si estáis sentados en una colina encima de un lago, y si apuntáis con el dedo al lago y le ordenáis: “Sube y báñame”, el agua no se moverá. Se encrespará y formará olas bajo la luz del Sol, y no os hará caso.

»El agua obedece a determinadas leyes de la naturaleza. Para bañaros tenéis que utilizar como mínimo algunas de esas leyes. Hasta ahora, el ser humano no ha adquirido el más mínimo dominio de las fuerzas que podrían hacer que el agua saltara de su cauce y corriera colina arriba para bañarle.

»Pero, esperad un minuto. Sí, el ser humano tiene al menos algunas leyes que gobiernan el agua y la ponen bajo su mando. Dispone de bombas y cañerías. Puede ordenar al agua que suba por la colina para bañarle, y el agua le obedece cuando, y sólo cuando, haga uso de las leyes que han sido descubiertas por la ciencia.

»Bossy es un producto de la ciencia. Bossy os obedecerá cuando le ordenéis renovar vuestra juventud sólo cuando hagáis uso de las leyes de la vida que han de ser aplicadas a las células de vuestro cuerpo para restaurar vuestra vigorosa juventud. Bossy no es mágica, no es un superser. Bossy es solamente una herramienta. Y las herramientas sólo se usan con éxito cuando se ajustan a las leyes que gobiernan el universo.

»Bossy es sólo una herramienta. No intercederá por vosotros para que aprendáis el uso de las leyes de la vida y de la materia. No os amenazará, no os adulará, no es corromperá, no os prometerá las llamas del infierno o las delicias del cielo. Si estáis buscando un sustituto de los padres, un retorno a los brazos amorosos de una madre, Bossy sólo os proporcionará un pobre consuelo. A Bossy no le importa.

»Al agua no le importa si os bañáis o ahogáis en ella. A las montañas no les importa si las escaláis o les dais la vuelta. A las estrellas no les importa si el ser humano las alcanza o no. Al universo no le importa si el ser humano domina todas las interrelaciones entre sus fuerzas y procesos, o si muere porque se niega a dominarlas. La vida continúa en la medida que utiliza esas interrelaciones para impulsar su crecimiento. Cesa cuando resulta vencida por otras fuerzas a las que no puede dominar.

»Esto es un pobre consuelo para quienes pagarían cualquier precio por la seguridad, por el letargo, por el retorno al útero materno..., no, incluso más atrás que eso ya que incluso en el útero hay lucha. Digamos, el retorno a la nada.

»Pero representa realmente una maravillosa esperanza para aquellos que creen que el ser humano está destinado a algo más que la indolencia y la repetición interminable de actos sin objetivo alguno generación tras generación. Porque significa que todavía existe un reto que el ser humano ha de afrontar.

»Ese reto es Bossy. No os dará órdenes ni os adulará. A ella no le importa si

habéis de convertirnos en inmortales o si vuestra preferencia es seguir atados a vuestros prejuicios y a vuestras débiles ideas monovalor... muriendo por ello. Pero ahí está. Es una herramienta que calentará vuestras casas, que podrá proporcionaros diversiones, que cocinará vuestra comida, que bañará al niño, que llevará el perro a pasear, o que calculará vuestros impuestos. Hará todas esas cosas si se lo ordenáis, y no le importará si se trata de cosas pequeñas o grandes. Bossy es solamente una herramienta.

»A su debido momento, también os puede dar una gran capacidad de comprensión, cuya naturaleza todavía no somos capaces ni siquiera de soñar. Puede daros la inmortalidad. Pero deberéis adecuaros a sus exigencias. No podéis hacer uso de una herramienta a menos que comprendáis algo de las leyes del universo que gobiernan la vida.

»Ahí está Bossy. Es vuestra. No es una amenaza. Pero es un reto. Tal vez sea el mayor reto que la humanidad ha sido invitada a aceptar. Es un reto para vuestra voluntad de admitir que podríais no tener razón, que podríais no tener todavía todas las respuestas. Es un reto para vuestra voluntad de aprender más que para la de discutir.

»Señoras y señores del mundo. Aquí está. Bossy es vuestra.

MARK CLIFTON (Philadelphia, Pennsylvania, EE. UU., 1906 - 1963), escritor y hombre de negocios estadounidense, trabajó durante muchos años en el campo de la investigación estadística y de los estudios de psicología de masas. Publicó sus relatos de ciencia ficción siempre en *Astounding*, a partir de *What I Have Done?* (1952).

Autor de diversos relatos, bastantes de ellos escritos en colaboración, se le conocen dos series de narraciones: las centradas en el personaje de Joe Carter (o la máquina Bossy) y la de Ralph Kennedy. Clifton es también autor de otra novela independiente, *Las ocho llaves del Edén* (1960), aparecida en España en el número 35 de la vieja colección *Galaxia* de Ediciones Vértice. Después de su muerte, se recogieron algunos de sus relatos en la antología *The Science Fiction of Mark Clifton* (1980).

La serie de Bossy está formada por dos relatos (escritos con Alex Apostolides) y una novela (escrita con Frank Riley). Los relatos son *El loco Joe (Crazy Joe)*, aparecido en agosto de 1953 en *Astounding*, y *¡Escóndete! ¡Escóndete! ¡Brujo! (Hide! Hide! Witch!)*, aparecido en *Astounding* en diciembre de 1953; y la novela es la que le reportó el segundo de los primeros premios Hugo de la historia: *They'd rather be right* (1954), publicada primero por entregas, de agosto a noviembre de 1954, en la revista *Astounding*, y que acabó apareciendo en libro con el nuevo título *La máquina de la eternidad* (1958, NOVA número 155). Trata de la telepatía y de una inteligencia artificial *avant la lettre*, con el énfasis añadido en las ideas de una terapia psicosomática al estilo de la dianética de Hubbard, incipiente en aquellos días.

La otra serie, la de Ralph Kennedy, se inicia con el relato *What Thin Partitions* (1953, escrito con Alex Apostolides) y contiene otros relatos: *Sense From Thought Divide* (1955), *How Allied* (1957), *Remembrance* y *Reflection* (1957), para acabar con una novela: *When They Came From Space* (1962). Puede considerarse como una crítica genérica a la burocracia federal.

Clifton parece haber mantenido una cierta prevención tanto ante la caza de brujas y las limitaciones que introducía al simple hecho de pensar, como ante la ciencia establecida que no prestaba la atención que él creía conveniente a los nuevos estudios de Rhine y otros sobre la telepatía y la percepción extrasensorial.

FRANK RILEY (Hibbing, Minnesota, EE. UU., 1915 - Manhattan Beach, California, EE. UU., 1988), escritor e ilustrador, es conocido en la ciencia ficción básicamente por haber colaborado con Mark Clifton en *La máquina de la eternidad*, y por algunos relatos breves publicados en revistas durante los años cincuenta. También ha sido autor de algunas ilustraciones para portadas, como la de *When Harlie Was One* (1988).

ALEX APOSTOLIDES (San Francisco, California, EE. UU., 1923 - El Paso, Texas, EE. UU., 1986), arqueólogo, fotógrafo, hombre de radio y escritor, colaboró con Mark Clifton en diversos relatos publicados en los años cincuenta, en particular en

los dos primeros protagonizados por Joe Carter y que dieron lugar a la serie protagonizada por el telepata (o por la máquina Bossy...), con la que Mark Clifton y Frank Riley obtuvieron después el premio Hugo de 1955 con *They'd rather be right*, publicada posteriormente como *La máquina de la eternidad*. Los relatos son *El loco Joe (Crazy Joe)*, aparecido en agosto de 1953 en *Astounding*, y *¡Escóndete! ¡Escóndete! ¡Brujo! (Hide! Hide! Witch!)*, aparecido en *Astounding* en diciembre de 1953.